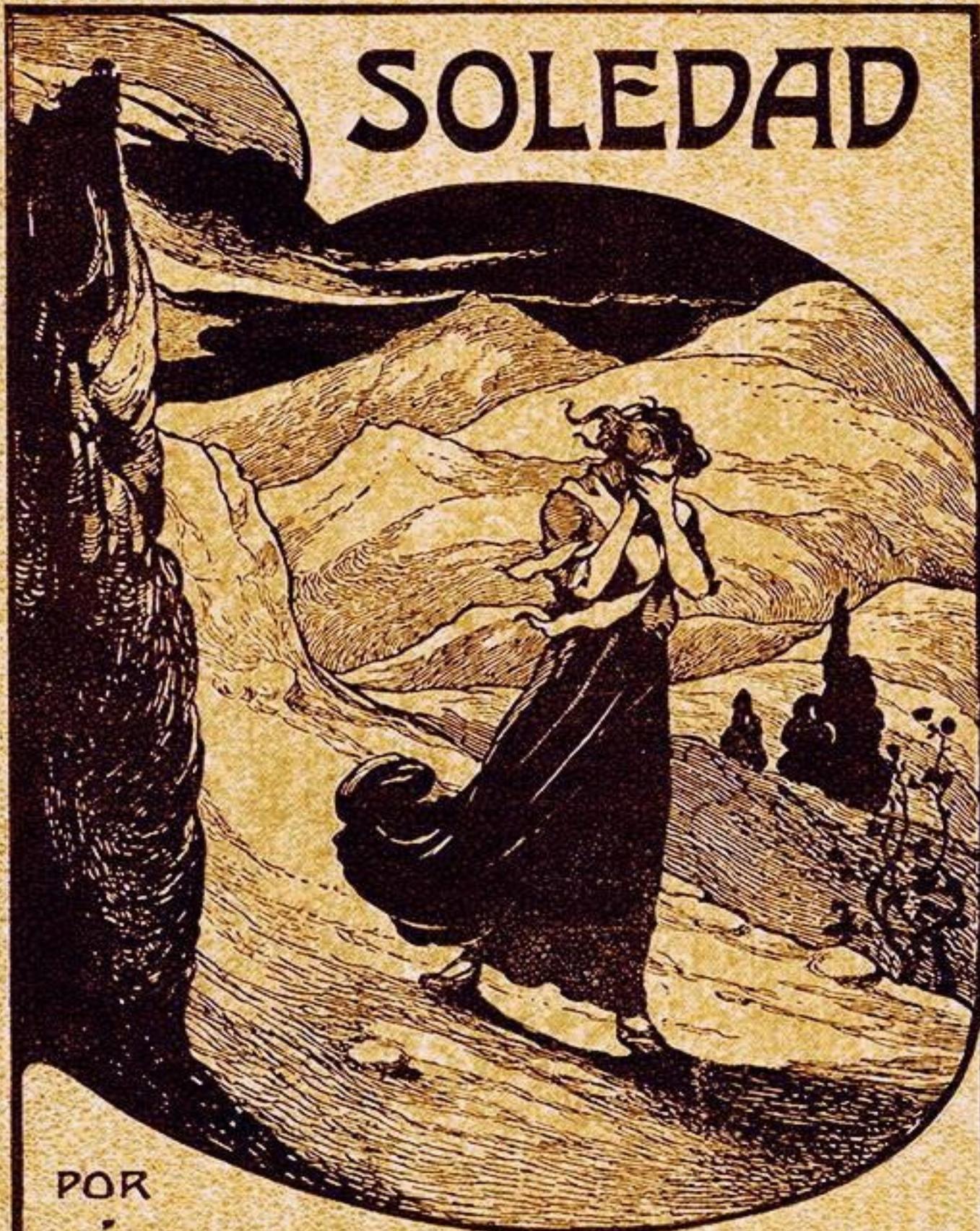


SOLEDAD



POR
**VÍCTOR
CATALÀ**

Traducción de D. F. JAVIER GARRIGA

MONTANER Y SIMÓN, editores
Ba

ADRIA CATALÀ - 1907 -

Lectulandia

Soledad, ambientada en las montañas del Pirineo catalán en 1905, narra el *viaje interior* de Mila, a través de un *viaje exterior*, cuando se traslada con su marido Matías a vivir como guardeses de una ermita en esas alturas, retirados del mundo aunque cerca de un pueblo de nombre ficticio, Muros. El marido es un ser abúlico y desapasionado, que prefiere el vino y el juego a la compañía de su esposa. En la ermita, Mila conocerá a un viejo pastor, que con su lenguaje llano, de hombre de montaña, pero con una experiencia de la vida que le otorga sabiduría, la llevará a descubrirse a sí misma como mujer. En ese viaje de autodescubrimiento, la montaña es un personaje más, un lugar en donde conectar y sentir las emociones que se le van despertando.

Con una prosa de un lirismo conmovedor —sólo hay que notar el tratamiento del paisaje—, está construida sobre la base de un complejo universo de simbolismos. La lucha espiritual de su protagonista, en medio de la soledad de esos parajes, soledad no sólo física sino también moral, mantiene un pulso de supervivencia con su propia vida, atravesando fases de depresión y de delirio erótico frustrado por la incapacidad de los hombres de su entorno para satisfacerlo, va precipitando gradualmente la acción hacia la tragedia.

Es una novela dura, pero Mila es un personaje digno de figurar junto a los grandes personajes femeninos de la literatura como «Madame Bovary» o «Anna Karenina». Y es, posiblemente, una mujer mucho más moderna que ellas.

Esta obra debe vincularse a la tradición de la novela catalana de tema rural, sin embargo Víctor Català, en *Soledad* sabe superar por una parte el canon realista hasta ofrecernos una obra de alto valor simbólico y poético que comunica extraordinaria grandeza y magnitud a la tragedia; trascendiendo y elevando a alta creación literaria el tópico del tema rural, hasta convertir su obra no sólo en suprema representación del género, sino además en una de las mejores novelas de la literatura catalana.

La primera edición de esta gran novela del modernismo catalán se publicó por entregas de ocho páginas en la revista *Juventut*, la más importante y representativa del Modernismo catalán, entre el 19 de mayo de 1904 y el 20 de abril de 1905.

Lectulandia

Víctor Català

Soledad

ePub r2.0

Titivillus 24.04.2019

Título original: *Solitud*
Víctor Català, 1902
Traducción: Francesc Xavier Garriga i Palau
Ilustraciones: Arcadi Mas i Fondevila

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com



I

CUESTA ARRIBA

Más allá de Huerta del Río dieron alcance a un carro que llevaba el mismo camino que ellos, y Matías, deseoso de ahorrarse molestias, preguntó al carretero si quería llevarlos hasta los collados de la sierra. Gozoso el carretero, porque iba a tener con quien conversar durante un rato, no sólo le hizo sitio a su lado, en la banqueta, sino que invitó a Mila a que se acomodara también detrás de ellos, en la bolsa del carro.

Aquella dirigió una mirada llena de gratitud al desconocido que tal merced le hacía. Aunque no era mala andadora, se sentía ya fatigada. Habíale dicho su marido que desde Peñalisa, donde les había dejado el ordinario, hasta Huerta del Río podía haber, a lo sumo, dos kilómetros de distancia, y llevaban andando hacía ya cinco largos cuartos de hora, cuando vieron negrear sobre la verde colina la torrecilla del campanario del lugar. Desde entonces, hasta que se encontraron con el carro, había transcurrido con creces otro cuarto de hora, y el calor, el polvo y la misma contrariedad que venía experimentando, le habían causado profundo malhumor.

Ya colocada en su nido de la bolsa con el fardelillo al lado y la espalda reclinada en uno de los costados del carro, desató el pañuelo que llevaba en la cabeza algo echado sobre la frente, y cogiéndolo por las puntas, lo agitó sobre sus mejillas. Estaba completamente sofocada, y al acariciar su cuello y sus sienes el airecillo fresco del pañuelo, sintió por todo el cuerpo un dulce escalofrío. Ya más tranquila y sosegada, podía ir contemplando la belleza de aquellos parajes que tanto Matías le había ponderado.

Entretúvose, pues, en echar por ellos un vistazo. Por detrás del carro, se iba perdiendo cuesta abajo con sus curvas y revueltas el camino vecinal, lleno de baches y de hondas rodadas con cresterías de un barro tan reseco, que aun cuando en su continuo tránsito los carros con sus ruedas iban poco a poco desmoronando éste, era del todo imposible hasta el rigor del verano quedasen aquéllas borradas por completo. Por entonces, y hasta que de nuevo lo estropeasen los aguaceros otoñales, quedaría también para durante algún tiempo nivelado el camino por espesas capas de polvo.

Estaba el lado izquierdo del tal camino formado por una alta trinchera inclinada oblicuamente como amenazando derrumbarse sobre él. Contenían, sin embargo, el terreno desiguales lienzos de pared horma, ventruda a trechos y más peligrosa que la trinchera misma. En la parte superior de ésta aferrábanse los setos vivos de los bancales, formados a trozos por compactas filas de pitas de enhiestas y crasas hojas que como manojos de espadas rasgaban el espacio, y a trozos por tarayes de tembloroso ramaje y por hileras de espinos que a la sazón mostraban la nueva flor completamente blanca y rodeada de pinchos.

Al otro lado y a cosa de dos metros y medio por bajo de la carretera, extendíase el llano de Huerta del Río que rodeaba la colina dividido en porciones simétricas como un gran tablero de damas. Las porciones aquellas eran las huertas de regadío que constituían la riqueza toda del pueblo, repartida entre los vecinos merced a antiguas enfiteusis. Destacábanse en ellas, a la sazón, infinidad de manchas verdes: plantíos de hortaliza, cuya alegre y fresca nota matizaba la tostada amarillez del terreno encuadrado por largas acequias de agua, tan clara, que a los rayos del sol brillaba como un espejo.

Mila estaba verdaderamente encantada. Nacida en la tierra baja árida por falta no sólo de cultivo, sino de agua y abono, parecíale que no era una realidad, sino un fantástico espejismo, el hermoso y risueño llano que estaba viendo allí, encerrado entre una colina cuajada de casas y unas montañas yermas y rocosas y exuberante de vida a pesar de su pequeñez.

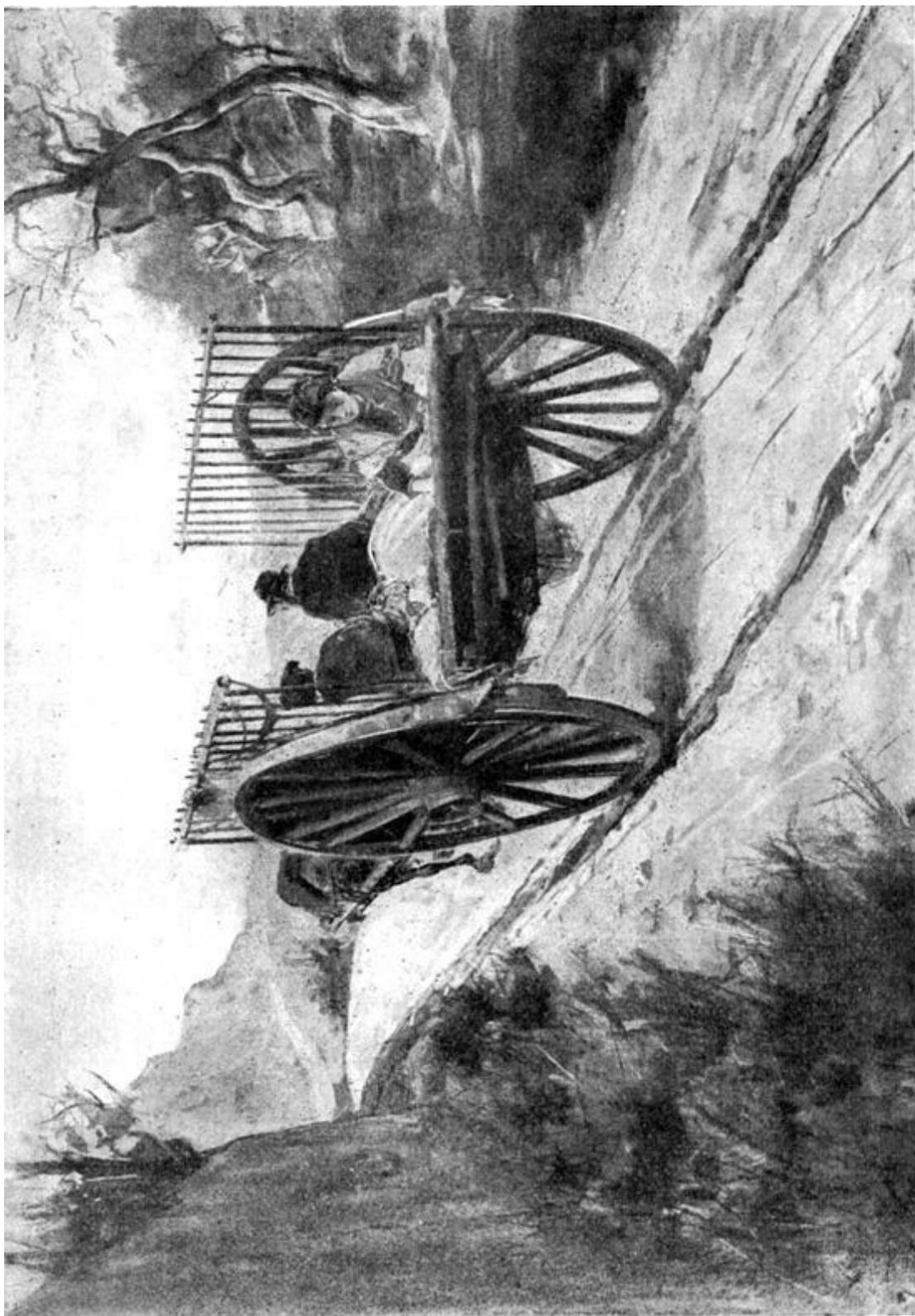
¡No se veía en él un palmo de terreno baldío, ni una mala hierba que se chupara los jugos de la tierra que, por entero cultivada, vuelta de abajo arriba por la azada o la pala, cuidada y atendida como quien dice a cuerpo de rey, fructificaba espléndida por todos lados con pródiga y fecunda gratitud!

Allá bajo, en la tierra de Mila, la gente, desparramándose, se desperdigaba por los campos dejando grandes porciones de terreno desiertas, y en las márgenes y ribazos amplísimos cubiertos de arbustos y matas de toda especie, pacían los resecos yerbajos cuatro vacas flacuchas a las cuales se les señalaban además de las costillas, semejantes por lo descarnadas a unas parrillas, los huesos de las ancas que de puro afilados amenazaban agujerear la piel que los cubría. Aquí, en cambio, no se veía un solo animal esmirriado, y estaba la gente tan apiñada y junta como los dedos de la mano. Desparramadas por los bancales, multitud de mujeres, vivientes piezas de aquel tablero de damas, hormigueaban diligentes y atareadas como enjambre de abejas, roturando la tierra, sacando agua de los pozos, recogiendo la hortaliza o reposando bajo una higuera, todas al sol y con la falda recogida, el pañuelo sobre la cara y remangadas de piernas y brazos.

Al contemplar a las mujeres aquellas, a Mila, que sentía por el campo verdadera pasión, se le iba el corazón tras ellas, y le daban tentaciones y antojos, verdaderamente irresistibles, de apearse del carro y meterse también por aquellas huertas a revolver con las manos los tibios terrones, la húmeda hojarasca y el agua que regalada se deslizaba por entre las espadañas, cuyas flores veía balancearse majestuosas junto a la linde.

Tenía razón Matías. La campiña de Huerta del Río, del pueblo aquel apiñado allá en lo alto de la colina y rodeado por la llanura que a modo de vistosa banda lo ceñía, era hermosa y alegre de verdad, y siendo así, la ermita no debía de ser seguramente tan triste como alguien había ido a contarle.

A Mila le pareció estarla ya viendo colgadita del monte como nido pendiente de un árbol, imaginándose además que sólo con asomarse a la ventana podría contemplar a sus pies la maravillosa y encantadora hondonada aquella. ¡Ah, si lograba con el tiempo adquirir un huerto mirífico que pudiese cultivar a su gusto, entonces sí que no sentiría haber dejado su tierra aunque no pudiese volver a ella jamás!



LOS DOS HOMBRES IBAN EN TANTO ALLÍ EN EL CARRO CHARLANDO TRANQUILAMENTE

Alentada por semejantes esperanzas, se volvió deseosa de contar a su marido tan risueñas ilusiones; mas, a la vista de las dos espaldas que ante ella se erguían, quedóse con la palabra en la boca: la halagüeña idea que iba a

brotar de sus labios, retrocedió bruscamente para ocultarse de nuevo en el fondo de su alma, como animalejo asustadizo.

Los dos hombres iban en tanto allí en el carro charlando tranquilamente, y aun cuando ella con el corazón y el pensamiento puestos de nuevo en la campiña, entreoyó las palabras *frío, tristeza..., veredas..., muy alto...*, apenas si se fijó en lo que decían.

Mas el hechizo había ya cesado; la campiña que iban descubriendo, que no le iba en zaga en hermosura a la que acababan de cruzar, no logró, sin embargo, hacer revivir el primitivo ardiente entusiasmo en Mila, pues apartando de ella la mirada, fijó, con cierto dejo de tristeza, la vista en el firmamento. Estaba la inmensidad del espacio inundada de una claridad tan viva que hería la vista. Mila miró por el hueco que entre los dos hombres quedaba: una mancha verde y uniforme extendíase allá a lo lejos como hermosa alfombra... La mirada de Mila se fijó de nuevo en las espaldas de aquellos dos hombres. Una, la del campesino, era flaca y huesosa como las vacas aquellas de la tierra baja; tenía, además, pegada a modo de epidermis una camisa muy deshilachada por los bordes que hedía a sudor y a polvo. La otra, que, ancha y recia, parecía una almohada, pugnaba por salirse de aquella chaqueta negra que, oprimiéndolo y tirándole fuertemente de debajo de entrambos sobacos, amenazaba de puro tirante rasgarse de arriba abajo.

«¡Cómo ha engordado este hombre desde la boda acá!,» pensó Mila reparando de nuevo en que a Matías le venía ya el traje chico hasta el extremo de hacerle parecer contrahecho y empaquetado como un fardo. El propio sombrerito de fieltro que antes tan bien le sentaba, iba tomando poco a poco en su cabeza aspecto de solideo sacerdotal a cuyos lados se destacaban las orejas que, vistas a contraluz, parecían por lo encendidas y transparentes dos asas de espeso vidrio.

Por bajo del sombrero destacábase la nota cruda y brillante del planchado cuello de la camisa, que como una tira de mármol separaba horizontalmente el rollizo pestorejo de Matías de la negra chaqueta.

Acurrucada Mila en aquella especie de nido que formaba la bolsa del carro, experimentaba grato bienestar, envuelto el cuerpo en la fresca sombra que sobre ella aquellos dos hombres proyectaban, y sumido el espíritu en plácida calma.

Iba en tanto el carromato moviéndose constantemente sobre sí mismo sin cambiar de sitio y con tal lentitud, que no parecía sino que no tenía más misión que la de ir limando las cresterías que a lo largo del camino se extendían. Desde que se divisaba un árbol hasta que lo dejaban atrás,

transcurría más tiempo que el necesario para rezar con todo descanso una buena parte de rosario.

El parsimonioso balanceo del carro acabó por infundir en la buena mujer un sopor y un sueño irresistibles.

Estaba ya verdaderamente harta de contemplar por entre aquellas dos espaldas... constantemente erguidas ante sus ojos, el cielo y el matizado verdor de la huerta; y el cuello le dolía ya de tanto tener vuelta la cabeza. Sacudió ésta como para librarse del enervamiento que la aquejaba, y adoptando luego cómoda postura, se quedó inmóvil, reclinada en uno de los lados del carro y de cara a la esterilla frontera: una preciosidad de esterilla cuya trama semejaba grueso tejido de amarilla seda, sobre la que la trinchera contigua reflejaba los brillantes rayos del sol que, filtrándose a través de la misma, la llenaban de doradas motitas. En esta postura y sumida en dulce recogimiento, fue poco a poco poniéndosele ante los ojos un velo, rojo primero, azul después, después negro...

Un testarazo en la espalda la despertó bruscamente.

—¡Huy! ¿Qué pasa? —murmuró turbada.

—Anda, tenemos que apearnos —repuso su marido ya de pie en el carro, que en aquel instante se acababa de parar.

Desperezóse, se levantó tambaleando y echaron pie a tierra.

—¡Salud, amigo, y que Dios os lo pague!

—¡Salud, ermitaño y la compañía! Ya subiré a veros el día de San Poncio.

—¡Subid! Se os convida a unas copas...

—Estimando... ¡Adiós!

—¡Adiós!

Hizo el payés a modo de sonrisa un visaje que de puro grande dilató su cara colorada y lustrosa como fondo de perol; tiró con brío de las riendas como si fueran de goma, soltó con fuerza cuatro gritos de «jarre, gabacho!...» y el carro, entonces, reanudó su cachazuda marcha por la carretera adelante, dejando atrás a marido y mujer, arrimados a la pared seca de la trinchera con aire distraído.

—¿Has oído? —dijo Mila recalcando las palabras— te ha llamado ermitaño...

—Porque le he contado que íbamos a la ermita...

—Me disgusta eso... —añadió ella, mirando distraídamente hacia lo lejos.

—¿Qué?

—Eso..., ¿qué quieres que te diga?... Se me antoja que no sienta bien en un joven este oficio propio de... de viejos o de inválidos.

—¡Tonta!... ¿Qué más da un oficio que otro?

Y sacudió las piernas para bajarse los pantalones que se le habían encogido.

También Mila se sacudió la falda, lanzando un suspiro.

Cuando los pantalones se le hubieron bajado hasta los tobillos, colgó Matías su hatillo, en que iban cuatro piezas de ropa, de la vara que llevaba, y echándose ésta al hombro, dijo:

—¿Vamos andando?

—Vamos —murmuró ella cogiendo el lío y poniéndoselo bajo el brazo.

A pocos pasos de allí y algo más abajo, la pared seca quedaba truncada, y abriéndose la trinchera daba paso a una senda. Ésta, que estaba formada por una especie de excavación honda y desigual, cubierta de lisos cantos rodados, era una de tantas arrugas de la inmensa y rocosa corteza de la montaña, por donde chorreaban y se escurrían los aguaceros de las tempestades invernales, lágrimas del cielo.

Tomaron por dicha senda. Él iba delante silbando entre dientes, ella, que marchaba detrás, a pesar de andar muy despacio, iba dando continuos trapiés.

No habían andado seguramente cincuenta pasos cuando Mila se paró.

—¿Qué, ya te cansas?

—¡Esta cuesta es tan pesada!

—La llaman el Canal de los Cojos. En invierno, sobre todo, resulta un paso muy malo.

—¿Peor que ahora?

—¡Ahora menos mal!

Y advirtiendo en la mirada de su mujer cierta contrariedad, se apresuró a añadir en tono de broma:

—¡Anda, si vieses el Barranco Oscuro!... ¡Allí sí que corre uno peligro de matarse!

—¿Y no hay otro camino mejor que éste?

—¡Estos son atajos, mujer! El verdadero camino está más arriba, por cima de Muros; pero por los atajos se llega antes. Hoy se te antojan algo pesados por la falta de costumbre: cuando estés hecha a andar por estos montes, no acertarás a pasar por otro lado. Mira, esta vereda misma que cuesta arriba resulta más penosa que una escalera, cuesta abajo, en cambio, se hace hasta agradable; no parece sino que uno va descolgándose como por una maroma, y no sólo no hay medio de tener los pies quietos, sino que uno se encuentra abajo en un santiamén.

Mila lanzó un suspiro, y silenciosos ambos siguieron avanzando por aquella senda cubierta siempre de movedizos cantos y orlada a trechos de grupos de zarzas que como garfios se les aferraban a las ropas. Al poco rato dejó él de silbar, y en cuanto hubieron andado unos cincuenta pasos, Mila, a quien el lío iba ya pesando como una piedra, se detuvo, quedándose, sin aliento, arrojada a la trinchera del camino.

Matías, que marchaba delante, volvió la cabeza.

—Mujer, ¿otra vez?

—No puedo... más...

—A fe que no podemos entretenernos: ya el sol tardará poco en ponerse.

—¿Falta mucho todavía?

—¡Claro, como que estamos empezando!...

—¡Válgame la Virgen! —dijo ella sobresaltada—. ¿Empezando y llevamos desde las cuatro de la mañana andando por esos mundos?

Él se echó a reír.

—¡Quiero decir que estamos en el comienzo de la cuesta!... Mas no por esto te impacientes, mujer: ya llegaremos.

Y volvió la cabeza para coger una ramita de una mata de palomilla que crecía en el borde del camino. Mila, entonces, clavó en él una de aquellas miradas llenas de angustia y desconfianza que de vez en cuando solía asestarle.

«¿Tendrían acaso razón los que me advirtieron que este hombre iba con sus ponderaciones a engañarme una vez más?,» pensó, apartándose del borde del camino, mientras sentía clavarse una espina en su corazón.

Él procuró animarla.

—¡Así, mujer!, un esfuerzo más y en seguida llegamos al Mojón...

—Si no fuese este lío...

Matías se hizo el desentendido y siguieron subiendo por la cuesta, silenciosos ambos de nuevo.

El Canal, cada vez más empinado, se les iba haciendo más duro de subir. Marchaban por el pedregal aquel dando continuos traspiés y tenían que agarrarse a los matorrales de los lados, para seguir avanzando.

Las lagartijas huían a su paso meneando la cola y ocultándose locas de miedo al oír su cansado jadeo, y las matas de palomilla que crecían a entrambos lados del camino les azotaban el rostro, encendido y sudoroso, con sus tiernas ramas. Matías llevaba el sombrerito de fieltro en el mismo cogote y tenía el cuello de la camisa completamente desplanchado.

Aunque desaparecía a lo mejor, para dar de trecho en trecho paso a algún olivar, en seguida volvía la trinchera a erguirse a entrambos lados del camino, desde el que, materialmente encajonados, sólo divisaban nuestros viajeros una tira del cielo aquel que espléndido brillaba sobre sus cabezas. En un olivar de aquellos veíase una yunta que uncida al arado descansaba bajo un olivo, a pocos pasos del cual y sentado en el suelo estaba un labrador, tomando un bocado. Los animales piafaban ahuyentando con la cola el enjambre de moscas que los asediaban; el campesino en cuya mano se veía una cebolla gorda como el puño, tenía junto a sí un negro cantarillo de barro. Los olivos plantados en hileras tejían con sus altas copas sobre la cabeza de entrambos un arco de argentada filigrana; la tierra removida formaba entre las filas de los olivos una especie de franja de color de almazarrón. Mila, contemplando al payés aquel, murmuró con envidia:

—Si me atreviera, pediría a aquel hombre un poco de agua. Tengo la boca seca como un esparto.

—También yo..., entremos.

Una vez dentro, estuvieron un rato bebiendo y conversando. Matías contó de nuevo que iban a la ermita, y de nuevo sintióse Mila inquieta y mortificada sin saber por qué. Después prosiguieron su camino, trepando sin descanso por aquella cuesta cubierta toda de resbaladizos cantos rodados y limitada a trechos, y en las depresiones que a entrambos lados presentaba la trinchera, por zarzas y espinos que cual feroces alimañas les clavaban la zarpa a cada paso.

A un golpe de tos de Matías, un pajarillo que estaba posado en la punta de una pita, huyó lanzando una nota aguda y penetrante.

A pesar de estar en toda su profundidad sepultado en la sombra, notábase en el Canal un calor intenso. Mila se sentía pegada a la espalda la camisa empapada de sudor; su corazón latía apresuradamente.

De pronto y tras una brusca revuelta, el camino aquel se empinaba como para saltar algún obstáculo. Mila soltó un grito de sorpresa: en tanto que de medio cuerpo para arriba estaba inundada de luz, de la cintura para abajo continuaba, en cambio, sumida en la más completa oscuridad.

Habían llegado al final de la torrentera. El Canal allí se dividía, formando una Y invertida, en tres ramales. Mientras dos de éstos, cogiendo en medio gran parte de la primera estribación del monte, lanzábanse por la cuesta abajo, el tercero, algo sesgado, se encaramaba hacia arriba. Los tres iban a reunirse en una pequeña y prolongada planicie llena a la sazón de sol, como el valle de abajo.

—Aquí podemos descansar un rato —dijo Matías.

Mila, sin esperar a que se lo repitiera, dejóse caer en el suelo rendida y derrengada. Las sienes y las plantas de los pies le latían como si tuviese calentura.

De pronto se fijó en las botas que llevaba puestas: ¡estaban hechas una lástima! Aquello ya no eran botas... «Si éste me hubiese dicho la verdad —pensó—, hubiérame puesto las alpargatas y de este modo no hubiera estropeado tontamente por estos andurriales el calzado de cuando nos casamos». Era cabalmente el único bueno que tenía.

Y procurando sofocar su disgusto, levantó la cabeza.

A su derecha tenía el Canal, que precipitándose cuesta abajo casi verticalmente, parecía desde aquella altura un pozo con una resquebrajadura enorme. Mila, al mirarlo, se hizo cruces de haber podido trepar por él. Aquello más parecía paso de cabras o facinerosos que camino de cristianos. Al otro lado del Canal veíanse multitud de olivos de cuarteados troncos, desperdigados por cuevas y hondonadas: del lado de acá se extendía un pedregal cubierto a trechos de carrasca y de tomillo en flor, cuyo aroma, purísimo como el aliento de los mismos ángeles, llegaba en alas de la brisa hasta el alto en que nuestros viajeros se encontraban.

A su izquierda tenía la otra pata de la Y que, mucho más extensa, iba serpenteando a morir perdida en un repliegue de la montaña. Entre ambas sendas se levantaba la primera estribación del monte, redonda como el pecho de una mujer y coronada, para mayor semejanza, por una especie de menhir o excrecencia natural que, irguiéndose a modo de pezón, destacábase sobre el fondo azul del espacio, sirviendo de límite a la meseta por el lado en que ésta dominaba el dilatado valle que se extendía a sus pies. En la base de aquella especie de pezón veíanse restos de una gradería de ciclópeos sillares, por encima de los cuales aparecía empotrado horizontalmente en la roca viva un resto de gozne de hierro completamente carcomido por el orín.

—¿Sabes dónde estamos? —preguntó Matías.

—¿Cómo quieres que lo sepa si no anduve jamás por estos parajes?

—Pues estamos en el Peñón Chico. Ya sabes que los peñones son tres: el Grande, el de San Poncio y éste. Eso —y le señaló el morro que tenían al frente— se llama el Mojón de los Moros. Cuentan que en tiempos pasados tuvo aquí el rey moro un vigía que desde la salida hasta la puesta del sol no podía quitar ojo ni mover pie de la montaña so pena de perder la vida.

—Y la ermita ¿hacia qué lado está?

—Está allá abajo, a tu espalda, a la vuelta del Peñón..., levántate y verás.

Levantóse ella no de muy buena gana, y él, volviéndose de espaldas al valle, señaló con el dedo hacia Sudoeste.

—¿En aquel monte tan obscuro?

—No: aquello es el Peñón Grande. Mira: ¿ves este cauce que hay más acá y que parece un barboquejo que ata las quijadas de aquel otro montecito más bajo? Pues es el Barranco Oscuro que arranca de la cañada de San Poncio. A la parte de allá de la cañada está la ermita.

—¡Dios de bondad! ¿Hasta allí hay que subir?

—¡No, mujer!, nosotros nos desviaremos tomando por aquella primera vereda que se ve allí pardear, que es el atajo.

—¡Qué preciosos huertos aquellos de allá bajo! ¿verdad? ¿Podrán verse desde la ermita?

—Desde la ermita precisamente... no. Desde aquí sí que se ven perfectamente.

Y atravesando la planicie, Matías se encaramó por las gradas del Mojón. Mila intentó imitarle, pero fue en vano: cada sillar de aquellos medía casi un metro de altura.

—¡Jesús, qué escalones!

—Son obra de los moros... Dicen que antiguamente todo esto estaba lleno de moros. Verás, dame las manos... ¡Ajajá! Ahora ponte aquí, afiánzate bien y mira.

Mila sintió como un desvanecimiento; no parecía sino que la tierra hubiese desaparecido súbitamente. El espacio, la inmensa urna que antes lo encerrara al planeta, abríase a sus ojos completamente vacío. Ante ellos no aparecía más que una especie de grada que, sumida allá en lo profundo en honda calma, se extendía hasta muy lejos. En ella y a modo de sedimento de aquella espléndida y soleada tarde primaveral se divisaban, en primer término, las huertas del valle, más allá Huerta del Río, después una amplia llanura y, por último, una infinidad de pueblos acurrucados todos sobre un verdadero laberinto de colinas, arboledas y caminos, como bandada de tórtolas.

La vista no alcanzaba ya a distinguir nada más en el horizonte cuyos últimos términos aparecían velados por azuladas brumas.

—¡Qué hermoso es esto! —dijo Mila juntando las manos en actitud beatífica.

—¿No te dije yo que iba a gustarte mucho? —repuso Matías, satisfecho; y acto seguido fue diciéndole los nombres de todos los lugares y cerros que desde allí se divisaban.

Mila, aunque rendida de cansancio, iba con ávida mirada contemplando el paisaje que la rodeaba, cual si quisiera llevarse estampado en el fondo de sus pupilas aquel panorama encantador. No se hubiera acordado siquiera de moverse, si Matías, bajando a saltos por la gradería, no le hubiese dicho en tono de chanza:

—Chica, ¿piensas quedarte ahí?

Aquella pregunta la restituyó a la realidad, y ya dispuesta a descender del Mojón, bien que con verdadero pesar, detúvose unos segundos para echar sobre el paisaje una postrera mirada, llena de admiración.

La pata aquella de la Y que se lanzaba monte arriba, la de la cola, era una especie de sendero abierto en la roca viva. Bastante menos áspero que el Canal y por añadidura limpio de cantos rodados, estaba en cambio lleno de aristas y resaltos mucho peores para las plantas de los pies que las piedras realencas mismas.

Al parecer aquel ratito de parada sólo había servido para avivar el cansancio de nuestros viajeros que, sin ánimo para hablar siquiera, iban subiendo siempre cuesta arriba, cabizbajos y en silencio.

Matías iba delante, materialmente jadeando, y Mila, marchando detrás, pensaba, al reparar que la desmesurada gordura empezaba a ocasionar molestias a su marido: «¡Qué pachorra tiene!... ¡De seguir así, acabará por ponerse como una ballena!»

De pronto le asaltó un raro presentimiento: «de seguro que aquel hombre, por más que estaba fresco como una lechuga, no tardaría en ponerse achacoso y padecer de asma».

Matías fue esta vez el primero en pararse. Al darle aquélla alcance, dijo secamente, mirándole con dureza:

—Bien podías habérmelo advertido que era tan largo el camino y habría traído algo que comer...; ¡estoy completamente desfallecida!

—¡Animo, mujer! El atajo está aquí mismo, a un tiro de bala, y una vez en él, estamos ya en casa.

—Sí, te conozco bien —respondió ella con amargura—, tú todo lo arreglas fácilmente.

Él ni siquiera replicó... y silenciosos ambos de nuevo siguieron andando.

Pero esta vez lo que Matías había dicho era lo cierto: el atajo estaba, en efecto, a pocos pasos de allí.

—Descansemos otro poco si quieres... —añadió así que hubieron llegado a él.

—Esto es un verdadero calvario —repuso ella por toda respuesta.

Sentáronse: Matías, después de sacar la petaca, púsose a liar un pitillo. Ella se quitó el pañuelo de la cabeza, y como ya no hacía calor, se lo echó al cuello.

Encontrábanse próximamente a la mitad de la cuesta del Peñón de San Poncio, el cual mientras por una parte, la superior, seguía prolongándose envuelto por los anaranjados resplandores del sol poniente, por la otra, la inferior, se escurría hacia abajo a vuelta de saltos y recuestos que se iban ya cubriendo de sombras azuladas.

No se veía por ningún lado rastro ni indicio alguno de llanura, y el cielo aparecía en toda su extensión cubierto de una blancura gris perla, ligeramente dorada hacia el horizonte, sobre el que se deslizaban lentamente y de izquierda a derecha grupos de nubecitas de nácar que iban, durante su curso, mudando de forma y de color. De pronto la mirada vaga de Mila descubrió entre ellas un puntito negro casi imperceptible que se fue agrandando por momentos.

—¿Qué es aquello? —preguntó a Matías.

—Debe de ser un cuervo.

—Ahora se suspende hacia aquel lado de la montaña.

—Justo, sobre la Niña... Estará probablemente olfateando algo que los de San Poncio habrán arrojado al barranco. La alquería cae por bajo mismo de la Niña.

—¿Por qué la llaman así?

—Porque, mirándola desde ciertos parajes —contestó Matías—, parece la cabeza de una niña con la coleta puntiaguda que le cuelga por detrás. Un día te la enseñaré desde lo alto del Borbollón. Por la madrugada parece una pintura; de puro azul se confunde con el cielo.

Y después de decir estas palabras se quedó silenciosa, la mirada perdida en la lejanía.

«Cualquiera le tomaría por un santo varón,» pensó Mila contemplándole en aquella actitud mansa y candorosa. Pero de súbito, como si semejante apariencia le causase vivo e íntimo disgusto, se le crisparon los nervios y miró hacia otro lado.

Matías, a todo esto, se había puesto de pie, y después de haberse colocado la colilla en la boca, enfilaron ambos el atajo. Era éste un sendero tan angosto y tan liso que parecía propiamente un surco labrado allí por alguna rueda enorme, después de estar siglos y siglos pasando por aquel sitio. Conducía a la marina y, apenas se andaban unos pasos, tropezábase en él con el Peñón Grande, cuya mole se erguía llenando el espacio, dominándolo todo y

señoreando el paisaje como único soberano, envuelto en su espléndido manto de sombras de un azul cárdeno, las cuales se extendían majestuosamente por todos aquellos parajes, dándoles un aspecto imponente que infundió a Mila cierto respeto.



Este impulso fué en Mila tan vivo que se paró en seco

Del Peñón aquel, todavía lejano, se desprendía un cierzo frío, un extraño e ingrato cierzo invernal que de tal modo les hería, sorprendiendo su cuerpo saturado aún del sol de la primavera, que nuestros viajeros se sentían tentados a retroceder.

Este impulso fue en Mila tan vivo que se paró en seco.

Entonces percibió un ruido sordo que ignoraba de dónde procedía y que semejaba el ronquido de algún animal gigantesco que se hubiese dormido fatigado.

—¿Qué ruido es éste, Matías? —preguntó inquieta.

—El del Torrente de Malasangre que escupe el agua del Borbollón.

Estas palabras le trajeron a Mila a la memoria los milagros que su marido le había contado de aquellas aguas que, según él, hacían recobrar el apetito y curaban a personas y animales todos los achaques debidos a la miseria y al raquitismo: escrófulas, herpes, llagas purulentas, diarreas crónicas, erupciones malignas...

Pensando, pues, en enfermedades y milagros, iba ella avanzando por aquel desfiladero, el cual empinándose cada vez más y ladeándose al propio tiempo, daba la vuelta al Peñón para internarse por último en la sombría y húmeda región que allá a lo lejos se divisaba.

Mila se detuvo, de pronto y después de dar una vuelta completa, «¡Virgen Santa!,» exclamó, contemplando el camino que habían recorrido.

A sus pies no se veía más que un ondulante mar de cadenas y más cadenas de montañas que siempre en descenso iban a sumergirse en la sombría quietud del crepúsculo, cuya oscura niebla se extendía sobre ellos como una mortaja.

Mila buscó por aquel azul desierto alguna nota alegre: un penacho de humo, una casita, una figura humana, pero no logró descubrir ni la más leve señal que denunciara en aquellos parajes la presencia del hombre.

—¡Qué soledad tan grande! —murmuró aterrada y sintiendo de improviso su corazón tanto o más sombrío que los profundos abismos que dondequiera se abrían a su alrededor.



II

OBSCURIDAD

Por fin llegaron a la ermita, a cuya puerta llamaron golpeando con una piedra.

No bien hubieron dado en ella el primer golpe, sonaron en el interior con gran estruendo fuertes ladridos, a los cuales respondieron otros que parecían partir de mil diversos puntos de la montaña.

Mila, asustada, se asió del brazo de su marido, que, echándose a reír, le dijo muy tranquilo:

—No te asustes, mujer. Esto que oyes son las *Trompetillas*, que en cuanto suena el menor ruido ya lo están remedando.

Aun cuando esta rara explicación contribuyó a aumentar su terror, Mila, que oyó de pronto sonar del otro lado de la pared, medio ahogados por los ladridos de dentro y de fuera, unos pasos que se acercaban, no desplegó los labios.

A todo esto, un débil resplandor extendióse por encima de la crestería de cachos de vidrio y clavos puestos punta arriba, que coronaba la tapia; en

seguida oyóse rechinar pesadamente algo que cogía la puerta de alto a bajo, y tras un minuto de silencio, una voz algo temblona preguntó con naturalidad:

—¿Quién llama a estas horas?

—Abrid, Cayetano..., somos nosotros.

—¿Quién decís?

—Yo y mi mujer, Cayetano..., abrid sin cuidado.

Hubo un momento de silencio.

—¿Cuándo *heis venío*? —repuso la voz desde dentro.

—Ahora mismo llegamos, porque ésta se ha caído en el camino.

Mila, que estaba pegada a su marido, le preguntó al oído:

—¿Cómo tarda tanto?

—Es que recela... —le respondió Matías en igual forma.

La voz preguntó con premura:

—¿Qué decís ahí fuera?

—Le digo a ésta que tenéis miedo... —contestó Matías; y sacando su petaca, añadió riendo—: mirad para arriba, Cayetano: ¡ahí va la cédula!

Y arrojó, en efecto, por encima de la tapia la petaca al interior.

Oyóse entonces el chirrido de un cerrojo que se descorría, el ruido de algún hierro que sin duda se había caído al suelo, el pesado *cric-crac* de una gran llave que daba vuelta, y abrióse al cabo la puerta como rasgándose de arriba abajo, dando paso a una franja de luz dorada y resplandeciente.

—¡Buenas noches!... —dijo Matías, empujando la puerta.

—¡Buenas nos las dé Dios!...

Y aquélla acabó de abrirse y apareció un hombrecillo chiquitín y vivaracho que tenía en la mano un reluciente corvillo. Junto a él, un niño como de ocho años sostenía un humoso farolillo y la petaca de Matías.

Este sonrió al ver el corvillo.

—¡Por lo visto estabais prevenido, Cayetano!

—La *compaña* es *mu* amable, ¿sabéis?... y como por estos parajes abundan más los zorros que las carrozas, hay que andar alerta...

Y dejando en el suelo el corvillo que a la luz del farol brilló con siniestro fulgor, entornó las dos hojas de la puerta, encajándolas con la rodilla, corrió luego el cerrojo, afianzó el pasador con una espiga de hierro sujeta a una cadena que colgaba de la pared, dio vuelta a una gran llave puesta en la cerradura, y una vez hechas con toda calma estas operaciones, volvióse hacia los recién llegados y sonrió de nuevo frotándose las manos.

—¡Ahora ya *poemos* hablar!... Ya yo me lo figuré que llegaríais a esta hora... ¡*Bienveníos*! Conque vamos, ¿qué *icís* de bueno?

—¡Ya os lo podéis figurar! Que traemos muchas ganas de acostarnos — contestó Matías; y cogiendo de las manos del niño su petaca, añadió—: Ignorábamos que teníais aquí a Baudilillo...

—Veréis, ermitaño, *aburrío* de estar tan solo en esta casona, le dije un día al pequeño: «Anda, vente conmigo y así tendré allá arriba con quien charlar;» y éste, ya se ve, con tal de que le cuente algún cuento..., ¿verdad? —Y el hombrecillo aquel miró al rapaz y se sonrió, y el rapaz miró a su vez al hombrecillo y se sonrió también, bajando luego la cabeza todo avergonzado.

A todo esto, Mila, que no había despegado los labios más que para dar las buenas noches, escudriñaba lo que tenía alrededor. A la escasa luz del farolillo, distinguió confusamente un patio cercado de altas paredes y pegado a una casa. En medio del patio descubrió el brocal de un pozo con una polea de hierro toda torcida y allá en el fondo una gran arcada. En un ángulo del patio había una escalera de piedra labrada...; nada más pudo ver, porque el hombrecillo aquel, siempre frotándose las manos y sonriendo siempre, se había vuelto hacia ella y le dirigía la palabra.

—¡Conque *vos heis caío*, ermitaña!... ¿Cómo ha *sío* eso?... ¿se *vos* fue la *caeza*?...

—¡Quiá!... la raíz de un pino que me ha hecho dar un traspié...; no es nada —y Mila se palpó una herida que tenía en la frente.

—*Entoavía* sangra una miaja, *mirai*; pero vaya, así y *tóo* no creo que tengamos por ahora que *administrarvos*... Esto con una poca yesca quea ensegua apaña.

Y volviéndose hacia el niño agregó:

—Pequeño, coge la herramienta y vámonos *pa* arriba... —y sonriendo y dirigiéndose de nuevo al matrimonio—: ¿A que no cenasteis *entoavía*?

Matías confesó que desde hacía muchas horas no habían probado bocado, y mientras subían la escalera precedidos del niño que llevaba el farol y el corvillo, el hombrecillo aquel les iba diciendo que él ya se figuraba todo aquello y que por un *si acaso* había puesto cena.

—No sé si *vos* gustará nuestro condumio, ermitaña..., ¡como no traigáis buena salsa de hambre!... ¡Valientes guisanderos estamos el pequeño y yo!... —agregó el hombrecillo con la mayor naturalidad.

Mila quedó prendada de él. Además de una excelente persona le parecía sumamente agradable y servicial. Como era asaz chiquitín y delgaducho, procuraba esponjar su figurita con una holgada chaquetilla y unos calzones cortos y también holgados, de grueso buriel. Una gorra de pelo le comía media cara, cuya otra mitad completamente monda, más que recién afeitada,

parecía lampiña. Usaba zapatos de gruesos clavos y tenía un andar firme y reposado.

Mila le echó unos cuarenta años.

De no saberlo de antemano, inmediatamente hubiera adivinado que era pastor, sólo con ver su porte y reparar en el fuerte tufo a ganado lanar que despedía, a bien que no era sólo el pastor el que olía de semejante modo, sino la casa entera; tanto es así, que ya antes de llamar a la puerta había ella notado el tufo en cuestión, que percibió todavía con mayor intensidad al entrar en el patio, y que allí, en las habitaciones altas de la casa, en donde estaba confinado y de donde no podía desterrarlo el libre acceso del aire, se le hacía verdaderamente repulsivo de puro penetrante.

Después de atravesado un terradillo, se encontraron con la cocina.

Era ésta una amplia pieza cuyas paredes y techo, ahumados y sombríos, parecían alejarse y huir de las miradas de la gente. Denunciábanlas algunos bruñidos utensilios de cobre y de latón que sobre ellas se destacaban.

Bajo la campana de la chimenea chisporroteaba un puñado de rescoldo, y algo, quizá un puchero, negreaba junto a él. Una larga mesa plantada sobre sus cuatro patas, tiesas y abiertas, parecía un monstruo decapitado y dispuesto a embestir al primero que llegase.

Mila distinguió además el fregadero, desgastado y grasiento, las puertas de un armario, el torno de cerner la harina... Pero todo lo restante quedó para ella envuelto en el misterio: un misterio preñado de sorpresas y reservas.

El pastor, sin dejar de hablar, había encendido un candil.

—Esta noche quiero tratar a los amos como huéspedes. Como la ermitaña no estuvo nunca por acá, habrá que *adiestrarla*, ¿verdá? Tan y mientras tú pones la mesa, pequeño, yo voy a *enseñale* la casa. *Veney, veney*, ermitaña... —Y como al volverse reparara que ella, indecisa, movía la cabeza, se detuvo.

—¿Tenéis acaso *mieo* de algún duende...? ¡Mala cosa es el *mieo* y hay que *descastalo* como a la cizaña! Es achaque *mu* propio de mujeres, pero aquí vos lo *curaemos*, Dios mediante —y esto diciendo, púsose a su lado y echaron a andar.

Cuando Mila buscó a Matías, echó de ver que no les acompañaba: se había quedado en la cocina.

Penetraron en una sala grande, donde no había más muebles que un reloj de caja, un par de mesas y unas cuantas sillas. En el suelo, tendida sobre las tablas y arrimada a la pared, veíase una larga viga que parecía una serpiente muerta. Contemplando aquella sala tan grande y destartalada, Mila se acordó de la soledad de las montañas amortajadas con la negra niebla del crepúsculo

de la tarde, y sintió escalofríos. El pastor le contó que allí era donde antes se bailaba el día del santo, y que ahora el párroco lo había prohibido por miedo a que la sala, que estaba muy resentida, se viniera abajo. Una de sus paredes no tenía hueco alguno: en la de enfrente había dos puertas y en el fondo un balcón.

—Entremos aquí primero, ermitaña. Esta es vuestra alcoba.

Había en ella una cama hecha, con un cobertor de color amarillo muy oscuro; una cómoda, unas sillas y un aguamanil. Por el hueco de un cristal que faltaba en la ventana, uno de cuyos postigos estaba abierto, entró de pronto una ráfaga de aire helado que por poco apaga la luz.

—¡A ese *condenao* Peñón siempre le hiede el aliento!

El pastor cerró el postigo, y luego, levantando la luz, mostró a Mila una estampita colocada en un cuadro.

—San Poncio, ermitaña..., un guapo santo, abogado contra toda clase de miserias.

Mila miró la estampa: estaba el santo vestido de obispo, con la mitra en la cabeza, el báculo en la mano izquierda, y la otra levantada y con dos de los dedos extendidos como echando la bendición. Pasaron a la otra alcoba: había en ella otra cama sin hacer, un armario ropero, una mesa larga y siete u ocho sillas de anea. En un ángulo, una escalerilla de caracol pegada a la pared se enroscaba hacia arriba, y en el rincón de enfrente abríase el pavimento dando acceso a otra escalerilla que descendía. Allí aparecían pegados con engrudo en las dos paredes laterales, y uno frontero a otro, dos grabados idénticos que representaban al mártir San Poncio colocado entre dos búcaros de flores. Por debajo de la imagen aparecían impresos los gozos del santo.

—Ahí tenéis, ermitaña, esta es *toa* vuestra casa... *Pa* dos que sois es más que suficiente, y aunque con el tiempo vaya el número de pájaros en aumento, no creo yo que vos resulte chica la jaula... Los ermitaños anteriores eran seis..., siete..., ocho de familia entre chicos y grandes, y *toos* tenían, sin embargo, su agujero donde *metese*... Agora vos enseñaré la capilla, que por cierto es cosa digna de *vese*, vos lo aseguro..., pero... —En esto, algo, que rápido como una exhalación cruzó sobre sus cabezas produciendo un sonido especial, cortóle a él la palabra, dejándola a ella sin color en el rostro.

Cayetano al pronto soltó una carcajada que le hizo sacudir el candil; mas luego, formalizándose un poco, añadió con acento tranquilizador:

—No hay que temer, no es *naa*..., la lechuza del campanario que vos da las buenas noches. Mañana la podremos ver: ahora vale más *dejala*. *Pus* sí; sois demasiado medrosa, ermitaña; en cuanto vos he visto lo he *calao*... No

vos queará más remedio que *muar* de natural si no queréis dejar en esta tierra la pelleja... El *mieo* se lo mete uno *mesmo*, *creeime* a mí; ni las cosas del cielo ni las de la tierra se recuerdan *pa naa de mosotros*.

Mila, acordándose del corvillo aquel que había visto en manos del pastor y del recelo con que éste les había abierto la puerta, se sonrió para sus adentros.

En esto oyéronse unos pasos que hacían crujir el pavimento: era Matías que se acercaba gritando:

—¿Dónde estáis? ¿Dónde estáis?

Venía a decirles que Baudilillo tenía ya la mesa puesta y que él estaba desfallecido.

Disponíase Mila a seguirle, cuando Cayetano la detuvo diciendo:

—*Aluego* cenaremos: primero hay que *dir* a la capilla. ¿Qué diría el santo si le dabais este *esaire*?

Y sin dejar la luz de la mano, comenzó a bajar por la escalera.

Matías hizo un signo de disgusto; pero ella, sonriendo resignada, siguió al pastor. A mitad de escalera una intensa bocanada de ese vaho característico de los recintos cerrados les salió al encuentro, y cuando ya abajo penetraron en la capilla, quedaron como envueltos en un sudario húmedo y frío.

Mila, estremeciéndose, encogió la cabeza entre los hombros. En el fondo de la nave, baja y corrida como un túnel y llena, para mayor semejanza, de humedad y sombra, vióse de pronto brillar una vaga y tenue claridad: era el altar mayor. Cayetano se había puesto la gorra bajo el brazo, y después de persignarse y señalar a Mila la pila de agua bendita, se adelantó lentamente, se puso de hinojos ante el altar e hizo una reverencia. Después, otra vez de pie, levantó la luz lo más que pudo, paseándola de derecha a izquierda y de izquierda a derecha.

Bajo el arco de medio punto, rodeado de doradas molduras ennegrecidas, de angelotes rollizos y llenos de achuchones y rozaduras, de búcaros de rosas de papel ajadas y descoloridas, vio Mila de nuevo a San Poncio, chiquitín, panzudo y con su lengua barba cenicienta. La mitra en la cabeza, el báculo en una mano y la otra en alto y con dos de los dedos extendidos, sacaba por bajo de la vestimenta, como rizada por fuerte brisa, un pie largo, colgante y puntiagudo, que parecía la petaca de Matías cuando estaba vacía.

Aquella era ya la tercera vez que en corto espacio de tiempo veía al santo, y en ninguna ocasión, sin embargo, le había parecido tan feo como entonces, con su barba sucia, su vientre de mujer embarazada y su pie deforme y como postizo.

La extraña y desagradable impresión que el santo le produjo causó a Mila tal asco y tal disgusto, que jamás pudo recordar si había terminado o no el padrenuestro que maquinalmente había comenzado a rezarle.

Como en la capilla dejábase sentir un frío que penetraba hasta los huesos, estaban ambos tiritando convulsos, con el cuello encogido entre los hombros.

El pastor hubiera querido enseñarle a Mila punto por punto todo lo que allí había; mas viendo que Matías se impacientaba, desistió de ello.

—Otra vez será, ermitaña..., con calma *too* se irá viendo, ¿*verdá*? —y haciéndole reparar al través de la penumbra en los racimos de ofrendas que encontraban al paso pendientes de las paredes (tablillas pintadas, piernas y brazos de cera amarillenta, muletas de madera, pelambreras descoloridas..., un sin fin de cosas, en una palabra, rancias todas, apolilladas y mal olientes, allí hacinadas como en rincón de sucia buhardilla), trasladose, seguido de Mila, a la parte posterior del altar mayor, en donde había una portezuela que traspusieron.

Mila respiró como si acabara de escaparse de un calabozo.

Aquella portezuela daba a la sacristía, atestada de cajas viejas y utensilios estropeados, y la sacristía a otra pieza llena igualmente de trastos inútiles y telarañas. En cuanto entraron en ella, dejáronse oír del otro lado de una puerta que había en el fondo grandes ladridos y furibundos arañazos.

Mila se hizo un poco atrás y Cayetano gritó:

—¡Ah, *Mochuelo*, si te cojo...! ¡Punto en boca!

Y describió el cerrojo de la puerta.

El perro se le echó encima como si fuese a devorarlo.

—No vos mováis, ermitaña: *too* es *fantésía*... —Pero el perro, a la vista de los forasteros, seguía gruñendo sordamente, y entonces Cayetano, agarrándole por el collar, le hizo hocicar contra las faldas de Mila.

—¡Cómo es esto! ¿Regañas al ama? Husméala bien, y como vuelvas...

Y después de amenazarle con la mano, el perro cesó de gruñir.

Estaban en el corral. Mila, que estaba sofocada por el calor intenso y el penetrante tufo que allí había, logró distinguir entre la obscuridad una especie de gruesa colcha blanquecina que cual nevada nocturna cubría todo el suelo.

—Esta es mi escuela —dijo el pastor sonriendo—. *Haceivos* la cuenta de que es un enjambre de chiquillos *caíos* del Limbo...; mañana vos mostraré las corderas del santo, las más galanas de toas.

Al otro extremo del corral se destacaba sobre la penumbra de la noche la recortada silueta del arco del patio: una verja de madera impedía al ganado trasponerlo.

Pasaron por entre el rebaño, seguidos del perro, A Mila todo se le volvía recogerse las faldas, y cada vez que aplastaba alguna de las muchas cosas blandas que por el suelo había, estremecíase involuntariamente y cerraba los ojos.

Yacía el ganado formando apelmazados pelotones; pero al verlos, alguna que otra oveja se ponía de pie y se quedaba mirando a la luz con los ojos fijos y llenos de asombro.

El morueco lanzó un largo y trémulo balido y avanzó algunos pasos con aire inquisitorial.

—¿Qué *quies* tú, rey *Heroes*? —le preguntó el pastor, parándose un momento a rascarle el prominente frontal.

Mila pudo entonces admirar la pujanza y gallardía de su retorcida cornamenta.

—Pastor, ¿dice que son tan bravos estos animales?

—Mucho, ermitaña, mucho. ¡Como no se les obligue a humillar bien el testuz...!

El pastor hizo retroceder al perro, abrió la verja, salieron al patio y echaron escalera arriba.

—¡Qué frío hace! —exclamó Mila, estremeciéndose de pronto y dirigiendo al cielo la mirada: éste estaba completamente sereno.

—¡Quiá! Lo que hace, ermitaña, es un tiempo *mu* rico, sino que saliendo de una fragua como esa, a uno le *paece* que un simple *estornúo* ha de *constipale*.

—En efecto, lo que es dentro no se nota el menor frío.

—¡Digo! Prefiero el calorcillo de mi camastro *aderezao* ahí con cuatro briznas de paja, a una cama con siete colchones y *mu* compuesta en las *alcoas* de arriba: ya veis.

La cocina parecía otra. Un quinqué verde de hoja de lata, cuyo reflector en forma de concha brillaba como un puñado de diamantes, alegrábala con su luz. Sobre el mantel que cubría la mesa, la sopera y cuatro platos amarillos relucían como si fueran de oro bruñido.

El pastor apagó el candil y lo colgó bajo la campana de la chimenea.

—¡A cenar, ermitaña! *Paéceme* que ya vos hemos hecho aguardar bastante, ¿*verdá*? —y de pronto exclamó sorprendido—: ¡La sopera vacía...! ¿Cómo es eso, pequeño?

El chiquillo, todo sofocado, sonreía restregándose la oreja contra el hombro.

—¿A que te se ha *olvidao* echar la sopa? ¡Malhaya con la memoria...! ¡*Pus* no es cosa de escaldarnos de lo lindo comiéndola *dende* el puchero *mesmo*!

Y diciendo esto, se llegó al hogar, trajo el puchero y escanció la sopa en la sopera. Una blanca humareda que esparció por la atmósfera viva fragancia, brotó en espirales del fondo de la sopera, que parecía una maceta de enredaderas en flor. Todos respiraron con fruición.

—¡Qué olorcillo más rico! —exclamó Mila sorprendida.

—Sopas de pastor, ermitaña —contestó Cayetano yendo a dejar el puchero—. Un diente de ajo, una miaja de romero, cuatro gotas de aceite y ¡a hervir! Los hombres no nos andamos en repulgos como vosotras...

Pero, a pesar de lo que el pastor decía, Mila encontraba la sopa exquisita y cada nueva cucharada que de ella tomaba íbase sintiendo más confortada. Cuando se hubo comido todo el plato, levantó la vista y con los ojos impregnados de gratitud y llenos de profunda admiración, se quedó mirando al hombrecillo aquel tan vivaracho. Había sido una suerte tropezar allí con tan excelente sujeto... ¿Cómo se las hubiera arreglado aquella primera noche si hubiese tenido ella solita que preocuparse de todo?

Así que hubieron terminado de comer la sopa, trajo Cayetano una cazuela de arroz con bacalao. A Mila entonces se le escapó una sonrisa: los granos del arroz aquel eran tamaños como almendras.

—¡Allá va una cosa de mérito! —dijo el pastor, satisfecho y con aire solemne—. Este plato me ha hecho perder una noche de sueño... ¿Qué les pondré que les *pete*?, me decía yo a mí *mesmo*. Y por más que rumiaba, no se me ocurría *naa* que valiese la pena, y así rumiando sorprendióme el alba... ¿Qué hago yo entonces? Salto del camastro, dejo al pequeño roncando, me bajo a la Niña, tengo con la madre de éste una consulta y ella ha *sío* quien me ha *sacao* del apuro.

Y dicho esto, se llevó por dos o tres veces a la boca el tenedor colmado de arroz, y añadió tras una breve pausa:

—¿No *vos paece*, ermitaña, *vos* que entendéis de estas cosas, que no ha *salio* del *too* mal?

Como el apetito hace milagros, todos encontraron muy en su punto el arroz por más que estaba ya algo pasado.

Después de cenar, a Mila, cuya melancolía habíase ido poco a poco disipando, ya no le parecía tan destartalada la ermita ni tan solitarias las montañas.

En el pastor, en aquel desconocido, parecía encontrar algo que le traía a la memoria el grato y confortante calor de la familia.

Se acostó con esta impresión; pero la novedad de la cama, desigual y desnivelada, el propio excesivo cansancio, el sordo, pero constante ruido del Borbollón de San Poncio que, filtrándose por todas partes, penetraba hasta la alcoba, y los agudos silbidos de la lechuza del campanario, le impidieron durante muchas horas pegar los ojos. Y cuando al cabo, ya de madrugada, logró quedarse dormida, asaltóla una pesadilla. Soñó que se marchaba de la ermita para volverse a su tierra; mas, a medida que, siempre cuesta abajo, iba trasponiendo montañas y montañas, se le iban presentando por delante otras y otras hasta el punto de que no acababa nunca de trasponerlas todas. Después de andar sin tregua, logró por fin divisar a lo lejos un pequeño resplandor. «¡Gracias a Dios —pensó—, es el candil del pastor!...» Y siguió andando siempre cuesta abajo muy arrimada. Mas cuando estaba ya cerca de aquella lucecita, reparó de pronto que no era uno solo, sino dos los puntos luminosos y que lo que había visto no era el candil del pastor, sino los ojos de San Poncio, de San Poncio el de la capilla, que estaba arando en un olivar, una mano en la esteva del arado, la otra levantada y con dos de los dedos rígidos de puro estirados, y renqueando de aquel pie grande y disforme que parecía la petaca de Matías...

Mila, al ver al santo, trató de huir, pero aquél la detuvo y le empezó a tirar a la cabeza unas bolitas coloradas, bolitas de palomilla; y notando ella que aquellas bolitas le bajaban hasta la boca, se aterrorizó, creyendo que seguramente tenía el cráneo agujereado. Pero no, lo que había era que, como tenía abierta a modo de ventanita la herida de la ceja, al penetrar por ella las bolillas, le producían tan vivo dolor, que por amor de Dios suplicó al santo que dejase de arrojárselas. El santo entonces se echó a reír a carcajadas, y moviendo aquella tripaza tan grande que tenía y que le hacía parecer una mujer encinta, la llamó varias veces con sorna: «¡Ermitaña, ermitaña, ermitaña!...» cabalmente lo que a ella tanto coraje le daba. Al ver aquello se echó a llorar desconsolada. El pastor, en tanto, acariciándola como a una criatura, le secaba las lágrimas, diciéndole mimosamente: «¡No tengáis *cuidao*..., pondremos una poca yesca!...»





III

LUZ

Al asomarse al terradillo de la sala, Mila sufrió un completo desencanto: ¡no hacía sol!... La barandilla de hierro, que chorreaba materialmente orín, le dejó todas las manos manchadas; las losas del patio estaban todas húmedas, y las gotas del rocío brillaban como perlas en las aristas de los vidrios que coronaban el negruzco caballete de las altas paredes.

El airecillo fresco de la madrugada penetraba por la piel, produciendo el mismo efecto que si le estuvieran a uno pinchando con alfileres.

Mila fue orientándose: a mano izquierda se abría la puerta de la cocina; a mano derecha, al otro extremo de la galería y encima mismo de la escalera, había otra puerta cerrada con un cerrojo y en que no había reparado la noche anterior. «En esta casa todo se vuelven cerrojos,» pensó ella, por los que ya había visto.

Descorrió dicho cerrojo y se encontró con otra azotea bastante amplia y muy larga que daba al Mediodía. Aunque ya de antemano conocía la azotea aquella por las vagas noticias que de ella le había dado Matías, no se le había imaginado tal como era en realidad. A lo largo de ella, por la parte que miraba hacia fuera, extendíase un viejo paredón que había sido rellenado con tierra.

El otro lado, el de Poniente, estaba formado por el cuerpo saliente de las habitaciones de la casa, y a entrambos lados, dos resquebrajados tinajones con aros de hierro, servían de maceta a dos arbolillos raquíuticos llenos de secas ramitas y de retoños que apenas apuntaban. Matías le había contado maravillas de aquella azotea, que para ella fue una decepción más.

Toda ella chorreaba agua lo mismo que la barandilla del terradillo, y sus paredes desconchadas y con el viejo revoque lleno de manchas oscuras, se hubiera dicho que estaban atacadas de una erupción maligna y asquerosa. El enladrillado le trajo a la memoria la dentadura de una vecina suya de allá de su tierra, cuyas piezas, de puro removidas, cada cual se marchaba por su lado. Lo propio ocurría con aquellas baldosas: aplastadas y consumidas, desgastadas como queso roído de ratones y completamente cubiertas de verde y resbaladizo musgo aparecían del todo desencajadas por la grama que rellenaba los huecos de sus anchas juntas.

¿Y las vistas? Mila paseó detenidamente la mirada por el paisaje. Todo cuanto abarcaba con la vista presentaba un color gris ceniciento, uniforme, compacto y apagado: el melancólico cielo de aquel día nublado, la gran montaña que iba a confundirse con aquél allá en la altura, y la densa niebla que de medio monte abajo lo ocultaba todo, formas, límites y horizontes.

Sólo inclinándose mucho sobre la barandilla, se lograba ver algo que ofreciera distinto aspecto: por los escarpados repechos que rodeaban la ermita, renuevos de pino desmedrados, grupos de coscojas y algunos zarzales se repartían el terreno; y aquí un resto de paredón ruinoso, más hacia abajo una pequeña prominencia, constituían todo el ornamento del paisaje.

Mila al contemplarlo y recordar la prevención con que desde un principio había mirado la ermita, la impresión sombría que a su llegada había experimentado el día anterior, el sueño mismo que había tenido la noche última, abandonó la azotea con objeto de evitar que ya por la madrugada anegaran las lágrimas su rostro.

En el preciso momento en que iba a trasponer la puerta de la ermita la sorprendió un ruido extraño, un raro y prolongado alarido que sonaba allí mismo y parecía, sin embargo, venir del lado de allá de la montaña... Salió fuera. Inclinado sobre el brocal de la cisterna, con medio cuerpo dentro y las

piernas colgando por la parte de afuera, se entretenía Baudilillo en hacer resonar su voz en el interior de la cavidad.

«¡Aaah!,» gritaba ahuecando la voz cuanto podía; y «¡Aanah!...» le contestaban otras voces misteriosas que resonaban durante largo rato dentro de la bóveda. Y el niño, casi cabeza abajo, sacudía alegremente las piernas.

Mila le miraba con el alma en un hilo, temerosa de verle caer a lo mejor dentro de la cisterna. Mas en esto sonó otra voz, la del pastor, que gritaba desde el interior del corral.

—¡Pequeño! ¡Si te cojo! —y saliendo precipitadamente, añadió el pastor amonestándole y bajando la voz—: ¿Qué diablos chillas? ¿No sabes que arriba están durmiendo?

—No todos, pastor... ¡Buenos días! —dijo Mila bajando la escalera.

—¡Voto al chápiro!... ¿Sois vos, ermitaña?... ¡Buenos días *mos* dé Dios!... Yo *vos* creía *entoavía* entre sábanas... Mucho *heis madrugao*; al *paecer* no dormíais *mu* a gusto.

Mila cayó entonces en la cuenta de que él era sin duda quien había hecho la cama, y para evitar que pudiera sentirse molestado, repuso:

—Es que tenía ganas de ver la casa.

—¡Ah, si no es más que eso, pronto vais a *quear complacia*!... ¿Y el ermitaño?

—Estaba tan cansado que se volvió del otro lado y se quedó durmiendo un ratito más...

El pastor se rió del caso, frotándose las manos.

—¡Bien, bien!... *Paéceme* que el ermitaño tiene un natural distinto del vuestro; él *too* lo toma con cachaza y *vois* sois un ható de nervios, ¿yerro?

Mila procuró poner la cara risueña para ocultar la pena que le causaba el que todo el mundo conociera el modo de ser de Matías.

—Mala cosa son los nervios, ermitaña —prosiguió el pastor—; quitan la *tranquiliá* y abruman el magín...; *pa* mí que vuestro *marío* lo entiende mejor. Los *quebraeros* de *caeza* son como las cometas de los rapaces, cuanto más guita se les da, más lejos vuelan...; mas ahora caigo en que *entoavía* no *vos heis desayunao* y yo aquí me estoy charla que te charla... Entremos, entremos ahí *drento*.

—Si no tengo apetito, pastor...

—¿Cómo es eso? Me figuro que no pensaréis *queavos* en ayunas por vía de penitencia. Hay que tomar algo *pa* entrar en calor... Pequeño, trae acá la *escuílla*...; *vos* ordeñaré un sorbo de leche.

Mila intentaba protestar, pero el pastor no le hizo caso.

—*Mirái*, entre el pequeño y yo ya hemos *secao* a la cabra. Por hoy tendrá que ser de oveja...

Y agarrando a una de éstas por una de las patas traseras, se agachó y comenzó la tarea. Iban los chorritos, rectos y delgados como agujas de marfil, cayendo con fuerza cuándo de una, cuándo de otra ubre, y la vasija se iba llenando con rapidez de nevada y humeante espuma que crujía levemente. Cuando estuvo colmada, el pastor se incorporó, echó al suelo de un soplo toda aquella espuma y alargó la taza a Mila. Esta experimentó al tomarla viva repugnancia: la leche trascendía a oveja a una legua de distancia, y la taza presentaba señales evidentes de haber bebido alguien en ella hacía poco. Pero el pastor la ofrecía con tan buena voluntad, que Mila no se atrevió a rehusarla. Apuróla de un trago y sin respirar, procurando reprimirse y no hacer ningún gesto que denunciara su repugnancia.

—¡Ajajá! ¡Veréis cómo se os alegra esa carita tan chica! Y *agora*, mientras el ermitaño está durmiendo, lo primero que hay que hacer es dar un vistazo a los *alreeores*.

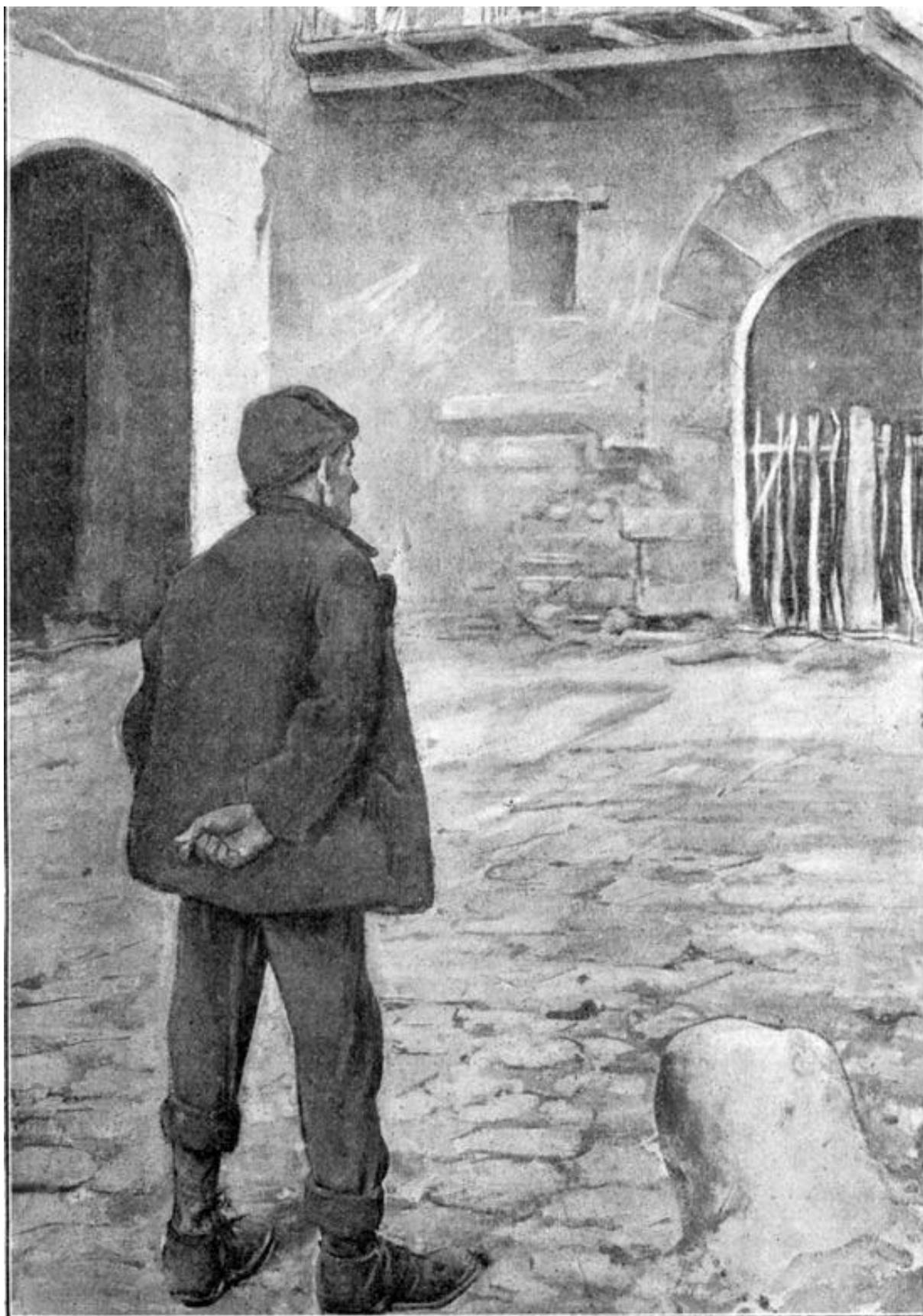
—Qué, ¿no tenéis que sacar hoy el ganado?

—¡Carape, entoavía es *mu trempano*! Hay que aguardar a que se seque la escarcha siquiera una miaja... Esto no es como la tierra baja, que en *seguía paece* un horno...; hoy no hay que contar con el sol hasta las diez...

—¿De modo que allá a las diez contáis que hará sol?

—Así lo creo, sin que sea esto asegurar que llegue a tostarnos la cara, ¿comprendéis...? Pero vemos alguna que otra clara... —y mirando a lo alto añadió—: La capa no es *mu* espesa...

—¡Ay, ojalá lo haga aunque no sea más que una chispita...! —exclamó Mila juntando las manos—. De seguro que todo esto, bañado por el sol, parece muy distinto... ¡Da tanta tristeza estar siempre viendo la neblina aquella desde la azotea!



¿QUÉ DIABLOS CHILLAS? ¿NO SABES QUE ARRIBA ESTÁN DURMIENDO?

Al oír estas palabras, el pastor se echó a reír otra vez.

—¡Voto al chápíro! ¿Tanto *mieo* vos mete la niebla? ¡Bien se ve que no sois montañesa! Pues *mirái*, a mí me alegra y me hace pensar unas cosas..., unas cosas... No *poéis figurarvos* cuánto me agrada, paseando con el rebaño por los picos *soleaos*, contemplar desde allá arriba el mundo *too* cubierto de niebla por debajo de mí. A veces creo oír unas voces, *mu* hondas..., *mu* hondas, y como no veo a *naide*, me figuro que serán las hadas esas que suelen andar por las orillas de los ríos mirándose en un espejo o lavando la ropa... ¡La niebla es cosa *mu* hermosa, ermitaña, no me lo neguéis!

Esto iban diciendo, según iban subiendo la escalera.

Ya en la cocina, mientras el pastor encendía la lumbre, fue Mila cortando el pan para la sopa; después colgó de las llares la olla. Hecho esto, bajaron de nuevo, desatrancaron la puerta forana, descorrieron los cerrojos y se echaron fuera precedidos del niño y del perro que se habían precipitado alocadamente por los yermos arriba, chillando el uno y aullando el otro.

Alzábase la ermita en mitad de un recuesto que a vuelta de sinuosidades se deslizaba hasta la cañada. A la derecha, allá algo lejos, sombreaban la ladera del Peñón Grande unos espesos pinares que se iban aclarando hacia la cúspide, y a la izquierda erguía el Peñón Mediano con su escarpada vertiente y su pelada cresta. En el fondo de la cañada veíanse unos bancales, al pie de los cuales había unos cuantos olivos desperdigados; y más acá se destacaban bajo el cielo gris las verdes copas de algunos almendros que, de puro verdes, parecían como arrepentidos de su pasado florecimiento.

A pocos pasos de la ermita se alzaban las ruinosas paredes de un corralón, junto a las que se veían dos pozos sin brocal, cerca de los cuales había unas grandes y profundas balsas llenas de agua pluvial, y por detrás del corralón iba el recuesto ensanchándose a medida que se extendía salpicado aquí y allá de matas de jara y romero en flor, entre las cuales descollaban, semejantes a grandes arborizaciones de coral blanco, dos higueras que despleaban sus rígidas y retorcidas ramas parecidas a los crispados dedos de un gotoso.

Allá a lo último y a mitad de camino de ambos Peñones se alzaba una loma pelada y rechoncha, que parecía la giba de una elevada mole de granito que cerraba el fondo del paisaje.

Por la escalerilla que a ellos conducía bajaron a los bancales, en cuya entrada se erguían dos cipreses centenarios que, juntando allá en la altura sus verdes copas, semejantes a dos gramallas que la garra del tiempo había dejado a trechos hechas girones, inclinaban sus cabezas para abrazarse.

—*Mirái*, ermitaña, qué hermosura de tierra de cultivo... Como en ratos de vagar me he *entretenío* en *recavala*, ya *puee agora* el ermitaño plantar en ella lo que le plazca. *Mirái, mirái* qué cargaos están de fruta estos almendros...; no ha mucho estaban *toos* blancos como en el corazón del invierno. ¡Daba gozo *velos*, *paecían* las montañas de Francia!

Pero Mila apenas paraba mientes en lo que el pastor le decía; toda su atención estaba fija en un montículo aislado que se veía allá en el fondo.

—¿Qué es aquello tan raro, pastor?

—El Elefante..., es decir, la gente de por acá lo llama la Pompa, pero a mí se me antoja que por su *parecío* le sienta mejor el otro nombre, ¿comprendéis?

Y como Mila confesara que ignoraba lo que eran elefantes, el pastor se lo explicó.

—No creo yo que haya sobre la tierra alimañas mayores. Andan sobre cuatro patas tamañas como pinos, ya veis. Tienen la piel enteramente monda, y lo más raro es que, *aemás* de una cola chiquita que les cuelga por detrás, como a los demás animales, tienen otra *mu* grande, *mu* grande, que les cuelga en *metá mesmo* de la cara...

Mila miró al pastor: éste no se chanceaba, hablaba muy en serio.

—¿Será por ventura este hombre otro exagerado como Matías? —se preguntó Mila a sí misma, sintiendo de pronto vacilar la admiración que hacia él experimentaba.

—Cierta día, camino de Muros, me tropecé con unos hombres que andaban haciendo comedias por las plazas de los pueblos y que llevaban consigo unos animales de esos. ¡Hermosas bestias! Al pronto me metieron *mieo*, ya veis, pero *aluego* hasta me hubiera *gustao* tener una por pura *fantesía*... Después no he vuelto a *velas* en jamás, y de eso que vos cuento hace ya sabe Dios los años: *entoavía* estaba yo soltero.

Mila se detuvo sorprendida.

—¿Sois casado, pastor?

—Viudo, ermitaña.

El vericuetto por donde iban bajando estaba, en el sitio en que se encontraban, algo resbaladizo, y el pastor dio la mano a Mila para que no se cayera; luego añadió con acento reposado:

—Veréis: acababa yo de bajar de mi tierra y llevaba la alquería de San Poncio. Había, a la sazón, en ella una sirvienta fresca como una rosa. Durante semanas y semanas no me atreví a otra cosa que a estarme contemplándola, hasta que un día, aprovechando la ocasión de encontrarme a solas con ella,

voy y le digo: «Vamos a ver, Lucía, *pa* mí que yo necesito una mujer..., ¿te convendría a ti por ventura un *marío*...?» Y *mirái*, sin más razones quedo *cerra*o el trato. Al *paecer* ella también tenía echao sus cálculos *dende* hacía algún tiempo... y así me casé... Como ella era algo parienta del ama y *aemás* yo siempre les había puesto a los de San Poncio las cuentas *mu* claras, éstos se empeñaron en que de *toas* pasadas teníamos que *quearmos* allí en las *mesmas* condiciones que hasta entonces y allí nos quedamos... Son en *verdá* los de San Poncio gente *mu* buena, ermitaña... Cuando me ocurrió la desgracia que voy a *contarvos*, se comportaron conmigo de un *moo* que me llegó al alma...; por eso *dende* entonces le tengo ley a la alquería y miro a *toos* los de allí como cosa mía...

—¿Y vuestra mujer, pastor? —preguntó Mila comprendiendo que a nuestro hombrecillo le era grata aquella conversación.

—¡Mi mujer, ermitaña, no duró más que ocho meses! ¡Lástima de mujer, porque en *verdá* vos digo que valía *too* el oro del mundo...!

El pastor hizo una larga pausa y luego prosiguió:

—Un día, habíase *limpiao* la pocilga y el carro, ya *cargao*, estaba *parao* en *metá* de la entrada a punto de marcha: en esto, al ir ella *pa* salir, el caballo arranca y me la coge entre el marco de la puerta y el cubo de la *ruea*...

—¡Virgen Santísima!

—Dicen que se retorció *toa* y dio un grito *mu* fuerte...

El pastor bajó la cabeza, y luego añadió lentamente y con voz conmovida:

—En seguía acudió *too* el mundo; y como estaba *mu adelantáa*, mandaron un propio que fuera a escape por el médico, y al rapaz que viniera a la montaña en busca mía... El otro llegó *enantes* que yo... Apenas pisé la puerta, ya la oí chillar de un *moo* que metía *mieo*..., *paecía* una res cuando la están degollando... Una vez arriba, me mostraron un angelito que cabía aquí, en el hueco de las manos... ¡*Probecillo*, habría *sío* como las propias rosas...! ¡Dios les tenga a los dos en su santa gloria...!

Mila lanzó una mirada sobre el hombrecillo aquel: se había quedado con los labios pegados y tenía los ojos completamente rojos.

—Y ¿no habéis vuelto a casaros? —preguntó tras breve pausa, por decir algo.

—Me ha *faltao* pecho, ermitaña... *Entoavía* tengo *clavaos* aquí en el *oío* los *alaríos* aquellos y me parece estar viendo a aquel angelito... La verdad es que sólo Dios sabe por qué hace lo que hace y que nosotros no somos más que míseras chispitas de polvo; mas... el trance aquel...

Y el pastor sacudió la cabeza como si no acertara todavía a consolarse de su desgracia.

Desde aquel punto y hora, miró Mila al pastor de muy distinto modo que hasta entonces. También aquel hombre placentero y risueño había sufrido la venenosa mordedura del dolor. Y a pesar de que aun después de tantos años sangraba por la herida, lejos de lamentarse y pasarse la vida llorando, tenía suficiente entereza, no sólo para sobrellevar serenamente los azares de la vida, sino para preocuparse por los demás. No, el pastor no se parecía ciertamente a Matías, y cuando afirmaba que había visto los elefantes aquellos, no cabía duda que era verdad.

Habiendo a todo esto recorrido los alrededores de la ermita, iban bajando por la cuesta en dirección a los pinares, atravesando breñas umbrías y accidentadas.

El Peñón Grande parecía querer desplomarse sobre sus cabezas, y a medida que avanzaban, iban percibiendo cada vez más cerca aquel ruido lejano que Mila había estado oyendo toda la noche desde su alcoba y que ahogaba a la sazón las risotadas del niño y los ladridos del perro, quienes, delante unas veces, y otras detrás, no cesaban un momento de andar correteando.

—¿Adónde vamos ahora, pastor? —preguntó Mila.

—Al Borbollón, ermitaña. Vos oí hablar de él y quiero *enseñárvoslo enantes* que *too* lo demás. El agua, mejor *entoavía* que la de la ermita, es por cierto *mu* saludable... Cuando la tragedia que justamente acabo de *contarvos*, suerte tuve de ella. Me había *queao* tan *acoquinao* que el señor médico de Muros llegó a temer por mí, y sin embargo San Poncio me libró de los males que me aquejaban...; no lo dudéis, ermitaña, San Poncio es un gran santo.

A Mila, entonces, le pareció estar de nuevo viendo a éste, tal como aquella noche se le había aparecido en sueños, todo contrahecho, con una mano en el arado y arrojándole con la otra bolitas de palomilla a la frente. Estremecida, llevóse maquinalmente la mano a la herida que tenía en ella.

El pastor, al notar lo, dijo:

—Esto se está curando *ello* solo, ermitaña. La *hería* se ha *cerraao* ya y *drento* de poco no se vos conocerá ni el rasguño.

Iban a todo esto andando cuesta abajo por un sendero que en inclinada pendiente resbalaba ondulando entre peñascales de roca viva y enormes pedruscos desprendidos del monte, entre los cuales resonaba el bramido que surgía del Borbollón, que el eco repetía con la obstinación de la fiera que pugna en vano por huir de la jaula.

En el preciso momento en que iba a descender por una angosta quebrada, que presentaba el camino, Mila advirtió de pronto que el *Mochuelo*, el perro del pastor, que venía a todo correr, se le estaba materialmente viniendo encima.

Haciéndose rápidamente a un lado, se quedó arrimada a una peña y el perro pasó como una flecha rozándole la falda.

Ella entonces se volvió y, al levantar la cabeza, reparó en Baudilillo que de pie e inmóvil la miraba con sus ojazos verdes, asomando por encima de la quebrada, muerto de risa, su carucha avispada y trigueña que Mila vio casi invertida. Al verse aquél sorprendido, dejó de reír y se puso súbitamente colorado.

Mila, al descubrir al niño, sintió arder de pronto en su corazón cierto anhelo febril.

El pastor que, a todo esto, había llegado abajo, al notar que Mila se había quedado inmóvil, hubo de decirle algo que, sacándola de su abstracción, le hizo seguir bajando hasta reunirse a los pocos segundos con él, en el sitio donde la estaba aguardando.

Apenas llegó a éste, experimentó una impresión parecida a la que hubiera sentido si la montaña se la hubiese tragado o si hubiese penetrado de súbito en una capilla como la de la ermita. Se hallaban en una verdadera caverna, en una especie de excavación practicada en la montaña, húmeda y fría en extremo y llena, además, de obscuridad. En el fondo de aquella gruta y a cosa de tres metros del suelo veíase brotar un manantial, cuyo sinuoso cauce iba a perderse allá, en el corazón de la montaña, en recónditos senos ignorados de los hombres. Manaba por la boca del manantial aquel un chorro de plata líquida que, deshaciéndose en sutilísimo polvo, se precipitaba con estruendo en una especie de pozo que ella misma había ido formando, para despeñarse luego, en multitud de regueros, por el angosto cauce del torrente, en busca de otro cauce mayor, por el que, finalmente, iba corriendo hasta llegar al valle.

—¡Qué agua más clara! —exclamó Mila, alborozada.

—No la hay mejor en el mundo, ermitaña —repuso con entusiasmo el pastor—. De haber atinado, hubiéramos podido traer un cantarito, y... a propósito, una cosa quiero *advertirvos*: si alguna vez se vos antoja beber, no se vos ocurra sacar el agua del Cuenco... En él se bañan de continuo personas y animales llenos de alifafes, y aun cuando el Borbollón la está constantemente renovando, ¡cualquiera la bebe! ¿no vos *paece*?

—El Cuenco decís, pastor, y ¿qué es eso?

—El pozo éste donde cae y se recoge *toa* el agua de este chorro grande..., por *drento* es como un cuenco, fijaos y veréis... Por lo *emás*, yo *pa* mis menesteres me las apaño *perfetamente*. ¿Veis este *canalijo* que está ahí al *lao*? Pues *mirái*, cuando queráis llenar el cantarito, no tenéis más que poner en él la boca y sorber, y *enseguía* empieza el agua a manar...

Como para confirmar prácticamente lo que el pastor acababa de decir, Baudilillo, aplicando los labios al caño, sorbió con fuerza.

—¿No le hará daño, después de la leche que ha tomado? —preguntó Mila.

—El agua del Borbollón —contestó el pastor— en jamás, que se sepa, ha hecho daño a *naide*: lo que sí se sabe cierto es que cura *toa* clase de lacerias. ¿*Pa* qué *metese*, pues, en más averiguaciones? Allá San Poncio se sabrá lo *emás*. *Leei*, *leei* con calma una por una *toas* las pinturas que se guardan en la capilla. Vale la pena de que vos enteréis de los muchos milagros que el santo ha hecho.

A todo esto, el rapazuelo, separándose de la fuente, se hizo a un lado, con la avispada carita de fauno toda empapada de agua. Mila, embelesada, sintió de nuevo, al mirarlo, el febril anhelo que poco antes había sentido.

¡Milagros...! ¡Milagros ha dicho el pastor poco ha...! ¡Veamos, pues!

Y Mila, echándose también de bruces sobre la peña y formulando mentalmente fervorosísimo voto, se puso a sorber con avidez aquel puro hielo que parecía quebrarle los dientes y quitarle la respiración...

Iban trepando de regreso a la ermita por el mismo sendero por el cual habían bajado hacía poco, y como en la noche anterior los ladridos del *Mochuelo* resonaban, repetidos por el eco, en diversos puntos de la montaña.

Mila dijo sonriendo:

—¡Qué miedo me causaron anoche las voces esas...!

—¿A que no sabéis lo que es?

—No sé lo que dijo Matías de las Trompetillas: ¿qué es eso de las Trompetillas?

—¡Las *encantaoras*, mujer! Vaya, ya veo yo que el ermitaño no vos ha *contao naa* de provecho... *Dejái*, que en cuanto haya lugar ya vos explicaré yo cómo es que las Trompetillas hacen la comedia de *remedar too* cuanto se oye.

Baudilillo, que marchaba delante, pescó al vuelo las palabras que acababa de pronunciar el pastor, y retrocediendo, corrió presuroso a colgarse de la mano de Cayetano.

Éste se echó a reír.

—¡*Mirái* este pequeño! —dijo—. En cuanto se habla de cuentos, se pega a uno como una lapa. Por tal de que le cuenten alguno es capaz de dejar que le chamusquen, ¿verdad?

El rapaz, sonriendo, se restregó la mejilla contra el hombro y se colgó con más fuerza de la mano del pastor.

—Pero ya ves..., la conseja de las Trompetillas es *mu* larga de contar y ahora nos espera la sopa. ¿Qué sacaríamos de *empezala pa* no poder *concluila*?

Baudilillo bajó la cabeza contrariado.

El pastor, al ver el gesto del niño, soltó una carcajada.

—¡No hay que enfurruñarse por eso, hombre! Vos la contaré mientras vaya la ermitaña aparejando la cena... ¿Te *paece* bien así?

El chicuelo levantó entonces su carita picaresca, sonrió, y soltando la mano del pastor, echó de nuevo a correr tras el *Mochuelo*.

—¡Eh, pequeño, *cuidao* con las zarzas! Que vas a *hacete* un siete en los calzones —gritó el hombrecillo viéndole apretar a correr sin mirar por dónde se metía; y luego añadió con ternura:

—¡*Paece* *mesmamente* una bala *perdía*...! ¡*Quiea* Dios que algún día no se *espeñe*! ¡Ah, los pocos años, los pocos años!

—¿No es de la alquería de San Poncio? —le preguntó Mila.

—Sí, ermitaña, es el chiquitín de la casa... Yo le *quieo* mucho porque es lo *mesmo* que un cordero y no tiene pizca de malicia. Cuando me siento *demasio* murrio, me lo traigo acá arriba pa que me sirva de compañía, y *mirái*, la pobre criatura no se apartaría nunca de mi *lao*; y *too* por las consejas. Durante la *temporaa* de invierno, cuando nos recogemos con el rebaño en su casa, me obliga a estar siempre rumiando *pa sacame* del magín nuevas consejas que *contale*.

A todo esto habían llegado a la cuesta situada a espaldas de la ermita. El pastor levantó de pronto la cabeza y exclamó:

—¿Qué vos dije, ermitaña? Ya el sol está ahí detrás; pronto asomará la *caeza*.

En efecto: entre el Elefante y Cimalta notábase, a través de las gasas sombrías del celaje gris, una tenue claridad, un pálido resplandor parecido a una enorme flor marchita.

Por fin llegaron a la ermita y no bien entraron en ella se echaron a balar todas las ovejas y corderos. Baudilillo se puso a cantar como un pájaro, y por las puertas, de par en par abiertas, pareció entrar, al mismo tiempo que ellos,

una ráfaga de vida que inundó toda la casa. Mila, no obstante, se sentía presa de una ira sorda al considerar que Matías seguía todavía durmiendo sin penas ni cuidados como si fuera un santito.

Mientras el pastor echaba un vistazo al puchero de la sopa, Mila fue a despertar a su marido.

—¿No te da vergüenza estar durmiendo todavía? Es la hora de almorzar.

Mila no tuvo tiempo de decir una palabra más. En la sala contigua sonaban los pasos del pastor que se acercaba.

—*Agora* que caigo, ¿*vos paece* que subamos al campanario antes de almorzar, ermitaña? —dijo, al aparecer.

—Como queráis, pastor...

La escalera de madera que a éste conducía era angosta como el cañón de un fusil y tenía los peldaños carcomidos y poco seguros. La escasa luz que penetraba por las prolongadas y estrechas troneras, abiertas a trechos en los muros de la torre, apenas disipaba las tinieblas que la envolvían.

Por aquellas troneras, como al través de la lente de un *tuttilimundi*, fue Mila viendo por partes un mismo paisaje siempre igual y compuesto únicamente de cielo y de montaña.

Una vez arriba, se encontraron debajo del cimborrio del campanario, que tenía la forma de un apagaluces. Al reparar Mila en las campanas, sintió cierto pavor. Suspendidas sobre sus cabezas, mostraban por la abertura circular de sus recios labios las negras fauces, de las cuales pendían, como lenguas baldadas, inmóviles y enormes badajos. En realidad, nada tenían de baldadas las tales lenguas: apenas el pastor tiró de las cuerdas que de ellas pendían, agitáronse ligeras, moviendo un estrépito atronador que fue en ondas sonoras propagándose por todos los ámbitos del monte.

—¿Qué estáis haciendo, pastor? —chilló Mila, tapándose los oídos.

—*Salúo* vuestra *llegaa*, ermitaña. Era menester que se hiciera alguna que fuera *sonaa pa* dar la *bienvenía* a nuestros huéspedes... —y riendo alegremente, siguió repicando de firme; hasta que viendo que Mila estaba ya aturdida, soltó las cuerdas—. Es menester que vayáis avezando el *oío* a esta música, porque el día de la fiesta *paece* propiamente que la montaña entera se viene abajo.

El panorama aquel que desde las troneras del campanario se iba por partes divisando, aparecía ahora completo y en toda su amplitud, con el mismo cielo y el mismo agreste paisaje que constituía su perenne y único asunto: el Peñón Grande a un lado, al otro el Mediano, cuya enhiesta silueta parecía el lomo de un enorme cetáceo, y al pie la áspera ladera llena de prominencias, hoyos y

malezas, que, hundiéndose en el abismo, iba a caer sobre una gradería de montañas que se perdían allá en lo hondo, entre tenues jirones de neblina.

Mila, viva y hondamente impresionada, se quedó por un momento inmóvil, contemplando con los ojos muy abiertos y los dientes muy apretados las montañas aquellas sepultadas en el fondo de aquel abismo.

El pastor, comprendiendo sin duda la impresión que experimentaba, se apresuró a decirle muy solícito:

—¡Cuando el sol está alto, es cuando está esto hermoso! Entonces sí que da gusto *velo*. *Toos* estos peñascos brillan como si fueran de sal o de diamantes. Aquellas montañas de allá bajo *paecen alumbraas* por el pie por *mu* gran luminaria, mientras el Peñón, allí *plantaos* y más azul que un caballo del diablo, las está contemplando con envidia. Hacia aquel lao, a la parte de allá de la *cañaa*, está Muros, que es una villa *mu* grande, y un poco más acá el Torrente de Malasangre, que siempre trae el agua bermeja.

Tras unos segundos de silencio, el pastor preguntó a Mila:

—¿A que no sabéis por qué trae ese torrente tan bermeja el agua?

Mila, como es natural, lo ignoraba.



Baudilillo

—Lo dicho, hay que *dale* al ermitaño un buen tirón de orejas. ¿Cómo habéis de encontrar bonitos estos parajes, si por lo visto no vos ha *explicao naa* de ellos? *Pa* que uno le tome querencia a un lugar es menester que le vayan contando c por b *too* lo que en él ha *pasao*. Por lo *emás*, habéis de saber que antiguamente hubo por *cima* de la villa que cae del *lao* de allá del Peñón un gran castillo, donde vivía un rey moro. Y aquel rey, que era dueño y señor de *toas* estas montañas, prohibió a los muchos vasallos que le *roeaban* el andar por ellas. Tan sólo eran *tenías* por horas de este mandato las mozas de quince a veinte años, a las cuales, caso de ser *pilláas*, se las llevaba al castillo a presencia del rey, el cual se *queaba* con ellas si le llenaban el ojo o les hacía cortar la *caeza* en redondo, en caso contrario, mandándolas luego arrojar al torrente de Malasangre, que por esto se llama así y trae el agua completamente bermeja. Y *dende* entonces *toos* los años por Nochebuena cuantos aciertan a pasar por el Puente del Golpe a las doce en punto, oyen unos *gemíos* y unos lamentos que salen del fondo del torrente y ponen los pelos de punta.

—¿Y qué es ello, pastor? —preguntó Mila temblando de miedo.

—Son los *quejíos* y los ayes que las *caezas* de las mozas *desechaas* por el rey moro exhalan al rebotar, separaas del tronco, por los estribos del puente.

Este espeluznante relato había hecho palidecer a Mila; pero ante la plácida sonrisa del pastor, que parecía asegurarle que no todo era tétrico y sombrío en aquellos agrestes parajes, fue recobrando poco a poco la serenidad.

—Reparo —prosiguió el pastor con su habitual sonrisa— que vos siempre miráis *pa* arriba como los ciegos...; hay que espaciar la vista, mujer. Todo lo del mundo tiene algo que merece ser visto... *Mirái*, si no, el rinconcito este de aquí abajo; ¿eh, qué tal?

Mila se inclinó sobre el antepecho del ventanal.

Ante la ermita se extendía una amplia explanada cercada de paredes y rodeada de añosos y corpulentos cipreses que, a pesar de ser mayores que los de los banales, crecían derechos y copudos semejando, con sus troncos completamente blancos, la columnata de un pórtico. Una escalinata con el arístón de los peldaños de piedra labrada, descendía desde la explanada hasta unos pinares que se veían más abajo.

Estaba contemplando Mila con deleite aquella explanada de aspecto severo y majestuoso, cuando de pronto descubrió, entre los verdes cogullos de dos cipreses, como una mancha azul que se estaba moviendo.

Sus ojos de lince no tardaron en averiguar lo que era aquella mancha.

—¡Un hombre, pastor! —exclamó como asombrada de tropezar de improviso con una aparición que no creía ya volver a encontrar en su vida.

A la vista de aquel hombre una nube cruzó por la frente del pastor.

—Es el Duende —dijo, y volviéndose hacia su interlocutora, añadió muy serio—: *Fijaivos* bien en él y no *olviéis* lo que vos digo, ermitaña. En *toa* la sierra no hay hombre más ruin que ese.

A todo esto, el pálido disco del sol había ido desembarazándose de los tenues celajes que poco antes le ocultaban, y la escueta mole del Peñón Mediano aparecía envuelta en suave y dorado fulgor.





IV

LIMPIEZA GENERAL

Consagrada desde hacía diez o doce días a la limpieza de la casa, cuyas puertas y ventanas todas tenía de par en par abiertas, Mila ponía en ello la asiduidad y entusiasmo con que suelen las mujeres llevar a cabo estas cosas. Con la falda recogida por encima de la rodilla y con el pelo en desorden, ni se estaba un solo momento parada durante todo el día, ni suspendía sus tareas hasta que ya la noche se le echaba encima.

Había encontrado la casa toda convertida en una verdadera pocilga; las paredes, que no habían sido blanqueadas desde hacía muchos años, estaban plagadas de tiznones, de rótulos, de dibujos chapuceros, de desvergüenzas que en ellas habían ido dejando algunos de los romeros que subían a visitar la ermita; pendientes del techo campaban las arañas en todas partes por sus respetos a dos varas del suelo, y los ángulos de las paredes aparecían dondequiera adornados de tupidas rinconeras; todo el pavimento estaba

materialmente cubierto de una capa de roña y el maderamen todo necesitaba una buena acepilladura de mano de carpintero.

Del plan general de limpieza que Mila se había trazado, no quedaba excluido rincón alguno de la casa; pero las piezas que con mayor urgencia reclamaban la proyectada medida eran, en la parte alta la cocina, y la capilla en la parte baja. Lo que más preocupó a Mila por el pronto fue la cocina, por ser donde ella tenía que estar más habitualmente.

—¿Quién sería capaz de hacer entrar en color aquellas paredes y aquel techo tan ahumados? ¿Qué fuerzas humanas bastarían a quitar aquella endurecida capa de verdín del fregadero? ¿Quién lograría devolver el brillo a tanta batería de cocina de cobre y de latón como colgaba de los clavos sin orden ni concierto, toda herrumbrosa, llena de porquería de moscas y cubierta de polvo?

Viendo el pastor a Mila tan apurada, procuró infundirle alientos.

—Esta ermita es un paraíso, ermitaña; lo que hay es que hasta en el mismo cielo es menester que la gente sea curiosa, ¿comprendéis? La ermitaña anterior era la criatura más sucia que ha *nació* de madre... De fijo que en los diez años que llevó aquí viviendo no se cuidó de dar *siquiea* un escobazo... Las *temporaas* en que criaba cerdo *enjamás* les faltaba a los santos compañía, y las gallinas no sólo se subían encima de la mesa *mu* campantes, sino que hasta se llegaban al plato a picar lo *mesmo* que uno estaba comiendo. Seguro estoy de que cuando no enfermé alguno de aquellos veranos, es que no soy de la misma *maera* que las demás personas, *mirai*... A veces hasta me daban tentaciones de hacer alguna *atrocía*..., como que en alguna ocasión se lo solté así al señor cura al *confesame*; mas a pesar de que el señor cura les dijo a su vez cuanto hay que *icir too* fue en vano, que no se *múa* fácilmente de natural, y a la postre no hubo más remedio que echar de aquí a aquella gente... El gobierno de una casa no es, a mi ver, tarea sencilla, y por lo visto aquella pobre mujer, la ermitaña, no servía *pa* tales *cuidaos*. ¡Vos ya es otra cosa! De seguro que no vos ahogáis en tan poca agua... y que en cuanto deis con el *sacuior* unos golpes, va a *quear too* más reluciente que un espejo.

Cerrando Mila los ojos ante la magnitud de la faena que iba a acometer, lanzóse a ella cual nadador que se arroja de cabeza al mar. Matías hubiera querido llevarla a Muros y a mil sitios más, con tal de retardar en lo posible aquella tarea a cuyo simple anuncio perdía por completo aquella placidez característica de su natural cachazudo; pero Mila se negó en redondo a sus pretensiones.

—Mientras esté la casa hecha un estercolero, no me vengas con paseos. A visitar al señor cura y a buscar provisiones, puedes ir tú si quieres; no es menester que yo te acompañe.

Y Matías tuvo que resignarse a dejar que hiciera su voluntad y a desempeñar las funciones de cosario mientras se iba poniendo la casa en orden. Esto era, al fin y al cabo, preferible a estar sacando agua del pozo continuamente o a tener que atender a las infinitas órdenes con que le abrumaba Mila en cuanto le echaba la vista encima.

Esta decidió con muy buen acuerdo proceder de lo más sencillo a lo más difícil, empezando por las habitaciones altas y acabando por las bajas, y no la emprendió con la capilla hasta tener todo lo demás tan limpio y ordenado, que no parecía —al decir del pastor— sino que los propios ángeles hubiesen realizado aquel prodigio. Mas luego, en cuanto escobas y escobones empezaron a enseñorearse de ella, pareció que la capilla entera se venía abajo. Los santos vacilaban en sus altares, de todas partes salían huyendo ratones asustados; las molduras carcomidas se venían al suelo hechas pedazos y las piernas y los brazos de cera quedaban medio rotas en la refriega..., y entre aquel revoltijo y en medio de la espesa y asfixiante polvareda, veíase a Mila ir de acá para allá braceando con ardimiento, limpiándolo todo y repasándolo todo sin perdonar rincón ni escondrijo.

Con tal ardor y ahínco se había lanzado a la pelea, que la gran revolución aquella le hacía experimentar una excitación verdaderamente voluptuosa.

Y he aquí que una tarde estando, encaramada en una especie de ménsula que por encima del ara formaba el altar mayor, rascando los dedos de un angelote, que servía de candelabro, para quitar la cera que tenía pegada entre ellos, al notar de pronto que ya iba obscureciendo, volvió instintivamente la cabeza, sin duda para mirar hacia fuera, y reparó en un hombre que estaba plantado en el dintel de la puerta.

Algo confusa, apresuróse a bajar del altar procurando enseñar las piernas lo menos posible. Estaba toda encendida y sofocada; bajo las pestañas cubiertas de blanco polvo destacábase el brillo de sus ojos claros y serenos, y el pañuelo rojo que llevaba atado a la cabeza para resguardar el cabello, le daba cierto aire de muchachote travieso. El hombre aquel se quedó mirándola como sorprendido. Era un payés de mediana edad. Iba mal trajeado, con una chaqueta de pana azul toda ajada y unos pantalones amarillos, también de pana, sujetos a la cintura con un cordel de esparto. Andaba despechugado y descalzo. Asomando por bajo la barretina, la cual llevaba calada hasta la nuca y con la punta echada hacia atrás y colgándole sobre el cogote y entre ambas

orejas, su cabeza huesosa y de color aceitunado parecía una calabaza vinatera. Por bajo de su abultada frente destacábanse dos enormes cejas casi corridas, que ocultaban una gran depresión del rostro, en el fondo de cuya oquedad brillaban unos ojucos muy chicos y saltones, de color indefinido, que parecían al moverse dos insectos ocultos entre malezas.

—Buenas tardes —le dijo Mila.

El advenedizo, inmóvil y con las recónditas pupilas fijas en ella, no contestó palabra.

Mila, que se sentía cada vez más desconcertada bajo el peso de aquella mirada penetrante, se ruborizó hasta el blanco de los ojos y procuró sonreír para disimular su turbación. El hombre aquel pareció entonces recobrar la acción y, desviando de Mila la mirada, se echó también a reír.

—¡Hu, hu, hu...! Buenas tardes —dijo.

Su voz era bronca y su modo de reír estrafalario. Consistía en cerrar los ojos y encoger el labio superior doblándolo hacia dentro, enseñando los dientes y encías de la parte de arriba. A Mila le bastó este rápido visaje para reparar en la blancura de los dientes de aquel hombre, relucientes como botoncitos de porcelana, y en el color rojizo de sus encías que parecían de chocolate.

El desconocido, a todo esto, se estaba rascando con la mano metida por la pretina del pantalón, y por último y tras unos segundos de vacilación, rompiendo a hablar, y con la mirada vaga, dijo borbotando que acababa de bajar de cerca de Cimalta, de Pie de Gallo, y que tenía tanta sed que había entrado para pedir un trago de agua.

—¡Ya! —dijo Mila con agrado—. ¡Subid, subid conmigo!

Y habiendo echado ambos escalera arriba, atravesaron todas las habitaciones de la casa hasta llegar a la cocina.

Una vez allí, Mila alargó a aquel hombre una silla al propio tiempo que le daba el porrón, pero él que, al parecer, no tenía ganas de sentarse y no quería más que refrescar el gaznate, se limitó a beber echando con toda calma grandes y repetidos tragos...

Durante esta operación lanzaba a intervalos por la gola sonidos semejantes a los que salen de una botella cuando se está vaciando, y a lo largo de la garganta destacábasele una enorme nuez que se le subía y se le bajaba. Cuando hubo bebido, jadeante todavía, se secó el sudor de la cabeza con la



barretina, que se había quitado, dejando por completo al descubierto aquella huesosa calabaza en que Mila había reparado poco antes.

Mila, que la estaba mirando, reparó entonces en la más rara frente que viera en su vida. Aquello no era una cabeza de persona, aquello era una pera. Tenía el alto y enorme frontal y los dos parietales hundidos por su base, como si se los hubiesen ceñido y apretado fuertemente con una argolla, y en cambio, la sobreceja, la cual se le prolongaba, por cierto, de sien a sien, resultaba tan prominente que parecía una cornisa volada.

El desconocido aquel contó que todo el día, desde antes de amanecer, había estado andando por el monte en busca de nuevas madrigueras adonde llevar el hurón el día siguiente; que en un solo día de la semana última había llegado a coger hasta seis conejos y que dentro de poco esperaba coger otros tantos; que todos los conejos los solía vender a las posadas y casas principales de Muros, y finalmente, que no había mozo de la escuadra que en punto a seguir un rastro aventajara a su hurón.

Tenía malas explicaderas y, cuando hablaba, esquivaba las miradas como asustado y la voz, ya de suyo bronca, acababa por ponersele completamente opaca como si algo le obstruyera la garganta. Cuando aquel hombre, después de atravesar el patio, se hubo marchado, Mila se volvió a la capilla pasando por el corral.

Entró en ella por la puerta de escape, situada detrás del altar mayor. Por la principal, abierta de par en par, penetraban los rayos del sol que, de sesgo, proyectaban a lo largo del embaldosado una ancha franja luminosa que se extendía hasta las gradas del presbiterio e inundaba de alegres resplandores la capilla, reverberando en los muros con inquieto fulgor.

Mila se encaramó de nuevo en el altar y siguió limpiando la manecita y la pierna del angelote de madera.

«Pero ¿dónde habré visto yo a ese hombre? —pensaba—, porque yo estoy segura de haberlo visto en algún lado. Aquellas encías tan extrañas y aquellos dientes tan blancos yo los recuerdo perfectamente...» Pero en vano estuvo rumia que rumia; no hubo medio de que recordara con precisión lo que deseaba. Por fin desistió de su obstinado empeño, que su afán de emprender cuanto antes el arreglo y aseo del Santo Patrón y de sus ofrendas acabó por hacerle olvidar por completo.

Los empecatados ojos del santo, imagen antigua y de tosca talla, eran la pesadilla de Mila. Sus párpados inferiores, muy caídos por cierto, tenían, como los de muchas personas de edad, el fondo completamente rojo. Estaban, además, los globos de entrambos pegados con tan poca simetría, que sobre

hacerle parecer bizco, daban al santo un aspecto sumamente raro. La rara fisonomía de éste, su vientrecito prominente y rechoncho y su enorme pie, parecido a una petaca, constantemente le traían a Mila a la memoria el sueño aquel de la noche de su llegada a la ermita, con la burlona socarronería del santo que tanto la había molestado. Por otra parte, todo aquel cúmulo de ofrendas; bracitos y piernecitas como entumecidas y semejantes a miembros amputados al cadáver de algún niño, muletas que manos poco limpias habían manchado con su sudor, cabelleras cortadas a sendas testas, y la gran copia, en fin, de roñosas y confusas tablillas que cubrían paredes y columnas, se le antojaba materia contumaz y contagiadora de aquellas propias diversas enfermedades que cabalmente estaban pregonando y exhibiendo con ese cinismo característico de algunos lisiados. Así es que, cuando por casualidad rozaba, siquiera fuese con la punta de los dedos, alguna de aquellas infinitas polvorientas reliquias de la enfermedad, sentía por todo su cuerpo un escalofrío que le hacía retirar la mano con presteza. Por esto iba siempre dejando para más adelante la ingrata tarea de emprender la limpieza de todo aquello.

Entre tanto, y siempre con la vaga esperanza de poder encajar a otro semejante carga, se iba entreteniendo en dar otra mano de limpieza a los altares, en barrer de nuevo el enlosado y en ordenar de modo distinto el bosque aquel de cirios de todos tamaños, del grueso alguno del brazo o de la pierna de una persona, adornados todos con guirnaldas en espiral, con letras doradas y con escarolados de papel de vivos colores...

Mas como ya las desconchadas y descoloridas molduras hubiesen recobrado en lo posible su dorado brillo, y los santos, cada cual en su peana, sonriesen todos con su sonrisita de bienaventurados, luciendo sus ropitas de los días de fiesta; como estuviesen ya recosidos todos los flecos y colocados los blancos y bien olientes blandones en fila a lo largo del presbiterio, y no se hubiese presentado, sin embargo, la esperada ayuda, no tuvo Mila más remedio que tomar por su cuenta las ofrendas aquellas que, cual estalactitas en el interior de una gruta, colgaban de todas partes chorreando, olvidadas y silenciosas, quiméricos dolores.

—¡Es tanto lo que hay que limpiar, Matías, que yo sola no acabaré nunca...! Si quisieses ayudarme —habíale dicho a su marido descorazonada y con la expresión del desaliento en sus claros ojos.

Pero Matías, en lugar de responder a sus ruegos, se limitó a hacer que se rascaba el cogote e insinuó, a vuelta de mil vacilaciones, que, precisamente, el párroco le había encargado que fuese aquel día a verle...

—¡Pobrecito! Anda, hijo mío, anda, ve a ver al señor cura, no sea que te eche de menos —le dijo Mila sonriendo amargamente, sin dejar que acabara de formular sus excusas.

Y en un arranque de despecho, sacó del pozo un cubo de agua, cogió un trozo de jabón y unos estropajos, y se marchó a la capilla. Una vez allí, sin ayuda de nadie, pero con listeza tal que parecía multiplicarle las manos, emprendió su tarea comenzando por la limpieza de las tablillas de los exvotos. Uno a uno los fue descolgando todos y sacudiendo luego y lavando y raspando hasta que hubieron soltado la pátina de añeja roña que los cubría.

Fue para la buena mujer una agradable sorpresa ver como iban surgiendo en ellas, a la caricia del áspero estropajo, todo un mundo de colores chillones y de objetos y escenas diversas, hasta entonces ignorados: montañas cuyas crestas simétricas se destacaban sobre el fondo del espacio como onduladas tiras de randa, mujeres que rodaban por la escalera con el pelo en desorden, rojos caballos desbocados en prados de esmeralda, casitas de nacimiento devoradas por tremendos incendios, naves a punto de zozobrar y cuya tripulación imploraba sobre cubierta el favor del cielo con los brazos en alto a modo de íes griegas de silabario..., toda una gama, en fin, de colores de tono chillón, toda una plástica de actitudes bárbaras y extraordinariamente expresivas, de las cuales se valía, por medio de infantiles garabatos, un arte efectista y candoroso, del que se desprendían un hechizo recóndito y una fe sencilla como el perfume de las flores silvestres. Penetrando éstos hasta el corazón de Mila, fueron amortiguando insensiblemente la prevención que ésta sintió en un principio hacia aquellas tablillas, las cuales, no sólo desde aquel instante pasaron a ser para ella cosa familiar y corriente, inspirándole impulsos de curiosidad unas veces, movimientos de simpatía otras, y otras, por último, pasajeras ráfagas de miedo, sino que, finalmente, vistas en plena luz, ya del todo limpias y resplandecientes como si estuviesen recién pintadas, y cuando las hubo puesto a secar al sol, acabaron por provocarle verdadera risa. Contemplando Mila aquel vasto enjambre de tabletas desparramadas por el suelo, creyó encontrar cierta analogía entre ella y *el viejo de los romances*, un sujeto alto, flaco y desgalichado que solía acudir todos los años a su pueblo el día de la feria y que montaba en la plaza mayor su puesto, consistente en una serie de tirantes cordeles sujetos a lo largo de la pared de la casa del herrero, y en los cuales colocaba, doblados por la mitad, infinidad de papeles de diverso color. En dichos papeles, ante los que de niña tantas veces había permanecido embobada horas y horas, también como en las tablillas aparecían pintados incendios, caídas, personas en actitud de ser arrastradas, y

mil suertes, en fin, de escenas y sucesos horripilantes y de narraciones aún más horripilantes que los sucesos mismos. La única diferencia que entre aquellos y dichas tablillas hubiera podido advertirse, era la de que en donde en éstas se leía *milagro*, decía en los primeros *desgracia*, y de que mientras en ninguno de éstos figuraba por lo común la aparición de ningún santo, en ninguna de las tablillas faltaba San Poncio, pintado en alguno de los ángulos apareciéndose entre nubes y siempre en la misma actitud: una mano en alto y la otra soldada al báculo episcopal. Por más que hacía, no acertaba Mila a explicarse el inmenso prestigio por el santo conquistado y patente allí dondequiera que se dirigía la mirada; y aun cuando muy a menudo, alzando los ojos, los clavaba en él, meditabunda y con el vivo deseo de que le infundiera el mayor respeto y veneración, un escepticismo instintivo la llenaba de dudas y le inspiraba el vago temor de que jamás dejarían de existir entre ella y el glorioso Patrón de la comarca ciertas incompatibilidades, cierta secreta enemiga.

Y sin duda para distraerse de esta aprensión que a su pesar la inquietaba, procuraba reanudar cada vez con más ahínco su tarea.

Limpios ya los cuadritos, les tocó el turno a la sarta de huevos de avestruz, traídos de remotos parajes, a los barquichuelos en miniatura atestados de cuerdas y poleas a guisa de grandes navíos, a los manojos de pelambreras ásperas y reseca como el esparto y que después de tantos años de cortadas trascendían aún a insanos sudores, a la colección de zapatos que, pies lisiados habían dejado convertidos en deformes pezuñas, a multitud de rosarios traídos de Jerusalén y cuyas cuentas por lo gordas semejaban almendras, a todo aquel conjunto, en fin, de cosas heterogéneas hacinadas en confusa mezclanza en el interior de aquella especie de refugio de la piedad, parecido, gracias a ellas, a un bazar morisco.

Entre tantos objetos para Mila completamente indiferentes, hubo uno, sin embargo, que la conmovió vivamente, y fue un vestidito blanco de seda, guarnecido de randas antiguas y de imponderable finura. La seda habíase puesto amarillenta y las randas deshacíanse en polvo con sólo tocarlas. Además, de tal modo, a consecuencia de haber estado la capilla largos años sin ventilar, se había incrustado en todo él la capa de polvo que lo cubría, que el vestidito aquel, de puro rígido, parecía engomado. Al ir Mila a sacudirlo, echó de ver que sus pliegues, pegados los unos a los otros, estaban, además, completamente apolillados, como si los hubiesen ido llenando de agujeritos con un taladro, así es que se apresuró a dejarlo, colgándolo de nuevo en la pared cuidadosamente, por miedo de que se le deshiciese entre las manos.

Mas a pesar de su rigidez, cuantas veces lo contemplaba, imaginábaselo Mila, llena de ternura, cubriendo las carncitas blandas y sonrosadas de una criaturita de pocos meses, con los diminutos puños apretados desasosegadamente, los ojos embobados y la boquita de pez; de una de esas monadas, en una palabra, por las cuales siempre, hasta de soltera, se había perecido.

Terminada ya la limpieza no sólo de las ofrendas, sino de la capilla toda, hallábase Mila en la explanada, donde, puesta de rodillas, estaba limpiando muy tranquila y sosegadamente una bandeja, cuando vio de pronto aparecer en el recuesto que formaba el Peñón Mediano al pastor que, seguido de Baudilillo y del rebaño, iba bajando lentamente por la cuesta abajo con la gorra de pelo caída sobre las cejas y su cayado de almez colgado del brazo.

Sin acertar a explicarse de ello la causa, sintió un vivo deseo de llamarle la atención, y procurando ser oída, púsose a cantar la *Hija del Buhonero*. Mas cuando vio que el pastor, levantando la cabeza, había reparado en ella, también sin saber por qué se arrepintió inmediatamente de lo que acababa de hacer.

Al llegar a una senda que se ladeaba hacia Levante en dirección al corral, torció el niño por ella seguido del rebaño; el pastor, separándose de ellos, se encaminó por el atajo a la explanada donde Mila se encontraba.

—¡Buenas tardes *mos* dé Dios! —dijo al llegar junto a ésta—; ¿trabajando *entoavía*, ermitaña...? *Paéceme* que lo tomáis con *demasio* calor... ¡Ni tanto ni tan calvo! Temo que a los santos les siente mal tanto trajín; ¡estaban los pobrecillos tan poco acostumbraos a estos trotes! Aquí en la sierra hay que tomar las cosas con cachaza, mujer, y si no me creéis y *too* lo hacéis en un día, tanto peor *pa* vos que no sabréis *aluego* en qué pasar el tiempo.

El pastor había hecho a Mila todas estas reflexiones cómodamente arrellanado debajo de un ciprés y siempre con la sonrisa en los labios.

Después ella, contenta como un pájaro, le fue enseñando minuciosamente la obra magna que había llevado a cabo.

Él para todo tuvo frases de elogio, aunque sencillas, llenas de cortesía.

—¡Hay que *confesalo*, ermitaña! *Enjamás* se vio San Poncio tan bien *cuidao*. Ha *quedao too* como un ascua de oro. *Enseguía* que vos vi, me figuré que erais una alhaja. Mañana, así que me levante, me planto en Muros y se lo cuento *too* al señor cura. De seguro que en cuanto venga y lo vea por sus propios ojos, de puro contento, brinca de gozo.

—¡Por Dios, pastor! —repuso Mila azorada—. No quiero que venga hasta que esté todo listo. Todavía quedan por limpiar y planchar las sabanillas de

los altares todos.

—Bueno, aguardaremos a que tengáis corrientes las sabanillas; pero, entendámonos, con la condición de que ha de ser cosa de pocos días, porque, la verdad, ya estoy yo rabiando por *traelo*... Y qué —preguntó de pronto y cambiando bruscamente de conversación—, ¿*vos hais* ido ya enterando de *toos* los milagros de San Poncio?

—No he hecho otra cosa durante estos tres últimos días, pastor —contestó Mila, sonriendo y mirando a éste con expresión picaresca—; y por cierto que ¿sabéis que en punto a milagros no se quedó el santo nada corto...?

—¡Ah, hereje, más que hereje! Porque lo que es algo hereje, no hay que negar que lo sois. ¿Cuánto va a que no me engañe? En fin, lo que tenéis que procurar es que el santo no se enoje y os suelte a lo mejor una zurra con el báculo aquel que lleva —contestó el pastor entre serio y jocoso.

—¡Pobre de mí, bueno fuera...!

—¡Pobrecillo San Poncio...! Digo yo. ¿*Vos* figuráis que no lo noto que le miráis a veces con malos ojos? Y esto no está bien, ermitaña —prosiguió el pastor muy serio y en tono de amonestación—. Al santo hay que *querele*. ¡Ah, si *vieais*...! No hay tribulación de que él no le saque a uno. No tenéis más que venir aquí, hincaros ante él de *roillas* y *contale* ce por be *toas* vuestras cuitas. Él entonces *vos miraá* de hito en hito, y veréis cómo *enseguía* el corazón *paece* que se *vos ensancha* y se *vos quea* libre de *too* pesar... ¡Oh San Poncio, San Poncio...!

Y dicho esto, el pastor, conmovido, se quedó como abismado en sus reflexiones, hasta el punto de que a Mila le hizo el efecto de que había huido volando, lejos, a remotas regiones; aunque bien pronto, recobrando su habitual sonrisa y su viva mirada, volvió a ser de nuevo para ella el pastor de siempre.

—Se me ocurre una idea, ermitaña..., tendríamos que hacer *agora mesmo* y en *toa* forma la prueba de vuestra obra... —Y como ella se quedara mirándole como interrogándole con los ojos, añadió—: Tengo que bajar un momento a acorrallar el rebaño, que ya vino el pequeño; aguardad, vuelvo *enseguía*.

Y sin decir más, la emprendió por la cuesta del eriazó abajo a grandes zancadas. Mila fue viéndole desaparecer poco a poco en la revuelta de la cuesta, las piernas primero, el cuerpo luego y finalmente la gorra de pelo.

—Nadie diría lo bueno que es este hombre. Parece padre o hermano de todo el mundo —pensaba ella mientras le iba siguiendo con la mirada.

Cuando ya lo hubo perdido de vista, inclinóse y cogió la bandeja de latón que había dejado a medio fregar.

Tenía ésta, que estaba algo vieja, una inscripción latina todo alrededor, grabada en letras muy gordas que ella no había sabido descifrar.

En el borde liso que la orlaba, presentaba la bandeja una abolladura, producida sin duda por algún golpe y cuya concavidad vendría a tener próximamente las proporciones de medio cascarón de avellana. De pronto dióle a Mila la tentación de mirarse en aquel huequecito. Por cierto que para limpiarlo bien de la espesa capa de verdín que lo cubría, se había visto precisada a dejar en él poco menos que las uñas y el zumo casi entero de un limón. Al mirarse distinguió en el fondo su propia cara aunque muy en pequeño, clara y detallada como una fotografía iluminada.

—¡La verdad es que estoy así bonita! —pensó después de estar un momento contemplando atentamente su imagen; y llevándose de pronto la bandeja a los labios, depositó un beso en el fondo mismo del hoyuelo.

Mas poniéndose, cual poco antes, como la grana, miró en seguida a todos lados temerosa de que alguien pudiese haberla visto.

—Pero, señor, ¿cómo me darán hoy estas ocurrencias tan raras? —pensó confusa, y aunque los ojos se le llenaron de lágrimas, cuando el pastor estuvo de vuelta, se quedó mirándole, ya sonriente de nuevo, con la mirada a un tiempo picaresca y tímida del niño que acaba de hacer alguna travesura.

Una vez allí el pastor, que blandía una larga caña, pidió un cabito de vela.

Mila le dio uno de sebo. El pastor, entonces, lo puso atravesado en un corte que ya a propósito tenía la caña en uno de sus extremos y dijo a la ermitaña:

—*Haceime* el favor de entornar la puerta.

Mila, atravesando toda la capilla, llegó a la puerta y entornó maquinalmente una de sus hojas primero y luego la otra; una vez entornadas, quedóse sin acabar de soltarlas, contemplando inmóvil y embelesada la marcha del carmín, que el sol al ponerse había dejado sobre la cumbre de un monte que se alzaba allá en el último término del horizonte y la cual, vista a través de la abertura que quedaba entre ambas hojas de la puerta, parecía propiamente un salivazo de sangre.

—¡Cosa más rara...! —pensó— El sol está como si acabase en este momento de morir... ¡que triste es, tener que morir...! —y de pronto la idea de la muerte cruzó por su mente, rápida como una exhalación, produciendo en su espíritu una sensación vaga y penosa.

Al volverse hacia el presbiterio, no pudo contener una exclamación de sorpresa.

Cuantas hachas, blandones y cirios había en la capilla, estaban ardiendo... Las rojas llamas destacábanse titilando en la penumbra sobre el fondo de oro refulgente del retablo, que parecía un fantástico tapiz agitado por manos invisibles.

El pastor con la cabeza descubierta y armado todavía con su caña, estaba viendo, plantado en mitad de la capilla, el sorprendente efecto que producía la iluminación.

—¡Jesús!, ¿cómo os ha dado la idea de hacer esta luminaria?

El pastor, que andando de puntillas había ido a colocarse a su lado, le contestó:

—La gente de aquí es tan necia, que no sabe sacar *partío* de las cosas. A pesar de que son muchos los cirios que le regalan, el santo este se *quea* por lo regular a obscuras durante too el año. Sólo el día de la romería suelen *ponele* por la mañana unos cuantos cirios *pa* que le alumbren; mas no bien se ha *terminao* la misa, vuelven a *dejale* en las tinieblas hasta el año siguiente. Por *añaiura*, ni son esos benditos capaces de comprender estas cosas, ni hay entre *toos* ellos uno solo que tenga pizca de devoción... No piensan más que en comer y bailar y *divertise* como locos... Vos aseguro que da pena *miralos*... Está visto: fiesta de muchos, fiesta de nadie, ¿no vos *paece*? A mí las diversiones me gustan sin pregón y *pa* mí solito..., así, cuando menos, nadie me estorba.

Y dicho esto... dándole a Mila con el codo, le hizo seña de que le siguiera.

Hízolo ella así. Atravesaron la capilla, y cuando estuvieron debajo del coro, obligóla el pastor a sentarse en un poyo que había en uno de los rincones más oscuros, y se sentó a su lado.

—Ahora, ermitaña —le dijo—, fijaos bien, *mirái* esta hermosura. ¿No vos *paece* aún más bonita esta luminaria que relumbra por *toas* partes, que los mismísimos rayos del sol...? Pus con *too*, la gente de por acá no ha *sabío percatase* de esto. Por lo visto están ciegos, y los pobres se van de este mundo sin haber *sabío* disfrutar de las cosas de mérito.

Y dicho esto, el pastor se quedó inmóvil contemplando silenciosamente y como embelesado la espléndida iluminación que ardía allá en el fondo, y Mila, a pesar de tenerlo allí junto a sí, en aquel mismo sombrío rincón de la capilla, y de estar viendo, con el rabillo del ojo y llena de recogimiento, la expresión extática de su cara lampiña y la pálida amarillez de su frente de

antiguo preñada de ensueños y meditaciones, como ya en otras ocasiones le había ocurrido, comprendía claramente que el pensamiento de aquel hombre, muy lejos de allí, estaba en aquel momento vagando por lejanas y misteriosas regiones.

La vasta e infranqueable muralla de la indiferencia en que hasta entonces había estado encerrada la monótona existencia de Mila, empezó desde aquel momento a cuartearse, filtrándose solapadamente, al través de sus hendeduras, multitud de sensaciones que, insanas y atormentadoras, parecían espíritus malignos abortados de en aquel mismo instante por las propias entrañas de la sierra.





V

SUMANDO DÍAS

Mila, que tenía ya casi ultimada su magna obra de limpieza y arreglo, iba encontrándose de día en día más a gusto en la ermita. Aunque se hubiese recorrido el santuario de arriba abajo, no hubiera habido el peligro de descubrir por parte alguna la más insignificante mota de polvo, ni de tropezar con un chisme que no estuviera en su sitio, ni de dar con un rincón en el cual no hubiese la escoba penetrado todavía. Los trastos viejos de la habitación de detrás del altar mayor habían sido trasladados al sótano de la capilla, en donde estaban hacinados; en el corral se había extendido por el suelo una capa de heno cortado por el pastor en los cercanos eriales y puesto luego a secar en la solana de mediodía; hasta el pozo negro, en el cual desaguaba el fregadero, había sido limpiado y baldeado, habiéndose reclavado uno por uno hasta dejarlos todos bien firmes los inseguros peldaños de la torre del campanario.

La torpeza de Matías, que no acertaba jamás a traer lo que se le encargaba, hizo aprender el camino de Muros a Mila, que, en unos cuantos viajes, fue poco a poco trayendo de allí, para proveer la despensa, cuándo su cuarto de arroba de trigo para pan, cuándo su saco de patatas, cuándo buena

provisión de bacalao, esto sin perjuicio de poner, al propio tiempo, muy adornada la campana de la chimenea, que colgó con anchas randas de papel verde, y muy arregladito el vasar, cuyo ajuar procuró aumentar con algunos platos blancos y media docenita de jícaras. Además, y como resultado de tales viajes, veíanse en el cobertizo contiguo a la casa unos cuantos gazapos que movían irónicamente su fino hociquito; en el oscuro camaranchón del corral dos gallinas cluecas estaban empollando con ahínco; habíase formado en la tierra de labor un pequeño semillero en cuyo tablar estaban ya las simientes a punto de reventar; y en una larga hilera de pucheros rotos y de lebrillos resquebrajados, puestos todos en fila encima de la baranda de la azotea grande, aparecían multitud de florecillas encarnadas que mostraban ya abierta su corola de fuego, de maravillas dobles que estaban brotando, y de rojos claveles que se abrían sin recato a los besos del sol.

Aquella preciosidad de flores, que constituía para Mila la nota más alegre de la ermita, era debida a la amabilidad del pastor. Habiendo manifestado en cierta ocasión que prefería estar sin comer a carecer de flores, el día siguiente llevóla aquél a la alquería de San Poncio, a cuya dueña rogó que diera a Mila algún esqueje que prendiera fácilmente. Mas aquélla que, sobre tener el huerto convertido en un verdadero jardín, era generosa de suyo, no sólo invitó a Mila a que escogiera ella misma lo que quisiera, sino que le proporcionó macetas y ordenó además a Arnaldo, su propio hijo, que arrancara las plantas, encargándole que procurase sacarlas con cepellón y todo, para que prendieran sin dificultad.

Aún le parecía a Mila estar viendo cómo aquel guapo mozo, recio y gallardo como una encina joven, con la cabeza descubierta y las piernas abiertas en forma de arco sobre las matas, iba, de un certero golpe de azada, sacando enteritos los cepellones sin estropear una sola raíz. Como el pastor le había contado que Arnaldo, que había entrado en quinta hacía dos años, llevaba relaciones con una muchacha de Huerta del Río, muy jovencita todavía, regularmente acomodada e hija única, con la que pensaba casarse en cuanto cumpliera ella los veinte, ya se estaba Mila imaginando lo sanos que habían de ser los retoños humanos que nacieran de tan buena planta.

Los de San Poncio, sobre regalarle las flores, no sólo le vendieron huevos para empollar, sino que además le prestaron algunas cluecas, por todo lo cual quedó Mila tan agradecida, que en sus frecuentes idas y venidas a Muros no acertaba a pasar por la alquería sin entrar en ella para saludar a aquella buena gente, a la que no parecía sino que había tratado durante toda su vida. De ordinario solía encontrar en la casa a la abuela, que siempre la invitaba a que

se sentara junto al fuego, para acompañarla siquiera un ratito, y a la dueña, que por lo regular le encargaba que le trajera algo de la villa: el indispensable centimito de azafrán, el paquete de fósforos de tea, sanguijuelas de confianza que a lo mejor hacían falta...

Al decir de muchos, el ama de San Poncio había sido, de joven, bastante vistosa; mas a la sazón, marchita su belleza a consecuencia de las inclemencias del sol y de las heladas y a causa de las fatigas de la vida campesina, agravadas con la crianza de ocho hijos, era una mujer alta y enjuta de carnes, de tez ajada, llena de obscuras manchas y surcada alrededor de los ojos y de los labios de arruguitas tan finas e imperceptibles, que parecían producidas con el filo de una navaja. Mas así y todo, la sencilla y atractiva llaneza que constantemente se advertía en la expresión de sus doradas pupilas, en su afable trato y en su voz clara y vibrante, le captaban bien pronto las simpatías de todo el mundo.

Tanto es así, que, a pesar de llevar muy poco tiempo tratándola, Mila se atrevió cierto día a pedirle un favor muy grande.

—Oíd, Marica —le dijo—, ¿para qué queréis tantos hijos a vuestro lado? Dejad que me lleve al pequeño, a Baudilillo. ¡Me acompaña tanto allá arriba! A vos, de todos modos, os han de quedar aún más de los que seguramente os hacen falta para las faenas de la alquería; yo, en cambio, ya lo veis, no tengo ni uno.

Según iba Mila hablando, Marica la escuchaba y se sonreía.

¡Ahí es nada lo que le pedía! Cederle uno de los chicos y nada menos que el mocosillo, el mimado del padre y de la abuela, y cabalmente cuando había llegado la ocasión de mandarlo a la escuela para que empezara a ir aprendiendo algo... Al ver, empero, que aquélla, a pesar de convenir en que tenía mucha razón, se quedaba algo triste, acabó por transigir, accediendo a que se llevara al chiquitín, aunque sólo por una temporada... hasta que Mila se hubiese acostumbrado a la ermita.

Esta, aquella misma mañana, no bien llegó a su casa, empezó a buscar a Matías por todas partes. Por fin logró dar con él; estaba el hombre medio dormido y tumbado a la larga a la sombra de los cipreses de los bancales, y tirándole bruscamente de una oreja, le dijo, procurando despertarlo:

—¡Arriba, gandul! ¿No sabes? Te traigo una buena noticia... ¡Vamos a tener un niño...!

Matías, al oír esto, dio, según estaba, una vuelta completa y se quedó mirando a Mila. Cortada ésta ante semejante extrañeza, se ruborizó hasta el blanco de los ojos, y dejando caer una de sus manos sobre el hombro de su

marido y recobrando su habitual seriedad, contó a éste la conversación que había tenido con Marica la de San Poncio.

—¡Bah...! ¡Sabe Dios lo que me había figurado! —dijo Matías por todo comentario; y estirando una de las piernas que tenía encogidas, se quedó de nuevo con los ojos entornados.

Semejante indiferencia hubo indudablemente de mortificar a Mila, pues no sólo se incorporó y marchó sin añadir palabra, sino que bastó lo ocurrido para que anduviera enfurruñada durante todo el día. Por lo visto, al siguiente no se le había disipado todavía el malhumor, pues por la mañana, al ver salir a Matías de la sala muy satisfecho, con su zurrón al hombro y una urnita de madera con su portezuela de cristal que pendiente del cuello le caía en medio mismo del pecho, sintió tal raptó de ira que se descompuso por completo. En el interior de la vitrina, forrada de rojo papel aterciopelado, veíase una imagen como de media cuarta, completamente rodeada de colgajos de escapularios, de rosas de papel de colores colocadas en búcaros de estaño y de rosarios benditos. Era aquélla la imagen de San Poncio, rígido y amarillento como un tísico, sobre una peana guarnecida de diminutos caracoles y conchas marinas.

A pesar de saberlo de sobra, Mila, toda nerviosa, le preguntó que adónde iba con aquello. Matías, de pronto, se limitó a sonreír muy satisfecho, mas luego se atrevió a insinuar:

—Dicen que es una mina, chica... Ayer me contaba el Duende que el ermitaño anterior hubiera podido vivir perfectamente sólo con lo que esto produce.

Ella entonces estalló:

—¡Y no es una vergüenza que, a pesar de cuanto diga el Duende, un hombre que está como tú tan sano y bueno, ande por estos mundos de Dios mendigando una limosna!

Mila pronunció estas palabras despechada, agresiva, llena de ira, apretando los dientes y en tono de profundo desprecio.

Desconcertado Matías, como le acontecía siempre que ella le embestía de frente, apenas se atrevió a murmurar:

—¡Yo...! ¡Ya ves, mi deber es ir a pedir... para el santo...!



LE PREGUNTÓ QUE ADÓNDE IBA CON AQUELLO

—Para el santo, ¿verdad? —y añadió, sonriendo amargamente y con sorna —: ¿quieres que te diga por qué deseas tú irte por ahí a pedir? ¡Para matar el aburrimiento de tu vida de haragán, porque a ti mismo te está ya dando grima pasarte el día tumbado a la bartola!... ¡Señor, que encima de haber tenido por tu culpa que vender la casita del tío y que salir de mi tierra para venir a esta madriguera de zorros a enterrarme en vida, tenga ahora que verte andar con la mochila a cuestras de puerta en puerta, como un perdulario o un hambriento!

A pesar de que aquella salida de pie de banco le había dejado verdaderamente desolado, Matías que, levantado de cascos por el Duende, no soñaba desde hacía veinticuatro horas más que en la colecta, de la que tan pingües beneficios y grata distracción se prometía, no se atrevió a protestar ni a contradecir a su mujer de un modo abierto. Conocía a ésta perfectamente, y sabía por experiencia, que si bien era capaz de estarse uno y otro día devorando en silencio sus contrariedades, llegaba momento en que, cual suele acontecer a las personas de carácter sufrido y resignado, perdida ya la paciencia, sobrevenía la explosión y se hacía inaguantable. Y a él aquellas explosiones le infundían verdadero pavor. Débil y cobarde, cual todo ser inactivo, y falto además del talento necesario para disuadirla cuando se aferraba a una idea y de decisión para reprimir con entereza sus arrebatos de cólera, perdía por completo ante ella la serenidad. Por esta razón había adoptado él partido de amainar en cuanto se veía la tempestad encima, sin perjuicio de volver, una vez pasada ésta, a ponerse a flote impasible como una boya, gracias a su pasividad socarrona y cachazuda.

Aquel día, hizo por consiguiente lo que siempre: quitarse de en medio y largarse a pasear su decepción por los alrededores de la ermita, cubriendo su retirada con un «¡vete al caray!», mascullado en voz baja.

Cuarenta y ocho horas después, el pastor, enterado de la reyerta por boca del mismo Matías y comprendiendo que a Mila todavía le duraba el enfado, puesto que cuando hablaba con su marido ni siquiera le miraba a Ja cara, se decidió a intervenir para apaciguarlos.

Un ligero chubasco que había caído poco antes de mediodía, habíale obligado a recogerse: cuando hubo acomodado el rebaño y puesto en orden todas sus cosas, subió a la cocina, risueño como de costumbre.

—Hoy que está el día fresquito, podríamos hacer la *caracola*, ¿no vos *paece*, ermitaña...? Tengo ayunando *dende* hace unos cuantos días unos caracoles más gordos que castañas; son del Paso del Lobo, que es el paraje del monte donde los hay mejores. ¿Vos *acomoa* el plan?

A Mila le pareció excelente: no había más dificultad sino que ella tenía ya la comida casi a punto.

—¡Y eso qué, mujer! ¡Por bien poco vos apuráis! *Dejaila pa* la noche y eso más tenéis *adelantao*, que con sólo *añair* a los caracoles un plato de sopa yo creo que ya podremos ir tirando todo el día *mu* guapamente.

Matías acogió la idea con entusiasmo.

—¡*Naa, naa*, cosa *convenía*! —añadió el pastor frotándose las manos satisfecho...— Tan y mientras me trae la ermitaña el mortero *pa* hacer una *miaja* de ajiaceite, porque lo que es sin él, o sin una chispa de pimienta, los caracoles no valen un comino, vos, ermitaño, *idvos* al patio a recoger un buen *brazao* de hojarasca y *llevaila* a aquella planicie *reonda* como una mesa que hay en el *miraor* de la solana.

Desde aquel instante ninguno de ellos se acordó ya más que de la caracolada. Una vez preparado el ajiaceite, escanciolo el pastor en un plato de barro rojo, y hecha esta operación, echó a andar hacia el cerro de la solana. Mila y el rapaz pusiéronse también en marcha; aquélla llevaba el pan y el porrón, éste los caracoles metidos en una cesta de mimbre.

A Mila se le había ya pasado completamente el malhumor.

—Pastor, ¿oís cómo suenan los caracoles?, ¡parecen cascabeles!

—¡Más sonarán cuando les chamusquemos el trasero, ermitaña!

Allí en el mirador les aguardaba Matías, sentado en el suelo junto a un montón de hierba seca, de espaldas al sol, con las piernas en ángulo y con la barbilla apoyada en uno de los brazos, que tenía cruzados sobre aquéllas.

—¡Voto al chápiro! ¡Ya podíais haber *preparaao* entre tanto la fogata, ermitaño! *Agora*, cuando lo tengamos too a punto, ya el ajiaceite estará *derretío* y como un jarabe. A ver si a lo menos vos dais maña *pa* arreglar en un periquete una buena cama *pa* que *puean* los caracoles morir con *toa comoiá*... Tan y mientras y según van la ermitaña y el pequeño escogiendo los que mejor les llenen el ojo, iré yo haciendo unos *teneores*..., ¡ya veréis qué majos...! Traigo aquí unas ramas de brezo *pintiparaas pa* el caso.

Dicho esto, vació sobre el suelo la caracolera.

Baudilillo cogió unos cuantos caracoles de los mayores y los mostró a Matías y a su mujer. Eran tan grandes que le llenaban el hueco de las manos. Aquéllos, que no volvían de su asombro al contemplar el enorme tamaño de los negruzcos y repletos bichos cuya cáscara en espiral era del grosor de un dedo, prorrumpieron en exclamaciones de admiración.

—¡Eh! ¿Qué tal? ¡Vaya unas piezas! —dijo el pastor satisfecho—. ¡Ya quisieran los de la tierra baja *paecerse* a éstos...! Y lo bueno de estos

caracoles no es sólo su presencia, sino el sabor, el *saborcillo* que tienen. De fijo que como por ahí estuvieran enteraos de ello, no tenía el gobierno tropa bastante *pa* custodiar estos peñones.

Después que Mila y el pequeño los hubieron escogido, fueron aquélla y Matías colocándolos unos junto a otros boca abajo, muy apretaditos y formando espiral, sobre una capa de hojarasca bien aplastada. Ocurría alguna vez que, al ir ambos a colocar un caracol en el mismo sitio, sus manos tropezaban, y entonces él, que no era rencoroso, se echaba a reír a la buena de Dios, y ella, a pesar de que malditas las ganas que tenía de bromas, acababa también por soltar la carcajada.

—¡Quita de ahí!

—¡Quítate tú, que el mío es más gordo...!

Cuando ya los caracoles formaban un círculo bastante grande, Mila preguntó al pastor:

—¿Qué os parece, Cayetano? ¿Habrán ya bastantes?

El pastor, que tumbado en el suelo se entretenía en ir aguzando las varitas de brezo, después de haberlas mondado convenientemente, contestó sin levantar siquiera la cabeza.

—No vos *andéis* con miserias, ermitaña..., *mirái* que *aemás* de que yo tengo unas *tragaeras* más grandes que la cuesta de Pata de Gallo y no me gusta *quearme* nunca con hambre, el pequeño es un acólito que no deja en mal lugar a este cura. Repito que no hay que andarse con miserias, pues por muchos caracoles que comamos no hay peligro de que se acaben. Con las cuatro gotas esas que cayeron, han de *quear* bien de ellos por estos parajes. Yo *entoavía* cuento *poer* coger por lo menos una buena *redaa* de ellos.

—¡Justo, justo, ponerlos todos! —exclamó Baudilillo.

—¡Este lo entiende! Ya veo, chico, que traes buena gazuza.

Y círculo sobre círculo, el ruedo fue creciendo hasta que no quedaron en la cesta más que los caracoles vanos o cascados.

—¡Ahora *dejái* esto por mi cuenta! —dijo el pastor, que acababa en aquel momento de dar la última mano a las varitas de brezo que, una vez aguzadas, había estado puliendo con el filo del cuchillo; y cogiendo a puñaditos la hojarasca sobrante, la fue echando con cuidado sobre los caracoles hasta cubrir el redondel con una buena capa de ella, en la que, después de haber estado prensándola suavemente con las manos, prendió fuego.

La hojarasca ardió al punto, produciendo una gran llamarada.

—¡Hala, pequeño, animarse, voto al chápiro!

—¿Qué, salto? —preguntó el niño, cuyos ojos brillaban de alegría.

—Si traspasas la fogata de un solo brinco y sin tropezar, te regalo aquel caracol tan gordo que está en *metá* mismo del *rueo*; pero si llegas a *estropeame* algo o a *chamuscate* las uñas, esta noche te *queas* sin conseja.

Apenas el pastor hubo dicho estas palabras, reculó el niño unos pasos para tomar carrera, escupió, se subió los calzones que siempre llevaba caídos, y después de hinchar los carrillos se precipitó hacia la hoguera.

Mila y el pastor palmotearon alborozados.

—¿Toqué? —preguntó Baudilillo volviendo la cara en el preciso momento que un traspie le ponía a pique de caer.

—¡Ni por pienso! ¡Pasaste media cuarta lo menos por *cima* de la hoguera! —exclamó aquél riendo—. Ganaste el caracol; después que lo comas, le pondremos al morueco la cáscara en un cuerno, *pa* que le sirva de cascabel.

Empezaban ya las llamas a menguar, rasgándose por diversos puntos en forma de lenguas de fuego, y percibíase, en tanto, el chirrido de los caracoles que iban poco a poco asándose debajo del rescoldo.

—¡Pobres animalitos, cómo crujen! —murmuró Mila.

—¡*Dejaivos* de lástimas, ermitaña, que a *toos* ha de *llegarmos* nuestra hora...! *Aemás*, así como así, la *vía* que últimamente llevaban estos pobrecillos no era que digamos *mu* divertida... ¡Ya veis, más de un mes sin probar *bocao*! Vaya, vengan, vengan los bártulos, que ya por el olorcillo conozco yo que están los bichos en su punto.

Obedeciendo a la indicación de Cayetano, fueron reuniendo en un mismo sitio y al alcance de todos el ajiaceite, el pan, el vino y los pinchos de brezo que el pastor había estado preparando.

—*Veamos a ver* qué tal están —dijo el pastor; y agachándose, levantó con cuidado por una esquina la capa de candente hojarasca que cubría el ruedo, para pasar revista a los caracoles—. Silban y escupen como condenaos. Estas animitas del purgatorio necesitan *entoavía* un rato más de fuego. A ver, a ver los de ese *lao*, ermitaño.

Como los caracoles de la parte en que se hallaba Matías estuviesen ya casi en su punto, cargaron bien de fuego el lado opuesto.

El olorcillo acre de la chamusquina y del guiso que se había esparcido en torno al ruedo fue poco a poco corriéndose por los yermos inmediatos.

Cuando ya la hoguera se hubo casi extinguido, quedando de ella tan sólo algún fugaz chisporroteo, apareció en el suelo un gran círculo negro salpicado de candentes ascuas.

—Llegó la nuestra, pequeño: a ver quién tiene más pulmones... —y de bruces contra el suelo, estirado el cuello y ladeada la cabeza para evitar que la

ceniza les saltara a los ojos, pusiéronse el pastor y el niño a soplar con tal fuerza que los residuos de la hojarasca, carbonizados unos y candentes todavía otros, volando al ras del suelo, fueron a parar, como si un fuerte vendaval los hubiese aventado, bastante lejos del mirador.

Hecha esta operación, quedaron al descubierto los caracoles, cuyas cáscaras parecían diminutas ensaimadas. Ligeramente tostados unos y calcinados otros por completo, estaban todos cubiertos por una espesa capa de ceniza. Mila, al verlos, se alarmó creyendo que se habían achicharrado.

—¡Pobres de nosotros!, ¡buena la hemos hecho!

—Dentro de un ratito me lo diréis, ermitaña; si en cuanto los probéis no llegáis al centenar, me comprometo a no ir a Barcelona aun cuando me caiga la lotería.

Dicho esto, siguieron soplando, y después de quitar del ruedo con la punta de los dedos las pajitas y briznas que en él quedaban, enterito según estaba apareció aquél completamente limpio y con todos los caracoles formando una sola masa, soldados por un engrudo sucio y pegajoso.

—¡Tilín, tilín, tilín...! La campana del refectorio. ¡Eh, buena gente, a la mesa, que se está enfriando la comida! —dijo el pastor; y después de quitarse la gorra de pelo y arrojarla hacia atrás y de batir palmas alegremente, sentóse junto al ruedo antes que nadie, con las piernas cruzadas a la turquesca.

—Venga un pincho —exclamó Matías.

—¿Dónde se pone esto? —preguntó Mila con el platito de ajiaceite en la mano.

—Ahí *mesmo*, sobre los caracoles. Así estará al alcance de *toos*... ¡Ah, pero antes *dejái* al pequeño que saque de en medio aquel mostrenco tan gordo...! Después del revoloteo que ha *dao*, bien *ganao* se lo tiene.

El niño, de un zarpazo, arrancó del centro del ruedo el consabido caracol, el cual tenía toda la boca llena de una espuma amarillo-verdosa.

—¡Mirad, mirad...! —exclamó, lleno de entusiasmo, mostrando al pastor el animal.

—¡Qué de reniegos no habrá *echao*, antes de perder el *sentío*...! ¡Mira qué sucia tiene *entoavía* la boca...! Así y *too*, procura no *estropealo*, ya sabes que hemos *quedao* en que tenía que servir de esquila *pa* el morueco.

Acomodado cada cual en su sitio y alargando todos la mano, cargaron los cuatro a la vez sobre el ruedo de los caracoles, cuyo perímetro quedó muy pronto roto por varias partes. Era de ver cómo, sin darse punto de reposo, introducían el agudo pincho en el interior de la cáscara, y extrayendo con hábil maniobra la verdosa pulpa rematada en blanquecino y diminuto

tirabuzón, se la llevaban a la boca después de darle unas vueltas en el plato de ajiaquite para dejarla bien pringada.

A todo esto, iban insensiblemente desapareciendo hileras y más hileras de caracoles e iba, por lo tanto, el redondel achicándose cada vez más. El *Mochuelo*, el perro del pastor, que no cesaba de rondar en torno de los cuatro comensales, se apoderaba de las cáscaras a medida que iban quedando vacías, y después de lamerlas y relamerlas, las trituraba como si fueran huesos apretando con fuerza los dientes y haciéndolas crujir.

—En *verdá* que la dieta es cosa *mu* sana, ¿no vos *paece*...? Ya veis, gracias a ella no se les nota a estos bichos absolutamente nada: la más insignificante chispita de ajeno estaría sin duda más amarga que ellos. Pequeño, mira de conservar las cáscaras enteras; ya verás qué luminarias te pongo con ellas, el día de San Poncio, en *too* el contorno de la azotea.

Al oír estas palabras Mila, que no pudo contener un arranque de entusiasmo, exclamó:

—¡Lo que es vos, pastor, tenéis habilidad para todo: está visto!

El pastor, al oír tan expansivo encomio, echándose a reír, contestó a Mila:

—Si habláis por los caracoles, ¡maldita la maña que *pa* eso se necesita! No tenéis más que *venirvos* esta tarde conmigo y en el Paso del Lobo los *encontraemos* a montones.

De pronto oyóse sonar al pie del mirador un canto parecido al agudo y argentino gorjeo del jilguero, el cual canto dejó súbitamente interrumpida la conversación de los comensales. Llenos éstos de curiosidad, dirigieron la mirada hacia aquel sitio. Por la rampa: subía silbando un sujeto con la cabeza baja y moviendo los brazos acompasadamente.

Matías, al verle, le llamó a voces:

—¡Eh, Duende, Duende!

Aquel hombre echó, sin levantar apenas la cabeza, un rápido y disimulado vistazo a la reunión, y después de bajar de nuevo los ojos y de hacer una extraña mueca enseñando los dientes, siguió subiendo sin el menor apresuramiento. Mila reconoció inmediatamente a aquel hombre: era el payés que hacía pocos días se había presentado en la ermita pidiéndole de beber.

El desconocido, así que llegó al mirador, quedóse un momento plantado ante ellos y se echó a reír.

—¡Hu, hu, hu! Ya me figuraba yo que estabais haciendo una caracolada —dijo—, ¡como que desde lejos he visto la fogata! ¡Hu, hu, hu...! ¡Vaya un olorcillo! —añadió moviendo el hocico a un lado y a otro como un lebrero.

—Están como la manteca, ¿queréis probarlos? —dijo Matías, haciéndole sitio.

Aunque al principio parecía hacerse el distraído, en cuanto vio que Matías insistía y que Mila secundaba la insistencia con una sonrisa, se apresuró a acomodarse, arrodillándose primero y quedándose luego sentado en el suelo sobre los talones.

Como no había pincho alguno disponible, sacóse del bolsillo una navaja de cachas de asta y de hoja, aunque corta, ancha y aguda como un puñal. Mas, aunque la abrió y se quedó con ella en la mano, no la utilizó apenas, pues por lo regular cogía un caracol, lo cascaba con los dientes con la misma facilidad que si fuera una almendra tierna, y después de escupir las cáscaras arrojándolas a un lado y a otro, se tragaba la pulpa.



El Duende

Viéndole comer de aquel modo, a Mila se le revolvió el estómago.

Alguna vez, sin embargo, utilizaba nuestro hombre el cuchillo para ensartar con la punta algún caracol y pasarlo por el plato a fin de empaparlos bien en ajaceite. Esta operación permitió a Mila reparar que las manos de

aquel hombre, negruzcas y descarnadas, estaban recubiertas de un vello que de puro áspero parecía chamuscado.

Desde la llegada de éste, el pastor, que no volvió a pronunciar palabra, limitóse a comer tranquilamente; mas cuantas veces para echar un trago empinaba el porrón, la viva y penetrante mirada de sus ojos medio entornados iba a caer casi a plomo sobre el sujeto aquel.

De pronto Mila lanzó una exclamación de sorpresa.

—¡Nadie se ha acordado de la sopa!

El pastor volvió hacia ella la cabeza.

—¡Voto al chápiro!, tenéis razón. Señal que no nos hacía maldita la falta..., y *agora* ya no es cosa de *ponela* a la cola de lo que llevamos *embarcao*...; al menos, por lo que a mí toca, he *comío* ya lo bastante.

Mila reparó que, mientras estuvo el pastor diciendo estas palabras, le lanzó primero el Duende una mirada que, penetrante y viva, brilló como una centella en el fondo de sus oscuras y espesas cejas, y después, recobrando su expresión habitual y quedándose de nuevo con los ojos entornados dijo sonriendo, con su sonrisita característica y particular:

—¡Hu, hu, hu...! ¿Queréis darme un caracol para mi mujer?

Y como todos se quedaron mirándolo con extrañeza y sin acertar a comprender lo que quería decirles, tiró de un cordel que llevaba cruzado sobre el pecho y se sacó de detrás de la espalda, donde la llevaba oculta, una bolsita de malla, en uno de cuyos repliegues se veía un bichejo muy diminuto de color rojizo: un hurón. Baudilillo, vivo como el azogue, se puso a mirar el bicho aquel con ojos de asombro.

El hurón se removía inquieto dentro de la red, asomando el blanco hociquillo entre las mallas y husmeando a un lado y a otro.

El Duende aplastó un caracol, le quitó la cáscara y se lo dio.

—¿También come caracoles? —preguntó Matías.

—Come de todo —contestó el Duende sonriendo y con los ojos entornados como de costumbre—, se entiende, menos huevos, que tendría que comprarlos.

—Pero ¿dónde he visto yo a ese hombre? —se preguntaba Mila a todo esto.

—Debe de resultar entretenido cazar con hurón, ¿verdad? —preguntó Matías.

—¡Hu, hu, hu...! Así dicen..., es fácil probarlo..., no tenéis más que veniros esta tarde conmigo.

Matías se iba animando.

—¿Vais muy lejos?

—No, hasta la Charca de los Tres Peines.

—Nada, pues voy. Así como así, aquí en la ermita uno no sabe cómo pasar el día.

Mila frunció el ceño.

—¿No decías que hoy ibas a cavar los bancales?

—Mañana lo hago, hay tiempo sobrado.

A todo esto Baudilillo, que había ido a colocarse detrás del pastor, se restregó suavemente contra su espalda.

—¿Qué quieres, pequeño? —le preguntó éste.

—¿Queréis dejarme ir con ellos? —murmuró el niño muy quedo y sin quitar ojo al hurón.

—Esas no son cosas de niños..., ya irás cuando seas mayor —le contestó el pastor, mirándolo con aire severo.

—¡Dejadle venir, hombre...! Nos ayudará a traer los conejos, ¿verdad, Baudilillo? —dijo Matías sonriendo.

El pastor hubiera querido negarse, pero el niño con sus ojillos azules lo miraba de nuevo con mirada tan tierna y suplicante que no tuvo valor para contrariarlo.

—Bueno, pero una y no más —dijo malhumorado, accediendo al cabo, mientras pensaba para sus adentros: «¡Angelito, ya procuraré yo que no vuelvas a pedírmelo!»

Y terminado el ágape, cuando ya los expedicionarios iban bajando, en compañía del niño, por la cuesta de la solana abajo, el pastor, que sujetando al Mochuelo por el collar le contenía para que no los siguiera, volviéndose hacia Mila, que como él permanecía sentada junto al montón de ceniza, le dijo moviendo la cabeza de arriba abajo:

—¡Buena la hemos hecho, ermitaña...! Por lo visto este pajarraco de mal agüero anda rondando la ermita, y os lo repito *mu* seriamente, hay que estar alerta, pero *mu* alerta.

—Pero bien, ¿quién es ese hombre?

—¿Quién es? Cualquiera lo sabe..., un mal engendro..., un advenedizo... De chico andaba al *paecer* mendigando por ahí en compañía de un viejo que fue quien aquí le trajo. Muerto el viejo, aquí se *queó*. Ha *estao* sirviendo en varias alquerías de estos contornos, mas de todas partes le han *echao* por haragán y buena pieza. Ahora, ya lo veis, por tal de no trabajar, se ha metió a *cazaor* furtivo de conejos; y como *pa* él no hay veda que valga, acabará por *descastalos*. Como yo le estropeo los planes, pues en cuanto tiene en acecho

una madriguera, al retirarme voy, planto delante un espantajo cualquiera y los conejos, asustaos, *múan* de *guarúa*, él me tiene ojeriza, y mirái, esto es lo único de este mundo que me quita el sueño, pues de seguro que si llegaba a caer en sus manos me había de hacer pagar caras mis tretas. Paseándome cierto día, que, como ya vos dije, me gusta dar en las mañanas que hay niebla una vuelta por esas cumbres; paseando, digo, por el Pico del Trasgo, sonó de pronto un *silbío* semejante al de una serpiente, y sentí pasar una bala casi rozando por junto a mi oreja. Aunque lo solitario y *pelao* del monte permiten distinguir desde una legua de distancia una simple mosca que se pose en su ladera, estaba ésta tan envuelta en niebla que a nadie vi; pero juraría, por esta luz que *mos* alumbra, que no fue otro más que ese mala pécora quien lanzó el disparo, pues por aquel entonces solía gastar escopeta. Aunque luego la guardia civil se la ha *quita* en vista de los destrozos que estaba haciendo, no es de fiar, *creí*... *Toos* los escondrijos conoce, remeda *toa* clase de voces y siempre anda tramando alguna picardía. Y bien *mirao*, ¿qué *puee* esperarse de un hombre que tiene más trazas de bestia que de tal? ¿No habéis *repara*o en sus manos...? ¡Si *paece* un mono!

Estas últimas palabras del pastor fueron para Mila toda una revelación.

—¡No digáis más! —exclamó—. Ahora me explico por qué creía yo conocerle, a pesar de no haberle visto jamás; y es que tiene los dientes y las encías exactamente iguales a las de una perra que había en casa de mi tío, siendo yo niña. ¡Justo, justo! —añadió por lo bajo, revelando al pastor con la mirada el asombro que el caso le producía—. Vos lo habéis dicho, tiene más trazas de bestia que de persona.



VI

CONSEJAS

Durante las veladas, que iban ya haciéndose, en aquellas alturas, más crudas que regaladas, reuníanse todos en la cocina que las llamas del hogar alegraban con sus resplandores. De cada seca coscoja que en éste echaban, brotaban serpenteando nuevas y grandes llamas cuyas lenguas, retorciéndose como azotadas por las brisas de los equinoccios, llenaban de intensas y súbitas claridades las ennegrecidas paredes, envolviendo en rojas tintas las siluetas del rapaz y del pastor, que a su fulgor parecían diablillos de comedia de magia.

El rapaz, que tenía a su vera un montón de coscojas, se cuidaba de ir a intervalos alimentando con ellas aquel pequeño infierno, mientras el pastor, estiradas las piernas y con la gorra de pelo echada al cogote, se entretenía en

mondar ramitas de almez que habían de servir más tarde de collar para algún morueco bravo, de trenzada vara para alguno de los presumidos mozalbetes de las granjas vecinas o de flexible látigo para algún arriero de Muros. Matías solía tumbarse a la larga en el banco de junto a la mesa, panza arriba y con los brazos cruzados a modo de almohada por debajo de la cabeza, y Mila en tanto, aunque atareada, iba, con el oído atento, preparando la cena; si sus tareas se lo permitían, se sentaba junto a la lumbre.

A todo esto, el pastor, sin desatender su labor, le iba contando algún cuento a Baudilillo. Su palabra dulce y reposada, que conservaba todo el exótico hechizo de su tierra natal, resonaba en medio del silencio del aposento enrojecido por los resplandores del hogar, a la vez que solemne y majestuosa, sencilla y misteriosa como rito druídico.

El primero de los cuentos que Mila le oyó contar fue el de las encantadoras.

Véase la muestra:

Así decía el pastor:

—Érase que se era, en aquellos tiempos en que los animales hablaban, un viejo *mu* viejo que *dende* hacía centurias habitaba en estas montañas. Habíale *concedió* Dios la gracia de vivir más largo tiempo que los demás hombres, por no haber *cometío pecao*, ni *tenío enjamás* trato con mujer. En vez de calzas y chaqueta, como la gente de por acá, gastaba por *toa* vestimenta una cabellera tan larga que le cubría la espalda *toa* como si *fuea* una capa y una barba también larga, *mu* blanca y *mu* espesa, que le colgaba por delante hasta más abajo de las *roíllas*.

El niño, admirado, prorrumplía en una exclamación que el pastor comentaba con una sonrisita y con las siguientes palabras:

—Calcula tú, pequeño, qué majos estaríamos *mosotros* si mos hicieran andar de semejante *conformiá*... Habría que *vermos*, ¿*verdá*...? Volviendo al viejo, te diré que era tan santo varón que no pensaba más que en pasarse los días y las noches rezando. Las raíces de algunas plantas eran *too* su alimento, comiendo sólo, de vez en cuando y por vía de golosina, alguna que otra almezuca.

—¿Almezas? —exclamaba Baudilillo con nueva sorpresa recordando que también él solía comerlas.

—¡Tal como lo oyes!, y que *puee* que fueran del *mesmo* almez del torrente del cual solemos tú y yo *cogelas* cuando por allí pasamos.

El niño se quedaba maravillado ante semejante suposición y el pastor proseguía:

—Tan bueno era aquel santo varón, que los demás, *corríos* y *achicaos* a su *lao*, andaban temerosos de que el Señor reparara en su *poqueá*. Y hete aquí que hoy uno, mañana otro, fuéronse *toos* bajando al valle hasta que llegó día que sólo *quearon* en estas montañas el viejo aquel tan viejo y las *encantaoras*. *Paéceme* haberte ya dicho que el Torrente de Mala Sangre, la Charca de los Tres Peines y las Cavas de Belsolera, estaban atestaos de *encantaoras* como rosa *cuajaa* de mosquitos. Sólo que no se veían, ¿entiendes? Y sucedía a lo mejor que cuando uno más solo se creía, se encontraba de pronto *rodeao* de *encantaoras* por *toas* partes. ¡Calcula tú cómo se reirían ellas a *too* esto! Porque has de saber que nada agradaba tanto a las tales *encantaoras*, que eran por cierto *mu* locas, como el *divertise* con la gente moza. Por esto cabalmente ocurrió cuanto voy a *contate*. Y fue, que, no sabiendo, desierta ya de hombres la montaña, en qué pasar el rato, empezaron las *encantaoras* a *consumise* y a *ponese* pensativas, hasta que cayendo en la cuenta de que el viejo aquel de las raíces era quien tenía la culpa de *too*, determinaron *jugale* alguna mala *pasaa*. Tuvieron entonces junta en el Paso de la Niña, y aunque *caa* cual procuró meter en ella su baza, fueron tan contrarios los *paeceres*, que acabaron por no *entendese*. Las mujeres son una miaja sueltas de lengua y suelen gastar mucha saliva en vano... Tengo *pa* mí que no habrían *llegao* nunca a *ponese* de acuerdo, si no se hubiese *plantaao* de pronto la más moza de ellas en el centro de la reunión diciendo estas palabras: «¡No se hable más de esto, comadres! Hasta este momento he *estao* rumiando de qué *moo puee perdese* a un hombre por santo que sea, y *agora vos pío* que a ese lo dejéis de mi cuenta, que yo me encargo de él». Esto pasaba, es un suponer tal día como hoy, y hete aquí que al día siguiente, estando el viejo, al apuntar el día, rezando puesto de hinojos, repara de pronto en una gran sombra que se extendía sobre la tierra. Levanta la *caeza*, y ¿qué dirás que vio? Pues vio un pajarito *mu* chiquirritito, *too dorao* con tres plumitas rojas como tres gotitas de sangre, a *moo* de cresta...

Los verdes ojos del rapaz brillaban como dos luciérnagas, y olvidándose por completo de la leña que tenía a su cargo, se quedaba inmóvil y como embobado.

El pastor, a todo esto, empezaba a mondar una nueva ramita de almez.

—*Velo* el viejo y *quearse embelesao*, fue *too* uno, y hete aquí que, con el afán de mirar, perdió el hilo del padrenuestro que estaba rezando, y cuando, echando a volar, salió el pajarillo huyendo hacia Cimalta, *too* se le volvía preguntase a sí *mesmo*: «¿Cómo *puee* ser que una cosa tan chica dé una sombra tan grande? Y ¿cómo *puee* ser que dé tanta sombra, no habiendo ni chispa de sol? *Aemás*, ¿qué casta de pajarito será éste, que yo *enjamás* vi otro

igual en tantos años como tengo de *vía*...? ¿Será abubilla? ¿Será estornino? ¿Será avión? ¿Será verderón?» Y por más que rumiaba, ni lograba acertar ni cosa que se le *paezca*.

El pastor se quedaba un momento silencioso, mientras con el cuchillo hacía saltar de un solo tajo algún nudo de la ramita que estaba mondando, el cual caía en el fuego chisporroteando. Si por acaso tardaba en reanudar su relato, la expresión de deleite y admiración con que lo estaban escuchando acababa por borrarse, tanto de la cara del niño como de la de Mila, y hasta Matías que, tendido en el banco y medio adormilado, se revolvía inquieto restregándose la espalda contra la tabla, acababa por entreabrir un ojo en señal de interrogación. Tan fina y sutilmente se filtra la palabra humana por nuestros sentidos, que al truncarse deja a aquéllos llenos de avidez y nostalgia. Mas los relatos del pastor no quedaban por mucho tiempo interrumpidos. Pronto volvían a fluir de nuevo copiosamente y sin esfuerzo, cual fuente de caudal inagotable.

—Era el viejo aquel inocente como una criatura y *cualisquiera* cosa se *hubiea creío*, como no sea que *puea suceer* en el mundo cosa que tenga asomo de malicia o de mala *intinción*. Pero tú, pequeño, ya te habrás *percatao* de que *too* aquello del pajarito era un *ardí* de las *encantaoras*, ¿*verdá*? Tanto es así, que el día siguiente, no bien se hubo el viejo *arroduillao*, tropezó, al bajar los ojos hacia el suelo, con aquella *mesma* sombra y con el *mesmo* pajarito que el día anterior, sólo que esta vez, en lugar de piar y revolotear, lo que hizo el pájaro fue gorjear tan viva y dulcemente, que dejó tamañito al ruiseñor más *pintiparao*. Era el viejo aquel, como dije *enantes*, más inocente que una criatura, y *sabío* es que los niños y los monos tienen el prurito de tocar cuanto se les presenta por delante. Tantas carantoñas le hacía el pajarito, que en cuanto tuvo ocasión alargó el viejo la mano para *cogelo*; mas apenas barruntó éste su intinción, salió volando hacia Cimalta. Lo que el viejo pasó *dende* aquel punto y hora no es *pa dicho*. *Pa naa* volvió a acordarse de sus rezos, ni de andar buscando raíces que arrancar, ni de comer *siquiea* una triste almeza pasa, y durante la noche, en vez de *estase* durmiendo tranquilamente, *too* se le volvía estar pensando en el pajarito, en el pajarito aquel tan *doraíto*. *Quiee decise*, que *entoavía* brillaban en el cielo los luceros, cuando fue y se plantó de *roíllas* en el lugar *acostumbrao*, teniendo en la mano bien asío un lazo *correízo* que se había *ingeniao*. Y cuando, así que amaneció, empezó el pájaro a revolotear por su *alreeor*, le echó el lazo y...

El pastor, que en aquel instante había terminado su labor, suspendió un momento su relato para ir a dejar en su sitio la varita ya mondada, reparando,

a todo esto, que Baudilillo tenía clavados en él y como petrificados los ojos, redondos como los de un pez.

—¿Y lo cogió? —preguntaba ansioso el rapaz.

—¡Justo, pequeño, justo; por el cuello! Y una vez cogió, el viejo va y le dice con sorna:

«¡Pajarito, doraíto.
Ya te cogí bien cogiito!»

Pero se queó como de piedra al oír que el pajarito le contestaba:

«Viejecito, viejecito,
Suelta por Dios el cordelito;

que yo no soy lo que tú te figuras, sino un cautivo del rey moro, por males de mis *pecaos* sujeto a encantamiento hasta tanto que consiga dar con un viejo de muchos años que no haya *conocío enjamás* mujer alguna y que *quiea* deshacer mi encanto». Al oír esto púsose el viejo *mu* contento, y creyendo que Dios había, sin *dua* dispuesto too aquello pa obrar por medio de él algún milagro, contestó al punto:

«¡Pajarito doraíto.
No morirás en el garlito!

que yo soy ese viejo de muchos años que *enjamás* ha *conocío* mujer alguna. Dime, pues, sin demora lo que tengo que hacer». «Arráncame dos plumitas de la cresta, le respondió el pájaro, y clávate una en *caa* ojo». El viejo, entonces, va, le arranca las dos plumas de la cresta y se clava una en *caa* ojo, y se *quea* más ciego que *endenantes* de nacer. «¡Ay, triste de mí, que ya no *pueo* ver la claridad del día!,» gritó *too acongojao*. Mas el pájaro después de soltar una *carcajaa*, se arrancó la sola pluma que le *queaba* en la cresta y se la clavó al viejo en *metá mesmo* del corazón. Aquél entonces recobró la vista en el acto y... ¿a que no adivinas lo que vio?

Baudilillo, suspenso, permanecía mudo.

—Pues vio *planta* delante de él, a una doncella, hermosa como una virgen, y sin más vestimenta que una guirnalda de rosas que colgándole del cuello le arrastraba por el suelo.

El pastor, con cara risueña, se callaba por un momento.

—¿A que no aciertas, *agora*, quién era aquella doncella?

—¡La *encantaora*!

—¡Justo, acertaste, pequeño! ¿Y la guirnalda de rosas?

Baudilillo se quedaba un momento suspenso, miraba al techo, miraba luego al suelo, se restregaba la mejilla contra el hombro y no se le ocurría qué podía ser la guirnalda de rosas.

—¡El lazo *correízo*, hombre!

—¡Voto al chápíro! —y el niño se mordía la lengua de despecho por no haber atinado en cosa tan sencilla.

—Y ¿qué pasó después? —preguntaba a su vez Mila, toda intrigada.

—¡Ya *vos lo poéis* figurar, ermitaña! Mientras que las *encantaoras* eran *mu* lagartas en lo tocante a sus artes, el pobre viejo aquel, en cambio, a fuer de santo varón, nunca las había visto más gordas que lidiar con ellas. Al encontrarse, pues, con aquella moza ligera de ropa, tan cerquita y mirándole de hito en hito, el pobrecillo, lleno de vergüenza, se cubrió con la cabellera y se tapó la cara con las manos. Pero como se había *olvidao* cabalmente de lo principal, o sea de arrancase la pluma del encantamiento que tenía *clavaa* en el corazón, de *naa* le servía el *tapase* la cara, porque como si *fuean* de cristal, seguía, al través de las manos viendo a la *encantaora*. Fue, por lo tanto, grande el *mieo* que pasó al ver que después de aproximársele *entoavía* más aquélla le decía:

«¡*Viejecito, viejecito,*
no así te estés tan tapadito

que *naa* malo *quieo hacete*! Yo soy Floridalba, la menor de las *encantaoras* de la Charca, que he *veníó* en tu busca porque siento compasión de ti. Si *quiees* seguirme, yo te convertiré en el hombre más rico de la tierra. Poseo en el corazón de la montaña, hasta el cual se penetra por el agujero del Borbollón, un palacio *fabricao* con polvo de luceros y conchas de la mar *salaa*: son sus *miraores* de coral *labrao*, sus puertas de blanca plata; las pilastras de su *estrao* fueron *sacaas* de la osamenta del gigante Sueltarreveses, a quien dio muerte mi padre por querer *casase* conmigo. Si *quiees venite* a vivir allí en mi compañía, te pondré una cama *toa* de oro con muchas *colgaúras*, en un aposento *alfombrao* de pedrería, cuyas *parees* están *formaas* de espejitos; te daré a *too* pasto, pa comer, *pescao* de los ríos de leche que corren por bajo tierra, y pa beber, cordiales de los que filtran y

destilan las mujeres del rey de Oriente...» Dicho lo dicho, calló la *encantaora*, creyendo que esto bastaba pa que el viejo la siguiera. Pero, de repente, éste, que algo repuesto ya del susto estaba pidiendo a Dios que le diera ánimos, vuelve la cara y le dice gritando: «¡Aparta, loca hechicera, que prefiero la gloria del cielo a *toas* las riquezas de la tierra!» No bien oye la *encantaora* estas palabras, lo mira con gran enojo y *desapaece* como por ensalmo...

Al llegar a este punto la carita de fauno del niño se prolongaba en expresión de desencanto. ¿Cómo era posible que un hombre que no tenía más vestido que su propia cabellera, renunciara tan fácilmente a un palacio con mirador de coral y puertas de plata, fabricado con cachitos de lucero?

—Y qué, ¿volvió a parecer la encantadora?

—¡Ya lo creo que volvió, ermitaña! ¡No eran las *encantaoras* hembras que, una vez *encomenzao* un negocio, lo abandonarán así como así...!

Al oír esto, la carita de fauno del niño recobró su expresión habitual.

—El viejo, el pobre, estuvo durante *too* aquel día sin saber qué le pasaba. Por más que anduvo paseando *dende* el Borbollón hasta el *Despeñadero* y *dende* Pie de Gallo a Cabrerizas, y procuró rezar y hacer mil penitencias, ni halló *moo* de *distraese* ni acertó a *quitase* de *elante* de los ojos la figura de la *encantaora* aquella de la cabellera suelta como una *cascaa* de oro y de la guirnalda de rosas *prendía* del cuello. Por fin, a media noche, sin *poer* ya *contenese*, va y se hinca de *roíllas* en el lugar *acostumbrao*; pero, por más que estuvo espera que te espera, ni pájaro ni doncella parecían por parte alguna...

«¡Quisiera que viniese, pensaba él, tan sólo *pa* que dándole mi cabellera *cubriera* sus desnueses, *pus* es en *verdá* una vergüenza que ande moza tal de semejante *conformiá*!» Y hete aquí que estando así pensando, se le *apaece* de pronto la *encantaora*; mas él, lejos de dale la cabellera, lo que hizo fue *mirala a hurtaíllas*, bajar los ojos, echase a temblar y no decir esta boca es mía. A *too* eso, la *encantaora* fue y le dijo: «Aunque ayer me hayas *rechazao*, vuelvo porque te tengo lástima. Si me sigues, ya que el ser rico no te halaga, no te da más, te *convertié* en el hombre más *poeroso* de la tierra. Te daré una *vestiura* toa de *peernal*, una *espaa* de acero luminoso y un caballo más ligero que el viento; con el *vestío*, la *espaa* y el caballo esos, podrás ir por el mundo *aelante* recorriendo y conquistando cuantos imperios te pluguiere, sin que



Floralba

nadie sea osado a *llevate* la contraria; pues a *too* el que quisiere darte muerte, le soltará tu *vestiura* un chorro de fuego por *caa* golpe que te dé; a *too* el que quisiere huir de ti, tu caballo le dará pronto alcance; a *too* el que intentare oponerte alguna resistencia, le hará en el acto pavesas tu *espa* de acero luminoso...» Viendo la *encantaora* que, al oír estas palabras, había *quedao* aquél *mu* manso y pensativo, le preguntó qué resolvía. El viejo, entonces, se estremece de pronto y *too asustao* le contesta gritando como el día anterior: «¡Aparta, loca hechicera, que prefiero la gloria del cielo a *too* el *poerío* de la tierra!» La *encantaora*, al oír esto, después de mirarle con mayor coraje *entoavía* que el día anterior, dio con el pie en el suelo y desapareció como por ensalmo.

El pastor suspendió su relato, estiró los brazos, que tenía entumecidos por el cansancio, y se restregó la gorra contra la cabeza.

—¿Qué más? —dijo en seguida el rapaz, impaciente y sin darle punto de reposo.

—Calma, pequeño, que estoy sin aliento... *Hati* cuenta que en esto de las consejas no es menester correr tanto como *pa* ir a la botica... *Pus* sabrás que en cuanto hubo nuevamente *arrojao* de su *lao* a Floridalba, empezó el viejo a sentir tan gran tristeza que se pasó *too* el día llorando como jovenzuela que acaba de *quease* viuda; mas, según iba llorando, no cesaba un momento de rumiar y de *decise* a sí *mesmo*: «De fijo que es mucho mejor tener *naa* menos que un palacio en la entraña *mesma* de la montaña, dormir en lecho de oro con *colgaúras*, regalase con pescaos de ríos de leche y gustar los cordiales esos que filtran y recuelan las mujeres del rey de Oriente, que dormir al raso y al sereno y andar destrozándose los pies por los carrascales, alimentándose a lo más con raíces amargas y bebiendo por toa bebía un sorbo de agua clara recogía en el cuenco de la mano...; mas cuando Dios lo *quiee* así debe, sin *dúa*, de ser porque, *pecaor* de mí, no merezco yo otra cosa». Aunque tales reflexiones le dejaban, por el pronto, algo tranquilo, no se pasaba mucho tiempo sin que se echara a cavilar de nuevo. «En *verdá* —se decía— que eso que la *encantaora* me propone es *tentaor*. ¡Recorrer los imperios *toos* de la tierra, *queándome* con cuantos me pluguiere!... Si sólo *pa* andar estos montes son menester cuatro días, ¡cuántos no harán falta *pa* recorrer *toa* la tierra!... ¿Diez quizá?, ¿doce?, ¿se necesitarán, acaso, tantos como son los dedos que en pies y manos tenemos?... Siendo niño, contóme un cuervo que había tantas castas de hombres como de pájaros, y que *caa* casta de hombres, no sólo tenía distinta habla, sino distinto pelaje. Semejantes cosas deben de ser en verdad dignas de *vese*, mas... ¿será cierto lo que afirmaba el cuervo aquel cuando

decía que había *recorrió toa* la tierra? Yo no he *salío enjamás* de este rincón; verdaderamente debí, cuando joven, bajar de esta montaña y *pasame* una *temporaa* corriendo por el mundo, porque el *pasase* la *vía* como *escondío* aquí cual un lagarto, tiene, en *verdá*, maldita la gracia...» Y hete aquí que rumiando *toas* estas cosas, que en jamás se le habían *endenantes ocurrió*, se le echó la noche encima, y no bien comenzaba a apuntar el alba, fue y se *arroilló* en el paraje *acostumbrao*, esperando a que apareciera la *encantaora*, pues le daba en el corazón que tenía, en *efeto*, que aparecer de nuevo; y aun cuando por una parte estaba *decidió* a *rechazala*, no se resignaba por otra a no *volveta* a ver, que es la *compaña* la cosa a la cual más *aína* tomamos *toos* gusto.

—Y decid, pastor, ¿volvió la *encantadora*? —preguntaba Mila con interés.

—Más *aína* que nunca. Antes de clarear el día ya la tenía el viejo *sentaa* allí a su vera, mirándolo con unos ojos relucientes como un mochuelo y diciéndole con voz *entoavía* más melosa que cuando gorjeaba en figura de *dorao* pajarito: «Yo no sé, viejo de mi corazón, qué es lo que tú me has *dao* que no acierto a *apartame* de tu *lao* por más que me agravias. Se me ha *entoñao* en la caeza *hacete* alguna *mercede*, y ya que no te da más ser el más rico, ni el más *poeroso* de los hombres, quiero que seas el más sabio. Sabrás *too* cuanto pase en el mundo y fuera de él; verás trepar la savia por el tronco de las plantas y crecer las flores y las hojas; alcanzarás a distinguir una hormiga que ande por el otro *lao* de la tierra, o un navío que navegue por los mares más lejanos; conocerás los movimientos *desconocíos* de los luceros y las cavernas del infierno *atestaas* de alimañas y de *condenaos* que se retuercen clavándose las uñas en las carnes; podrás descubrir no sólo las *intinciones* ocultas en el corazón de los hombres, sino las criaturas *cerraas* *entoavía* en el vientre de sus madres. Y del *mesmo moo* que podrás ver de levante a poniente *too* cuanto hay en el cielo y en la tierra, podrás *oílo* y *entendolo too*: la *paira* de los pájaros que vuelan por el aire y la de las alimañas que andan por la tierra, los cantos de los peces y sirenas del fondo de las aguas y los rugidos del viento y el *fagor* de los truenos, y el *gemío* de los montes y los sonos y rulos de cuantas cosas sean cerca o lejos de ti... Y dueño, de esta suerte, de *too* secreto, podrás, conociendo de *antimano* el bien y el mal y sabiendo fijamente en dónde están, tomar el uno y esquivar el otro». Mientras estas cosas le iba diciendo, sentía el viejo que el corazón se le iba tras la *encantaora*. «¡Triste de mí!, ¿qué hago?, se decía, ¿le doy *oío* o no?, ¿la sigo o no la sigo? Si la rechazo y me abandona, seguramente me

moriré de *pesaúmbre*, y si la sigo me condeno *pa toa* una *eterniá*, que harto se ve que es una hechicera y que *too* su *poerío* dimana de malas artes... ¡*Cuitao* de mí, que sin *querelo* he *pecao* con la vista y con el *oío!*... ¡*Perdíó* soy sin remisión!» A *toas* éstas, la *encantaora*, que lo estaba acechando, le dijo: «Yo, por mi parte, ya te he *ofreció* cuanto *pueo ofrecete*, *agora* tú contesta de una vez si *quiees* o no *venite* conmigo...» Al oír esto el viejo, rompiendo a llorar con *toas* sus fuerzas, gritó: «¡Déjame en paz, loca hechicera, que ya no *pueo* más!» Y hundiendo su frente en el regazo, se puso a rezar. La *encantaora* entonces, *toa* cabizbaja, va, se le acerca y le dice al *oío*: «¡Vente conmigo, viejo de mi corazón, que no sólo estoy *enamora*a de ti, sino que *quieo convertite* en el más rico, *poeroso* y *sabidor* de *toos* los hombres!...» Mas el viejo, tapándose los *oíos* *pa* no *oíla* y haciendo un gran esfuerzo, le contesta gritando: «¡No y mil veces no!... ¡*quitáteme* de *elante*, mala consejera, que prefiero la gloria del cielo a *too* lo mejor de lo mejor de la tierra!...» Y hete aquí que apenas hubo dicho estas palabras, le *paeció* que el mundo se le caía encima y que *queaba sepultao* en las tinieblas, porque presumió que la *encantaora* había *huío* como los días anteriores...

—¿Y no fue así? —preguntó Mila admirada.

—¿Huir? ¡Ni por pienso, ermitaña! La *encantaora* no había *rematao entoavía* su tarea, y ya *vos* he dicho que no era mujer que hiciera las cosas a medias... Hete aquí que conociendo que ya el viejo estaba *mu amilanao*, va, le echa un brazo al cuello, y como si se estuviera confesando, le dice *queo, mu queo*: «Vaya, ya veo yo que como eres el más inocente y santo de los hombres, *naa pueo* contigo... Por tres veces me has *rechazao*, y aunque, *prenda*a de ti, quería *hacete* mi esposo, no me *quea* más remedio que *marchame agora mesmo: enjamás*, pues, volverás a verme, ni a oír mi voz, ni a saber de mí; mas antes quiero *dejate* un recuerdo *pa* mientras el mundo sea mundo...» Y así diciendo, va, le da un beso *mu largo* y *desapaece* en *seguía* como por ensalmo.

—¿Y no volvió?

—No, ermitaña, ya no volvió, porque, si no, esto sería el cuento de nunca acabar. ¿No *vos paece*? —y al ver el gesto que ponía Mila, el pastor no cesaba de reír.

—Pero ¿qué, se acabó el cuento? —añadió Mila, que se había quedado toda parada.

—Falta sólo la cola..., mas no temáis, que no *vos quearéis* a media miel, mujer. Lo que pasó después fue lo siguiente: En cuanto que hubo *dejao* al viejo, la *encantaora* va, se monta en una ráfaga de leveche que a la sazón

soplaba y manda a ésta que la lleve a la Charca de la Muerta, en donde estaban en aquel instante platicando y haciendo calceta las demás *encantaoras*. Una vez allí, encarándose con ellas, les dice:

«*Dejai, comadres, sin demora
vuestra labor; tomai ahora
toas el peine del diamante
y el espejito relumbrante,
el collar de ojos de serpiente
con que hechizáis a tanta gente
y vuestras de algas floreaas
vestes, de escamas recamaas,
que ya mi empeño conseguí:
¡los hombres vuelven hacia aquí!»*

¡Ya *poéis figurarvos* el griterío que se armaría al oír semejante nueva! *Toas* a una deshacíanse las *encantaoras* en preguntas, deseosas de saber cómo se las había compuesto la más moza *pa* embaucar al viejo de la montaña.

Aquella, por fin, se lo explicó; mas costándoles *entoavía* trabajo creerlo, le hicieron repetir una por una las tretas *toas* de que se había *valío*, y como ella asegurara que, a pesar de haber *tentao* en vano a aquél con la riqueza que tan buen cebo es *pa* los hombres, con el *poerío* y con la *sabiuría*, había *consegúo* al cabo *dejalo conquistao*, *too* se les volvía preguntar de qué cordiales, de qué añagazas, pues, de qué filtros o de qué conjuros se había *valío*.

Ella por fin les confesó que con sólo un beso había *consegúo* hacer el milagro..., que es cosa *averiguaa* que, *dende* que el mundo es mundo, no se ha *encontrao entoavía* filtro, añagaza, *ardí* ni conjuro más *poeroso* y fijo *pa* quitar el *sentío* a un hombre, por santo que sea, que beso de mujer.

A *toas* estas, habíanse puesto algunas de las *encantaoras*, las menos lince sin *dúa*, a mofarse de lo que Floridalba acababa de decirles, cuando cádate que de pronto se oyó confusamente una voz *mu* honda, *mu* honda y *parecía* a las olas del mar, que se iba acercando poco a poco. Aguzaron, entonces el *oío* y por fin consiguieron averiguar que lo que aquella voz decía era: «¡Floridalba, Floridalba, Floridalba...!» Quien así gritaba, no era otro que el viejo, que corriendo *desesperao* de un *lao pa* otro, tan pronto por la Cresta del Trasgo, como por la Copa del Rey, como por el Bao de los Olivos, llamaba a voz en grito a la *encantaora pa* que lo llevara consigo, ofreciendo dar de buen grado

por otro beso de sus labios, no sólo las venturas *toas* de la tierra, sino la misma gloria del cielo...

Al oír esto las *encantaoras*, lanzáronse a la *desbandaa* y llenas de regocijo hacia diferentes *laos* de la montaña, repitiendo entre carcajadas las palabras del viejo.

Desde entonces, cabalmente, tienen este feo vicio de remedar *too* lo que oyen.

—¿Y qué fue del viejo, pastor?

—Murió, al cabo de una centuria, de mal de amores, y como murió demente y sin *arrepentise*, no *púo* entrar en el cielo cuya gloria *quiea* Dios *conceermos* a *mosotros*. Y por esto, ermitaña, cuando en noches de *tempestá* suena la campanita de Cimalta anunciando que ha *ocurrío* alguna desgracia, se ve su alma en pena pasar como fuego de San Telmo por esos barrancos y *hondonaas*, gritando sin cesar hasta que amanece, «¡Floridalba, Floridalba, Floridalba!,» con una voz que, por lo confusa, *paece* el hondo y lejano murmullo de las olas de la mar.





VII

PRIMAVERA

Los primeros días de mayo fueron una verdadera maravilla de puro espléndidos. Materialmente saturada de aromas, matizada de vivos colores y cuajada toda de pájaros que la alegraban con sus gorjeos, la montaña de San Poncio, como si perdiendo su habitual aspecto agreste y milenario hubiese de pronto recobrado su primera juventud, parecía núbil doncella, en cuya faz, a la vez que una dulce candidez virginal, resplandece la dicha del amor correspondido.

Todas las mañanas, no bien se levantaba, solía Mila entretenerse en contemplar el paisaje, en el cual descubría diariamente algún nuevo atractivo. De algún tiempo a aquella parte, venía asimismo reparando que, como reflejándose en ella los encantos aquellos de la montaña, se estaba en todo su ser operando también una profunda transformación regresiva. Sus ojos límpidos y claros, bien que impregnados a veces de serena melancolía,

brillaban ahora, a lo mejor, con súbitos destellos; iban sus pálidos labios tiñéndose poco a poco de un rojo intenso; sus pechos habían adquirido una turgencia parecida a la de la primera maternidad y presidía su aire y su actitud cierto gracioso desembarazo que realzaba su hermosura. Con estos cambios externos se emparejaban otras mudanzas de carácter espiritual, como un aumento de sentimentalismo y un refinamiento de sensibilidad tales, que no sólo la sorprendían a ella misma, sino que trocándola, al parecer, en una nueva mujer en cada circunstancia de la vida, llegaron hasta el punto de alarmarla. Parecía a veces que inundados de claridad su espíritu y su cuerpo, esclareciera todo su ser una clarividencia interna semejante a la luz misteriosa que allá, en los confines del valle, iluminaba los montes lejanos.

No era ella la única que se había dado cuenta de esto. Cuantos la rodeaban advertían claramente la lenta y completa metamorfosis que en Mila se venía realizando. Notándola el pastor cierto día, después de haber estado mirando a ésta un buen rato, le dijo cariñosamente:

—Vaya, ermitaña, supongo que no tendréis queja de San Poncio. Lo que es con vos ha hecho el santo un verdadero milagro. Cuando vinisteis estabais *delгаа* como un huso, y *agora*, en cambio, da gozo *vervos*... ¡Sois la mujer más fresca y más lozana que he visto en mi vida!

En otra ocasión le ocurrió una cosa parecida. Encontrándose Arnaldo, el de San Poncio, que había salido de caza por ser domingo, cerca de la ermita, le dio la idea de entrar a saludar a los ermitaños.

—¡Ave María Purísima! —gritó anunciándose desde la puerta del patio.

—¿Quién va?... ¡Subid! —respondió Mila desde la cocina, en donde estaba fregando los platos, y suspendiendo un momento su tarea, salió para asomarse a la barandilla de la galería.

Arnaldo, al verla, se quedó plantado y como suspenso a mitad de la escalera y exclamó con acento de sorpresa:

—¡Caramba! No os había conocido... ¡Si parecéis otra...!

Arnaldo permaneció un buen rato en la cocina conversando con Mila, la cual, a pesar de seguir, al parecer, muy ocupada en su tarea, pudo, no obstante, reparar con disimulo y a hurtadillas, que aquél no le quitaba la vista de encima siguiendo hasta sus menores movimientos.

Otro día, un día de esos en extremo bochornosos, en los cuales parece como que se reconcentra todo el calor del verano, a la hora de la siesta, después de haber comido y cuando hubo ya despachado las faenas domésticas, tomando la cestita de la costura fue a sentarse en el huerto, debajo de un almendro, donde se puso a remendar una camisa de Matías.

Iniciábase a su espalda el suave declive del repecho del monte; a su derecha, la Pompa, con su enorme joroba, se destacaba allá lejos sobre el fondo azul y brillante del espacio; a su izquierda, y a muy pocos pasos de donde estaba sentada, un seto vivo servía de lindero a la tierra de cultivo; y por encima de su cabeza extendía un almendro sus grandes ramas que, cuajadas de fruto, conforme el pastor había vaticinado, se doblaban abrumadas al peso de tanta carga. Debajo de aquel verde dosel, a través del cual apenas podía verse el espacio, notábase una suave y fresca brisa que contrastaba con el enervador bochorno del ambiente. A Mila, amodorrada aquel día, no sólo por el calor, sino por lo mucho que había madrugado, acabó el fresquecillo aquel por darle sueño, y echando, según estaba y sin quitarse siquiera la costura de encima de las rodillas, el cuerpo hacia atrás, quedóse medio tendida, recostada en el declive de la montaña.

Ardía en lo profundo de su ser un calor de vida parecido al bochorno que caldeaba el ambiente, y deslumbrada por los vivos reflejos de la verde campiña y los destellos del sol, y llena de vago enervamiento y laxitud, acabó por quedarse dormida sobre la hierba, con los brazos algo separados del tronco, las manos con las palmas hacia arriba y la sangre perezosamente estacionada en las venas. Y en semejante postura, y con el desenfado y abandono propios del sueño, permaneció, durante un buen rato, en completa inmovilidad, una de las piernas encogida en forma de arco, la cabeza caída hacia atrás, la boca abierta, y un poco en alto y de cara al seto el busto, cuya blanca y mórbida garganta contrastaba con el color azul del corpiño que, algo entreabierto por haberse, a causa del calor, desabrochado los primeros botones, dejaba adivinar la turgente exuberancia y plenitud de sus formas.

Mas dando de pronto muestras de haber sido, evidentemente, asaltada por una pesadilla, empezó a moverse; estremeciéndose, frunció las cejas, agitó convulsamente el brazo derecho que tenía extendido sobre el suelo, y su frente, que el reposo había cubierto de palidez, púsose de súbito ligeramente sonrosada. Al cabo de algunos segundos abrió por fin los ojos, parpadeó, miró, y sobrecogida quedó de un salto sentada en el suelo.

Dos ojos como dos ascuas, dos pupilas de lobo cervical hambriento y codicioso que a ella le pareció que se clavaban en sus carnes como agujas candentes, estaban brillando en el cercano seto.

Aquellos ojos eran los del Duende, que al verse descubierto murmuró con su risa sorda y gutural:

—¡Hu, hu, hu!... Ando buscando el hurón, que se me ha escabullido —y dicho esto, apartando las zarzas que aquí y allá se le agarraban a la ropa, fue

retrocediendo hasta que acabó por desaparecer.

Esto no obstante, a Mila que inmóvil y como fascinada se había quedado con la vista clavada en el seto, le latía el corazón apresuradamente. Aún le parecía estar viendo entre las zarzas aquellos ojos que traidores brillaban como dos ascuas y aquellos dientes al par que relucientes, repulsivos de puro blancos.

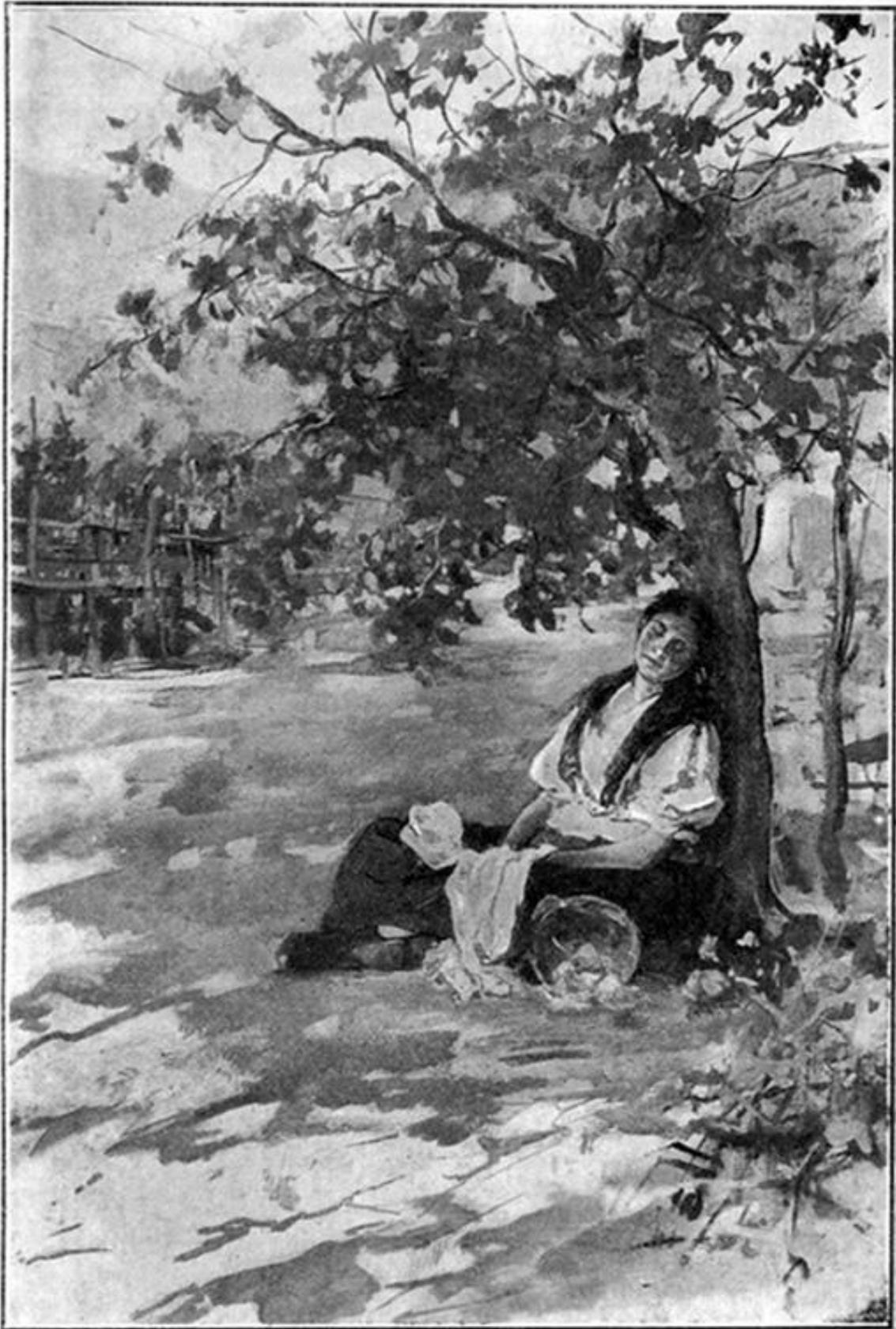
Así transcurrieron unos segundos, hasta que de pronto, sobrecogida de un miedo horrible, apretó fuertemente los muslos uno contra otro, se abrazó a las rodillas, y echándose de bruces sobre ellas, ocultó la cara en su regazo.

Un revuelto torbellino, mezcla de vergüenza y alegría, de inquietud y deseo, agitó todo su ser.

Y como si súbitamente hubiese afluido a su cabeza una oleada de sangre, en poco estuvo que no perdiera el sentido.

Cuando se incorporó estaba como atontada, sentía frío en la espalda y tenía estampados en el brazo izquierdo los agujeritos del dedal.

Recogió la costura y se puso en pie.



FUÉ Á SENTARSE EN EL HUERTO, DEBAJO DE UN ALMENDRO

Iba lentamente andando en dirección a la casa, cuando recordando que Matías se había marchado diciéndole que iba, según costumbre, a ver al señor cura, se acordó de pronto de que hacía mucho tiempo que no había ido a confesarse.

Era, pues, preciso ir... ¿Ir?... pero ¿por qué?... ¿había acaso para ello alguna razón especial?

Cierto que de unos días a aquella parte cruzaban a lo mejor por su espíritu, a modo de estrellas errantes o de negros moscardones, vagos enojos, raros enardecimientos, decepciones infundadas e íntimos estremecimientos de placer producidos por quiméricos ensueños; ¿pero cabía, acaso, considerar estas emociones, definidas unas veces e indefinidas otras, como un verdadero pecado, como algo malo, en fin, que necesariamente exigiera confesión? Sin duda que no.

Es más, a Mila le pareció que aquellas no eran, en todo caso, cosas para ir a contárselas al señor cura ni a ningún otro confesor propiamente tal, sino a alguna otra persona de muy distinto carácter.

—¡Al pastor, pongo por caso! —dijo hablando consigo misma, al traerle de pronto a la memoria el lógico encadenamiento de sus propias reflexiones, el recuerdo de aquél.

Mas apenas hubo preferido estas palabras, se apresuró a añadir toda avergonzada:

—¡De ningún modo! Al pastor, no... Pero ¿por qué no?... ¡Porque no!...

El pastor era demasiado singular, como que era un hombre que no parecía de este mundo; a buen seguro que no sólo no acertaría a explicarse que semejantes cosas le pasaran, sino que quizás encima de burlarse sería muy capaz de formar de ella un juicio desfavorable...

Para él no existía tribulación de ningún género de que San Poncio no pudiera librarle; así se comprende que en alguna ocasión hubiese llegado a tratarla nada menos que de hereje. A él, por lo visto, las cosas de este mundo le tenían muy sin cuidado... No, al pastor no; a quien en todo caso se lo podría contar era a Matías..., si Matías tuviese otro carácter, si fuese un hombre como los demás, si la mirara como los demás hombres la miraban; con ojos de admiración como Arnaldo el de San Poncio, pongo por caso, más que fuera con ojos de lascivia como el Duende, o siquiera con la mirada humilde de los húmedos y expresivos ojos del *Mochuelo*; con mirada, en fin, de bestia, ya que no de persona, con tal de que esa mirada dijera alguna cosa. Pero la de Matías no decía absolutamente nada: hartó lo echaba ahora de ver... ¡No decía absolutamente nada porque Matías estaba dominado por una

pasividad absoluta, por una pasividad de animal, pero de animal tan anómalo e inferior, que ni siquiera era capaz de sentir los estímulos sexuales!...

No bien se hubo dado cuenta de ella, convirtiéndose en su eterna pesadilla, de tal modo la indicada anomalía amargó la existencia de Mila, que no parecía sino que hubiese cometido algún delito, alguna bajeza, algo, en fin, que la hiciera indigna y miserable; y con secreta vergüenza de sí propia, todo, sin advertirlo, se le volvía esforzarse para ajustar de nuevo su conducta al más estricto deber.

Sorprendida y confusa, descubría en sí misma aires de mosquita muerta, actitudes equívocas, zalamerías traidoras, mentidas languideces, inflexiones de voz de dejos insinuantes, modulaciones llenas de promesas, caídas de ojos de esas que desconciertan, suspiros ahogados..., todo un arsenal, en fin, de armas prohibidas, las cuales, si hasta entonces había poseído y utilizado, aunque diestra inconscientemente, venía en cambio empleando, desde hacía algún tiempo, con felonía propia de su amargo despecho. Y cuando veía que, a pesar del empleo de tales armas, no lograba su objeto, no conseguía causar la herida deseada; cuando se convencía de que todo en el campo enemigo permanecía absolutamente tranquilo e impasible, apoderábase de ella tan gran contrariedad, desaliento tan sordo y tan reconcentrada desesperación, que apetecía revolcarse por el suelo, morder a escondidas sus propias carnes, y quedarse metida en un rincón hasta perecer de hambre o cambiar de modo de ser, trocando el carácter aquel que tantas inquietudes le proporcionaba, por otro impasible y duro que le permitiese vivir como una piedra, como algo insensible...

—¡Quién pudiera ser como ellas! —decíase mirando tristemente desde la explanada de la ermita, a las leñadoras de Huerta del Río, que cual procesión de hormigas iban bajando por la trocha, abrumadas por el duro peso de sendos haces de leña que abultaban tres veces más que ellas, pero completamente ajenas, en cambio, al más mínimo requerimiento del instinto, sin anhelos, sin discernimiento y sin más noción de la vida que la del duro peso de la carga que llevaban a cuestas, bastante menos duro al cabo que el que ella sentía sobre su alma.

Y reconstruyendo Mila mentalmente la escena de la labor diaria de aquellas mujeres, le parecía estar viendo cómo se levantaban mucho antes del amanecer, cómo después de coger sus cuerdas y sus sacos y de haberse reunido con sus compañeras, iban todas juntas subiendo por el monte arriba, procurando distraerse del frío, avivado por el fresquecillo de la madrugada, refiriéndose mutuamente chismes de vecindario, cuentos picantes de mozo de

mulas o consejas maravillosas por el estilo de las que solía contar el pastor, y cómo, finalmente, después de pasarse allá, en la cima del monte, las horas arrancando como locas coscojas y más coscojas, encapillándose los sacos en la cabeza a modo de capuchón, siempre con la cruz a cuestras, emprendían por la ladera abajo la vuelta a Muros, donde, lograrían al cabo verse libres de su pesada carga, que irían dejando a la puerta de las tahonas, a cambio de un par de realejos que cada una llevaría a su casa al regresar a ella molidos los huesos, pero con la satisfacción de haber cumplido su misión a conciencia y de haberse quitado un día de delante.

Mas al llegar a este punto de reflexiones, Mila hacía un alto, pareciéndole que, bien mirado, la condición de aquellas leñadoras no era todavía bastante tranquila y anodina, no era, en fin, bastante pasiva. Era, sin duda, preferible ser planta, estar completamente exenta de obligaciones, de necesidades, de trabajos, de afanes..., y de seguro que lo era más todavía ser montaña, ser, por ejemplo, uno de los tres Peñones aquellos, rudos y agrestes...

A pesar de haber sentido siempre hacia esa clase de animales, no sólo desvío, sino repulsión, cobró de pronto gran afecto a un corderillo de vellón blanco como la nieve y completamente rizado. Como solía darle a comer pedacitos de pan, el cordero, además de seguirla como un perrito a todas partes, en cuanto la veía pararse, apoyándose en ella se empinaba hasta quitarle con su aterciopelado hociquito las hojitas verdes que adrede se colocaba en la boca. A Mila el sentir a flor de labios su cálido y grato aliento parecido al de una persona, le producía un estremecimiento de delicia.

La mirada del cordero, como la de Matías, nada decía; pero era en cambio, tan inocente y tan tierna, que a Mila, cuando lo contemplaba, casi se le saltaban las lágrimas.

Otros animaluchos desbancaron bien pronto al cordero.

Ya de retirada, el pastor llegó cierto día a la ermita muy alterado. Había en la alquería de San Poncio una gata tan golosa que se comía todos los polluelos; tanto la castigaron, que acabó por perder la querencia y, huyendo de la casa, se refugió en un barranco cercano, donde se alimentaba de los pájaros que, merced a su gran destreza, solía cazar, y donde parió cuatro gatitos tan pardos y ariscos como ella. Cierta día, al pasar casualmente por el barranco, vio el Duende a los animalejos, echó el lazo a la gata, pescó, y, después de entretenerse un buen rato en atormentarla, acabó por despanzurrarla a coces, marchándose luego tan tranquilo, con los ojos medio entornados y enseñando los dientes, como siempre.

En cuanto sintieron hambre los animalejos aferráronse los cuatro a los pezones de su madre; mas como ésta no era ya más que un cadáver, al día siguiente, acosados por la necesidad, mayaban sin cesar. Baudilillo refirió al pastor la hazaña realizada por el Duende, de la que había sido testigo presencial, y el pastor a su vez se la refirió a Mila lleno de indignación, terminando el relato con las siguientes palabras:



El cordero, además de seguirla como un perrito á todas partes...

—¡Vos juro que me la pagará! No ha de pasar de mañana sin que le estropee cuantas madrigueras tiene en acecho... ¡Qué mala sangre tiene el *condenao*...! ¡Mía tú que hacer perecer de hambre a los *probes* animalitos...! ¡Cuánto más hubiera *valío matalos* de una *pedraa*, en vez de entretene se en *haceles paecer* de este *moo*!

Mila, que había escuchado horrorizada la relación de semejante hazaña, se encaminó por la tarde al barranco, en compañía del pastor y de Baudilillo. Antes de llegar a él, ya oyeron desde bastante lejos los bufidos de los cuatro animalitos, que, apenas divisados por ellos, huyeron despavoridos y con los pelos erizados, sin acertar apenas a mover sus patitas todavía torpes. Cuantos halagos, requerimientos y mimos les hicieron, fueron inútiles: ocultos entre unas matas los ariscos animalitos ni se decidieron a salir ni se pusieron al alcance. Con esto ya tuvo Mila tela cortada para tres o cuatro días, durante los cuales bajó todas las mañanas y las tardes al barranco a proveer de golosinas a

los gatos. Uno de éstos murió ya el primero de los citados días, obstinado en no comer; mas los tres restantes acabaron por dejarse coger, siendo llevados más muertos que vivos a la ermita, donde a fuerza de cuidados y paciencia se logró salvar a dos de ellos y donde, andando el tiempo, llegaron a ser venerados como suelen serlo en Egipto. De fijo que si alguno hubiese intentado causarles el menor daño, Mila se hubiera puesto fuera de sí.

Mas al cabo de algún tiempo los gatos que, habiendo logrado salir adelante e ir creciendo, sabían ya comer por sí solos, se pasaban el día entero jugueteando como locos, sin necesitar para nada de los cuidados de Mila, cuyo apasionado corazón, henchido de ternura, desolado y nostálgico, sintióse de nuevo necesitado de cariño y ávido de sacrificarse incondicional y ciegamente por alguien.

Cierto día, en ocasión en que le estaba probando a Baudilillo unos tirantes, presa, con vehemencia todavía mayor que el día aquel del Borbollón, de uno de aquellos arranques de efusiva ternura que solía sentir, cogió de pronto la cabeza del niño y, restregándola fuertemente contra su cara, estuvo largo rato cubriéndola de besos.

Aturrullado el chico bajo aquel chaparrón de caricias, cerró los ojos y se quedó todo encogido y admirado, cual pájaro caído de un nido. Y habiendo desde aquel día pasado a brillar en la sombría soledad de Mila con el resplandor de ardiente hoguera o como el sol cuando está en el cénit, el chiquitín de San Poncio, más contemplado y mimado por la ermitaña que si fuese hijo propio, no hubiera sabido precisar a quién tenía más cariño, si a ésta o al pastor.





VIII

LA ROMERÍA DE LAS ROSAS

Habiéndole dicho alguien que no los encontraría en ningún lado como los de Huerta del Río, allá se encaminaba Mila, con objeto de apalabrar la lechuga y los huevos necesarios para el día de la romería, desandando por vez primera uno de los varios caminos por donde había pasado el día de su traslado a la ermita. Desde que vivía en ésta no había bajado más que por el lado de Muros.

Aunque era todavía de madrugada, ya el sol, muy por cima de la Pompa, alegraba con sus resplandores la vasta extensión de la campiña.

Según iba a paso corto, pero vivo, avanzando por aquella senda parecida a enorme surco producido por rueda colosal, iba Mila absorta y ensimismada en sus propias meditaciones, vagas como flotantes y confusas nieblas, contemplando el rellano del Mojón que, allá al final de la cuesta, ofrecía un aspecto semejante al de una sartén redonda y aplastada, cuyo mango formado

por el segundo tramo del Canal de los Cojos, se erguía decantándose hacia un lado.

Ya transpuesto el sendero, y al ir precisamente a embocar el referido tramo del Canal, le vino a la memoria lo que Matías le había dicho el día que habían subido por aquellas empinadas torrenteras. Tan insensiblemente y con tanta rapidez bajó esta vez por ellas que, en efecto, como si le hubiesen dado cuerda, en un santiamén y como llovida del cielo se plantó en la planicie, en donde un anciano que tenía un mugriento saco sobre una de las rodillas estaba tranquilamente descansando en el mismo sitio en que ella se había sentado fatigada el día que había subido por allí. Mila, que al pasar por delante de él le dio los buenos días, sin detenerse se encaminó al Mojón. Ardía en deseos de contemplar de nuevo la vasta llanura que desde aquella prominencia se divisaba.

Procurando afianzar pies y manos, logró, no sin alguna dificultad, trepar hasta lo alto del Mojón. Cuando ávida de contemplar por segunda vez el paisaje, tendió desde la altura aquella la mirada, experimentó una impresión de asombro exactamente igual a la que hacía cosa de un mes había experimentado.

—¡Virgen!, ¡qué hermoso es esto! —pensó llena de nuevo de admiración. Entornando un poco los ojos, el llano de Huerta del Río, profusamente sembrado de una especie de manchas rosáceas, parecía a la sazón teñido de color de rosa.

Bajo aquel cielo azul cuya limpidez sólo era comparable a la infinita pureza que vemos brillar en los ojos de ciertas vírgenes, el cerro de Huerta del Río, matizado de verdes primaverales, cuajado de casitas pardas y rodeado por la florida llanura que a modo de rosada gasa lo ceñía, más que paisaje real y verdadero semejaba fantástica creación de algún pintor colorista.

—Pero ¿qué podía ser aquella especie de arco iris? Como no lograba averiguarlo, Mila se decidió a preguntarlo al hombre aquel que había visto allí cerca.

—Las manchas esas, buena mujer —le contestó éste—, son huertos llenos de rosas. De tantas como veis, no ha de quedar aquí ni una; pasado mañana irán a parar todas a lo alto de la montaña, para ser bendecidas en la romería de San Poncio.

Dos días después pudo Mila convencerse de la exactitud de tales palabras.

Acababa apenas de levantarse, cuando ya a eso de las cuatro de la madrugada tuvo ocasión de ver avanzar hacia la ermita la primera tanda de fragantes rosales, que a modo de animados ramos iban, a medida que

ascendían, abriendo sus flores a las frescas auras matutinas; y más tarde y según iba entrando el día, pudo observar que, surgiendo dondequiera, de tal modo iba por caminos y atajos, por altos y hondonadas, lo propio en el fondo de las torrenteras, que en el del despeñadero de Pie de Gallo, aumentando el número de rosales, que a las diez de la mañana, la montaña entera se hallaba convertida en maravilloso y florido jardín. A todo esto las campanas de la ermita repicando sin descanso descompasada y frenéticamente, parecían llamar con su alegre tañido a aquel inmenso enjambre de romeros que lentamente y sin cesar iban llegando, al par que con la animación reflejada en el brillo de sus ojos, en el vibrante tono de la voz y en la expresiva elocuencia de su mímica, llenos de alegría que retozaba por todo su cuerpo materialmente pegado al enorme y sendo ramo, cuyas agonizantes rosas, envolviéndoles casi de pies a cabeza, iban poco a poco saturando de perfumes, no sólo los cerebros, sino la tierra y la atmósfera.

Del compacto núcleo de rosales que junto a la ermita coronaba, en torno a ella y a modo de copete, el vasto conjunto formado por los demás, se alzó bien pronto un confuso rumor de risas y cuchicheos, de ternos y cantares, parecido al sordo zumbido de una colmena... Era el eco de la bulliciosa romería, cuya animación iba por momentos en aumento.

La vida toda de la comarca desde Peñalisa hasta el mar y desde Peñalva hasta la llanura lejana, se había ido concentrando en las yermas cumbres donde estaba enclavada la ermita de San Poncio, incapaz para albergar aquella inmensa multitud que desparramada por cuevas y hondonadas, bien en errantes y revueltas caravanas, bien en grupos pintorescamente acampados, se desbordaba en todas direcciones, por el lado del Borbollón, por el de los Pinares, por todos lados, en fin, y por todas las estribaciones de la montaña.

A media mañana divisábanse por todas partes fogones campestres improvisados con piedras agrupadas de tres en tres, como señales convenidas para algún misterioso plan estratégico y junto a las cuales se veían las cestas de la comida o las alforjas que abiertas en canal mostraban su interior repleto de víveres; y algo más tarde y formando una especie de bosque borrosamente reflejado merced a algún fenómeno de espejismo, elevábanse en el espacio multitud de columnas de humo que surgían en espiral de cada uno de aquellos fogones.

Únicamente por los caminos y atajos de Muros podía subirse, bien que no sin dificultad, hasta la ermita, en caballería o tartana de alquiler, aunque a decir verdad, era necesario disponer para el caso de buena cabalgadura y estar uno hecho a prueba de traqueteos. Por allí, pues, iban llegando sin cesar con

los bártulos a cuestras unos, o caballeros en rocines otros, los ferieros de la romería de San Poncio: vendedores de rosquillas y caramelos, de confites, vino blanco y aguardiente, de avellanas y piñones tostados, de almarrajas y cantaritos de vidrio, de soldados de plomo y trompetas de hoja de lata; el del tiro al blanco y el del *tuttilimundi*, el ciego del violín que convertía en plañideras melopeas el relato de los crímenes más vulgares, y Cristóbal, el bobo de Peñalisa, que se dedicaba a remedar en mitad de un corro de curiosos y por medio de gestos y visajes cuantos animales se conocen, desde el ruiseñor al cerdo y desde el asno a la lagartija.

Los ferieros aquellos iban, a medida que llegaban, acomodándose todos en fila bajo la larga hilera de cipreses de la plazoleta de la ermita, donde montaban sus tenderetes o mostraban sus habilidades ante los cándidos y embobados espectadores, cuyo numeroso concurso estaba principalmente constituido por ancianos y chiquillos que, con su traje dominguero y muy ataviados con sus ternos de rígido paño y holgura inverosímil, y sus faldas que de puro largas les hacían dar continuos traspiés, lucían en la cabeza pañuelos de colores chillones o flamantes barretinitas de un rojo tan intenso, que no parecía sino que la explanada entera estaba salpicada de innumerables manchas de minio.

Mila, que jamás había visto otra romería tan espléndida como aquella, estaba verdaderamente asustada.

Había subido al campanario una docena de veces por lo menos, pidiendo por el amor de Dios que dejasen a las campanas en paz, que la cabeza se le partía, pero todo fue inútil. Verdaderas legiones de arrapiezos y ganapanes que, cansados de rondar por la plazoleta recorriendo puestos y contemplando pantomimas y después de haber estado largo rato subiendo y bajando en tropel por la escalerilla de la capilla, habían acabado por declararse dueños y señores del campanario, colgados en racimos de las cuerdas de las campanas no daban a éstas punto de reposo.

Los que no encontraban cuerda donde echar la zarpa, se entretenían asomados en masa a los ventanales de la torre, en manotear allá en lo alto haciendo aspavientos y atronando el espacio con sus risotadas y berridos de que nadie hacía el menor caso.

El cabecilla de aquella endiablada turba de chiquillos no era otro que el propio Baudilillo, que hecho un adán, con la pretina de los pantalones por debajo de la cintura y chillando como un condenado, corría sin descanso y como si tuviera azogue en el cuerpo de un lado para otro tan alocadamente y

fuera de sí que Mila, no sólo renunció a amonestarlo, sino a poner orden en el campanario.

Ella por su parte, completamente atontada de tanto ir y venir del balcón al patio, del patio a la cocina, y de la cocina a la azotea, constantemente asediada a preguntas por los que sin cesar entraban y salían, ya ni sabía dónde tenía la cabeza.

Desde tiempo inmemorial, existía la costumbre de que por módico estipendio prestase la ermita enseres de cocina, vendiese huevos, aceite, lechuga, anises y vino blanco y sirviese de comer a la multitud de comodones poco amigos de andarse en guisos que solían concurrir a la romería.

Dos cocineras de Muros, parapetadas con sus respectivas ayudantas detrás de una enorme batería de peroles, cazuelas y pucheros y armadas de sendas cuchillas, hacían una guerra incesante y sangrienta a un enjambre de gallinas, patos y ocas que, despavoridos, resistíanse, chillando y revolviéndose, a que les cortaran el pescuezo.

Los conejos corrían de cuenta del Duende. Ya el día anterior, al anochecer, había comparecido con una ristra de once, unos con la cabeza aplastada a pedradas o a puntapiés, y otros con las ancas completamente destrozadas por las dentelladas del hurón; mas como ya sabía por experiencia que siempre se había necesitado más de una docena de ellos, había prometido traer todos los que fuere menester el día mismo de la romería. Dicho día Mila tuvo ocasión de presenciar, verdaderamente asombrada, cómo el Duende que había instalado su matadero en un rincón del hogar, debajo de la campana de la chimenea, iba, en efecto, desollando conejos y más conejos, como si se los sacara del bolsillo.

En cuanto asomaba a lo mejor por la cocina algún hombre o mujer, preguntando si se les podría proporcionar algo que comer, pagando lo que fuese, apresurábase aquél a ofrecer el bicho que estaba desollando. Cerrado el trato cobraba, remataba su faena, y un nuevo conejo suspendido por la ternilla del muslo de una de las patas traseras, colgaba en seguida del correspondiente clavo debajo de la campana de la chimenea.

Admirada Mila de la sin igual rapidez con que aquel hombre desollaba los conejos, no supo resistir a la viva curiosidad que le inspiraba tan asombrosa e implacable matanza, y se detuvo un momento a contemplarla. Cogía aquél un conejo, y después de darle con presteza un tajo alrededor de cada una de las canillas, dejándole bien cortada la piel, colocábase el cuchillo atravesado en la boca y tiraba con ambas manos de la sobañita gris forrada de una película lustrosa y fina como tela de cebolla, hasta poner completamente al

descubierto los nervios y músculos del animal, que se quedaba con las patitas
enfundadas en su correspondiente polaina afelpada.



VENEDORES DE ALMARRAJAS Y CANTARITOS DE VIDRIO

Cierto que a lo mejor la piel, fuertemente adherida a causa de alguna herida, resistíase a desprenderse y se rasgaba soltando un coágulo de sangre; mas a un simple toquecillo del cuchillo, seguía bien pronto cediendo sin dificultad hasta el pescuezo del animal. Eran de ver los prodigios de habilidad que hacía entonces el Duende, el cual, convertido en el más hábil prestidigitador, después de ir con el ensangrentado cuchillo descarnando cuidadosamente la piel y enroscándosela poco a poco en la mano izquierda, cerraba los ojos, apretaba los dientes, y de un solo tirón dejaba el conejo completamente despojado de su vestidura, sanguinolento, rabón, desorejado, enseñando la blanca dentadura y con ambas manecitas cercenadas. Al contemplarlos Mila de semejante guisa balancearse pendientes del garfio completamente desnudos, rígidos, escurridos y limpios de redaño, y con los brazos encogidos y las piernecitas estiradas, meditaba, no sin sentir cierto escalofrío, en el exacto parecido que existía entre aquello y un hombre en miniatura, cuyo cadáver dándose clara cuenta de las herejías con él cometidas, se estuviera sonriendo con esa amarga y cínica mueca de sufrimiento que en ciertas calaveras suele el dolor dejar impresa. Y cada vez que el Duende hundiendo su cuchillo en el vientre de alguno de aquellos que a ella se le antojaban verdaderos homúnculos, lo destripaba de arriba abajo y le sacaba las entrañas, Mila, herida de súbito y vivo terror, sentía una profunda repulsión hacia aquella especie de verdugo, que se recreaba en destripar sin piedad a semejantes suyos que ningún daño le habían causado. Por esto no bien alguien llegó a la cocina para avisarle de que allá en la sala estaban preguntando por ella, apresuróse a salir de debajo de la chimenea, ávida de ensanchar su corazón oprimido, como quien huye de un lugar prohibido, donde a su pesar se ha visto precisado a presenciar alguna monstruosidad.

En el amplio salón de la ermita todo presentaba, en cambio, aspecto muy distinto. Cuantos en él se encontraban estaban apretándose para dar comienzo a la solemne función del día, al Oficio en honor de San Poncio.

Sin cuidarse para nada del sonoro repique de las campanas, que descendiendo en raudo vuelo por la escalerilla de la torre penetraba por el balcón y las puertas de par en par abiertas, los músicos de la orquesta de Muros atronaban el aposento con las discordes notas de los bruñidos instrumentos que estaban templando, y entre cuyos brillantes reflejos se destacaba a lo mejor la nota negra de la sotana de alguno de los seis o siete curas de los lugares inmediatos, que congregados en la ermita para la fiesta, no cesaban atareados de andar de acá para allá riendo y bromeando y llamándose los unos a los otros.

En el preciso momento de poner los pies en el salón Mila oyó que el señor cura de Muros ordenaba al pastor que fuera a dar la primera señal, y asomándose al balcón pudo reparar que no bien, después de ahuyentar del campanario la turba de chiquillos que en él estaban, hubo el pastor tirado solemnemente de las cuerdas de las campanas para soltar el repique, todo el vasto hormiguero de gente desparramada por el monte se había puesto de pronto en movimiento como sorprendido por un chubasco. Todo se volvían prisas; dondequiera veíase gente que se apresuraba a limpiar volatería y por todas partes aparecían nuevas e improvisadas fogatas... Sonó el último repique; las mujeres, sacudiendo sus faldas se aprestaron a acudir a la función, viéronse brillar al sol centenares de pañuelos de vistosos colores, aumentaron por todos lados las carreras y las voces, y precipitándose en masa hacia la capilla, agolpóse la multitud a la puerta de la misma.

En aquel preciso momento acababan de aparecer... radiantes de majestad, los celebrantes (el señor cura de Muros y otros varios sacerdotes que le rodeaban), colocándose en el centro del altar, vestidos todos con ternos de rígido tisú recamado de oro y galoneado de lo mismo. En la capilla, harto reducida para contener los miles de almas que habían acudido a la romería, no cabía un alfiler. Estaba materialmente atestada de hombres, mujeres y chiquillos, que revueltos y prensados, se empujaban unos a otros, dejando oír a lo mejor alguna injuria murmurada por lo bajo, ávidos todos de acomodarse lo más desahogadamente posible, y la plazoleta contigua, el pretil que la rodeaba, la escalinata que a ella daba acceso y aun el pinar donde ésta iba a terminar, aparecían completamente llenos de fieles que, armados de su correspondiente ramo de rosas y capullos de todos colores, mientras por un lado se esforzaban estirando el cuello lo más posible para no perder detalle de la ceremonia, procuraban por otro preservar las flores de achuchones y percances.

Iba la ceremonia siguiendo su curso, cuando a lo mejor, y al llegar el sacerdote precisamente a la mitad de la Epístola, una mujer con la vista turbada y dilatadas las pupilas, después de cerrar los ojos fue poco a poco inclinando la cabeza hasta dejarla caer sobre el hombro de la persona que tenía al lado. Se había desmayado y costó Dios y ayuda sacarla fuera de la capilla. Al llegar al Evangelio tuvo que repetirse la operación, primero con un anciano y luego con un niño, y cuando por fin, ya el Oficio tocaba a su término, no se veía en la capilla una sola persona que presentara su aspecto natural; los que no congestionados, estaban, de puro pálidos, blancos como la nieve.

De tal modo estaba la atmósfera viciada por el olor acre del incienso, el tufo de la cera quemada y el vaho que con el calor se exhalaba de todos los cuerpos, que resultaba irrespirable. Además de esto, los vivos destellos que los cirios del altar, espléndidamente iluminado, arrancaban a las rojas casullas de los sacerdotes que no cesaban de andar dando vueltas alrededor del celebrante, acababan por deslumbrar a uno. Y como si esto no fuese bastante, el ruido que a lo mejor metían los que estaban en el coro, el eco de los cantos entonados a intervalos por nutrido conjunto de voces humanas, el prolongado quejido de los violines y los graves sonidos que a modo de verdaderos truenos soltaban los fiscornos, fueron poco a poco henchendo el espacio de ecos diversos, que acabando por fundirse en una sola resonancia, de tal modo herían aun el oído menos delicado, que no había ya modo de resistirlos. Eran, pues, con seguridad contadas las personas que habían logrado mantenerse hasta el promedio del Oficio completamente despejadas; y apenas se veía una que no estuviese medio asfixiada y que, resbalándole por las sienes abajo el copioso sudor de la frente y con la palma de las manos abierta como sintiendo en ambas muñecas la opresión y el frío contacto de unas esposas de hierro, no se encontrara sumida en profundo enervamiento. Y esto no obstante, no se dio el caso de que una siquiera de tantas personas abandonase su puesto: clavados como estacas cada cual en su sitio, todos esperaban la llegada del supremo momento de la bendición que con tanta impaciencia estaban aguardando.

Terminó al cabo el Oficio, y mientras se entonaban unas salves para dar lugar a que el señor párroco se revistiera con la capa pluvial y a puro de empujones y a embestidas acababa la gente de salir de la capilla; la mitad de los concurrentes que por haber salido primero, habían tenido ya lugar de que la cabeza se les despejara, iban a colocarse inmediatamente detrás de la imagen del santo que, balanceándose suavemente, se erguía sobre sus andas llevadas en hombros por cuatro individuos.

Al ponerse la procesión en marcha, desatóronse todas las campanas en frenético repiqueteo, cuyos ecos fueron seguramente oídos de una legua a la redonda; vibró potente bajo el arco de medio punto de la tribuna el eco del litúrgico coro; y la multitud que llenaba por entero la montaña, al ver de pronto destacarse sobre el fondo oscuro del rectángulo formado por la puerta de la ermita la imagen del santo, saludó su aparición prorrumpiendo en frenéticas aclamaciones:

—¡San Poncio!

—¡San Poncio! ¡San Poncio! ¡San Poncio!

Contrastando con el espléndido cuadro de vida y de incesante renovación que ofrecía cuanto la rodeaba, la imagen del santo, raquítrico y tristón, parecía, si cabe, más carcomida y rancia que de ordinario, descollando sobre aquel mar de cabezas, inmóvil en el centro de su dorada jaula de columnas salomónicas, lánguidamente inclinada la débil cerviz y en su habitual y característica actitud: empuñando con una mano el báculo episcopal, y mandando, con la otra en alto y con dos de sus dedos materialmente rígidos, a la par que la bendición para todos, la salud para los enfermos.

Cuando acto continuo levantó el señor cura el hisopo para infundir a cuantas rosas tenía en su presencia la virtud de obrar ciertos milagros, haciendo al vivo lo que el santo con su actitud rígida e inanimada simulaba ejecutar, la multitud, vivamente emocionada ante la conmovedora y rústica ceremonia, se prosternó vacilante de hinojos en medio del mayor silencio, humillando hasta el suelo la cabeza.

Mila, que cabalmente acababa en aquel momento de salir de nuevo al balcón, vio al asomarse la explanada entera convertida en inmóvil y obscura mancha, sobre la cual extendía su florido manto un verdadero bosque de rosales que, cerniéndose triunfadores sobre cuanto abarcaba la vista, parecían agitarse trémulos de ventura al suave y vivificante soplo de auras divinas.

Y transcurrieron unos segundos durante los cuales no pareció sino que a la multitud profundamente embargada por la emoción, sólo le habían quedado aliento y sentidos para extasiarse ante el espectáculo de aquel espléndido jardín a cuya soberana belleza ninguna otra era comparable, y cuyo estimulante y embriagador perfume todo lo invadía.

Mila, sintiendo, como todos, traspuesto de pronto su corazón por íntimo deliquio, herida como por un rayo y anegado en lágrimas el rostro, fue también poco a poco inclinando la cabeza, hasta quedar con la frente apoyada en la barandilla del balcón.

Abismada en el más profundo recogimiento, acababa en aquel mismo instante de sentir surgir en su espíritu, ajeno a cuanto le rodeaba, la noción evidente y clara de un más allá, hasta entonces por ella no vislumbrado.

—¡San Poncio...! ¡San Poncio...! ¡San Poncio...! —exclamaba de nuevo la multitud emocionada, y aquella unánime explosión de entusiasmo que se desbordaba de millares de corazones, hizo experimentar al suyo por vez primera un vivo y acendrado sentimiento de veneración y vasallaje hacia la excelsitud augusta de la santidad.

Terminada la ceremonia de la primera bendición, la procesión fue, no sin dificultad, avanzando por el lado derecho de la explanada. En el tránsito,

disgregábase la compacta multitud para dejar al santo paso franco, apresurándose inmediatamente a apiñarse de nuevo, para engrosar el ya numeroso séquito que marchaba detrás de la banda de música, cuyos estridentes sonos eran ahogados por la estrepitosa salva con que un sinnúmero de cazadores recibía al Santo Patrón de la comarca.

Contrastaba con la deslumbrante claridad del espléndido sol del mediodía el humilde fulgor de las llamas de los cirios, las cuales titilaban sobre el fondo obscuro de las negras ropas de los fieles, a las cuales no parecía sino que los propios ángeles estaban mandando castos besos de luz.

Cuando la procesión hubo llegado a la escalinata situada al final y en el mismo centro de la explanada, se detuvo, y entonces el señor cura, alzando de nuevo la diestra, bendijo otra vez todas, absolutamente todas las rosas de la comarca, así las que allí presentes estaban languideciendo en brazos de tantas personas convertidas en jarrones animados, como las que todavía en capullo y en las ramas mismas del propio rosal estaban, exuberantes de vida, a punto de reventar.

Terminada la última parte de aquella ceremonia que todos los años se celebraba bajo su presidencia, y después de haber dado lentamente la procesión la vuelta entera a la explanada, regresó solemnemente San Poncio a su capilla, en la que penetró seguido de su interminable acompañamiento.

Era menester todavía rendirle el último tributo de rúbrica, y en tanto que en los diversos corros se iba echando el arroz en la cazuela y rebanando el pan, y se iba esparciendo por todas partes un olorcillo a guisado capaz de despertar el apetito más dormido, se oían resonar dentro la ermita los vibrantes acentos de millares de voces que entonando los gozos en loor del santo repetían:

*Nacisteis antes de tiempo
por privilegio especial,
para dejar de este modo
burlado al genio infernal.*

A los cuales, en son de súplica y con este estribillo, contestaban otras voces con entusiasmo todavía mayor:

*Ya que de Dios alcanzasteis
este poder milagroso,
libradnos de enfermedades*

¡oh santo mártir glorioso!

A todo esto, presintiendo las rosas que aquella fiesta en que desempeñaban papel tan principal tocaba ya a su término, y que por otra parte les había llegado ya su hora, iban inclinándose insensiblemente sobre su verde tallo dispuestas a morir y cubriendo la montaña toda con la copiosa lluvia de sus marchitas hojas.





IX

ALGAZARA

A lo largo del salón y montadas sobre unos caballetes se habían colocado dos interminables mesas, cuya mantelería había sido alquilada juntamente con el servicio a un posadero de Muros. En la habitación inmediata y aprovechando el reducido espacio que dejaba libre el ropero, se habían montado otras dos, bastante desvencijadas por cierto, En la torre del campanario se había puesto otra más y, finalmente, en el patio se había improvisado otra sobre el brocal mismo de la cisterna. Pues bien: a pesar de esto y sin contar con que en la cocina había todavía otra que en vano proyectaron los de la casa reservar para sí y para el personal que estaba a sus órdenes, poco después de las doce, como no fuera la redonda destinada a los sacerdotes, no quedaba de tantas una sola mesa que no estuviera atestada de comensales que, sentados a su alrededor movían, hambrientos y bulliciosos, gran algazara. No bien hubo terminado el canturreo de la capilla, cuantos habían acudido a la romería desprovistos de comida, cayeron como una avalancha sobre la casa, que a guisa de ejército conquistador tomaron por asalto. Metiéndose por todas partes, manoseándolo todo, husmeándolo todo, pidiendo cuanto hay que pedir, vociferando sin cesar y llamándose a gritos los unos a los otros, andaban de un lado a otro, vagando por el patio, estorbando en la cocina a las pobres mujeres abrumadas de trabajo, penetrando en procesión en el interior del corral para aligerarse de ciertas cargas, sacudiendo la verja sin ton ni son, apaleando los cipreses, invadiendo la azotea, estropeando brutalmente las flores que cogían a puñados, escupiendo en los estanques próximos a la casa, trepando a los almendros para coger la fruta, apedreando a los corderos que embobados asomaban a lo mejor el hocico por la puerta del corral y no dejando, en fin, cosa sana en parte alguna.

Mas acosados, al cabo, por el apetito o hartos de andar haciendo daño y curioseándolo todo, iban poco a poco afluyendo al piso alto, en cuyos improvisados refectorios acababan por embutirse.

La algazara que en éstos reinaba iba en tanto cada vez más en aumento. Unos llevaban a rastras las sillas de que tras acaloradas disputas habían logrado apoderarse; otros, empeñados en enderezar la mesa que se les

antojaba torcida, andaban con ella a trompicones, removiendo la vajilla toda y arrugando los manteles; otros se entretenían en emporcar con un lápiz la pared escribiendo en ella con torpe mano y ortografía zulú frases obscenas, y no faltaba, por último, quien fingiendo bailar una especie de danza serpentina, palmoteaba grotescamente haciendo contorsiones de la cintura para arriba... Junto al balcón habían sentado sus reales un grupo de malas cabezas que, no bien asomaba por allí algún sacerdote, haciéndose una seña con el codo se echaban todos a una, subrayando la intención con guiños picarescos, a cantar aquello de:

*Un fraile y una monja
dormían juntos...*

cuya letra hacía poner avinagrado gesto a dos viejecitas de aspecto santurrón que cerca de ellos estaban.

Echándolas de elegantes con sus corbatas de abigarrados y llamativos colores y sus flamantes gorras echadas para atrás, divertíanse en otro grupo unos cuantos jovenzuelos, muy envanecidos con su calidad de herederos acaudalados, celebrando sus propias gracias con la cabeza muy erguida y hablando en voz muy recia para que todo el mundo los oyera. Los mozuelos aquellos —¿quién había de ser?— cuantas veces Mila o alguna de sus ayudantas pasaban por su lado, se entretenían en echarles la zancadilla o se aventuraban a darles con disimulo algún pellizco en la rolliza nalga, o a buscarles las cosquillas debajo del sobaco. A todo esto ellas, las pobres, que llenas de coraje y procurando con maña escurrirse por entre la revuelta muchedumbre, andaban sin cesar de un lado a otro llevando fuentes de ensalada, rellenando de vino los porrones que iban quedando vacíos y haciendo continuas advertencias o insinuando reproches de que nadie hacía el menor caso, no cesaban un momento de entrar y salir. Matías, deslizándose entre la gente y metiéndose por todas partes, singularmente donde había faldas, andaba también muy atareado mostrando de corro en corro, a todo el que quería verla, la pequeña imagen de San Poncio, muy metidito en la urna aquella forrada toda de papel aterciopelado, que tan grave repulsa de su mujer le había valido; y al paso que iba haciendo, según la mostraba, a la vez que la minuciosa explicación de cuantos bígaros la decoraban, el acabado relato de cuantos milagros el santo había efectuado, iba vendiendo unas hojas, amarillentas de puro rancias, donde en letras tamañas como granos de trigo, estaban impresos los gozos en loor del santo; estampas transparentes de esas

que se enroscan y desenroscan echándoles el aliento; medallitas de latón con un grabado representando los Peñones, y rosarios y escapularios benditos. Cuando se obstinaban en no comprarle nada, no por esto cesaba de sonreír, pidiendo entonces que le dieran al menos la limosna de un perro chico para ayuda del santo, sin que fueran parte a desconcertarlo ni las malévolas sospechas que a lo mejor dejaba entrever alguno, preguntándole si el santo para quien había de servir la limosna era de palo o de carne y hueso, ni las groseras bromas de los que descarados se entretenían en ponderarle en términos picantes lo muy vistosa que estaba su mujer. Mientras él, siempre ufano, aguantaba impasible todas estas groserías, Mila, que cada vez que pasaba por su lado le lanzaba miradas llenas de enojo, veíale muy campante entregarse satisfecho y con la avidez pintada en el semblante al tráfico gitanesco merced al cual iba embolsando céntimos y más céntimos. Rodeábanlo constantemente, sin perderle un momento de vista y siguiéndolo adondequiera que iba, cuantos chiquillos había en el salón, alguno de los más revoltosos de los cuales llegó al extremo de pretender que le dieran la urna aquella forrada de terciopelo, y de pillar, por no habérselo complacido, tal rabieta, que a pesar de haberlo tomado su madre en brazos para consolarle, estuvo largo rato retorciéndose y pataleando, gritando enfurecido que quería marcharse a casa, que tenía sueño, que tenía sed, que tenía dolor de vientre, y saliendo, en una palabra, con cuantas chinchorrerías cabe imaginar.

A todo esto y en vista de que ya la comida se retardaba demasiado, la general impaciencia y alboroto fueron en aumento; algunos amenazaban con marcharse sin comer, y otros, menos vehementes, limitábanse a refunfuñar malhumorados. Por fin vióse de pronto aparecer en el dintel de la puerta de la sala una sirvienta que sostenía con sus atezados brazos una humeante cazuela de comida. Un clamor unánime acogió su presencia, e inmediatamente armóse en la sala un batiborrillo indescriptible. Empujándose unos a otros, soltando ternos y a prueba de pisotones en los pies los unos y en las faldas las otras, tal prisa se dieron hombres y mujeres en embutirse cual sardinas en banasta en las sillas colocadas alrededor de las mesas, que éstas quedaron en un santiamén atestadas de comensales unidos y pegados entre sí como los eslabones de una cadena de hierro.

Mas la sirvienta, pasando de largo por la calle formada por las dos interminables filas de individuos que, dándose la espalda, ocupaban los asientos de una y otra mesa, atravesó la sala penetrando en el cuarto de la torre, y dejando en pos de sí, a modo de fragante estela, un olorcillo que

avivaba el apetito. Aquel primer plato que iba a servirse estaba destinado a los señores sacerdotes.

Al adivinar la gente esto, al advertir que se daba a aquéllos la preferencia, surgió de todos los ámbitos de la sala un general murmullo de protesta, y excitado de pronto y como por una corriente eléctrica, esa especie de clerofobia instintiva que, aunque oculta en algún íntimo repliegue del alma colectiva, suele siempre latir en toda multitud, y reflejándose en todos los semblantes a la vez que una ira reconcentrada la rabia de la impotencia, en las mesas aquéllas, interminables de puro largas, no hubo un solo comensal que no lanzara hacia la habitación de la torre miradas de desafío e insultos inspirados por el despecho.

Por fin, tras la aparición de las correspondientes cazuelas, también entre ellos cundió en abundancia la comida; mas a pesar de esto, como si a guisa de guindilla aquel despecho y la ira aquella todavía latentes fuesen, a medida que iba avanzando el ágape, sazonando los manjares y calentando por dentro los estómagos, notaban todos que la sangre, circulando por sus venas más veloz que de ordinario, se les subía a la cabeza en rojas oleadas.

Algunos, después de despachar la comida en un periquete, se levantaban para marcharse, dejando por un momento roto el compacto círculo que rodeaba la mesa, que se apresuraban a soldar de nuevo, cubriendo las vacantes, muchos de los que desde ya hacía rato estaban esperando sitio, merced a lo cual la comida se iba prolongando indefinidamente sin que ni por un momento apareciera incompleto el círculo en cuestión.

El ruido que producían muchos al masticar, el gorgoriteo de los que bebían a galleta, el chocar de los platos y de la cristalería y las carcajadas que algunos soltaban a lo mejor riéndose estrepitosamente, entrecortaban de continuo la conversación que había ido animándose por momentos. A todo esto, iba poco a poco saturándose la atmósfera del vaho que tanta gente allí hacinada desprendía, de impuras emanaciones debidas a la digestión de vinos y manjares diversos y del humo del tabaco, cuyo acre olor todo lo impregnaba. Era, una hora escasa después de comenzado el ágape, tan grande el desenfreno que allí reinaba, que la sala ofrecía el aspecto de una verdadera saturnal. Los lagartos de los hombres cuyos ojos brillaban con malicia y cuya pringada boca aparecía dilatada por una sonrisa de sátiro, se entretenían en deslizar a hurtadillas la mano, para tentar lo primero que les caía al alcance, y en soltar sin el menor reparo frases y dicharachos que en algunos producían un efecto parecido a una nube de granizo al desplomarse sobre un tejado.

Cuantas mujeres andaban por allí completamente solas o acompañadas simplemente de alguna amiga, pero sin la sombra de algún hombre que las escudara, fueron poco a poco desfilando corridas de verse en semejante sitio. Familias enteras apremiadas por el padre, el hermano o el marido que no cesaba de refunfuñar, imitaron su ejemplo, y hasta los sacerdotes que con disimulo se habían asomado para enterarse de lo que era aquello, se apresuraron, asustados de semejante batiborrillo, a retirarse deslizándose a la chita callando por la escalera de la capilla, con el rostro congestionado por los vapores de la digestión.

En el preciso momento en que iba Mila a trasponer la puerta de la sala, vióse de improviso detenida por el pastor, que desde hacía rato andaba rondando enterándose de cuanto allí pasaba, y que le dijo en tono imperativo:

—Ermitaña, no vos dé la ocurrencia de pasar. Esto de ahí *drento* está en este momento *convertió* en una piara de cerdos, ni más ni menos que como ya días atrás vos decía, ¿recordáis? *Pa* ellos *too* se convierte en jolgorio, y como *enseguía* pierden el freno, ya veréis como *drento* de poco no *mos quea* más remedio que *echalos* de ahí a escobazos.

Sin oponer la menor resistencia dio Mila la vuelta y se marchó a la cocina, donde otra multitud de forasteros se estaban también atracando de lo lindo, mientras allá en la sala y en la alcoba grande seguía la grosera saturnal vigilada de cerca por el pastor que, corrido y pensativo, miraba con aire de desprecio a los animales aquellos que, a pesar de llamarse superiores, ahítos y excitados por el mutuo contacto, se complacían en revolcarse y bramar locos de contento y borrachos muchos de vino, como no suelen por cierto emborracharse los animales llamados inferiores.

¡Cuán distinto aspecto ofrecía, en cambio, la campiña ocupada por bulliciosa multitud que había preferido solazarse en plena luz! Todo era allí serenidad y armonía. A un coro de carcajadas que se dejaba oír a lo mejor, sonoro como el gorjeo de los pájaros, contestaba inmediatamente otro; el encendido carmín que brillaba en todos los rostros, parecía hacer juego con el azul también brillante y puro del firmamento, y cuantas figuras aparecían en aquel vasto conjunto, revelaban con la plasticidad y gracia de su actitud, parecida a la de las estatuas griegas, el muelle y lánguido abandono que dondequiera reinaba. Mientras desvaneciéndose en el aire, las emanaciones ingratas acababan por desaparecer sin dejar el menor rastro, mil agradables olores iban, en cambio, acumulándose en la atmósfera, donde quedaban flotando para regalo del olfato. En tanto, y mientras se veía brillar a los rayos del sol el cristalino vaso que levantaba uno a lo mejor, lleno de vino de

opalinos reflejos, o la reluciente navaja que otro utilizaba para partir alguna fruta apetitosa, iban, agudo el ingenio por el calor de los estómagos repletos, menudeando las frases inspiradas y los chistes picarescos de sabor popular. Cada uno de los innumerables corros que se veían, estaba por lo regular constituido por una familia o por una reunión de parientes bien avenidos que se estaban en aquel momento divirtiéndose libres de la enojosa presencia de los miembros que de ordinario se veían obligados a soportar, esto es, de los desparejados, de los solterones, de los zánganos en una palabra, que enjaulados allá en el piso alto de la ermita, se entretenían en dar rienda suelta a sus apetitos y sus vicios.

En ninguno de los corros aquellos faltaban los correspondientes chiquillos, que campando por sus respetos y chillando a más y mejor, o se revolcaban por el suelo, o se entretenían, hartos ya de comer, en acariciar a sus madres restregándoles por el rostro los deditos llenos de pringue, o andaban, en fin, enredando por todas partes con su charla sempiterna.

Junto a cada uno de los grupos aquellos, veíase el correspondiente carro en una de cuyas varas, apoyadas en el suelo, aparecía atado, bien un caballo, bien un asno, con la cabeza inclinada sobre el indispensable serón lleno de paja o de alfalfa. De vez en cuando levantaba el animal el testuz, y después de permanecer un momento como pensativo, contemplando aquella insólita animación con los negros ojazos preñados de recónditas meditaciones y el belfo adornado con colgantes briznas y humedecido por el propio aliento, volvía a bajarlo para seguir con filosófica indiferencia rumiando los rescos tallos y aventándose con la cola las tenaces moscas, impasible ante el general desenfreno y el bullicio, cuyas impurezas alumbraba un espléndido sol propio de un día de mayo.

Entre el barullo y aprovechándose diestramente de las debilidades que suele traer consigo la digestión de una buena comida, pululaban una infinidad de mercaderes ambulantes; un forastero bizco que cargado con su correspondiente caja andaba vendiendo leontinas, botonaduras baratas y tirantes de goma elástica y lápices y carteras de bolsillo; la mujer de las avellanas tostadas, con su carita de manzana colorada y rugosa y el cuerpo encorvado bajo el peso de su cesta de caña repleta de sabrosas bolitas, que según iba andando sonaban como cascabeles; el vendedor de anises de los gordos y de caramelos, que expendía metidos en su cucurucho los primeros y medio derretidos en su envoltorio de papel lleno de porquería de moscas los segundos; el naranjero que pregonando con voz vibrante su mercancía iba gritando: «¡Dulces como la miel!,» mientras con la mano en alto enseñaba por

vía de muestra una dorada naranja redonda como una bola; el cafetero de Muros cargado con sus botellas de jarabe y de gaseosa... Procurando cada uno por su parte aparecer a cual más listo e insinuante y deshaciéndose todos en cumplidos, de tal suerte iban acosando a todo el mundo, que no parecía sino que fueran despertando a su paso una tentación irresistible, un verdadero y contagioso prurito de comprar algo.

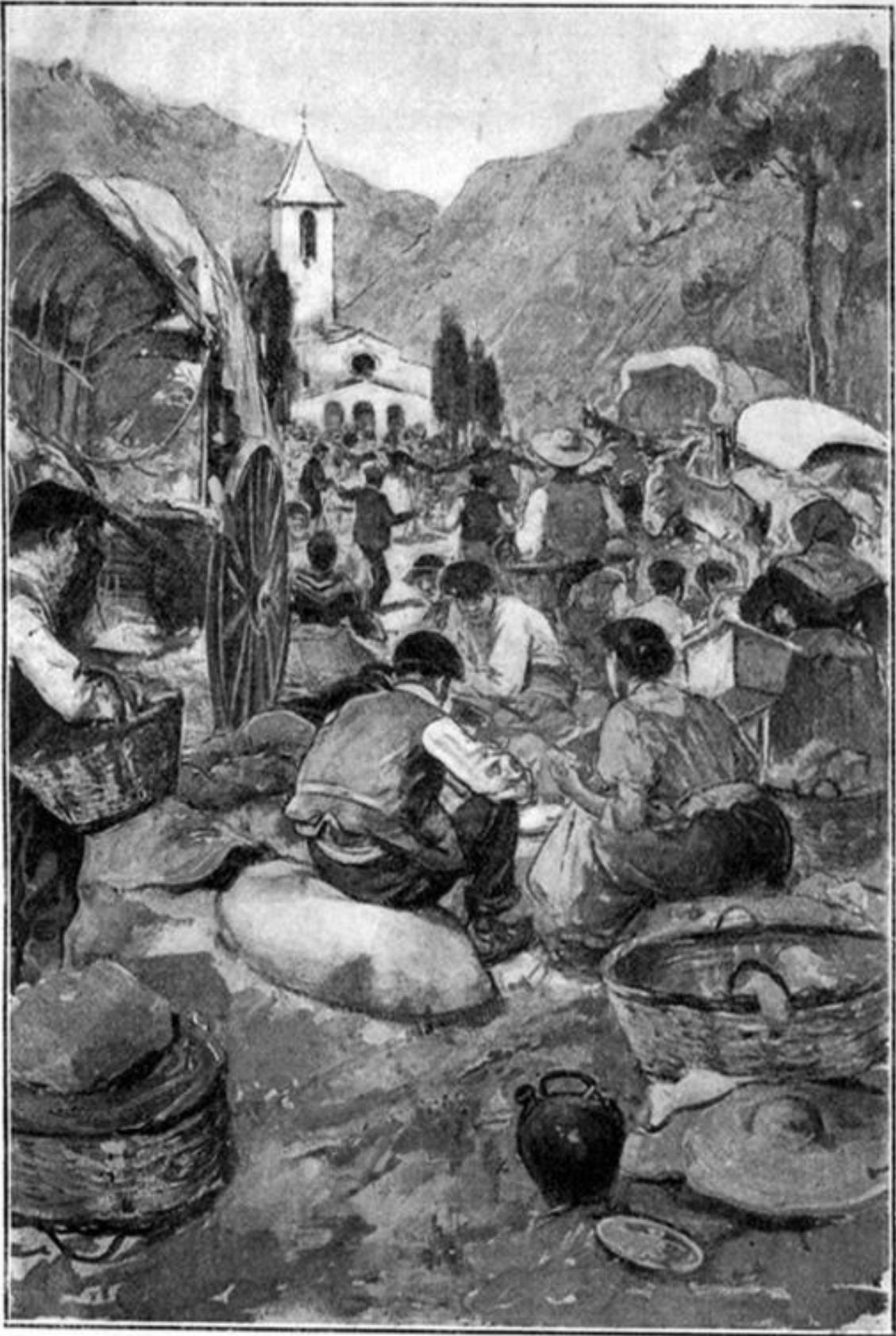
No quedó padre ni abuelo capaz de resistir a los insinuantes ruegos de los pequeñuelos y que no hiciera buena provisión de caramelos y no se retorciera luego de risa al ver cómo al comerlos se los pegaban aquéllos por las pringadas y frescas mejillas; ni quedó mozo presumido que, después de andar rascándose el bolsillo, no se decidiera, tras mil vacilaciones, a soltar la peseta para adquirir la botonadura de piedras azules, pintiparada para su camisa color malva; ni novio que al leer enamorado en los ojos de su amada un prematuro antojo, no se apresurara, después de llenarle la falda de naranjas, a rogarle por lo bajo que le prestase una de aquéllas para dar unas chupadas en el sitio mismo en que ella acababa de hincar el diente.

A todo esto, por ribazos y hondonadas, a la sombra de los pinos, de los que se desprendía un intenso olor a resina, y al abrigo de los carros, inmóviles como cureñas de cañón, veíase a los hombres, completamente amodorrados y sin nada en la cabeza y en mangas de camisa, hacer la digestión de la succulenta comida, tendidos en el suelo, unos junto a su mujer que con el crío en el regazo procuraba, meciéndolo y arrullándolo con sus cantos, hacerle dormir, y otros no muy lejos de alguna moza casadera que, absorta en su contemplación, no apartaba de ellos la mirada, en que a la vez que la incondicional adhesión de la hembra, se leía la rendida sumisión de la esclava.

Claro está que no faltaba, en tanto, quien se aprovechaba de la ocasión; y así, mientras alguno oculto tras una cerca ceñía con fuerte abrazo un talle que dócil se abandonaba a la caricia, dos enamorados completamente ajenos a la animación que reinaba en el respectivo grupo de que formaban parte, no hacían más que estarse contemplando mutuamente, enviándose a larga distancia miradas llenas de languidez, y una mujer cuya cabeza asomaba tras un declive perdido allá a lo lejos, y que por lo visto se sentía desfallecer, dejaba poco a poco y a impulsos de la pasión caer su rostro sobre el hombro de su pareja, con cuyos labios acababan los suyos por juntarse en un arranque de ardiente frenesí. Y de esta suerte, y a favor de ciertas complacencias y de indulgentes sonrisas y voluptuosas caídas de ojos, iba el instinto, cada vez más excitado y sin poder ya contenerse, haciendo de las suyas, durante la hora

aquella de la siesta en que al propio tiempo que estaba todo el mundo entregado al descanso y haciendo la digestión, la vida se desbordaba dondequiera. Los vibrantes sonos de la dulzaina que anunciaban que la sardana iba a empezar, vinieron de pronto a hacerle cambiar de rumbo.

Encaramados en los poyos adosados a lo largo del muro y a entrambos lados de la puerta de la ermita, los músicos, que parecían una colección de grotescos maniquíes, estaban ya haciendo mil raros visajes. Arqueando las cejas para volver a bajarlas, revolviendo los ojos, hinchados como los de un lagarto, inflando los carrillos y volviéndolos a desinflar, empezaron como si estuvieran representando con la mayor gravedad una verdadera y cómica pantomima a lanzar sobre el concurso y por los raros instrumentos, que a modo de metálicas pronunciaciones tenían entre los labios, raudales de notas que, produciendo en aquél el efecto de mágico exorcismo, acabaron por ponerle de punta a cabo en movimiento.



NO BIEN SE DEJARON OIR LOS PRIMEROS ACORDES...

Como en estanque sobre cuya superficie descarga de improviso nube pasajera, en la compacta multitud que llenaba la explanada fueron entonces poco a poco dibujándose acá y allá una porción de círculos concéntricos que, girando sin cesar, empezaron con rítmico y compasado movimiento a tejer la antigua danza sacra. Mientras, en los ribazos y hondonadas, en los eriazos y pinares de en torno a la ermita ya casi desiertos, sólo iba quedando alguna que otra rezagada pareja de enamorados que contemplándose embobados y absortos y con las manos enlazadas, continuaban todavía allí como retenidos por la viva fuerza de su mutua irresistible pasión. No bien se dejaron oír los primeros acordes de la orquesta, quedó también desierta la casa entera, excepto la cocina donde algunas mujeres estaban limpiando enormes rimeros de platos, y la capilla, donde como una docena de devotos, de hinojos ante los altares y comiéndose los santos con los ojos, estaban mascullando maquinalmente fervorosas oraciones aprendidas de memoria, y algún curioso, poco amigo del bullicio, con la gorra en la mano y los brazos cruzados por detrás, se entretenía a su sabor en pasar revista a cuanto le llamaba la atención y en deletrear por lo bajo los chabacanos letreros de los exvotos.

Y el sol, en tanto, suspenso en el espacio diáfano y azul, y camino ya de la puesta, inundaba aquel cuadro lleno de alegría con sus dorados rayos que, al chocar contra el tricornio de los guardias civiles y los metálicos instrumentos de la orquesta, se quebraba en vivos destellos.

De improviso y sin que nadie supiera explicar la causa de ello, dejóse oír un grito, sonó una bofetada, se sucedieron tres o cuatro chillidos despavoridos y vióse que la gente formaba un gran remolino en un extremo de la explanada, en el lado opuesto al sitio en que precisamente se encontraba la pareja de la benemérita, enarbolando algunos sendos garrotes.

—¿Qué ocurre?...

—¿Qué pasa?... —preguntaban algunos asustados.

—¡Que se están pegando! —contestaron otros no menos alarmados, mientras el remolino que, cada vez más en aumento se había ido corriendo hacia el centro de la plaza, acababa por convertirse allí en confuso y revuelto pelotón.

Los círculos formados por los bailarores que ocupaban los sitios más próximos al lugar del suceso, quedaron instantáneamente rotos, y de pronto, y después de haber ido poco a poco soltándose también los demás hasta quedar desbaratados todos, al mismo tiempo que se vio brillar la hoja de una faca que alguien blandía, sonó, sembrando por todas partes el pánico, un disparo, al que siguió una especie de unánime mugido, tras el cual promovióse una

gritería infernal, en que predominaban los aspavientos y sollozos de las mujeres. Los músicos, blancos como la pared, ni ánimo tuvieron de quitarse el instrumento de la boca, quedándose con los ojos como petrificados por el susto y con el último visaje impreso todavía en el semblante.

—¡Alto!, ¡alto! —iban, a todo esto, gritando los guardias malhumorados, procurando abrirse paso entre el barullo para trasladarse al lugar de la reyerta, en el cual repitieron la intimación.

Apenas tuvieron tiempo de llegar, cuando la gente formó un estrecho círculo a su alrededor. Pero mientras nadie les hizo el menor caso, de un revuelto pelotón de individuos que iba por momentos en aumento, no cesaban de partir insultos y blasfemias. En tanto que algunos de los circunstantes hacían vanos esfuerzos por sujetar a los contendientes a fin de separarlos, las mujeres se abrazaban unas a otras, chillando a más y mejor.

—Pero ¿qué es esto?... ¡Habrase visto brutos! ¡A separarse inmediatamente o...! —gritó el cabo de la pareja procurando imponerse, y completando la expresión con el ademán, amenazó con soltar un culatazo contra el núcleo aquel que ocupaba el centro de la explanada.

Lo que entonces ocurrió fue verdaderamente extraño. Después de haber repentinamente y como por encanto cesado la reyerta y de haberse vuelto todos los rostros hacia los guardias, la multitud se quedó durante unos segundos suspensa, como el toro que retrocede para embestir. Acto continuo sonó una voz que trémula de ira lanzó con toda claridad el grito de: *¡Fuera!*

No pareció sino que la masa entera se había rehecho en un instante.

—¡Fuera! ¡Fuera!

—¡Fuera! —repitieron varias voces en son de protesta. Irguióse entonces el cabo cuan alto era, y encarándose con la turbamulta dijo:

—¡Alto he dicho, o va a haber tollina!

Envalentonados ante la actitud del público y separados y cada cual por su lado como los granos de recién desgranada mazorca, los combatientes aquellos que hacía poco andaban, arremolinados, a la greña, se encararon entonces con los guardias en actitud provocadora.

Dejéronse de pronto oír algunas palabras injuriosas para éstos, y el cabo, perdida ya la paciencia y lleno de ira, echándose el fusil a la cara apuntó a la multitud; el compañero que llevaba de pareja siguió su ejemplo. El guirigay que se armó entonces en la plaza entera fue verdaderamente tremendo. El público en masa, enardecido, se puso en un dos por tres de parte de los revoltosos, descargando sobre la pareja, aislada en medio de aquel furioso tumulto, un verdadero diluvio de denuestos. Cumpliendo su misión

civilizadora, el vino y el aguardiente, encendiendo la sangre de aquellos representantes de la sociedad humana, iban poco a poco desatando las lenguas. Las familias, los feriantes y la demás gente de orden, en vista del aspecto que iban las cosas tomando, se apresuraron a enganchar mulos y borricos; y recogidos los bártulos y después de cargar cada cual con su petate, unos precipitadamente y en bandadas y otros con cachaza, emprendieron todos la fuga cual cabilas ahuyentadas por la peste, comentando por caminos y veredas los últimos sucesos.

—Han llegado a hacerles cara a los guardias...

—Dicen que ha habido un muerto.

—Y diez heridos.

—El cabo lloraba de rabia.

—Pero en resumidas cuentas, ¿qué es lo que ha ocurrido?

Aunque nadie lo sabía a ciencia cierta, según se desprendía de ciertas versiones, lo que había pasado era lo siguiente:

Algo calientes de cascos y movidos de antiguas rivalidades, el Crespo, el Zurdo, el Orejas y el Cereza, los cuatro guapos que más fama de valientes gozaban en sus respectivas parroquias de Peñalisa, Huerta del Río, Muros y Peñalva, habíanse desafiado a quién bailarían mejor la sardana. Capitaneando cada uno de ellos una cuadrilla de mozos de su respectivo pueblo y secundados por éstos, bailaron como Dios les dio a entender la primera, terminada la cual, y tras disputas e imputaciones recíprocas, se promovió con ocasión del fallo una gran discordia, seguida de nuevo desafío para la segunda sardana. Al llegar al primer contrapunto de ésta, ni uno siquiera de los bailarines sabía a ciencia cierta hacia qué lado tenían que correrse para hacer la parada. Mientras unos se corrían hacia la derecha, otros se decantaban hacia la izquierda. Uno, por fin, plantóse muy sereno, y sobre quedarse parado, amonestó a sus compañeros. Enojado contra la parada aquella, otro que no estaba seguramente tan sereno, levantó la mano, y sin más, santiguó a su colega; la bofetada aquella dio al traste con la escasa serenidad del más sereno y... ya estuvo armada la bronca, que tomó rápidamente grandes proporciones.

Resultado: que sólo tras muchas penas y fatigas y después de haber reclamado el auxilio de los serenos de Muros y de cuantas autoridades de los pueblos cercanos se encontraban en la romería, logró la pareja reducir y llevar presos a los principales alborotadores o sea a los cabezas de motín, mientras algunos otros que también se habían propasado diciendo y aun haciendo algo más de la cuenta, temerosos de tener, que atenerse a las consecuencias, se

apresuraban escurrir el bulto escabulléndose entre la gente. En la explanada sólo quedaron de momento como un centenar de individuos que, a pesar de haber terminado ya la reyerta, seguían todavía muy excitados y descompuestos, y que al cabo y tras unos momentos de perplejidad decidieron marcharse en pos de la comitiva formada por los guardias y los presos.

La única persona forastera que a la caída de la tarde quedaba por aquella cima de San Poncio, era la pobre mujer de las avellanas que, sentada en la cocina de la ermita y con la cabeza vendada, tenía la carita de manzana anegada en un mar de lágrimas. Envuelta a lo mejor y sin saber cómo en el torbellino, y encerrada entre los dos opuestos bandos de los contendientes, después de andar la infeliz botando como una pelota del uno al otro, empujada por una de aquellas legiones de demonios había sido lanzada a la embocadura de la explanada, por cuya escalinata había caído rodando.

Cuando hubo pasado la refriega, recogióla Matías descalabrada y cubierta de sangre, con una oreja desgarrada y un brazo dislocado, a pesar de lo cual la pobre, llena de gratitud, no cesaba de bendecir al santo patrón por haberle dado salvar la pelleja en aquel duro trance en que a sus ochenta y tantos años se había visto envuelta.

Mila y el pastor fueron, poco a poco y uno por uno, empapándole con vino los cardenales y achuchones todos. Cuando terminada la operación dirigióse aquél al fregadero para lavarse las manos, Baudilillo, que estaba allí cerca aguardando impaciente, le salió al encuentro, y sin decir palabra, y restregándose la mejilla contra el hombro, le tiró con suavidad de la manga de la chaqueta.

—¿Qué quieres, pequeño?

—¿Y las luminarias?

—¡Alabado sea Dios! Para luminarias estamos, hijo —exclamó Mila, contristada por el recuerdo de lo ocurrido.



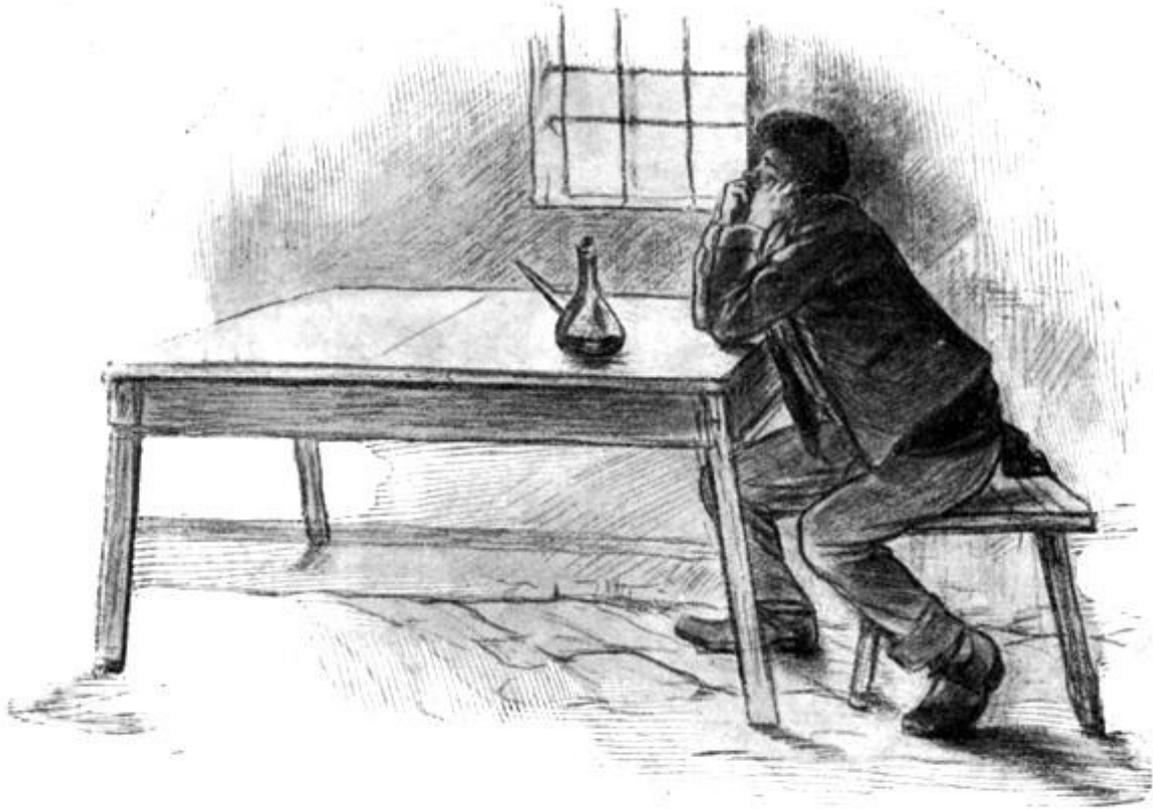
... la pareja de la benemérita...

El pastor, que se estaba secando los dedos, que de puro atezados parecían de cuero, se volvió, en cambio, sonriendo hacia el muchacho y dijo afectuosamente:

—¡Cómo se entiende! A mí se me antoja muy puesto en razón lo que el pequeño pide. Después de una tormenta como la de esta tarde *naa* mejor que una buena luminaria. ¡A mal tiempo buena cara! —Y procurando aparentar alegría se puso a batir palmas—. Conque vamos allá; tú, estornino, prepara la vela.

Mientras iban las sombras extendiéndose y cubriendo por completo la tierra, sobre la cual se precipitaban cual inmensa bandada de cuervos, fueron el pastor y el rapazuelo relleno de aceite las cáscaras de caracol con que a modo de farolillos y formando guirnalda habían adornado el día antes el frontispicio de la capilla. Una hora después, en la elevada cumbre de la desierta montaña, en la que todavía parecía latir y aletear siniestramente el espíritu de la violencia, destacándose entre las tinieblas, la ermita de San Poncio, con su balcón y ventanas orlados de puntitos luminosos, producía el efecto de un palacio encantado, de una de esas fantásticas mansiones de que los cuentos de hadas suelen hablarnos.





X

LAS RELIQUIAS

Notó el pastor, apenas se hubo levantado, que a pesar de ser todavía muy temprano, ya alguien había descorrido el cerrojo de la puerta del patio, y deseoso de averiguar quién era el que tanto madrugaba, se echó fuera, dirigiéndose al eriazó. Apenas había tenido tiempo de dar por él unos pasos, cuando descubrió a Mila que, cual ave malherida, de pie e inmóvil sobre una pequeña prominencia, dejaba, con los brazos colgando y la vista clavada en la hondonada, adivinar en su actitud que algo extraordinario le ocurría.

Encaminóse el pastor hacia aquel sitio, y al notar cerca ya de ella que ni siquiera había advertido su llegada, le dijo procurando esforzar la voz para ser oído:

—¡Tan de mañana y ya por aquí! ¡Mucho trabajáis, ermitaña; andáis más lista que una ardilla!...

Mila, después de haber ido, sin despegar los labios, volviéndose poco a poco hacia el pastor, se quedó mirándolo. En sus ojos se reflejaba una desolación semejante a la que había experimentado el día en que aquél, desde el campanario, le había mostrado, por primera vez, el panorama de la sierra. Con la consternación pintada en el semblante, sobre cuya intensa palidez resaltaba el encendido carmín de sus labios, parecía propiamente una estatua de mármol.

Al verla el pastor en semejante actitud, se quedó profundamente sorprendido, y notando que al pretender bajar le vacilaban las piernas como si invisibles lazos la retuvieran sobre el alto aquel, apresuróse a trepar por el declive, llegando a tiempo de sostenerla en el preciso momento en que, ya a mitad de la cuesta, iba ella a desplomarse sobre el suelo.

—¿Os sentís mal quizá? —preguntó inquieto.

Asiéndose entonces Mila, con la suya delicada y blanda, de la huesosa y descarnada mano que le tendía el pastor, tiró bruscamente de él cual gavilán que se aferra a su presa y lo arrastró hasta el borde de aquella especie de atalaya sin proferir una palabra.

—Mirad —murmuró por fin con voz ronca, como si acabara de levantarse de dormir, y sin añadir una palabra más, fue señalándole con el dedo diversos parajes de la hondonada.

El pastor entonces lo comprendió todo; mas no encontró palabras con que reanimar el abatido espíritu de aquella mujer, que se quedó de nuevo inmóvil, hundida la mirada en la hondonada aquella y mordiéndose los labios nerviosamente.

El pastor hizo entonces ademán de retirar la mano; mas ella, reteniéndola, se la apretó todavía con más fuerza.

—¡Ah! Pero no es esto todo, no vayáis a figuraros —murmuró al cabo, soltándola por un momento; y rápida como una exhalación, se lanzó por la cuesta abajo seguida del pastor.

Una vez en el pedregal, se asió de nuevo a la mano de éste, que a duras penas podía seguirla; y como si le hubieran nacido alas en los pies y llevándolo constantemente a remolque, lo condujo sucesivamente al huerto, a las higueras, a la linde, a los pinares... Mila, embargada por la emoción, a la vista de cada uno de estos parajes, mordíase los labios hasta hacerse saltar sangre.

Comprendiendo el pastor, por la expresión de su mirada, que su excitación iba cada vez más en aumento, colocó sobre la mano de Mila la que ésta le había dejado libre, y procurando aquietar la máquina aquella que por

momentos se iba del seguro y con acento en que se revelaba la compasión que sentía hacia ella su alma, le dijo:

—Comprendo, hija, comprendo... Antes que vos sospecharais esta *calamiá*, ya me la tenía yo *tragaá*. Vaya, no hablemos más de ello.

Mila con voz entrecortada por los sollozos murmuró:

—¡Qué desdicha!

—¡Qué le vamos a hacer, ermitaña! —repuso el pastor, encogiéndose de hombros—. Que son *contaos* en este mundo los hombres de bien, y que en cambio, y a pesar del diluvio, *entoavía* abundan los bribones *demasiao*, cosas son que tras mucho cavilar y a mis años, me sé yo de sobra. Mas ya comprenderéis que no por esto adelantaríamos *naa* con andar *dándomos* de *cabezaas* contra las parees... ¡Dios aprieta pero no ahoga!...

—¡Todo nos lo han dejado hecho añicos!

—¡Las cazuelas menos mal!... Peor hubiera *sío* que *mos* hubieran roto las costillas. Que lo diga, si no, la *probe* mujer de las avellanas...

Era tal la expresión de tristeza de su interlocutora, que el pastor, aunque en vano, intentó sonreír como echando las cosas a barato.

—¡Vamos, que encima de no pagar, dejarlo todo destrozado!

—No es por *sacalo agora* a relucir, pero *recordai* lo que vos decía *antiayer*: ¡Sobre *too*, ermitaña, no fiéis a *naide* por valor de un alfiler siquiera! Vos sois muy cándida y vos dejáis sorprender fácilmente. ¡A todo el que no venga con el dinero por delante, se le *espacha* con buenas razones, y en paz!... Yo no dejé salir a *naide* de la sala sin pagar el gasto.

—Será lo único que habremos logrado sacar a salvo. ¡Como todos decían que al devolver los chismes pagarían!...

—¡Qué inocente sois!... ¡Cosa que no se cobra por *adelantao*, cosa *perdía*! En estos casos lo que *too* el mundo procura es tomar al *fiao* lo más posible, comer bien y embutir *aluego* en las alforjas cuantos chismes se han *pedío prestaos*. ¿Que no se traen alforjas? *Pus* con partir a porrazos las cazuelas por la *metá* y poner el porrón por blanco y *hacelo* añicos a *pedraas*, la bolsa no se resiente y asunto *concluío*.

—Como con el susto nadie se preocupó más que de echar a correr, al pronto imaginé que, no sólo una vez pasada la refriega iría la gente volviendo poco a poco, sino que iba a encontrar los utensilios todos por ahí desperdigados; mas, al ver este estropicio... —dijo la pobre mujer.

El pastor, mirándola con aire compasivo, se sonrió.

—*Demasiao* comprendí ayer que vos hacíais semejante ilusión, y aunque *naa* quise *decirvos*, ya me temí este percance. Lo vuelvo a repetir: hay que

tener *pacencia*, ermitaña, y lo mejor es desechar de una vez *toa* esperanza, *pa que aluego* no vos resulte el desencanto *entoavía* mayor. *Haceivos* la cuenta de que habéis *cobrao* de too el mundo y de que un ladrón de los más finos vos *ha dispués alimpiao* la bolsa.

—Es que vos ignoráis una cosa... —repuso Mila, sintiendo como un nudo que le apretaba la garganta—. Matías se ha gastado en lo de ayer cuanto dinero teníamos.

Al oír esto, el pastor, alarmado, levantó la cabeza para mirar a Mila.

—¿Qué me decís?

—Ya recordaréis que la casa estaba completamente desprovista; todo ha corrido a nuestro cargo... Mi marido creía a pie juntillas que íbamos a ganar mucho dinero, y el señor cura y los de San Poncio opinaban lo mismo... Durante quince días no hemos hecho otra cosa que acarrear víveres y más víveres y utensilios de toda clase..., hasta que nos hemos quedado sin un céntimo. Vos mismo habréis podido verlo.

—¡Digo! Y por cierto que me estaba esto dando, sin saber por qué, *mu mala* espina. —Y tras una breve pausa, añadió como por vía de incidente—: ¿Y *agora*?, ¿qué pensáis, hacer?

Mila se quedó mirándolo fijamente; en sus verdes ojos había la calma de un abismo impenetrable.

—¿Ahora... qué sé yo? Vendida ya la casita que nos dejó el tío y perdidos todos nuestros ahorros, si no nos satisfacen lo de ayer, no nos quedará más recurso que continuar en esta ermita reducidos a la pobreza y despojados de todo como Adán y Eva cuando salieron del Paraíso.

Y en un arranque de vivo despecho, añadió con voz sorda:

—¡Ahí tenéis las reliquias que San Poncio nos ha dejado!

La mal reprimida energía con que hablaba, ensombrecía sus facciones, hasta el punto de hacerla aparecer como avejentada.

—¡*Probe* mujer, *menúo* disgusto está pasando!... Si no se desahoga, mal negocio... —pensó el pastor mirándola a hurtadillas y reparando que a pesar de sus pesares, tenía los ojos secos como la yesca.

Toda la montaña, que por cierto recorrieron en muy breve tiempo, encontraron convertida en verdadero campo de batalla. Mientras que a cada paso aparecían cacharros de barro hechos trizas y porrónes desgolletados, por rara casualidad tropezaban con algo entero. Cuando esto ocurría inclinábase ella para coger el puchero, tenedor, plato, o lo que fuese, apretando los dientes con ira, como si los restos aquellos allí olvidados fuesen poco a poco colmando la medida de su enojo. Perdido en una rinconada, entre la hierba

que en mullida alfombra tapizaba el terreno, vieron un pañuelo todo arrugado. El pastor lo cogió, en una de sus puntas tenía un nudo, dentro del cual encontraron una monedita de dos reales y otra de diez céntimos.

—*Mirái, mirái*, ermitaña..., la bolsa, sin *dúa*, de alguna *criaa*, con la sisa de la compra y *too*...

Y esto diciendo, el pastor, con el mejor deseo trató de provocar la hilaridad de Mila, lo cual no obstante, abismada siempre en sus propios pensamientos, siguió dando muestras de gran pesar.

Según iban andando, fueron además encontrando una alpargata; un cantarito nuevo, juguete probablemente de algún pequeñuelo; una servilleta con unas iniciales, que a alguno se le habría caído y que allí se había quedado olvidada detrás de unas zarzas; un cuchillo roto; en una palabra, varias futesas perdidas u olvidadas entre los montones de papeles llenos de pringue, cáscaras de naranja, rosas pisoteadas, huesos de chuleta completamente mondos, caparazones de pollo plagados de negras hormigas, frías cenizas y desperdicios de toda clase, que allí habían quedado después de la fiesta.

Ya de regreso en la ermita, encontraron a Matías, que acababa de levantarse y que les estaba aguardando en la cocina, bostezando todavía de sueño y de pereza con la cara toda abotagada, los ojos medio cerrados aún, y con tan pocas ganas de conversación, que en cuanto les vio entrar refunfuñó restregándose los ojos como chiquillo mal humorado y dejándose caer sobre el banco:

—¡Gracias a Dios! ¿De dónde diablo vienes? ¿Vamos acaso a quedarnos hoy sin almorzar?

Ante tan inesperada salida Mila se quedó al pronto parada; mas luego, sintiendo en un raptó de ira que la sangre se le subía a la cabeza, se plantó de un salto junto a su marido en la actitud de la fiera que se apresta a acometer. Los labios le temblaban, sus ojos brillaban como los de un gato y tenía la frente completamente cubierta de manchas de color rosáceo.

—¿Conque quieres almorzar, eh?... ¿Almor... zar?... Sal..., sal que ahí fuera encontrarás el almuerzo...

Hablaba con tal dificultad, que, trémulas, las palabras iban cayendo de sus labios una a una ensartadas, como las cuentas de un rosario, en puntos suspensivos. No cabía duda; la explosión de su ira era inminente. Estaba tan exaltada que el pastor no la había visto nunca de semejante modo.

Matías, que se había despabilado como por encanto, la miraba en actitud de echar a correr, con los ojos muy abiertos y sin explicarse lo que pasaba.

El pastor, apurado, y a fin de dar lugar a que Mila se tranquilizara, le explicó en pocas palabras lo ocurrido.

Matías se quedó anonadado y perplejo, con la cabeza gacha y con los codos apoyados sobre la mesa, y la vista baja y vagando por las juntas de las tablas de la misma. Así permaneció durante unos segundos, hasta que por último, después de hacerse un lío, se desató en una serie de preguntas tontas, de suposiciones cándidas y de amenazas sin ton ni son...

Después de mirarle fijamente con lástima y desprecio, como solía hacerlo al verle tan nulo, levantó Mila los ojos fijándolos como en demanda de amparo en los del pastor, que clavados en ella la estaban mirando llenos siempre de fortaleza y de serena previsión, envolviéndola en profunda y ardiente mirada henchida de respetuoso afecto.

Su corazón estaba traspasado de dolor, y de pronto y cual herida por un rayo, nublándosele la vista sintió como si la tierra se hundiera bajo sus plantas.

En esto dejóse oír la voz de Baudilillo que decía a gritos desde el patio:

—¡Que viene mi hermano, que viene mi hermano!

En efecto, acto seguido penetró en la cocina Arnaldo el de San Poncio con el zurriago colgado del cuello, los pantalones doblados por encima del tobillo y el sombrero de paja tan echado hacia delante que le sombreaba por completo el rostro, ya de suyo muy moreno. Pareció que con él una ráfaga de pujante juventud había penetrado en aquella estancia.

Mientras el pastor y Matías, saliéndole al encuentro, le recibían muy afectuosos, Mila, completamente indiferente y como si no lo conociera, permaneció inmóvil y apoyada en la pared.

Arnaldo venía a buscar con el carro los chismes que había que devolver a la posada de Muros. Le hicieron quedar a almorzar con ellos, y durante el almuerzo no se habló más que de todo lo que el día anterior había pasado: de la reyerta, del infinito número de objetos destrozados y de la estafa de que habían sido víctimas los ermitaños. Al llegar a este punto la conversación, dijo de pronto Arnaldo:

—También a nosotros nos ha tocado la china... A mi madre le han robado cuantos conejos tenía.

—¿A tu madre, dices? ¿Qué me cuentas?

—Y en la alquería de más abajo ha pasado otro tanto... Un condenado lebre, que por lo visto es muy fino, anda, al parecer, rondando por la montaña...

A pesar de su vaguedad, todos leyeron claramente un nombre en estas palabras que Arnaldo acababa de pronunciar, adivinando al mismo tiempo cada uno de ellos, que a todos a la vez se les había ocurrido el mismo nombre.

En cuanto hubieron terminado de almorzar, mientras iban los tres hombres cargando en el carro el maderamen y el servicio todo, Mila, en quien aquel nombre había, al parecer, avivado ciertos temores, se encaminó al patio donde estaban los conejos.

Por la mañana, poco después de haberse levantado, había estado allí. Recogida en la falda llevaba una porción de comida para aquéllos; mas con el afán de irse a dar una vuelta por el monte, no hizo más que asomarse y arrojarla en un montón.

La comida aquella, casi intacta, seguía todavía allí. Los conejos, en cambio, habían desaparecido. En vano anduvo mirando y registrando por todos lados. Dos conejas, de puro preñadas, redondas como bolas, que asomaban por la basura las largas y parduscas orejas, era todo lo que quedaba.

Lejos de sorprenderse Mila, se limitó a sonreír con amargura. Completamente disipada la viva impresión que aquella mañana había experimentado, en su desolado espíritu sólo quedaba la habitual frialdad con que solía acoger las adversidades de la vida.

A todo esto, habían terminado los tres hombres su tarea: el pastor se había marchado a sus quehaceres, Matías había ido a arreglarse para llegarse a Muros a pagar unas cuentas, y Arnaldo, por tanto, se había quedado solo. Salió al patio, y una vez allí, mostróle aquélla la limpia que habían hecho.

Arnaldo, con ademán expresivo, movió la cabeza y dijo sonriendo:

—¡Esto debisteis figurároslo desde luego! ¿No veis, mujer, que eran los que estaban más a mano? Pero ¿cuánto os apostáis a que al fin y al cabo resulta también que se han escapado como los de mi casa?

Como Mila daba muestras de no entender lo que le estaba diciendo, púsose a registrar por todas partes, hasta que al cabo dio con un hoyo oculto tras un pedrusco y que estaba en comunicación con un agujero abierto al través de la tapia.

—¿No os lo dije? ¡Ahí tenéis el agujero!... —y metiéndola por él, estuvo un rato hurgando con la vara—. Está visto..., da también a la parte de fuera, como el que en casa hemos encontrado, de modo que nadie puede asegurar que los conejos han sido robados... ¡Contra con el granuja!

—Ahora me explico de dónde sacaba tanta caza... ¡Si yo estaba asombrada! Poco adelanta, sin embargo, con andar haciendo agujeros. Así como así, no ha de evitar que todo el mundo sospeche de él.

—¡Bastante le importa! De sobra sabe que tiene muy mala fama; lo que a él le interesa es que no haya medio de pescarle; ¿comprendéis, ermitaña?

Y en los labios de Arnaldo se dibujó una sonrisa de desprecio. Los labios del mozo aquél en que Mila reparó entonces por vez primera, y que de puro carnosos parecían una fruta en sazón, de tal modo contrastaban con el brillo del esmalte de la dentadura y el oscuro bozo del naciente bigote, que resultaban el rasgo más característico de su fisonomía.

Siguiendo el curso de sus propios pensamientos y cambiando sin darse cuenta de conversación, Mila preguntó de pronto a Arnaldo:

—¿Cuándo te casas?

Ante tan inesperada pregunta, sintió éste cierto sobresalto, y mirando a la mujer aquella de un modo especial, se quedó cabizbajo y pensativo durante unos segundos.

—Ya no me caso... —murmuró al cabo a media voz.

—¿Que no te casas dices? —exclamó ella riendo.

—Digo que ya no me caso —repitió Arnaldo sin levantar la cabeza y jugando con la punta del zurriago.

—¡Hombre, inmediatamente ya supongo que no, pero...

—Ni inmediatamente ni nunca —repuso él con viveza, insistiendo en su negación.

—Vamos, hoy estás de broma... ¡Si ayer te vi con tu novia en la romería!

—Pues no hay peligro de que volváis a vernos juntos...

—¡Bendito sea Dios! ¿Cómo así?

Arnaldo estuvo un momento vacilando, hasta que por fin, poniéndose encendido como la grana, murmuró por lo bajo:

—Pues porque ayer reñí con mi novia.

Mila clavó en él los ojos llenos de asombro.

—¿Qué me cuentas?... Y ¿cómo ha sido eso, Arnaldo? —añadió en tono afectuoso, viéndole mustio y cabizbajo.

Arnaldo que, según las trazas, continuaba perplejo, entreteníase en enroscar y desenroscar en uno de sus dedos el zurriago, hasta que por fin murmuró encogiéndose de hombros:

—¿Pchs?... Nunca faltan motivos.

Mila le miró de pies a cabeza con mirada investigadora.

Plantado ante ella allí en mitad del patio, alto, derecho, fornido; todo en él acusaba lozanía y vigor. Sin ser en realidad hermoso, tenía, sin embargo, un aspecto varonil y simpático. Mila, a quien nada de esto se ocultaba y que recordaba, por otra parte, lo muy contentos que estaban los de San Poncio con

el noviazgo, pensó para sus adentros: «¡Pobre chico! ¿Por qué le habrá dejado su novia?» Y tras esta pregunta mental, le soltó en alta voz esta indirecta:

—¡Vaya, chico, no me explico lo que me estás diciendo!... ¡Yo creía que era cosa hecha y que no había de pasarse mucho tiempo sin que nos convidaseis a la boda!

—Algo de eso había..., pero ¿qué queréis?, a lo mejor se cambia de plan. En una palabra, el que hoy se piense una cosa no quiere decir que sigamos mañana pensando lo mismo.

Arnaldo, que a todo esto se había descolgado el látigo del cuello, entreteníase en hacer hoyuelos en el suelo con la vara.

—¡Pues, lo que es ella, según decían, te quería mucho! —No, si ella...

—Y tú, por tu parte, no andabas menos enamorado...

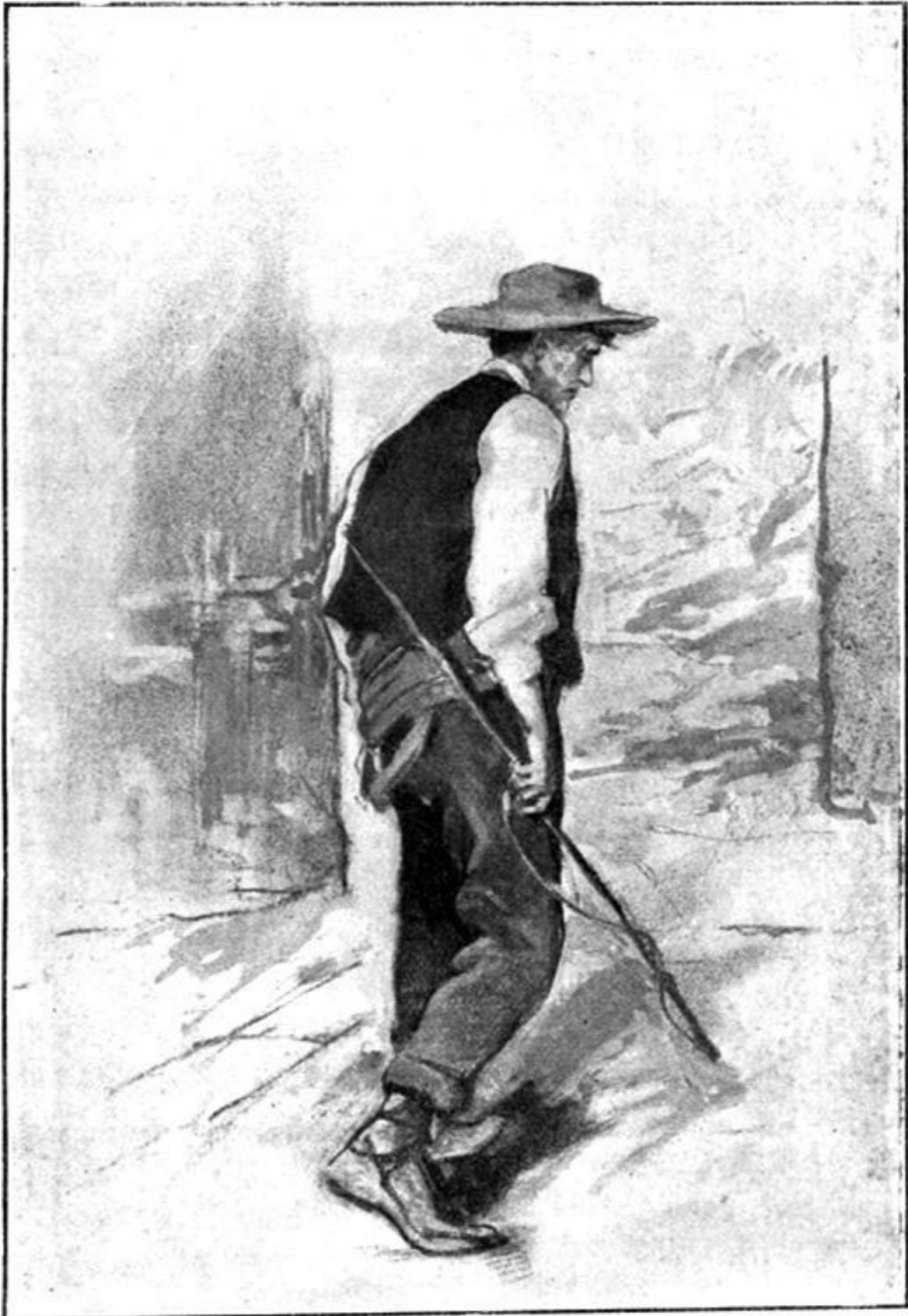
—No diré que no..., pero ya... —repuso al cabo el mozo bajando todavía más la cabeza e hincando la vara en el suelo con mayor fuerza.

Mila no sabía qué pensar: su asombro crecía por momentos.

—¡Bendito sea Dios! ¿De modo que ya no lo estás? ¡Alguna mala pasada te habrá jugado!

Arnaldo levantó la cabeza muy resuelto y repuso con viveza:

—No por cierto: nada tengo que decir de ella; la culpa es sólo mía...



ARNALDO

Ante la actitud del mozo y su resistencia a explicarse, Mila que se sentía cada vez más intrigada, siguió insistiendo, y sonriendo con malicia dijo:

—¡Esta sí que es buena! Cualquiera te entiende, hijo: nada tienes que decir de ella, la culpa es toda tuya, y sin embargo la dejas...

Arnaldo, después de haberse quedado de nuevo y por unos segundos mirándola perplejo, levantó el brazo e hizo restallar el zurriago: las dos conejas preñadas que en el patio había huyeron despavoridas, como una exhalación.

A Mila no parecía sino que le estaban haciendo cosquillas en la lengua: viendo que el mozo no se resolvía a desembuchar de una vez, dijo insistiendo y haciéndose la inocente:

—¡Buenos estáis los hombres! ¡Cualquiera adivina vuestras intenciones!

Por fin pareció que Arnaldo se decidía a hablar.

—¿Queréis saber por qué la he dejado? —preguntó alzando la cabeza... Pues porque no es posible tener a un tiempo voluntad a dos personas, porque no se debe engañar a nadie.

Mila se quedó toda parada.

—¡Ah...! ¿Es decir qué?

—Que, como dice el cantar: *La que me dan no me agrada, la que quiero...* ¡Ah! ¡Si aquella a quien se quiere le hiciera a uno caso!...

Llena a un tiempo de angustia y sobresalto, Mila entonces experimentó una viva emoción que, aun cuando le era absolutamente desconocida, no le produjo la menor sorpresa y de improviso se dio clara cuenta de dos cosas: en primer lugar, de que sabía perfectamente desde ya hacía tiempo que, además de ser amada por él, ella y no otra era la que de un tiempo a aquella parte reinaba en el alma del mozo aquel; y en segundo lugar, de que había adivinado perfectamente también, no sólo la causa de las inexplicables y frecuentes subidas de éste a la ermita, sino la intención de sus furtivas y continuas miradas henchidas de admiración. Cierto que hasta entonces se habían éstas mostrado prudentemente recatadas tras un velo de pudor; pero en un momento de debilidad y desconcertada por la dura borrasca de aquella mañana, acababa ella misma de cometer la imprudencia de rasgar el velo, quedándose de lleno expuesta a la acción de tales miradas, las cuales, hiriéndola de lleno, le exigían en cambio de las últimas revelaciones una respuesta franca y categórica.

A todo esto, Arnaldo seguía allí plantado ante ella, como a dos pasos de distancia y en mitad del patio, cual encina joven inundada por los rayos del sol. Mila, dándose cuenta de su situación, sintió miedo; la penetrante mirada

de aquellos ojos la fascinaba, la voluptuosidad de aquellos rojos labios la atraía, la gallarda presencia de aquel hombre la enardecía, y la oleada, en fin, de vida que, potente, acababa de embestirla de lleno, en medio de la áspera soledad en que vivía de todo el mundo olvidada, inundaba de pasión todo su ser. Mila vaciló, sonrojóse y quedándose, por último, cubierta de mortal palidez, temerosa de verse arrastrada por la fatalidad, dio instintivamente un paso atrás. Al verla retroceder Arnaldo, que no le quitaba la vista de encima, trémulo y anhelante avanzó un paso.

Ambos se quedaron durante breves segundos mirando cara a cara y midiéndose con la mirada, como dos soldados de opuestos ejércitos en quienes la voz de la sangre, borrando convencionales antagonismos, despierta humanitarios impulsos de unirse en estrecho abrazo: mas de pronto no pareció sino que, surgiendo por arte mágica, algún ser invisible acababa de interponerse entre los dos; y Mila entonces, presa de mortal congoja, sintió como si alguien, que no era por cierto Arnaldo, la estuviera mirando con ojos llenos de fuego y de indefinible rendimiento. Y como si la mirada profundísima de los ojos aquellos tuviera mayor firmeza y más fuerza que los ciegos impulsos de la vida, la ola con que éstos amenazaban arrollar a Mila fue poco a poco retrocediendo y alejándose hasta que acabó por desaparecer.

Ella, entonces ya completamente serena, se pasó una de las manos por la frente, y después de extender la otra hacia Arnaldo como para infundirle su propia tranquilidad, dijo:

—Arnaldo..., voy a darte un buen consejo: no seas niño; si tu novia te quiere, cástate con ella... Sólo una vez llama la fortuna a nuestra puerta, Arnaldo.

A pesar del tono cariñoso con que habían sido pronunciadas, el mozo, que a todo esto había permanecido en actitud expectante, a la par que un reproche, adivinó perfectamente en la afectación de estas frases un mandato irrevocable, y sumiso, se quedó con la cabeza gacha y sin proferir la menor protesta: la encina joven recibió, pues, a pie firme el hachazo que acababa de herirla.

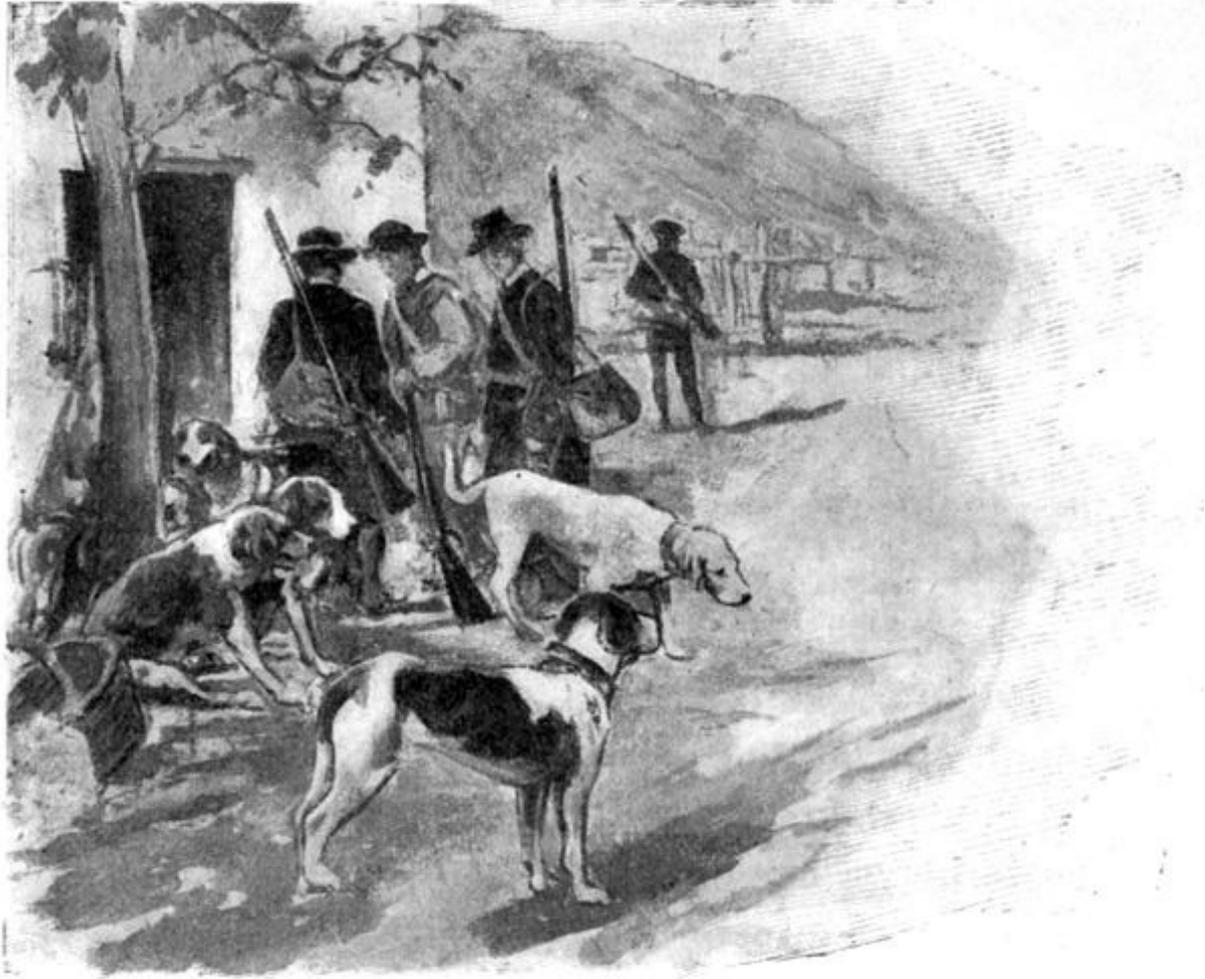
—Arnaldo —agregó Mila con voz débil y procurando infundir en el ánimo de aquél algún consuelo—, para una copla un refrán: «más vale pájaro en mano que buitre volando...» no lo echés en saco roto.

El pobre mozo, sin decir palabra, limitóse a hacer con la mano además de estar dispuesto a renunciar a toda esperanza, y colgándose luego del cuello el zurriago, salió del patio sin dirigir a Mila una mirada siquiera.

Al verle salir ésta, que se había quedado inmóvil, comprendió con dolor inexplicable que al golpe asestado por su mano, acababa de sucumbir algo

hasta aquel instante mismo muy aferrado, no sólo a la vida de aquel inocente, sino a la de su propio ser.





XI

NOSTALGIA

De fijo que el verano aquel se le hubiera hecho a Mila interminable, a no haber sido la continua llegada de gentes que, durante el mismo y desafiando los rigores de la estación, subían a visitar la ermita.

A lo mejor, aparecía una pandilla de cazadores seguidos de sus correspondientes traíllas de perros de casta completamente estropeados por la holganza, con el pelo reluciente como un espejo y tan rollizos, que al correr todas las carnes les temblaban.

Aquellos cazadores, que lucían anchos y flamantes sombreros, llegaban de la ciudad muy pertrechados de vistosos arreos y chirimbolos, con el cuerpo cruzado por todas partes de correas y vistiendo trajes especiales, atestados de bolsillos de todos tamaños. Apenas llegados, hombres y animales solían, por lo regular, lanzarse como locos por las laderas aquellas que acostumbraban a recorrer palmo a palmo, alborotando la montaña entera, los unos con sus carcajadas y los otros con sus ladridos, volviendo tarumbas a los guías y poblando el espacio con el estampido de disparos hechos sin ton ni son y con bizarría digna de mejor causa. Era un verdadero milagro ver una sola pieza de caza colgada del vistoso e historiado zurrón de alguno de semejantes cazadores de pacotilla; pero como en cambio venían todos hambrientos como buitres, era preciso prepararles a escape tal profusión de pollos y tortillas, que cuantos huevos y cocineros había en la ermita resultaban insuficientes. Cada uno de ellos devoraba por cuatro, amenizando la comida con chistes inocentes que eran celebrados con locas carcajadas; y muy ufanos todos con su vistoso traje que se miraban a hurtadillas, cada cual ponderaba sus propias estupendas proezas con aire marcial y empaque cyranesco.

También Mila se divertía a su modo oyendo sus alegres fanfarronadas de colegial travieso, mientras mentalmente se entretenía en comparar a los cazadores aquellos tan elegantes, con los del país que, toscos y desarrapados, solían a lo mejor andar con una pernera del pantalón arrastrando y la otra muy remangada, las alpargatas reventadas y la canana mal sujeta con unos cordeles, mas con el zurrón, en cambio, bien repleto y lleno por todas partes de grumos de reseca sangre y con una mala escopeta cuyos dos cañones tenían de puro escupir plomo, a destajo, más dientes que una sierra.

Otras veces llegaban a la ermita comitivas formadas por gentes más pacíficas y morigeradas; devotas familias que con el correspondiente sacerdote subían a San Poncio para oír una misa en cumplimiento de algún voto hecho, sin duda, en apurado trance. Oída la misa, también las comitivas aquellas solían entregarse a esparcimientos y retozos; pero eran sus risas mucho más plácidas, y más apacible su modo de retozar.

Aunque de tarde en tarde, solía también subir hasta el Peñón Mediano alguna que otra caravana, a la que se veía aparecer triste y sombría en aquellas alturas, constantemente oreadas por perfumadas brisas. Todavía recordaba Mila perfectamente una que, hacia fines de agosto, vio cierto día avanzar por la garganta de la colina. Abría la marcha un anciano bastante bien trajeado y con el blanco bigote recortado a punta de tijera, a quien seguían como media docena de personas que iban andando agrupadas alrededor de un

caballo, en el que a mujeriegas cabalgaba un adolescente, pálido como la cera, con el cuello completamente amoratado y la boca toda torcida por una profunda cicatriz, debida sin duda a algún antiguo tumor. Asiendo de la mano a aquel espectro repulsivo en tanto los accidentes del camino se lo permitían y materialmente pegada a la caballería, marchaba una señora guapetona y fresca todavía, pero cuyos ojos, empañados por cierta expresión de fatiga, carecían del brillo y la alegría propios de la juventud.

Mila salió al encuentro de dicha caravana, que se detuvo como a unos doscientos pasos de la capilla. La señora aquella de la mirada apagada explicó entonces a la ermitaña el porqué de su peregrinación a la sierra. Tratábase de un pobre escrofuloso que, harto de médicos y potingues y sin fe en los remedios de los hombres, sólo abrigaba un vago resto de confianza en los remedios propios de los santos, en los milagros. Por eso deseaba tomar unos baños en el Borbollón, probar las aguas aquellas tan famosas y que tantas personas dignas del mayor crédito le aseguraban que le purgarían de todos sus malos humores, depurando su sangre de antiguo inficionada.

A pesar de hallarse en el rigor del verano, el infeliz estuvo tiritando de frío durante todo el rato que, allí parados, estuvieron descansando de las fatigas del viaje. Mila, en tanto, se enteró por la servidumbre, con la cual se había quedado aparte, de que aquella señora era una viuda muy rica, que vivía en la ciudad y no tenía más familia que el hijo aquel, contrahecho de nacimiento que, descomponiéndose hediondamente y ante la perspectiva de la muerte andaba, acompañado siempre de ella y a modo de piltrafa humana, errante por esos mundos, implorando de todos y de todo, ya que no la completa curación, la limosna de un alivio, de un compás de espera que le permitiese siquiera prolongar, con la dolorosa apariencia de vida que arrastraba, su inacabable tortura y trágico sacrificio.

Cuando después, al ayudar a dar el baño al enfermo, pudo medir en toda su inmensidad la miseria de aquel pobre organismo, raquíptico y plagado de bultos y alifafes; cuando vio a aquel ser exponer a la mirada ajena su cuerpo encogido, con el impudor y la indiferencia propios de la persona a quien la enfermedad ha asexuado y convertido en cosa, Mila, horrorizada, comprendió por vez primera en la vida cómo la maternidad, que ella había imaginado siempre inagotable fuente de venturas y consuelo de todos los pesares, podía trocarse en un tormento horrible, en el castigo anticipado del más espantoso de los delitos que uno pudiese cometer en otra vida posterior a la actual.

Mila, que excepto durante la visita de las indicadas caravanas volanderas, las cuales, tristes o alegres, solían proporcionarle, al fin y al cabo, al par que

distracción, algún provecho, estaba habitualmente sola; y solía por lo regular pasarse las mañanas trasteando por la casa, y las tardes arreglando el huerto o cosiendo a la sombra en algún sitio donde corriera el fresco. Baudilillo y el pastor andaban, en tanto, por el monte con el rebaño, y Matías recorría las aldeas del llano pidiendo para el santo.

La fiesta de la ermita fue la completa bancarrota del matrimonio. Como si no fuera bastante el haber perdido miserablemente todos sus ahorros, empezaron a llover sobre éste infinidad de deudas que poco a poco iba Matías declarando. Se debía a la posada de Muros el alquiler de todo el servicio, se debían en varias tabernas y tiendas bebidas y comestibles que aquél había comprado al fiado, se debían al señor cura los gozos y estampas que se había encargado de pedir a Gerona. Total: una infinidad de deudas pequeñas y de poca monta, es cierto, pero que al ponerse súbitamente de manifiesto, numerosas y apremiantes como enjambre de mosquitos, llenaron de sobresalto a Mila, acabando por convertirse en su eterna pesadilla.

Sólo por aquellas dichosas deudas, las cuales, así como el arbitrar la manera de pagarlas, le quitaban el sueño, no sólo transigió en ver a Matías andar mendigando con el cepillito del santo colgado del cuello, sino que pasó por la vergüenza de consentir en aprovecharse del producto de la cuestación para fines completamente ajenos al servicio de San Poncio.

—Más adelante, en cuanto mejoremos de fortuna y libre de deudas pueda hacer algún ahorro, lo restituiré todo al santuario, todo sin faltar un céntimo —decíase un día y otro día como para aquietar su propia conciencia; mas cuando su marido, de vuelta de alguna de sus excursiones y al darle cuenta de lo recaudado, echaba cálculos acerca de lo que con ello podía hacerse, la cara se le caía de vergüenza.

¿Qué no hubiera dado por poder taponarle la boca y hacerle comprender lo ignominioso de su proceder; por evitar, costase lo que costase, que enterándose el mejor día de todo, llegase quizá el pastor a juzgarles en vista de semejante ignominia? Pero mientras Matías, incapaz de sentir ciertas cosas, seguía tan tranquilo, a buen seguro que el pastor se iba enterando de todo y les iba juzgando. Demasiado comprendía ella que éste, además de discreto, reservado como una esfinge, jamás había de dejar traslucir, ni en sus palabras ni en su conducta, el juicio que de ellos formase, mas no por esto debía esperar que fuese dicho juicio menos severo e implacable. Y ella, que sin advertirlo hubiera querido aparecer ante el hombre aquel como una mujer superior y poco menos que coronada por la aureola de la santidad, tenía, llena de desprecio y de rubor, la evidencia de resultar, en opinión del mismo, más

vil, más degradada, más baja que un salteador de caminos; pues mientras éste desvalija a las personas, exponiendo al fin y al cabo su vida, ella se atrevía a robar nada menos que a los santos a mansalva y abusando indignamente del cargo que se les había confiado.

Mas lejos de presentarse el anhelado cambio de fortuna y ofrecérsele ocasión de quitarse de encima sus preocupaciones, no parecía por una parte sino que aquélla se alejaba cada vez más, y éstas, por otra, se le iban haciendo cada día más duras y tenaces. A medida que se había ido acercando el término del verano, las caravanas se habían ido también haciendo de cada vez más raras; esto trajo consigo la consiguiente disminución de la importante partida de ingresos que durante dicha estación las visitas de aquéllas significaban para la ermita.

Allá en septiembre, cuando ya en las hondonadas, y a la sombra, empezaba a dejarse sentir un airecillo fresco y traidor, si bien en el centro del día seguía el sol picando aún bastante, ya no solía parecer por la ermita más que alguna que otra persona suelta que desde los pueblos vecinos, y dando un paseo higiénico, subía hasta aquellas alturas, algún cazador furtivo que entraba al pasar, para pedir un poco de agua con unas gotas de aguardiente, o algún matrimonio burgués, cuya mujer llevaba por lo regular un cirio en una mano y en la otra la cestita de la merienda. De todos estos visitantes, los segundos se limitaban a pagar la bebida; los demás, después de hacer que les enseñaran punto por punto todo el santuario y de andar mareando a preguntas, echaban cuando más una moneda de cinco céntimos en el cepillo, y dándole a la ermitaña diez de propina, por el tiempo que le habían hecho perder, volvíanse cuesta abajo por donde habían venido, muy satisfechos de su liberal esplendidez.

Como también al cabo faltasen estas visitas, Mila vio, con verdadero miedo, que el invierno se les echaba encima a toda prisa, amenazando con sus fríos y rigores el mísero santuario, aislado en la soledad de la estéril sierra, al santuario aquel cuya despensa estaba completamente vacía, en cuya masera faltaba el pan y cuyos moradores, sobre no vivir en perfecta armonía, se hallaban sumidos en el más negro desconsuelo. El apacible carácter de aquella mujer se volvió entonces agrio y quebradizo.

De tal modo menudearon sobre él las rociadas con que solía aquélla desatar sus sombrías y continuas preocupaciones, que Matías, a pesar de ser el hombre más tranquilo e impasible de la tierra, acabó por perder el humor y la tranquilidad. Como ella no cesaba un momento de regañarle y de refunfuñar, hostigándole abiertamente para que se echara a la calle a la husma y caza del

maldito céntimo, él, aturdido y exasperado a un tiempo por el eterno machaqueo, fue cediendo, cediendo, hasta obedecerla poco menos que ciegamente. Sin atreverse ya a hacerse el remolón, solía, abandonando el lecho todavía de madrugada, emprender, con la urna colgada del cuello, sus largas excursiones a la tierra baja. No se pasaron muchos días sin que se le notaran los efectos de actividad tan desusada, perdiendo, bien pronto, su característica adiposidad de persona entregada a la holganza, la adiposidad aquella que le hacía parecer una bestezuela bien cebada. Borráronse de su rollizo pestorejo los gordos repliegues y, mientras despojados de la grasa que antes los cubría, iban sus lomos poco a poco dejando adivinar perfectamente la ensambladura de los músculos, iban asimismo desapareciendo paulatinamente, al par que los hoyuelos de sus manos de abadesa, las señales con que la pretina del pantalón se le marcaba en la cintura. A tal extremo llegó, que hasta cambió de aspecto, y perdiendo sus ademanes su habitual y cachazuda lentitud, su rostro fue poco a poco cobrando, en cambio, cierta expresión de viveza parecida a la de los demás hombres.



Ó ALGÚN MATRIMONIO BURGÚÉS...

Mila hubiera dado, sin duda, gracias a Dios por tales beneficios, si hubiesen ido acompañados de otros más prácticos y positivos; pero por desdicha, lejos de mejorar con el acrecentamiento de la obediencia y del celo de Matías, su situación se hacía de día en día más triste.

«Dios nos castiga por nuestro pecado,» se repetía despechada a cada nueva decepción; mas al acordarse de sus deudas y ante la imperiosa necesidad de pagarlas, de tal modo, impertérrita y cerrando los ojos a todo, seguía agujoneando a su marido, que una noche el pastor, al ver entrar a aquél muy a deshora, le amonestó con voz reposada, hablándole de esta manera:

—¡*Creeime* a mí, ermitaño, no hagáis tonterías... Aunque no llevéis encima mucho dinero, no es conveniente que se sepa que soléis andar por el monte a semejantes horas!... Sobre ser aquél por demás goloso, ¡hay por ahí tantos escondrijos!...

Matías repuso que no tenía ningún miedo, y que por otra parte, si quería recoger algo le era preciso ir cada día más lejos.

A Mila le pareció que el pastor era, en efecto, asaz miedoso; no obstante, desde aquel día dejó de apremiar a Matías, el cual, en una de las inmediatas excursiones no volvió al santuario a pernoctar, diciendo al día, siguiente que el anterior se había visto precisado a recogerse en casa del Duende por haberse alejado demasiado.

Mientras estaba dando estas explicaciones, el pastor tenía los ojos clavados en él. Cuando después Matías se dirigió a la sala para ir a dejar la urna, dijo a Mila con cierto recelo:

—Sospecho que al decir el otro día al ermitaño lo que le dije, cometí una torpeza... Quizá el remedio haya sido peor que la *enfermeá*.

—¿Por qué? —preguntó Mila con extrañeza.

—¿Qué sé yo...? ¡Es tan malo ese bicho del Duende!

Mila se limitó a contestar a los temores manifestados por el pastor con una ligera sonrisa. Por más que ya estaba de antiguo acostumbrada a la secreta inquina que entre éste y el Duende existía, no acertaba a explicarse cómo un hombre tan sereno y confiado como aquél hacía caso de semejante alimaña.

Como Matías volvía ya de la sala, no pudo manifestar su extrañeza.

—Cierto que es un ladronazo —se quedó, no obstante, pensando para sus adentros—; mas de esto a ser capaz de jugarle a alguno de los que van por su casa una mala pasada... ¡Teme demasiado a la justicia!

Y ni el día aquel ni ninguno de los de la siguiente quincena, durante la cual todas las noches se quedó Matías a dormir en casa del Duende, se atrevió

a regañar a su marido, temerosa de que prevaleciendo de ello lo tomase como pretexto para no salir a pedir. Mas como a partir de dicha quincena menudease Matías las largas excursiones de dos y tres días, comenzó a inquietarse, creyendo llegado el momento de tirar un poco de la cuerda. Aunque al pronto y al cogerle las primeras amonestaciones desprevenido, pareció aquél desconcertarse y, haciéndose como de costumbre un lío, acabó por prometer que se enmendaría, murmurando vagamente y con medias palabras «que sí»..., «que bueno»..., «que verás»..., «que ya procuraré»..., ni la cosa pasó de ahí, ni el más pequeño cambio vino a modificar su nuevo modo de proceder. En vano pasó Mila entonces de las amonestaciones al sermoneo y de éste a las órdenes terminantes; todos sus esfuerzos, perfectamente inútiles, se estrellaron contra la resistencia pasiva de Matías, contra la habitual y formidable resistencia pasiva que permitía a aquél, aparentando amainar, doblarse como un junco cuando arreciaba el temporal, para volver de nuevo a erguirse como si tal cosa, pasada la tormenta. Cada vez salía de casa más temprano, y por más que ella todos los días le obligaba a prometer que volvería antes de anocheecer, y que él en efecto prometía hacerlo sin dar lugar a que ella insistiera, no sólo por un regular no cumplía su palabra, sino que con frecuencia se pasaba no ya todo el día, sino también el siguiente fuera de casa. Era inútil que con cualquier quehacer o entretenimiento tratara de retenerlo en ésta; él se Jas arreglaba siempre de modo que en cuanto ella quería darse cuenta, ya se había escurrido como una anguila y no parecía por parte alguna. Hubiérase dicho que con su antigua gordura había perdido su habitual pereza y haraganería.

A veces, cuando tratando de engañarla buscaba modo de escabullirse, Mila descubría en él rasgos de viveza propios de una ardilla y astucias y picardías dignas de un zorro. Pronto tuvo aquella ocasión de percatarse de que el cambio operado en su marido era mayor de lo que en un principio había sospechado, y de que algún nuevo agente más poderoso que ella y que hostil la repelía, ahondando la distancia que ya de antiguo existía entre los dos, no sólo había logrado arrancar a aquél de su estúpida indiferencia, sino que le había lanzado al nuevo género de vida que estaba llevando. La nueva derrota que esto implicaba para ella produjo un despecho furibundo en aquella infeliz mujer que, sola y acorralada como una fiera, se pasaba la noche de bruces en el lecho conyugal mordiendo la fría y húmeda funda de la almohada.

Además y para colmo de desdichas, percatóse también de que, cuanto más prolongaba aquél sus ausencias y más pobre volvía, más impaciente se

mostraba por escapar de nuevo. En vista de esto se decidió a poner al pastor al corriente de todo aquel misterio.

—No me gusta poco ni mucho ser malicioso, y aunque de lo que *agora* voy a *decirvos* no tengo *entoavía seguriá* completa, *pa* mí que vuestro *marío* no anda pidiendo como él vos hace creer. Andaba yo días pasaos por las cercanías de Cabrerizas, cuando hete aquí que, a lo mejor, reparo en dos bultos que se movían del lado de allá del Soto de los Olivos y por encima del Salto del Castrón. Aunque estaban tan distantes que apenas se distinguían, yo juraría que los dos bultos aquellos eran vuestro *marío* y el *condenao* ese. Ni está que yo sepa el Bao camino de la villa, ni es fácil, a lo que entiendo, encontrar en los andurriales aquellas limosnas como *llovías* del cielo... ¿No vos *paece*? No es, pues, de creer que fueran allí a *peír*. Lo que yo me figuro es que como vuestro *marío* tiene ese carácter que tanto le da una cosa como otra, el otro debe de *arrastralo* a sus cacerías de conejos. Vos de *toos moos*, hasta saber a qué *atenermos naa* le digáis... Yo estaré a la mira, ¿comprendéis?...

Mila, aunque guardó completa reserva, conforme el pastor le había encargado, sintió ante esta nueva prueba desfallecer todo su valor. Sumida en la soledad más espantosa, presentábase la vida ante su espíritu con la helada perspectiva de los desiertos polares. Tocaba ya a su fin el mes de octubre, y cada vez mayores y aumentando cada vez más con su penumbra la larga duración de la noche, iban los crepúsculos con su tijera achicando y recortando considerablemente el día por entrambos cabos. De los siete de la semana Matías se pasaba cinco ausente del santuario. Arnaldo el de San Poncio no había vuelto a parecer por éste desde el de la romería; las únicas almas vivientes que por la sierra se veían eran las leñadoras de Huerta del Río, eternamente abrumadas bajo el duro peso de sendos haces de leña. Ya el pastor no solía meterse, al acorralar el rebaño, en la cocina, como acostumbraba hacerlo en el rigor del verano, para volver luego a salir con el fresco. Ahora, después de tener a aquél pastando desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde, cogiendo a Baudilillo de la mano bajábase con él a Muros, cuyo señor maestro se había encargado de dar al niño todos los días una hora de lección, hasta que pudiese, allá a entrada de invierno y cuando se bajasen definitivamente a la alquería, asistir formalmente a la escuela.

El pastor había ideado la combinación aquella para no tener que quitar de repente el niño a Mila a la que, no obstante, aprovechaba en verdad bien poco semejante artimaña. Sola en casa durante todo el santo día, sola y sin ocupaciones precisas que le proporcionasen, durante las interminables veladas

modo de pasar el tiempo en la cocina aquella, que de puro obscura y desierta metía miedo, iba poco a poco sintiéndose invadir por la más aguda y dolorosa tristeza. Como ya a media mañana tenía arreglados a hombres y animales, mientras puesta en el fuego se iba la comida guisando por sí sola, ella, libre ya de toda obligación y sin malditas las ganas de trabajar, solía pasarse las horas contemplando, apoyados los codos en el antepecho de la ventana de la cocina, la espalda del Peñón Mediano, o viendo, parapetada detrás de la barandilla de la azotea que miraba a Levante, salir el rebaño precedido de Baudilillo, que no cesaba de dar voces, mientras el *Mochuelo*, constantemente ladrando, andaba como un loco dando vueltas y más vueltas a su alrededor. A retaguardia, con sus ferrados zapatones y su andar cachazudo y solemne, pero diligente y desembarazado, marchaba el pastor con su chaqueta de buriel, su mullido zurrón de piel sujeto sobre la misma por medio de unas correas, su peluda gorra encasquetada hasta el cogote, la capa colgada del brazo y la cayada de almez en la diestra y asida por el medio.

Corrían desparramándose por las laderas del monte las ovejas que, blancas como la nieve se destacaban sobre los húmedos y oscuros terruños; brincaba el chicuelo, juguetón, dando continuos traspiés y dirigiendo a Mila frases y sonrisas de despedida, y volvía el pastor una o dos veces para hacer también con el bastón algún ademán afectuoso. Y cuando el blanco rebaño, perdiéndose a lo lejos, ya no dejaba en pos de sí más que una tenue nube, en cuyo polvo quedaba envuelta la silueta de sus guardianes, de los ojos de Mila que, todavía fijos con avidez en la lejanía, se iban poco a poco nublando y anegando en llanto, desprendíanse al cabo dos gruesas lágrimas que rodando por sus brazos puestos en cruz iban a caer sobre la barandilla de aquella especie de atalaya. A las lágrimas aquellas seguían otras que, silenciosas, continuas, copiosas, corrían hilo a hilo temblorosas, a lo largo de sus mejillas, hasta sobrevenir por fin la explosión del llanto, trémulo e inseguro al principio como el de una criaturita extraviada, anhelante y acelerado luego, y sin freno al cabo y desbordado, y entrecortado de hipos y quejidos histéricos. Era aquel un llanto de añoranzas de tedio, de angustia, de íntimo desfallecimiento, que duraba largo rato, sin que la voluntad ni el cansancio lograran contenerlo: un llanto que tenía forzosamente que surgir cual fuente que rebosa, y que al extinguirse, lentamente y por consunción entre gemidos entrecortados y aspiraciones nasales, la dejaba completamente rendida.

Más aliviada entonces, aunque con los ojos extraordinariamente hinchados, sentía en la dolorida cabeza tal pesadez, que no parecía sino que la tenía rellena de plomo. Y en este estado de extraordinario enervamiento

andaba, rendida y atontada, vagando por la casa o por el eriazó, dejando que sus ojos, rojos aún y empapados por el llanto, posaran al acaso la errabunda mirada, cuándo en las enjabelgadas y tristes paredes de la cocina, cuándo en el cielo puro y despejado o en la recortada silueta de las montañas, las cuales empezaban ya a despojarse del mísero aspecto que durante todo el invierno solían presentar. Viéndola de esta suerte vagar sin norte ni objeto como alma en pena, hubiérase dicho que estaba temiendo que le aconteciera algo grave e imposible de prever. Con el tiempo llegó a perder hasta las ganas de andar, cayendo en una laxitud tan grande que se pasaba horas y horas echada sobre la cama, o sentada en una silla, y con la vista clavada en la mesa como esquivando la luz. Como no probaba bocado y permanecía en la mayor inacción, tan rápidamente se desmejoró, que ella misma notaba cómo iba de día en día en aumento la palidez de su rostro que había ya perdido su tersura, y cómo la mirada de sus ojos, mortecinos ya y sin brillo, iba, apagada y tenue, adquiriendo poco a poco una expresión exactamente igual a la de la madre del niño aquel escrofuloso. Sin humor para nada hasta llegó a perder su natural cuidadoso, y no sólo andaba de ordinario sin peinar y con la falda torcida y las medias sin remendar, sino que veía impasible a Matías andar también con los codos de la chaqueta todos deshilados y con los bolsillos del pantalón completamente rotos.

Este estado de Mila acabó por alarmar al pastor.

—Ermitaña —le dijo cierto día que la encontró llorando sin que ella misma acertara a explicarse el porqué—, *vos dende* hace una *temporaa* no andáis bien y es menester poner remedio a esto..., pero no remedio de la botica, ¿comprendéis? Sospecho que lo que vos tenéis es pasión de ánimo, añoranza, achaque que, por cierto, no se cura más que con muchas distracciones; y aunque por acá no suelen andar estas *mu* abundantes que digamos, mucho será, sin embargo, que no hallemos *moo* de *encontrarvos* alguna. Es menester que no sigáis *quedándovos* siempre sola y *metía* en vuestro escondrijo; la *compaña* es media vida, ¿no lo creéis así? Mañana, por de pronto, echaréis la llave a la puerta y vos vendréis con *mosotros* a dar suelta al rebaño: ¿vos *paece* bien? Así como así, por acá ya no asoma alma viviente: el único que pudiera subir es vuestro *marío*, y si por acaso viene y encuentra *atrancaa* la puerta, que se espere o que se vuelva por el mismo camino, que al fin y al cabo maldita la falta que *mos* hace.

Y procurando con la dulzura de su voz y lo risueño de su semblante atenuar el carácter categórico de su determinación y sin esperar siquiera la

aquiescencia de Mila, dio por resuelto que al día siguiente al salir para el monte se llevaría a ésta consigo.

—No vos figuréis que vais a *pasalo* del *too* mal. Peor se está en la horca. Ya veréis, ya veréis..., *preguntái*, si no, al pequeño qué tal suele irle por allá.

Mila como si careciera de voluntad, no opuso la menor resistencia, y al día siguiente echó a andar maquinalmente detrás del rebaño cual niño manso y sumiso a quien llevan a rastras.

El pastor procuró distraerla con su conversación durante el camino. Luego se entretuvo viendo al pequeño entretenerse a su vez en lanzar con la honda piedras al aire, y finalmente estuvo, para pasar el rato, deletreando en unión de aquél en la cartilla que solía el pastor llevar en el bolsillo.

Cuando ya de vuelta al santuario iban bajando por la ladera aquella del Peñón Mediano que parecía el dorso de un enorme cetáceo, mientras las ovejas, empujándose unas a otras, se precipitaban como locas hacia la ermita, Mila, maravillada, iba pensando que el día aquél era el primero que de muchos a aquella parte había conseguido pasar sin darse cuenta de ello. De pronto una ráfaga de aire que anunciando fresco y excitante el cercano crepúsculo, la envolvió de arriba a abajo, le despejó con su grata caricia la cabeza, pareciendo restituirle las muertas energías.



XII

VIDA RETROSPECTIVA

Iba ya el otoño haciendo su curso. El tiempo había refrescado bastante. Hacía ya una porción de días que, flotando al ras del suelo, las nieblas con sus grises cendales venían ocultando por completo el horizonte y recatando con misteriosa poesía el paisaje de la sierra. La vista podía, pues, posarse tranquilamente dondequiera, sin temor de que ningún destello de luz la deslumbrara y sin peligro de que nada saliente la hiriera con su relieve. El paisaje entero, vago y misterioso cual encantado panorama visto en sueños, parecía invitar al espíritu a dulcificar también sus propias brusquedades y crudezas.

Por la campiña llena de calma y de reposo, veíase constantemente vagar a Mila y sus acompañantes que, cual vivientes figuras de aquel vasto paisaje de suaves entonaciones, iban paseando a paso lento la perpleja y vacilante convalecencia de aquella que, convertida en una niña y después de haber ido poco a poco, y con lentitud por cierto de muy buen agüero, rehaciéndose, experimentaba a cada paso y a medida que iba convaleciendo inesperadas sorpresas y verdaderos deliquios.

Las agudas penas que cual avispas antes la acosaban, dejando de pronto y como por providencial designio de agujionearla, se limitaron en lo sucesivo a mezclarse, aunque sin malicia, en sus recuerdos o a andar, a lo sumo, rondándole por el magín con persistencia, empero, que no dejaba de fastidiarla.

El santuario ya no era para ella la cárcel donde se la tenía como recluida a viva fuerza, sino el nido a cuyo abrigo corría a refugiarse durante las horas de descanso en que no podía andar volando como las aves.

La montaña, bien que áspera, era rica en perspectivas y magníficos puntos de vista. Así que dejando el santuario se tomaba alguno de aquellos caminos no debidos a la mano del hombre, ni limitados por convencionales linderos, para recorrerla a capricho vagando libremente por sus francos parajes todos en abertal, antojábase la misma soledad que en éstos reinaba deliciosa y llena de singular atractivo. Tal sucedía a Mila que sentía en ellos transcurrir las horas del día sin penas ni cuidados.

Vistas las cosas con tranquila serenidad, incluso el mismo Matías se le antojaba entonces un prójimo tolerable, y en vez de andar como antes riñéndolo continuamente y hostigándole con sus censuras, solía por el

contrario, dejarlo en tan completa libertad que ni por nada de cuanto hacía le importunaba, ni sentía, a su vez, la menor inquietud. Hubiérase dicho que roto de pronto y sin pena ni violencia alguna por parte de los interesados el duro lazo con que hasta entonces había tratado de tenerlo sujeto, no sólo habían quedado de una vez y para siempre divorciadas sus vidas incompatibles, sino desvanecidos por medio de este divorcio privado todos los motivos de discordias debidos al eterno antagonismo que entre ellos existía. Dueña ahora y señora de sí misma, traslucíase este íntimo sentimiento de la propia independencia en la perfecta armonía que regulaba sus acciones todas, y aunque la armonía aquella carecía por lo vaga de nervio y de vigor, a ella le resultaba sumamente grata, toda vez que no le exigía esfuerzo alguno.

Mila, pues, aunque lentamente, iba de nuevo volviendo a la vida como el soldado que recogido exangüe en el campo de batalla tiene que ir poco a poco recobrando las fuerzas perdidas; que es una gran verdad que si según se nos va acabando, nos aferramos instintivamente y con ahínco a la vida, ávidos de gozar de ella sin tasa, según la vamos recobrando nos sucede, en cambio, todo lo contrario: dando tiempo al tiempo y en espera de que vayan nuestras potencias recuperando todo su vigor, la conciencia de la propia debilidad hace que reprimamos cuantos deseos no acertamos por su vaguedad a precisar; en una palabra, en vez de obrar, nos limitamos a encerrarnos en el mundo de nuestros recuerdos. Mila, por tanto, según iba reviviendo, iba recobrando la memoria.

Solían por aquellos días apacentar el rebaño en una loma sumamente áspera, situada en las cercanías del Pico del Trasgo, único sitio en que, aunque a intervalos, podía disfrutarse de algún rayo de sol. En tanto iba la grey desparramándose por cuevas y laderas y triturando, siempre de cara al sol, los verdes matojos que a flecos crecían entre las enormes verrugas del pedregal; parpadeaba el *Mochuelo* adormilado, echado también de cara al sol y con la punta del rabo sobre el muslo.

Baudilillo a todo esto se entretenía, bien en hacer jeringuillas con ramas de saúco que había cortado al efecto al pasar por el valle, bien en ir redondeando con algún cacho de herradura, probablemente de caballo, una bola de piedra que estaba labrando desde hacía un semestre; Mila y el pastor solían de ordinario pasar el rato charlando tranquilamente.

Obligándola a asomarse a cuantas simas hallaban al paso, a fin de vencer su terror; enseñándole en cada sitio peligroso con que tropezaban a ladear el cuerpo y a afianzar bien los pies, y haciéndole en cada despeñadero que se volviera hacia atrás a la mitad de la pendiente; burlándose a todo esto

constantemente de su cobardía y procurando animarla en sus desmayos y sostenerla con firmeza en sus desfallecimientos, acabó Cayetano por lograr, triunfando de su miedo ingénito y cerval, que hiciese su aprendizaje de montañesa la mujer aquella que, después, encontraba cierto voluptuoso placer en remontarse a alturas que le hacían sentir escalofríos por todo el cuerpo, y salvar inmensos abismos cuyo fondo, en el cual se perdía la mirada, producía en su alma una atracción misteriosa. Tranquilamente sentada en lo más alto del Pico de Catanidos, que se erguía a centenares de metros sobre el llano, con el mantón echado sobre la espalda y las piernas colgando por el mismo talud que descendía hacia el fondo de la quebrada inmensa, estaba Mila como en su propia casa, bien mirando cruzar por encima de su cabeza los grupos de blancas nubes parecidas a bandadas de caballos salvajes, bien contemplando a sus pies y allá en lo profundo la inmensa y desdentada bola del Barranco Oscuro.

La soberbia grandeza del espectáculo hacía, sin duda por razón del contraste, revivir en ella los viejos recuerdos de su tierna juventud, de los que no cesaba de hablar, con la mirada vaga y como perdida entre las brumas del pasado, mientras el pastor, sentado a su lado, iba sin decir palabra y con el oído atento labrando con la punta del cuchillo cualquier futesa, ya para el pequeño, ya para los bichos.

—Me hubiera gustado que hubieseis conocido a mi tía... ¡Era una excelente mujer! Tenía una cabecita tan chica y una carita tan mona que parecía propiamente una nuez. Acostumbraba a sacarse la raya, a entrambos lados de la cual le caía la blanca cabellera que le colgaba hasta las orejas como dos cortinitas. A esta clase de peinado ella le llamaba *en bandós*. Como yo al limpiarle la cabeza con la lendrera le hacía por broma un moñito del ruedo de un duro en cada sien, ella me sacudía las faldas haciendo como que me zurraba. Nadie sabe lo mucho que la pobre me quería a pesar de no ser más que mi tía política. Cuando murió mi madre, que esté en gloria, ella fue la primera que pensó en ampararme. Como no podía trabajar por estar delicado a causa de una afección a los riñones, el tío ponía reparos en echarse encima semejante carga; ella, sin embargo, le dijo: «¿Cómo te atreves a rechazarla siendo de tu propia sangre? ¡Pues hijo, si llega a ser de la mía! ¡Mira yo, a pesar de no ser más que su madrina, la quiero como si la hubiese parido!...» ¡Pobre tía! Su marido siempre le estaba dando bronca con el dichoso padrinzago. Según él, después de haber andado rebuscando en yo no sé cuántos calendarios a fin de dar con un nombre bonito, me había puesto el de Camila para que no fuera menos que la rica heredera del castillo, que

también se llamaba de este modo. «Y bien mirado —solía añadir para hacerla rabiarse—, al fin y al cabo tanto monta la una como la otra, pues si aquélla tiene castillo, ésta tendrá barca». Porque habéis de saber que mi tío era barquero. Antes de construirse el puente tenía una barquita blanca que con el auxilio de una sogá tendida de orilla a orilla servía para pasar el río. Aunque algo más arriba estaba el vado para los carros, la gente solía cruzarlo en la barca. Los domingos y días de mercado daba gozo ver a ésta atestada de payeses, todos con su flamante barretina, roja como un puñado de claveles. El día de San Pedro Pescador, que era su patrón, para celebrar la fiesta adornábamos nuestra barquita con claveles de verdad, con cuantos claveles, rosas y flores de todas clases hallábamos a mano. Un año, cuando por ser ya mayorcita era yo, más que mi tía, quien se cuidaba de ella, los muchachos del pueblo, durante la noche, después de ponerle una guirnalda todo alrededor, colgaron de la punta de la pértiga, atado con unas gomitas blancas y azules, un gran ramo de flores. Hecho esto, estuvieron hasta la mañana acechando nuestra llegada, escondidos en un matorral, para presenciar nuestra sorpresa. ¡Yo no sé la gente que allí se llegó a reunir! Por el camino del río acudían incesantemente en procesión.

Mila, tras una pausa durante la cual solía permanecer como fascinada por el recuerdo, añadía con verdadero arrobó:

—¡Ah, pastor, qué bonito es un río!

—¡Todas las cosas son hermosas si se las mira con buenos ojos, ermitaña!



Solía yo coger mi calceta, y dando á la barca un empujón...

—Unas más que otras... Mirad: desde que tengo uso de razón nada he encontrado parecido al paso aquel. A la caída de la tarde, cuando ya era raro que nadie asomara por allí, solía yo coger mi calceta, y dando a la barca un empujón me deslizaba en ella hasta el centro del río, donde me quedaba. Como la corriente era escasa, mientras la barca, balanceándose suavemente como una cuna, iba haciendo *trin-tran...*, *trin-tran...*, *trin-tran*, como queriendo adormecerme, yo allí me estaba, dale que dale a labor, contemplando el sol poniente que iba rojo como una hoguera a ocultarse allá tras la arboleda. A todo esto iban llegando a mi oído los trinos que al recogerse entonaban desde ambas orillas los pájaros posados en las ramas, y las carcajadas que en medio de su faena soltaban los aserradores, encaramados en sus caballetes. Yo, en tanto, me entretenía en ver chapotear por el agua los carros que iban pasando por el vado. ¡Qué hermoso era todo aquello!... ¿Qué queréis? Me sentía tan a gusto allí, que no acertaba a moverme de aquel paraje. En medio de la soledad aquella me daban, como cuando uno se encuentra en mitad de una iglesia completamente desierta, unas ganas muy grandes de ponerme a rezar padrenuestros por los individuos todos de mi familia, así por los difuntos como por los vivientes. Mas, bien lo

sabe Dios, el puente aquél fue una verdadera y completa calamidad, no sólo para el río, sino también para nosotros. En el transcurso de dos o tres años las mejores arboledas de entrambas márgenes fueron completamente taladas, y algo más arriba del lugar por donde cruzaba el vado, que al poco tiempo fue destruido, se estableció una fábrica. Por las tardes, al caer el día, ya no se disfrutaba en aquellos parajes de la tranquilidad y calma de otro tiempo. ¿Sabéis, por el contrario, qué era lo que por allí abundaba? Hombrotos que en cuanto terminaban su tarea entreteníanse, al salir de la fábrica y camino de la cantina, en ahuyentar los pájaros a pedradas y las mujeres con cantares soeces. Y ¿qué diríais a todo esto que fue de la pobre barca? Amarrada a unas estacas como animalito enfermo, tan sola aparecía, por lo regular, que daba pena verla. Aunque el tío por tesón no quiso jamás quitarla de allí, él, la tía y yo éramos los únicos que de vez en cuando solíamos dar en ella algún paseo. Mas como el puente impedía tanto por un lado como por otro ver el paisaje, y la gente, por otra parte, se paseaba por aquél con la mayor indiferencia, mi tío solía echarse a llorar. La pena le mató, podéis creerlo. Cierto que, como dije antes, él desde hacía tiempo venía enfermo de los riñones, mas lo que seguramente acabó con él, fue la gran preocupación que le causó el ver deshecho el negocio de su barca. Mientras pudo tenerse de pie solía a lo mejor escaparse y, saliendo de casa muy temprano, se marchaba al río. Como nosotros ya no nos tomábamos el trabajo de limpiar de hierbas el ribazo, crecía en él un grupo de plantas que inclinándose formaban como un dosel bajo el cual quedaba la barca medio oculta. Pues bien: más de una vez, según parece, le vieron diferentes personas sollozar metido en aquel escondrijo. Lo cierto es que él al volver a casa traía de ordinario los ojos como dos tomates, a pesar de lo cual, poníase muy enojado si la tía se atrevía a preguntarle qué le pasaba. Más adelante llegó al extremo de no poder ya salir de la cocina; pero así y todo, el día de San Pedro, no sólo se hizo conducir en un carro hasta el río, sino que quiso que adornáramos la barca como los años anteriores. ¡Nunca lo hubiéramos hecho! Daba tanta pena ver la barca aquella que estaba la pobre desportillada y cubierta de musgo, atestada de frescas rosas, que el día en cuestión no fue mi tío el único que se echó a llorar. Muerto él, mi tía hubiera querido vender aquélla, pero ya era tarde. No sólo hacía agua por todas partes, sino que de tanto estar a la sombra y sin repintar tenía las tablas completamente podridas. El día que nos la compraron conocí a Matías; venía acompañando al mayordomo de la fábrica, que era quien deseaba verla, y mientras éste y mi tía estaban conversando, él no me quitó los ojos de encima. Poco tiempo después me habló de casarse conmigo. Percecía un buen

muchacho, y como la tía se iba ya de este mundo..., y me iba por tanto a quedar sola..., le di el sí... ¡Ay, Señor, si una pudiese dar ciertos pasos después de haber averiguado quién es la persona con la cual anda en tratos...!

Al tropezar con Matías, los recuerdos de Mila siempre se atascaban. Como esta vez al suspender ensimismada y triste su relato se quedara toda cabizbaja, clavada la mirada allá en lo profundo del Barranco Oscuro, el pastor, que seguía el alta y baja de sus impresiones, comprendió que era llegada la ocasión de intervenir. Soltando las varitas y el cuchillo y después de desperezarse, púsose en pie.

—¡Ay, ay! Tengo esta pierna tiesa como un palo; *aemás* se me antoja que vaya el fresquecillo dejándose sentir en demasía. ¿*Vos paece* que *mos* demos por ahí una vueltecita?

Al decir esto sonreía con su habitual sonrisita bondadosa y llena de vivacidad.

Mila levantó la cabeza para contemplar al hombrecillo aquel vestido como siempre con su traje de buriel y cuya figurita, irguiéndose en el espacio, se destacaba recortada sobre el picacho de Catanidos como agigantada por súbito crecimiento. Mila devolviéndole la sonrisa se puso también de pie. A todo esto las ovejas que andaban desperdigadas por allí parecían multitud de manchas desparramadas por la vasta extensión. Mientras Baudilillo y el *Mochuelo* estaban entretenidos en cualquier tontería, el pastor después de echar una ojeada por sus dominios y Mila que le seguía hasta en sus menores movimientos, se daban con toda calma una vuelta por la loma. Aquél, según iba andando, iba mostrando a ésta cuantos parajes se divisaban.

—¿Veis aquel olivar que está allá a lo último de la cuesta? —decía señalando con el índice estirado cuándo algún punto cercano, cuándo algún paraje remoto—. Pues *heis* de saber que en él ocurrió en tiempos una gran tragedia. Había en el Val de Peñalisa un señor de *mu* mala *caeza* que no hacía más que atrocias. Atropellar doncellas, comer bien, beber mejor y andar de cacería en cacería, era *too* su placer. Habiendo visto en cierta ocasión una doncella que estaba hilando a la puerta de su casa, fue y mandó a su gente que la prendiera; y después de *habela tenío toa* la noche *drento* del castillo, mandó a la mañana siguiente *ponela* en la puerta. La doncella entonces al *vese despedía* de tan mala manera, se volvió y, encarándose con las ventanas del castillo, dijo, lanzando un gran suspiro: «¡*Quiea* Dios, señor del Val de Peñalisa, que ya que como bestia me has *tratao* en bestia logre *vete convertío endenantes* de morir!» Y dicho esto *esapareció* sin que en *too* el Val se haya vuelto *enjamás* a saber de ella. Muchos años después antojósele cierto día al

señor de los Peñones *conviar* a una cacería al de Peñalisa, que vino a estos alrededores con *toa* su gente. *Enfrascao* en la caza, éste que era por demás *atrevió*, fue poco a poco alejándose del lugar en que se hallaba la cuadrilla, y cazando, cazando, llegó hasta esta *laera* donde se encontró de pronto completamente solo. Llegar y *arrear* en una cabrita que *planta* sobre sus cuatro patitas se estaba en la punta *mesma* de la peña aquella, *too* fue uno. Como a pesar de haber *corrío* mucho mundo no había visto *enjamás preciosía* como aquella, exclamó: «¡Buena pieza, a fe mía! De fijo que este animal no es de por acá; con *seguriá* que ha *bajao* de la montaña aquella de más arriba. He aquí un buen presente *pa* mi *huésped*». Y en vista de que no parecía sino que la cabrita le estaba aguardando, prepara bien la ballesta y le asesta una saeta; mas la cabrita, entonces, después de dar un gran brinco echa a correr por el monte arriba como alma que lleva el diablo. «¡Bien *clava* la lleva...! ¡No será ya mucho lo que corras!,» piensa el *cazaor* *pa* sus *adrentos*, lanzándose tras ella... Pero amigo, la cabrita aquella volaba como el viento, y el *cazaor*, lejos de *dale* alcance, al cabo de poco la perdió de vista. «No, lo que es la cuesta no la traspone. De fijo que en cuanto llegue a lo alto se viene al suelo. *Aluego* continuaré siguiéndole la pista...,» se iba diciendo aquél, cuando de pronto, echó de ver allá en lo alto de la *quebraa* aquella otra cabrita igual a la anterior. «¡Hombre, hombre...! ¡Macho y hembra...! ¡Mejor que mejor! ¡Lo que es el regalo va a ser *manífico*!» Y tomando de nuevo la ballesta, disparó otra vez. Esta sí que vio perfectamente cómo la saeta iba a clavarse en el cuello *mesmo* de la cabrita, la cual sin embargo, como la anterior, en lugar de caer al suelo, lo que hizo fue pegar un brinco y echar a correr por el monte arriba. El señor de Peñalisa púsose entonces fuera de sí, y lanzándose en su persecución trepó corriendo a *too* correr hasta lo alto de la montaña. Al llegar a la cima estaba sin aliento. Busca que te busca, las cabritas no *paecían* por parte alguna muertas ni vivas. «¡Esta sí que es buena! —exclamó sorprendió—, y lo cierto es que por aquí no se ve ni matorral, ni altozano tras el cual hayan podido *escondese*. ¿Dónde demontres se habrán metió? Como no sea que corriendo se hayan *despeñado* de lo alto del Salto del Castrón». Pero es el caso que el Salto del Castrón estaba *entoavía* tan distante que por mucho que hubiesen *corrío* era imposible que las cabritas hubiesen *lograo* llegar hasta allí. Mas como esta extraña ocurrencia había *pica* su *curiosía*, y al señor de Peñalisa, que no era por cierto hombre que se parase a reflexionar, se le había por otra parte *entoñado* en la *caeza* llevar a su *huésped* las cabritas por encima de *too*, sin reparar en su cansancio ni en lo largo del camino, al Salto del Castrón se encaminó brincando de peña en peña y a pique

de que un pie a lo mejor se le *escurriea*. «No hay remedio —pensó una vez allí—; como ambas llevan la saeta *atravesaa* necesariamente tienen que morir; de fijo que las encuentro ahí en el fondo desangrándose». Y esto diciendo, al fondo se bajó; pero por más que allí estuvo mira que te mira y busca que te busca, por *dengún lao paeció* cabrita alguna. Al ver esto el señor de Peñalisa se quedó frío: si aquello no era milagro, no sabía él qué otra cosa podría ser. Y se puso a buscar de nuevo como si en ello le *fuea la vía*, pero por más que anduvo buscando por *toos* los rincones *naa* consiguió. Ya se disponía a desandar lo *andao* decidió, maldiciendo a cielo y tierra, a abandonar su empeño, cuando hete aquí que, levantando de pronto la *caeza*, se encuentra con una de las cabritas que *planta* en el pico *mesmo* del *Miraor* se estaba tranquilamente, moviendo a derecha e izquierda un hocico *mu* largo, *entretenía* en respirar la brisa que corría. Al *vela* lanzó el señor de Peñalisa un grito de alegría, y ya se disponía a apuntar lo mejor posible *pa* no errar el tiro, cuando en esto reparó que la cabrita aquella no era *denguna* de las dos que hacía poco había visto, sino otra bastante más chica, ni llevaba *aemás clavaa* saeta alguna. «Sin *dúa* es la hija —se dijo—. Mas con tal de que *puea cogela* lo *mesmo* da,» y tan *encaprichao* estaba con las tales cabritas que, dando a las mayores por perdidas, ya se conformaba con no coger más que la cría. Y como sobre ser ésta *mu* chiquita, estaba *aemás* bastante lejos, fue poco a poco acercándose a ella lo más posible, a fin de no errar el blanco. Cuando estuvo ya *colocao* a su gusto, se echó a la cara la ballesta y disparó, yendo la saeta a clavarse en *metá mesmo* del vientre de la cabrita. «Esta vez sí que la he *matao*» exclamó el señor de Peñalisa, viéndola tambalearse a punto de caer; pero de pronto rehaciéndose la cabrita se lanza *toa asustaa* hacia el *Miraor*. «Ya no cabe *dúa*, esto es cosa de brujería, pensó entonces el *cazaor* temblando de pies a *caeza*, y apuesto a que, sin embargo, mi *huésped* si se lo explico me toma por loco o embustero. No me *quea* más remedio que llevar las cabritas al castillo, vivas o muertas o como *quiea* que sea; o esto o no volver a *paecer* por allí». Y así pensando y a pesar de ver que las matas de aliaga le han puesto los vestidos hechos jirones, y de reparar que sus pies van dejando un rastro de sangre por donde quiera que pisa, vuelve a las *andaas* enardeció por su loco empeño, abrigando *entoavía* en el corazón alguna confianza. Envuelto por las pardas sombras de la noche, que iba poco a poco echándose encima, hubo momento en que no sabiendo ya por dónde andaba, en vez de apoyarse en los pedruscos se metía por entre abrojos que acabaron por dejale los pies hechos una lástima. Como la cuesta por donde iba subiendo era áspera en extremo, o se caía a lo mejor recibiendo un fuerte

batacazo, o se encontraba alguna *quebraa* que le obligaba a *muar* de camino. Cuando logró por fin arribar a lo alto del *Miraor* era ya noche cerrada. «¡Loco de mí, qué es lo que he hecho! —exclamó al llegar—. Aunque ahora aparecieran las cabritas, ni siquiera me sería ya posible *distinguilas*». Y sin aliento pa añadir palabra, cayó al suelo como muerto. Al poco rato, cierto *sonío* que a lo lejos se dejó oír, *paeció prestale* aliento. «Son mis *camaraas*», pensó algo más *reanimao*; mas después de escuchar atentamente le paeció que el *sonío* aquel no era de cuernos de caza, sino de campanas. El señor de Peñalisa *pónese* entonces a mirar por *toos laos*, y cuando al cabo de un rato, y *dimpués* de mucho mirar, logra distinguir allá hacia Levante y al pie de la montaña un confuso resplandor, se percata, *asimesmo*, de que los ojos a la par que se le han ido agrandando hasta llenarle por completo las cuencas, se le han *queao reondos* como los de un buho. *Situaa* al pie del monte había una abadía, y el resplandor aquél no era otra cosa sino una procesión de monjas. Mientras las campanas de la abadía doblaban a muerto, las monjas de dos en dos y con un cirio en la mano iban cantando los responsos. Sintiendo entonces el señor de Peñalisa que el corazón se le iba *queando* frío como el hielo, fue *pa* cerrar los ojos, pero por más que hizo no *púo conseguilo*; tamaños como los cristales de una linterna le cogían la cara de punta a cabo. Al intentar, *aterrorizao*, *tapáselos* con las manos, repara que los brazos se le han *convertío* en dos grandes alas de oscuro plumaje que no bien se movieron levantaron un *ruio* sordo como el viento. «¡Ave María Purísima!,» intentó entonces exclamar, pero en vez de palabras soltó un largo *silbío* que resonó en *toa* la montaña, y habiéndosele las alas *esplegao encomenzó* a volar, y después de andar un buen rato volando entre tinieblas, llegó al fin a la orilla de una charca que había por *cima* la abadía. Junto a las charcas se alzaba una vieja encina que tenía más de quince centurias y cuya copa cogía un *rueo* de más de seis varas. El señor de Peñalisa, posándose entonces en una de las ramas de la encina aquella, acaba por divisar allá en el fondo de la hondonada *aemás* del campanario de la abadía cuyas campanitas se balancean tocando a muerto, la larga hilera de ventanitas de las celdas de las monjas. Una de las ventanitas aquellas, abierta de par en par, dejaba ver perfectamente una cama que de puro blanca *paecía* de papel y en la cual estaba *metía* una monjita que tenía un crucifijo entre las manos. A la cabecera de la cama estaba un fraile *revestío* con un blanco sayal que le colgaba hasta los pies. Mientras la monjita estaba, al *paecer*, agonizando, y el fraile la ayudaba a bien morir, las *emás* monjas le cantaban los responsos en procesión. A *too* esto el señor de Peñalisa, fijándose de pronto en el rostro de la monja, reconoce a la doncella a

quien años atrás había *retenío* consigo durante *toa* una noche, y comprendiendo que *too* aquello no es más que un castigo que el cielo le envía por el *pecao* con la doncella cometió, *dende* lo alto de la encina pónese a gritar: «¡Ay de mí, *pecaor*; perdóname Marianela del Val!» Mas al ver que en vez de palabras soltaba unos *chillíos* tan *agúos* que cuantas personas y animales dormían por el monte se *espertaban*, *queóse too azorao*. Las monjitas, *múas toas* de espanto, volviéronse hacia la encina, y *dimpués* de arrojar los cirios se apresuraron a *metese* en la *abaía* poniéndose a buen recaudo: el fraile del blanco sayal cayó de hinojos haciendo la señal de la cruz, y la monjita aquella, llena de *mieo*, volvió, ya en las ansias de la muerte, los ojos hacia la ventana, distinguiendo entre el ramaje de la encina de las charcas un pajarraco de obscuro y sombrío color y doble tamaño que el águila del Evangelista, que la estaba mirando con unos ojazos enormes y *reondos* que, achicándose y agrandándose, resplandecían como dos fraguas. El señor de Peñalisa al ver que había *reparao* en él, extendiendo sus alas como *pa* implorar clemencia, repitió contrito: «¡Pequé, Marianela del Val, perdóname!» «¡Poder de Dios! —dijo entonces *toa asustaa* la monjita enferma, juntando las manos—. ¡Esta voz es la *mesma* que tenía el de Peñalisa, el señor aquel que me arrojó de su castillo! Muero satisfecha, que si como pajarraco de noche acudió un día a mi *nío* *pa sacame* de él, en pajarraco de noche logro *enantes* de morir *miralo convertío*». Y dicho esto dio tres *boqueaas* y expiró. Y hete aquí que al día siguiente, al amanecer, cuando abrió el señor de Peñalisa los ojos, encontróse *tendío* en mitad de la planicie del *Miraor*, con las ropas hechas jirones y los pies *toos* llenos de *cuajarinones* de sangre. Tiende entonces la *mira* a su *alreor*, y al par que ve frente a sí a un pastorcillo que *tendío* de bruces sobre el suelo le estaba contemplando, oye que las campanas toas de aquellos contornos están doblando: *¡din, don, din, don...!* Él entonces se incorpora y procura trabar conversación con el pastorcillo que hablando, hablando, le cuenta que aquella noche ha *ocurrío* un gran milagro. «Como ha muerto —le dice— una monjita de la abadía de Cabrerías *tenía* en opinión de santa, están las campanas *toas* de *toas* las parroquias y monasterios doblando por ella a muerto... Era la monjita tan santa —*añae* el rapaz—, que en *toa* su *vía* había *cometío pecao*, en vista de lo cual el demonio, dispuesto a lograr su perdición va y, bajo la forma de buho y cubierto con el plumaje de esa clase de animales se posa en una de las ramas de la encina de la charca, *dende* donde poniéndose a silbar hace por manera de *distraela pa* que haga a la hora de su muerte una mala confesión... Mas tal coraje le ha *dao* al ver que lejos de lograr *salise* con la suya, el alma de la

monjita iba a *subise* derechita al cielo, que, despidiendo fuerte hedor a azufre, de tal *moo* ha *empezaao* a soltar rayos y truenos, que no *paecía* sino que el monte entero se venía abajo... La encina de la charca ha *quedao aterraa* y hecha astillas como liviana pajuela, y el monje del blanco sayal y las monjitas *toas* de la abadía que se han *queao* temblando, aseguran haber visto por sus propios ojos al *mesmo* Lucifer que Dios confunda». Habiéndole el señor de Peñalisa *preguntao* al pastorcillo cómo había *sabío too* aquello, éste contestó que hacía poco, al subir, se lo había *referío* otro pastor a quien al *paecer* se lo había *contaao* la lega del convento, la cual noticiosa a su vez de ello por haber *oío* a las monjas hablar del milagro, iba de villa en villa divulgando el suceso. ¿*Pa* qué quería el señor de Peñalisa saber más? *Arrepentío*, ante semejante aviso de Dios, de sus culpas *toas*, emprendió por la cuesta abajo el camino de su casa, y una vez en el castillo y *dimpués* de hacer entrega de cien libras a cada uno de sus servidores, dona todos sus bienes y señoríos a la abadía de Cabrerizas, *queándose* sólo con la ropa puesta, que era por cierto la *mesma* que llevaba el día de la cacería, y deja su palacio *pa machase* otra vez a *recoer* la ruta que las cabritas habían *seguío*. Una vez en las charcas, que ya las gentes empezaban a llamar Charcas del Buho por el suceso de aquella noche, ve que cuanto el pastor le había dicho era la pura verdad: la encina estaba poco menos que *convertía* en astillas y el hueco ocupado por la raigambre había *quedao trocao* en un hoyo que metía *mieo*. Esto no obstante, el señor de Peñalisa determinó *quearse* a vivir en aquel agujero que, en recuerdo de este suceso, se conoce con el nombre de Cueva del Cazaor... Y según cuentan los viejos, el *pecaor* aquel, llegó a ser andando el tiempo un santo penitente de tan gran *sabiuría*, que el Padre Santo de Roma en cuando que tenía que resolver algún negocio enrevesado, no sólo le mandaba un propio *pa ponele* al tanto de él, sino que siempre obraba de *conformiá* con su *paecer*... Y *colorín colorao*, como dice Baudilillo, el cuento de las cabritas se ha *acabao*.

Cuando el pastor había terminado su relato ya Mila no se acordaba para nada ni de su boda con Matías, ni de otras preocupaciones, que solían de vez en cuando turbar la placidez de su convalecencia; y como al día siguiente volvía el pastor a contarle otro cuento por el estilo, y luego otro y así sucesivamente, porque no parecía sino que su majestuosa verbosidad era inmensa e inagotable como las aguas del mar, perdiendo Mila de vista su propia e insignificante personalidad de mezquino y humilde ser humano, acabó por pasar de lleno a formar parte del viviente y fantástico mundo de la sierra aquella. Al simple conjuro de la pródiga y fogosa imaginación de su

compañero de excursiones, de tal modo iba viendo agigantarse de día en día y crecer ante sus ojos el panorama aquel de los Peñones, que llegó el horizonte del mismo a antojársele todo un mundo, que su fantasía poblaba al par que de visiones y ensueños, de raras quimeras. De cada roca y cada planta, de todos y cada uno de los parajes aquellos brotaban leyendas que, despertando en su corazón el sentimiento de lo maravilloso, acabaron por dotar como de una nueva y más elevada conciencia de sí misma a aquella mujer, en quien al mismo tiempo se despertó una devoción como extática hacia el hombrecillo aquél que, a pesar de ser en apariencia tan poquita cosa, había logrado a puro ingenio y a pura bondad hacerle entrever horizontes hasta entonces para ella desconocidos. Cierta día al terminar aquél de hablar, ella mirándolo con una de esas miradas llenas de rendimiento propias sólo de una mujer enamorada, le hizo una pregunta que sintetizó en cuatro palabras la gran admiración que hacia él sentía.

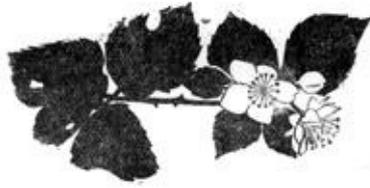
—¿Cómo os arregláis para saber tanto, pastor?

—*Pus* hija, lo que es yo *naa* pongo de mi parte *pa enterame* de *naa* — contestó él sonriendo con la mayor sencillez.

—¿Quién, pues, os ha enseñado esos cuentos?

—Unos, los más cortos —respondió el pastor, con voz solemne y echándose hacia atrás la gorra de pelo, que dejó al descubierto su frente preñada de pensamientos que brillaba con intensa palidez—, me los contaron los viejos de San Poncio; los otros me los ha *contao* Dios... —y como viera que Mila se quedaba mirándolo sin pestañear, se apresuró a añadir como para explicar su misteriosa respuesta—. Cuando rondando por ahí descubro a lo mejor en la montaña algún paraje *pa* mí *desconocío*, me paso solo y a mi sabor, *sentao* horas y horas contemplándolo; y aquí en el corazón suelo sentir, en esto, como el calorillo de una llama que poquito a poco se me va subiendo a la *caeza*, y entonces, y después de estar un buen rato cavilando, se me va, sin saber cómo, ocurriendo punto por punto too lo que en el tal paraje debe de haber *pasao*, cual si alguien me lo fuera explicando al *oío*. Por esto creo yo que es el Señor quien semejantes cosas me cuenta, porque ¿qué otra, sino más que la del Señor, *puee* ser esa voz que aquí *drento* escuchamos, cuando estamos rumiando?

Y mientras en los serenos ojos de aquel vidente resplandecía la firmeza de una santa convicción exenta en absoluto de vanidad, Mila, cuyo espíritu se sentía pequeño ante la grandeza de aquel hombre superior, se humillaba hasta el polvo de la tierra.





XIII

EN CIMALTA

Llegó a todo esto el invierno y con él la temporada durante la cual, abandonando el santuario, solía el pastor recogerse en el corralón de la alquería de San Poncio, situado al abrigo de la inmensa mole granítica de la Niña Azul.

Como sabía de sobra que, además de ser el alma de aquella casa, una vez ausente él la pobre mujer aquella quedaba a merced de las penas que la asediaban, el pastor procuró retardar lo más posible su traslado abajo.

Como la época de las lluvias se había ya echado encima, habían sido ya varios los días que se había visto imposibilitado de sacar el rebaño y obligado a pasarse en la cocina las horas muertas haciendo cualquier futesa o charlando con los cabreros de Muros o de Huerta del Río, que allí también refugiados a causa de la persistente llovizna no habían podido acabar de apacentar sus rebaños. Ya los de San Poncio en son de queja le habían echado más de una vez en cara su tardanza, y aunque tomaban como pretexto que por razón de ésta se retardaba asimismo la ida de Baudilillo a la escuela, lo que en realidad les inquietaba era la merma que dicha tardanza representaba para el abono del corral. Cierta día que se había tropezado de manos a boca con Marica la de la alquería en el Costillar de los Tropiezos y que había estado en consecuencia un rato andando en compañía de ella, había el mala pécora del Duende aprovechado la ocasión para insinuarle que no debían en todo el invierno contar con el pastor, pues ausente Matías del santuario y libre por tanto de estorbos, harto tenía que hacer por allá arriba. Y como Marica, procurando recalcar lo más posible la malicia de la especie soltada por el Duende, se fue a su vez al pastor con el cuento, éste decidió interiormente, a pesar de haberse limitado a contestar al ama de San Poncio con una ligera y apacible sonrisa llena de calma, dejar de una vez el santuario: sí, había llegado la hora de tomar una resolución; aquella misma noche se la comunicó a Mila.

Hallábanse los tres, ella, él y el niño, reunidos de tertulia en la cocina pasando la velada junto al hogar; Matías ni había subido ni era probable que subiera; el pastor, que estaba agachado para sostener las astillas que empezaban a arder, después de haber echado tres o cuatro de ellas en el hogar, volvióse hacia Mila y dijo:

—Ermitaña, estaba pensando que como voy a *dejarvos* por una *temporaa*, será menester que procure *hacervos* buen acopio de leña. Mañana *mesmo* el pequeño y yo vos la subiremos haciendo la competencia a los leñadores. ¿*Verdá*, estornino?

Mila, volviéndose, se apresuró a contestar:

—¿Pensáis marchar ya pronto?

—Hoy es domingo, ¿*verdá*? —repuso el pastor prensando con la mano las astillas—. *Pus...* «el lunes o el martes» iba a decir; mas no atreviéndose, «la semana que entra,» —añadió.

Mila, que sintió afluir a su rostro una llamarada de fuego, se limitó sin embargo a murmurar:

—¿Ah, sí?... —y sintió que los ojos se le humedecían.

El pastor creyó ver al través de la titilante penumbra en que estaba sumida la estancia, que Mila se había secado disimuladamente una lágrima con el dedo, no obstante lo cual procuró, volviendo la cara hacia el otro lado, hacerse el desentendido.

Baudilillo, que estaba con mucho cuidado recortando unas aleluyas que le había regalado el señor cura, continuó enfrascado en su tarea.

Mila, con acento vacilante, añadió lentamente:

—¿Cómo, entonces, me las voy yo a componer, aquí tan sola?

El pastor haciendo de nuevo que revolvía la leña que crujía como si fuera un montón de papeles arrugados, se quedó sin responder palabra. A Mila, por tanto, la asaltó la duda de si la había oído o no. Después de breve rato de silencio, añadió en igual tono:

—Vos me teníais prometido que subiríamos a Cimalta.

Esta vez el pastor la oyó perfectamente.

—Y subiremos, Dios mediante. ¡No faltaba más! No sólo subiremos al cimborrio de la sierra, sino que llegaremos a la *mesma* Cruz *dende* la cual se divisa casi medio mundo.

—Pero si vos os vais...

—De aquí a entonces nos *quea entoavía* tiempo de sobra. Con un día que tengamos..., yo al menos creo que con esto basta; ¿qué día queréis, pues, que vayamos?

—Por mí sí que...; ¡para los quehaceres que tengo...!

—Mañana es día de misa, no hay que pensar en ello... ¿Os parece bien el lunes?

Como no cesó de llover, Mila el domingo anduvo durante todo el día muy nerviosa. Al anochecer, empero, como el cielo se quedó completamente despejado, el pastor aseguró que el día siguiente haría buen tiempo.

Levantáronse dicho día todavía de madrugada y cuando empezaba apenas a clarear; estaba el tiempo muy frío y la luna, suspensa todavía en el espacio azul, parecía una manchita blanca. Mila se levantó tan nerviosa como se había acostado; inquieta y desazonada, se había pasado toda la noche sin lograr apenas conciliar el sueño. Mientras partía sobre la mesa un redondo pan de centeno que en ella había dejado el día anterior, íbale el pastor diciendo que como la madrugada estaba muy fría era conveniente que se pertrechara bien de ropa.

Baudilillo que encogido de hombros y con las manos en el bolsillo se estaba calentando al amor de la lumbre, bostezaba de lo lindo. El día aquel iba

a quedarse dueño y señor del santuario y de su hacienda, pues Matías se encontraba ausente y él había estado ya hartas veces en Cimalta.

Al dejarle Mila y el pastor al cuidado del ganado le encargaron que, si al llegar la hora ellos no estaban de vuelta, empezara a sacarlo.

Ya las estrellas todas habían desaparecido, cuando, abandonando el santuario, echaron aquéllos a andar por el eriazo abajo, en dirección a los pinares próximos.

Aullaba en tanto el *Mochuelo*, furioso por no poder acompañar al pastor, mientras en la azotea, que iban dejando atrás, dejábase oír una voz tierna y sonora que gritando repetía: «Adiós..., adiós,» palabras que las Trompetillas iban también a su vez repitiendo burlescamente.

El pastor había tenido razón; dejábase sentir un frío intenso que, a medida que iba amaneciendo, se iba acentuando. Aun cuando en lo que iba de año no había caído aún nevada alguna, el suelo aparecía, sin embargo, cubierto de cristalitos de escarcha. A los cinco minutos de estar andando a campo raso, Mila, estremeciéndose de frío, encogióse de hombros tiritando cual poco antes Baudilillo. Iban insensiblemente aproximándose al Borbollón, cuyo potente rugido, después de resonar en la caverna, repercutía de peñasco en peñasco, lanzando al espacio el eterno quejido de la montaña.

Ya cerca de él, el rugido aquél, que la quietud de la noche hacía parecer más formidable, sobrecogió de tal modo a Mila, que ésta, llena de miedo, procuró arrimarse al pastor. Este, que silencioso iba andando sumido sabe Dios en qué meditaciones, al sentir a lo largo del suyo el contacto del brazo de Mila, volvió hacia ésta la cabeza. La ligera sonrisa que había empezado a dibujarse en sus labios, se había quedado de pronto borrada por completo. Iban surgiendo en tanto los resplandores inciertos del alba.

—¡Ah, lo que es a ciertas horas da gusto a andar de camino! ¿No vos *paece*? —dijo de pronto con voz dulce; y sin esperar siquiera la respuesta siguió andando, fija de nuevo la mirada en el horizonte.

Mila entonces tuvo ocasión de observar una cosa que ya otras muchas veces había notado, es a saber: que mientras ella sentía en presencia de aquel hombre una viva impresión, él, por el contrario, no sólo se olvidaba de que estaba a su lado, sino que alejándose de ella solía, en alas de su fantasía, huir a remotas regiones.

Semejante observación que siempre le había causado idéntica sorpresa mezclada con cierto disgusto, la movía a retirarse discretamente y como avergonzada del lado del pastor. Aquel día, pues, le ocurrió una cosa parecida.

Estaban a todo esto atravesando unos pinares que se extendían por entrambas laderas de la montaña, en busca de un camino de cabras que iba a perderse en el intrincado repecho del Peñón Grande. Mila, que dejaba que el pastor marchase delante, le iba siguiendo a corta distancia al claror de la penumbra. Tenue y sutil cual nube vaporosa, la primera luz del día se empezaba a extender de un modo tan imperceptible, que el bosque entero parecía lleno de sombras más misteriosas todavía que las de la noche. Los términos y distancias, vagos también y confusos, daban al paisaje entero el fantástico carácter que muchos de los cuentos del pastor solían revestir.

Mila andaba maquinalmente, y a medida que iba andando, presa por momentos de un miedo inexplicable, del miedo aquel invencible que tantas veces había experimentado cuando niña, iba, cada vez más a menudo, mirando a un lado y a otro. Parecíale a lo mejor que la tierra faltaba bajo sus pies; a lo mejor se le antojaba que de cada uno de los escondrijos aquellos que entre las peñas o los matorrales se divisaban, iba a asomar de pronto la pálida mano de algún esqueleto para tirarle de la falda; y los pinos, los pinos aquellos de fantástica y borrosa silueta que en los pinares por que iban atravesando se agrupaban aquí y allá dejando porciones intermedias de tierra completamente yerma, antojábansele, asimismo, apariciones que estaban sólo esperando que acabara de pasar para precipitarse tras ella, animados todos de las más siniestras intenciones. A Mila, entonces, le daban tentaciones de echar a correr bosque adentro y a la ventura.

Fue en este estado de ánimo andando durante un buen rato, cuando habiéndosele a lo mejor enredado el delantal en una mata de brezo, de tal modo se sobresaltó que sin poder contenerse lanzó un chillido, precipitándose bruscamente hacia el pastor, el cual como movido por un resorte, dando una vuelta en redondo se detuvo.

—¿Qué os pasa, ermitaña? —dijo con voz alterada y mirándola con sorpresa.

—¡Ay!... no sé..., nada..., una tontería.

Y corrida del susto se puso como la grana.

El pastor procuró tranquilizarla.

—¿Otra vez el arrechucho?... Al *oirvos* chillar de este *moo*, sabe Dios lo que me he *imaginao*. Poco es, a lo que se ve, lo que *heis mejorao* de vuestra *enfermeá*. ¡Me dais lástima, a fe mía!

Y como arrepentido de haberla desatendido durante tan largo rato, procuró, desde aquel momento, seguir andando a su lado.

Como los vericuetos por donde estaban andando eran sumamente angostos, iban a cada paso tropezando el uno con el otro. Por el contraste del grato calorcillo que le daba el cuerpo del pastor, con el frío seco de la mañana, Mila advertía claramente la mayor o menor proximidad de aquél, proximidad que le producía un estremecimiento nervioso, obligándola a ceñirse las espaldas con el mantón que sobre ellas llevaba. Según iban andando, iban, sin decir palabra, lanzando por boca y narices blancos penachos de humo, que cual jirones de neblina se quedaban flotando ante su rostro. No se percibía más rumor que el de sus propias pisadas que hacían crujir la escarcha, la cual como espesa capa de alumbre cubría por completo el suelo.

A medida que se iba dejando atrás la espesura del bosque, al par que iban los pinos raleando, iba la garganta ya de suyo estrecha, por donde caminaban, haciéndose por momentos más angosta. Separados por aquella especie de surco, los Peñones, que se erguían imponentes a uno y otro lado, parecían dos turgentes y ciclópeos pechos que aproximándose poco a poco acababan por juntarse, amenazando aplastar entre sus moles a aquellos dos miserables átomos humanos que en hora tan intempestiva se atrevían a turbar su reposo.

Mila, que se sentía de nuevo presa de extraña angustia, como asiendo su inquieta mirada de los abrojos que la escarcha había adornado de finos carámbanos, fue poco a poco levantándola hasta fijarla en la superficie mate y no iluminada todavía del espacio. Materialmente pegada al jirón aquel de húmeda seda, distinguió de pronto como una mancha tornasolada que parecía —falta de peso suficiente para desplomarse hasta el fondo de aquella especie de sima— haber quedado en suspenso y en constante fluctuación sobre el desfiladero de San Poncio.

—Es la Pajarera —dijo el pastor señalando con la vista la mancha aquella del espacio, de la cual descendía como un continuo susurro—. *Agora* y al anochecer se juntan allá arriba tantos millares de pájaros, que de fijo si acertaseis a *encontrarvos* allá en la cima, vos dejarían sin ojos. *Figuraivos* si es cierto lo que *vos* digo, que cuando *dende* allí se lanzan sobre el valle, no hay granero que no arrasen.

Algo por bajo de la Pajarera y un poco más a la derecha, destacábase una mole que descollaba entre las demás prominencias y remataba en dos agudas puntas recortadas como con una tijera y parecidas a informes uñas. Mila, fijándose en ella, preguntó:

—¿Qué es aquello de allá arriba?

—Los Peines. Estos son los grandes y aquel otro que cae al lado de allá de la *caña* es el chico. Como vistos *dende* la falda del *Miraor* *apaecen* los tres en hilera, a la laguna aquella que hay al pie suele la gente *llamala* la Charca de los Tres Peines. Dicen que antiguamente eran de plata *corleaa*, y que las *encantaoras* cuando le tenían a alguno malquerencia, después de *mojalos* bien en el agua de la Charca, le escarmenaban con ellos pa que *dende* la juventud se le *queara* la cabellera *toa* cana como copo de cáñamo.

Como el pastor, que no tenía al parecer muchas ganas de conversación, no daba más explicaciones, seguían andando en silencio hasta que algún nuevo accidente del terreno lograba despertar la curiosidad de Mila.

Como el camino por donde andaban iba, siempre en declive, hundiéndose poco a poco, en aquel preciso momento se encontraban cabalmente en el punto más bajo. Por encima mismo de sus cabezas se alzaban los Peines.

Las paredes del talud de las márgenes del camino que se abrían en forma de V y en las cuales se reflejaban los primeros inciertos resplandores del alba que brillaban en el espacio, de un azul ceniciento, no sólo parecían, salpullidas de gruesos y desiguales costrones, la escamosa piel de un gran monstruo cubierta por copiosa erupción, sino que estaban chorreando como si acabase de descargar sobre ellas un fuerte aguacero.

Allá en lo alto comenzaba a brillar la claridad del día, a cuya luz la sombría lobreguez de la cañada parecía todavía mayor.

—¡Qué parajes estos..., meten miedo! —murmuró Mila mirando con inquietud a su alrededor y apretando nerviosamente los brazos contra el cuerpo.

—Este es el Paso de los Rayos. Si alguna mala persona vos guarda rencor, no vos arriesguéis en manera alguna a pasar por este sitio sola. Una piedra que vos arrojasen de lo alto de los Peines, vos dejaría hecha una tortilla. Yo, por mi parte, *ha* ya tiempo que dejé de venir por acá con mi rebaño. No es conveniente ser demasiado *confiao*.

Y al decir esto, por la frente del pastor pareció cruzar como una nube.

Mila, que ya se había acostumbrado a la lóbrega obscuridad del sendero y que de soslayo estaba mirando al pastor, pudo advertir en las facciones de éste la expresión de algo raro y anormal en que hasta entonces jamás había reparado y que le produjo vivo sobresalto.

—¿Y si fuese él mismo la mala persona esa de quien estaba hablando y se lanzase de pronto sobre ella...? —De repente y sintiéndose ante esta suposición desvanecer, Mila se quedó inmóvil.

El pastor, entonces, creyendo que se había detenido asustada a causa de la extraordinaria angostura del sendero, se apresuró a adelantarse para ir abriendo camino a fin de tranquilizarla. Como encima del abultado zurrón que llevaba a la espalda se había colocado, plegada y a la bandolera, la parda capa que pendiente del hombro le cubría aquélla, materialmente parecía jorobado. Mila iba marchando detrás con las pupilas, dilatadas todavía por el terror, clavadas en la jiba aquella.

«No, el pastor no era ningún mal hombre, segura estaba de ello, tan segura como de sí misma, pero... (y la insidiosa sospecha tomó entonces otro rumbo que despertó en ella nueva inquietud) a los hombres aun sin ser malos les dan a veces locas tentaciones que pueden a lo mejor arrastrarlos a malos pasos y a extremos en que jamás pensaron, dando al traste con toda su honradez. “La ocasión hace al ladrón,” dice el refrán, y ellos en aquel momento se encontraban cabalmente solos, solos hasta el punto de que no era posible de que alma viviente los viera ni los oyera, metidos como estaban allí, en el fondo de aquel abismo. Únicamente Dios, que conocía su presencia en semejante paraje, sería, en todo caso, testigo de sus acciones; mas, por lo regular, el que pretende algo malo para nada se acuerda de Dios; tan sólo de los hombres se recata... Y estremeciéndose de miedo, Mila creyó de pronto ver de nuevo brillar, en medio de la lobreguez del Paso del Rayo, la furtiva mirada ardiente y apasionada que la mañana aquella del desastre le obligó, allá en el patio, a apartar los ojos de los encendidos labios de Arnaldo de San Poncio, cortando de una vez para siempre la corriente de simpatía que entre ella y el mozo aquel existía»

Pareciéndole de pronto leer en la mirada aquella algo que a la vez que una revelación era como una promesa..., «¿qué tendría de extraño que...?» se dijo; y admitiendo por un momento la posibilidad del fatal percance y sintiéndose en esto invadida de nuevo de ciego terror, se quedó completamente helada. Transcurrieron unos segundos; mas, recobrando de pronto la serenidad, como si entre las tinieblas de la noche se hubiese encontrado de improviso ante un espléndido y bullicioso salón de baile, quedó su espíritu inundado de intensa claridad, y gracias a esta íntima clarividencia, comprendió sin la menor sombra de duda ni de misterio que, caso de haber ocurrido o de llegar a ocurrir *algo*, ella, rendida de antemano, vencida sin la menor lucha, ni había seguramente de encontrar en el fondo de su alma el más mínimo arranque de protesta, ni había de oponer la menor resistencia. No cabía duda; si él, si el hombre aquel tan sabio, tan bueno, allá arriba, en la cumbre del monte llena de calma y de serenidad, o allí abajo, en la tentadora

obscuridad del abismo, se le hubiese acercado y la hubiese tomado entre sus brazos tal como, según había visto, solía coger a los pequeños corderuelos, ella no sólo no hubiera tenido aliento para gritar, sino que probablemente ni hubiera tratado de huir, ni hubiera acertado a encontrar una sola palabra de reproche, ni hubiera sido capaz de sentir el menor despecho. Bien lejos de esto, no sólo se hubiera, llena de júbilo, entregado sumisamente dejando que el hombre aquel, su único amparo, su único amigo, la apretara contra su pecho, sino que, sumida en suprema delicia, hubiera dado gozosa la luz de sus ojos, el fuego de sus labios, en una palabra, los encantos todos perfectamente ociosos de su cuerpo. Y la pobre mujer, gustando allá en sus adentros, fascinada por delicioso ensueño, las íntimas dulzuras del amor, creyóse por un momento transportada, en brazos del hombre aquél, a la región misteriosa *a dó* a menudo solía él a solas y sin ella volar cuando su espíritu se alejaba de este mundo.

—¡Voto al chápuro! ¿Ya vos entregáis? —dijo en esto el pastor volviéndose de pronto.

A Mila que, andando maquinalmente, sobre haberse rezagado un tanto acababa en aquel mismo momento de detenerse, le hicieron las palabras del pastor el efecto de un tiro disparado a boca de jarro. Aunque sorprendida y atónita trató de sonreír, quedóse no obstante contemplando al hombre aquel con la extrañeza con que se mira algo extraordinario. Él a todo esto la aguardaba inmóvil a unos doce pasos de distancia, apacible y tranquilo como de ordinario y sonriendo como siempre con su sonrisita característica. Mila entonces se encontró a sí misma amargamente ridícula. ¿El pastor capaz de una mala acción?... ¿El pastor capaz de sacrificarla a la loca avidez del deseo o al despótico imperio del capricho?... ¡Qué locura!... Y desengañada y corrida ante la evidencia de semejante delirio, sintió en el rostro el duro latigazo del sarcasmo.

Que ella era hermosa y que por lozana y apetitosa era su hermosura apetecida de los hombres, era indudable: hartos los salvajes crapulosos de la romería primero, los señoritos de las pandillas de cazadores después, y a todas horas el propio anhelo que llenaba su espíritu, se lo habían dado a entender. ¿Cómo, pues, siendo así ni la codiciaban, ni trataban de gustar fruta tan sabrosa y sazónada, ni Matías ni el pastor, los dos hombres aquellos a quienes, cabalmente, ella hubiera querido hacer generosa ofrenda de todos sus encantos? Matías la poseía sin sentir por su cariño ni ilusión, ni sorpresa, ni nostalgia de ninguna especie; como se posee, en fin, un hábito cualquiera: en el alma de aquel hombre frío como el hielo no había logrado prender la

ardiente llama una de sus más leves chispas, ni infundir el fuego sagrado su calor vivificante. ¿Y el pastor? El pastor ni la poseía ni había, antes ni después del desastre, querido poseerla de aquel modo ni de otro alguno. El pastor nunca había sido para ella más que lo que para Marica la de la Alquería, o para Baudilillo, o para su mismo rebaño: una especie de providencia bienhechora que todo lo amparaba por igual sin distingos ni preferencias.

De pronto la providencia aquella tocó en el brazo a Mila que bruscamente sorprendida en sus meditaciones dio un salto hacia atrás.

—¡Carape, siempre vos asustáis, ermitaña! No *paece* sino que tenéis azogue... ¡Ah, esos nervios, esos nervios...!

Y con su curtida mano hizo como que la amenazaba.

Mila declaró que iba distraída.

—Vos creo sin que me lo juréis. De tal *moo* soléis *distraervos* que en *naa* vos fijáis. Pero bien, lo que yo quería *decirvos* es que *agora ya poemas* charlar. Por parajes tan solitarios como estos, prefiero, según voy andando, estar ojo avizor a parlanchín. Sabe Dios con lo que uno *puee* a lo mejor tropezar, ¿comprendéis? Cuando *puee espaciase* la vista ya es otra cosa.

Mila reparó entonces en dos cosas en las cuales antes no se había fijado: primero, en que ya era día claro; segundo, en que iban ya a dejar la Cañada de San Poncio. Desapareciendo como cortado a pico el muro de la derecha, veinte pasos más allá terminaba aquélla como calle que se trunca de improviso. En el hueco que dejaba el muro aparecía claro y sereno el espacio inmenso, y en el borde mismo del altísimo corte del terreno erguía un agudo peñasco solitario y esbelto que semejava el torreón de castillo medioeval.

—Parece el Mojón del Rey Moro —dijo Mila señalando aquella especie de remate.

—¡No hay poca diferencia! —respondió el pastor—. El Mojón, ermitaña, es un grano de arena comparado con esto. El morro éste que se llama el Judío Chillón, es con *seguriá* como diez veces más alto que el campanario de la ermita; puesto de pie allá en la cima, un hombre *paece* del tamaño de un mosquito. Antojóseme hace años subir hasta lo alto y estuvo en un tris que no pudiese llegar arriba por falta de fuerzas. No vi en mi *vía* camino más áspero. Parecíame estar andando sobre alfileres puestos punta arriba.

La ladera del monte desplegábase fuera de la cañada en amplio panorama sobre el cual se extendía un cielo lleno de alegría, cuya luz, suavizando en apariencia los accidentes del terreno, daba a los últimos términos la transparencia e irisados matices propios del cristal de Venecia. Mila, ya por

completo despejada de sombrías ideas, levantó la cabeza y respiró a pleno pulmón la fresca brisa que corría. Estaba el espacio inundado de luz. «¡La luz!... ¡Ah, qué cosa más rica!,» pensó sintiendo que su corazón que, a medida que se ensanchaba el horizonte, se iba también ensanchando, se había quedado, de pronto, completamente libre de las inmortales angustias que la obscuridad suele engendrar. El aire de la madrugada, que soplaba de frente, cortaba en aquellas alturas como navaja de afeitar y les envolvía el rostro cual fría careta de acero dándoles de lleno en él con la familiaridad del amigo que nos sale al encuentro a sorprendernos.

—¡Qué día más hermoso, ermitaña! —dijo a esto el pastor quedándose apoyado en su cayado de almez—. *Mirái* no se ve sobre el suelo ni la más pequeña niebla, ni se distingue en el cielo la más *insinificante* nubecilla. ¡Buen día como hay Dios! ¡Imposible *pedilo* mejor! Lo que es hoy podremos *dende* arriba ver hasta los confines más lejanos.

Y esto diciendo, como fascinado, anduvo lenta y majestuosamente paseando encantado la mirada por todas partes, como pasea la púrpura un monarca.

—¿A que no adivináis lo que suele pasarme cuando ando por alturas como éstas? —preguntó Mila de pronto cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás.

—¡Yo qué sé, pobre de mí! —contestó el pastor en tono de broma—. Suelen, según dicen, *pasales* a las mujeres cosas tan raras...

—Pues es el caso, y esto, efectivamente, es raro, que, quedándome de pronto como bizca, juraría que el cielo empieza a dar vueltas, como las ruedas de un molino, hasta que lo de arriba acaba por pasarse abajo; y al mirar el cielo a mis pies, como si fuera una balsa de agua, me entran unas ganas muy grandes de dejarme caer y zambullirme en él.

El pastor la miró fijamente y como sorprendido.

—Pus *mirái*, también a mí suele *pasame* algo de eso, sólo que yo en vez de sentir deseos de rodar *pa* hacia abajo como una piedra, *quisiea poer* volar hacia arriba como lasavecillas del cielo.

Y bordeando la montaña, desprovista de toda senda, echó de nuevo a andar siempre cuesta arriba y procurando como las cabras abrirse lo mejor posible paso entre las estepas, carrascas y romeros, cuyas matas, de tal modo estaban cubiertas de escarcha, que parecían espolvoreadas de azúcar. De vez en cuando se volvía procurando animar a su compañera de excursión.

—¿Cómo va eso, ermitaña? *Enseguía* llegamos. Un poco de *pacencia*. Veréis, veréis qué vista más hermosa...

—No, si no estoy cansada, pastor... Si parece que acabo de salir de casa. Además, con este airecillo tan suave que sopla, da verdaderamente gusto ir trepando por los riscos estos que parecen peldaños.

Y, en efecto, como soldado que marcha en pos de la bandera protectora, Mila, siempre en pos del pastor, iba trepando resuelta por la cuesta aquella con un entusiasmo tan infantil y ardoroso, que le hacía encontrar hasta agradable la penetrante frescura del ambiente. A su paso los retoños del carrascal soltaban con el roce de sus faldas las agallas vanas, y el romero, todavía en flor, sacudía sobre sus ropas los cristales de escarcha que cubrían sus tallos.

Mila, a todo esto, iba recordando su primera ascensión a la montaña en compañía de Matías, el día aquel que, triste y fatigada, tan atormentada se había visto de negros presentimientos a pesar de la tranquilidad de que entonces disfrutaba. Qué diferencia entre el día aquél y éste tan agradable, en que, a pesar de estar en pleno y crudo invierno, en plena pobreza y desdicha conyugal, se sentía como rejuvenecer. En cosa de unos meses, no sólo había visto venirse al suelo todo cuanto le rodeaba, sino desaparecer todas sus alegrías. Ahora era, cuando, por fin, empezaba a sentirse algo animada; ahora que tenía la seguridad de que había en la tierra algo que, sosteniéndola, quieras que no, fuertemente asida, mantenía a flote impidiendo que pereciera en medio del general naufragio. «¡Ah, cuánto valen las buenas compañías!,» pensaba Mila, exenta ya de insanas turbaciones y acariciando con la mirada la prominente espalda del hombre aquel que iba andando delante de ella.

El pastor se detuvo de nuevo.

—*Mirái* la Copa del Rey —dijo, y con la seguridad del guía que conoce al dedillo los parajes que recorre, señaló hacia el pie de la montaña.

—¡Jesús, parece un cucurucho! —exclamó Mila admirada—. ¡Tate! Aquello es la Muñeca Azul, ¿no? ¡Justo!, y la alquería y el Puente del Golpe y...

—¡Y la Silla del *Ahorcao*, y Peñapera y el Soto de los Olivos! Como que los parajes esos se encuentran *toos* camino de Muros...

—A pesar de la gran distancia que hay entre ellos, ¡qué juntitos parecen mirados desde aquí!

En el fondo de la hondonada aquella, formada por la unión de los tres Peñones y semejante a un embudo, todo aparecía, en efecto, apiñado y junto como el sedimento que queda en el fondo de un colador. La vasta y hermosa campiña con sus sinuosidades y montículos, con sus mil detalles, en fin,

naturales unos y debidos otros a la mano del hombre, parecía talmente un paisajito de nacimiento en que todo estaba dispuesto lo mejor posible para presentar un aspecto agradable.

—¿Veis la pelota aquella de color rojizo que *paece* a punto de echar a *roar* hacia el Soto? *Pus* bien, es Peñapera. En días de tormenta, si uno aplica allí el *oío* al suelo, oye sonar por bajo tierra como el *ronquío* de una fiera alimaña.

—¿Y qué es ello, pastor?

—¡Qué sabe uno, ermitaña! La gente que entiende de esas cosas, no sólo cree que la montaña, a *moo* de hormiguero, está por *drento* vacía y *plagaa* de cavernas, sino que el *ruío* ese viene de la mar que brama allá *mu* lejos.

Cuando Mila se hubo saciado de contemplar el hermoso panorama, echaron de nuevo a andar por la áspera pendiente, en *ziszás* unas veces y otras como volviendo sobre sus pasos, pero subiendo, subiendo, subiendo siempre. Y a medida que iban trepando por los Peñones, que no parecía sino que se iban haciendo cada vez mayores, iba Mila descubriendo en éstos los diversos parajes de que el pastor en sus consejas le había hablado. Cierto que tales parajes no eran quizá tan bellos e imponentes como del encomiástico lenguaje del pastor se desprendía; mas era, en cambio, tan claro el día, tan vivificante la hora y tan amena y agradable la excursión, que todo a Mila se le antojaba maravilloso.

En una de las curvas que andando hacia Levante describieron, distinguió aquélla de pronto como una gran capa de terciopelo verde, extendida por bajo mismo del camino y con el vuelo pegado a la falda del monte. Una especie de semicírculo de color pardusco que se veía en la parte opuesta, donde iba a terminar, limitado por una franja estrecha y rojiza, y que parecía propiamente la tirilla del cuello, le servía como de esclavina.

—¿Conocéis eso? —preguntó el pastor.

Ella se fijó entonces bien en lo que aquél le señalaba.

—¡Virgen, la ermita! —exclamó, añadiendo en seguida con infantil alegría—: ¡Qué chiquita, qué limpia, qué hermosa...! Mirad la azotea..., mirad el terradillo de la cocina y el campanario blanco y derecho como el cuello de una oca... y la solana... y los pinares... ¿Cuál es este tan espeso, el primero o el segundo?

—¡El primero, mujer! *Mirái*, por allí asoma el Borbollón su *caeza* de lagarto.

—Justo, ya lo veo, y hasta oigo perfectamente su rugido —contestó aquélla, y de pronto, volviéndose hacia el pastor con aire resuelto añadió—:

¿Cómo no me habéis traído antes a este sitio? Nada hay en toda la montaña más hermoso que el rinconcito este.

—Vos por lo visto no os *heis fijao* en que las hileras aquellas de carrascas están completamente *quemaas* y sin una hoja. Los pastores de Muros, que son el *mesmo* diablo, son los que las queman *pa poer* a la primavera *encontralas* tiernas y rebrotando. Agora, por tanto, las ovejas no encuentran las *probes* en los parajes estos más que cisco, lo cual no es, por cierto, *mu* buen *bocao* que digamos. Los de la otra banda son, por *añaiura*, mucho más tranquilos, y como allí *naide* viene a *dame* guerra, he aquí por qué suelo yo tirar por lo regular *pa hacia* aquel *lao*.

—¿Qué estará haciendo el niño ahora? —preguntó Mila a media voz sin apartar un momento la vista de la ermita.

—Ordeñando pa el desayuno —respondió el pastor, pero inmediatamente añadió rectificando— o preparando una *tostaa* junto a la lumbre, porque se ve salir humo por la chimenea...

Y por la mente de ambos, enternecidos por común afecto, cruzó de pronto la imagen del niño aquel a quien tanto querían, y a quien, sin embargo, habían dejado, aunque por vez primera, sin el menor pesar, movidos, sin duda, por el deseo que ambos, sin habérselo declarado mutuamente, tenían de encontrarse a solas.

Durante las largas excursiones de su errabunda convalecencia tan llena de recóndito hechizo, a Mila, ávida de intimidad, más de una vez se le había, en efecto, hecho enojosa la presencia de Baudilillo con sus salidas impertinentes, sus bruscos chillidos y su inquieta travesura. Sin haber menguado en un ápice el apasionado cariño que por el chiquillo sentía, era, quizá, desde hacía algún tiempo menos efusivo y absorbente; como si los sentimientos propios de la mujer fuesen en ella de nuevo sobreponiéndose al maternal afecto que aquél había logrado inspirarle, más de una vez había con impaciencia deseado, aunque sin darse de ello cuenta, que se le ofreciese una de esas ocasiones de secreta intimidad con que suelen los enamorados soñar constantemente; y lo había deseado con tanto mayor motivo, cuanto que por instinto, ya que no por cálculo reflexivo, comprendía perfectamente que sólo por aquel medio podría, quizá, llegar a fundirse el hielo de la indiferencia, de la reserva aquella tan impenetrable, sobreviniendo en su existencia algo, no sólo extraordinario, sino irrevocable.

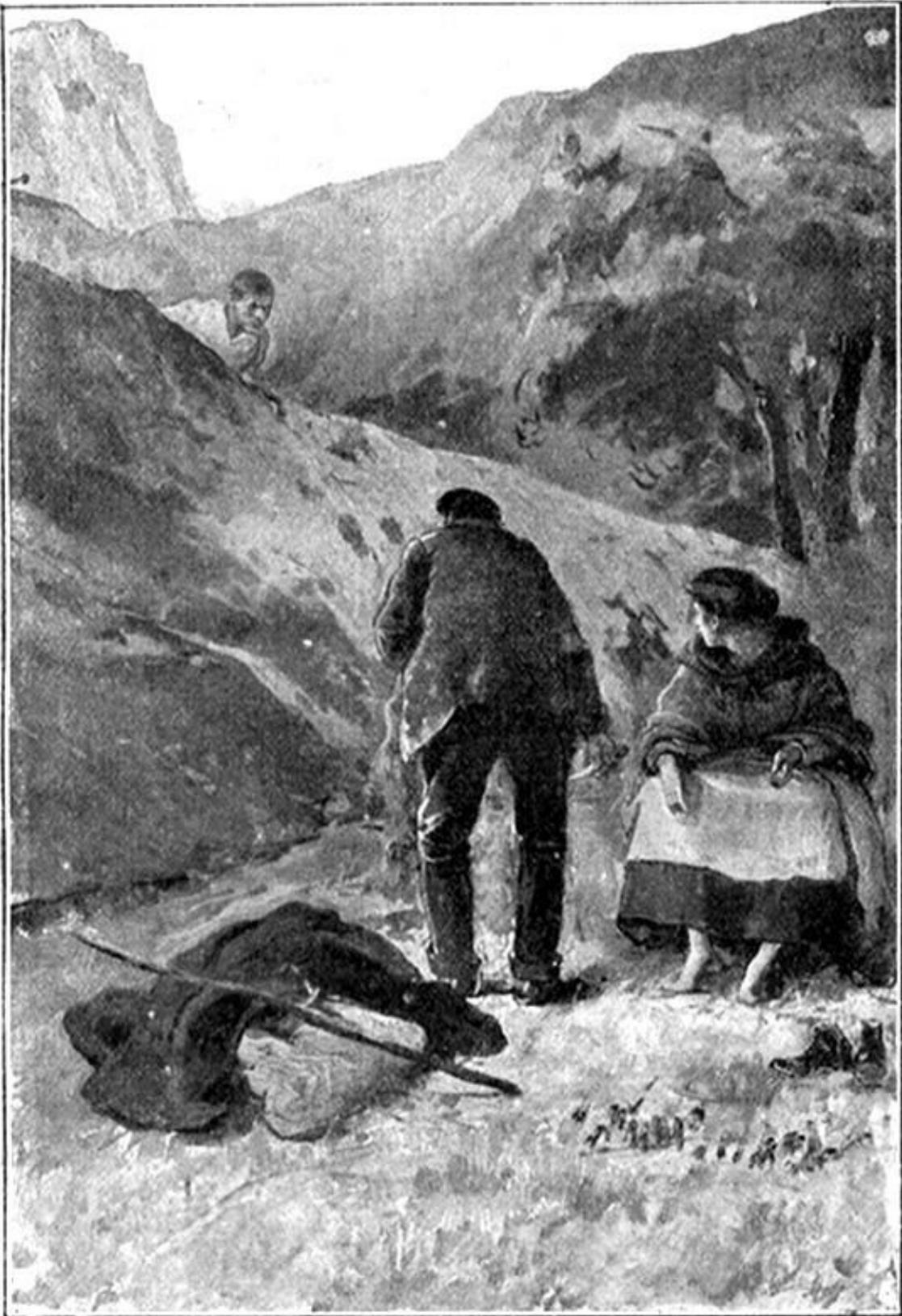
Pero, por lo regular, jamás el curso de los acontecimientos suele ajustarse a lo soñado por nuestra fantasía. Bien lo veía ella ahora. La ocasión de encontrarse a solas con el ser amado lejos, sin testigos, había llegado; y a

pesar de todas sus ansias y sus fantasías, no había sucedido nada, no había ocurrido nada de particular. Descontado el crítico momento en que al atravesar el Paso del Rayo se había sentido desfallecer entre las tinieblas, presa de una turbación de la que ahora en plena luz se avergonzaba, la excursión de aquella mañana le resultaba igual que todas las demás, más tranquila si cabe, más inocente, más desprovista de emociones íntimas. Sí, esto era lo cierto y, sin embargo, sentía todo su ser inundado de una insólita alegría que hundía su corazón de risueñas esperanzas. ¿A qué era, pues, debida tal alegría? Como si contestase a esta pregunta el pastor, cansado de verla inmóvil contemplando absorta la ermita a vista de pájaro, dando unas palmadas para llamarle la atención exclamó de pronto afectuosamente:

—¿Ya volvemos a las *andaas*, ermitaña? Mucho me duele *interrumpivos*, tan *embobaa vos beis quedao* contemplando vuestra casita, pero *reparái* que el sol corre a la puesta más de prisa que un ciempiés y que si seguimos haciendo tantas estaciones no vamos a llegar nunca...

—Os sobra la razón. Vamos, vamos andando..., y en cuanto vuelva a pararme tiradme un pellizco. ¡Al mirar tantos parajes bonitos me quedo embobada sin poderlo remediar!...

—Y vos, sin embargo, vos empeñabais en que nuestra montaña era *mu fea*. Ya vos lo decía yo: *pa* hablar con fundamento de una cosa hay que *conocela* bien.



LEVANTARON INSTINTIVAMENTE AMBOS LA CABEZA.

—¡Qué queréis que le haga, pastor!; yo no tengo tanta calma como vos — respondió Mila con tal viveza que a ella misma le hizo gracia su desenfado.

También se la hizo al pastor, que exclamó risueño:

—Así me gusta *vervos*, mujer, y no con el pico bajo el ala como tiempo atrás. Gracias a Dios que *heis echao* fuera la morriña.

—Gracias a vos, pastor —repuso ella recobrando su seriedad.

—A mí precisamente... No me hagáis reír. ¡Si acaso al glorioso San Poncio!

—Dejad en paz a San Poncio, que hace el mismo caso de mí que del perro de San Roque. Vos, vos sois tan sólo el que ha hecho el milagro con vuestras patrañas que vuelven todas las cosas del revés presentándolas por el lado más bonito. A no haberos encontrado a vos en este rincón de montaña, de fijo que a la hora de ésta haría ya tiempo que estaría muerta y acompañando a la antigua ermitaña enterrada bajo la losa de la explanada.

El pastor nada contestó. Acababa de distinguir a un mozuelo que como a unos cuatro pasos del sitio en que se hallaban, iba subiendo con la cabeza gacha por la escarpada ladera, con una vara de áloe en la mano derecha y el brazo izquierdo balanceando a modo de péndulo. Seguían al mozuelo unas cuantas cabras que iban con cara avispada retozando, desperdigadas por las peñas.

Entre el mozuelo y el pastor se cruzaron estas palabras:

—¡Hola, chico!...

—¡Buenos días, Cayetano!...

—¡Mucho madrugas!

—¡Qué remedio me queda!... Las brujas estas son capaces de comerse a su padre y a su madre.

—Pa comer nacieron... ¡Ea, que te vaya bien!

—Adiós, Cayetano y la compañía.

Y dicho esto el mozo aquél se alejó pausadamente, tarareando.

—¡Cuánto me hubiera gustado ser pastor! —dijo entonces Mila.

—¿De la calaña de ése? —exclamó Cayetano en tono desdeñoso—. ¿Sabéis por qué se meten esos a guardar rebaños? *Pus pa* no tener que trabajar y doblar el espinazo, ¡atajo de gandules!... ¡Como cayeran en mis manos!... Coraje me da *miralos tumbaos* siempre a la larga en algún recuesto, tomando el sol en invierno y a la sombra en verano. Sin chispa de meollo en la sesera, ni de afición a *naa*, sobre dejar morir de hambre cuando no de empacho a los pobres animalitos, los acribillan, a lo mejor, a *pedraas*. ¡Claro

está; como *pa* ellos lo principal es la holganza!... ¡Y que así se malgaste la juventud, como si una vez *pasaa pudiea* volver!

Y al decir estas palabras, el rostro del pastor, placentero de ordinario, había tomado un aspecto severo. Según iban avanzando hacia Poniente, aunque desde bastante mayor altura que la vez anterior, fueron sucesivamente viendo de nuevo, primero la Copa del Rey que, aun cuando ofrecía desde el paraje en que se hallaban un aspecto algo distinto, seguía, sin embargo, pareciendo con su paisajito de nacimiento allá en el fondo, el hueco de la boca de un embudo; luego los Tres Peines, que algo por bajo de ellos parecían estar, cada cual por su lado, atusando las azuladas nubes; y, por último, la garganta del Paso del Rayo que al pie mismo del gigantesco morro del Judío Chillón abríase en la peña como hendedura producida por tajante espada. No bien hubieron dejado atrás todos aquellos parajes, al través de las brumas que los rayos del sol coloreaban, empezaron a vislumbrar, aunque vagamente, las tierras del llano.

En aquel mismo momento Mila deteniéndose preguntó:

—Decid, pastor, ¿no hay para subir hasta aquí más camino que éste por donde hemos venido?

—¡*Pus* no ha de haber!... Como que a la postre la montaña toa está convertía en camino. Uno *puee* por tanto echar a andar por donde mejor le *paezca*.

—¿De modo que no es preciso venir por el Paso del Rayo?

—¡Ah, en cuanto a eso no hay más remedio!... a no ser que se suba siempre por el derecho y atajando, lo cual no es *pa* mujeres, o por el Ojo de Corveras, la cañaíta aquella que hay allí a la parte de Levante y al *lao* de allá del Peñón, ¿la veis?

—Sí... ¿Queréis que a la vuelta bajemos por ella?

—¡Por mí..., con tal que tengáis buen ánimo! Sobre ser un camino *endiablao* no tiene que digamos *mu* buenas vistas.

—¿Qué más da? Tengo el capricho de volver por allí.

—¡Vamos, ya comprendo! Lo que vos deseáis es ir conociendo uno por uno *toos* estos aledaños.

—¡Eso, eso mismo!...

—¡Bueno: pues volveremos por la *cañaíta*!... Como al fin y al cabo ya estáis bastante más fuerte, *puee* que los altibajos aquellos de la Calavera no vos sienten del *too* mal.

Mila había logrado, pues, salirse con la suya. Estaba resuelta a no pasar de nuevo, al regreso de tan magnífica excursión, por el Paso del Rayo, que era el

único lunar que en ésta había encontrado. Con tal de no volver a sentirse atormentada por pensamientos, no sólo vergonzosos, sino propios de una mujer descarriada, como los que hacía poco tanto enojo le habían estado dando, nada le importaba quedarse con los pies destrozados.

Mientras esto iba pensando e iban los dos, describiendo constantemente ángulos de Poniente a Levante y de Levante a Poniente, trepando por la cuesta arriba, Mila, ávida siempre de nuevos horizontes, dejaba vagar su mirada por el dorso jiboso del Peñón Mediano, que fueron poco a poco dominando hasta dejarlo atrás. Tomando entonces un sendero bastante amplio y llano que encontraron del lado de allá del mismo, fueron poco a poco y a medida que avanzaban, viendo hundirse entre las montañas, cual bólido caído del cielo, la inmensa mole de la Pompa y achicarse hasta parecer insignificante montículo el riscoso Peñón Chico, en cuyo centro aparecía el llano del Mojón, que de puro pelado semejava una calva, y después de andar un buen rato, llegaron a un paraje frente al cual había una cantera cuyo corte parecía una espesa columnata labrada en la misma piedra sobre la que iban a quebrarse los dorados rayos del ardiente sol y cuyas toscas y verticales estrías semejavaban por su singular disposición un órgano de iglesia. El Órgano la llamaba el pastor. Mila, por fin, podía sin obstáculo alguno dominar con la vista las nueve décimas partes de una vastísima extensión. En esto el pastor que, aunque poco, le llevaba la delantera, se detuvo de pronto, y después de estar unos segundos mirando atentamente a un punto determinado, le hizo seña que se detuviera también.

Mila, que lo había hecho así, vio con sorpresa que aquél, después de haber andado apresuradamente buscando algo por el suelo, cogía una piedra redonda como una pelota, y con la gallarda y resuelta actitud de un hondero y describiendo con el brazo derecho una curva, la arrojó al aire con suma rapidez. Partió la piedra veloz como una bala, y apenas hubo caído vióse botar sobre el suelo y como a cosa de tres cuartas del sitio adonde había ido a caer, una parda alimaña que desapareció instantáneamente. Apenas había tenido Mila tiempo de darse cuenta de esto, que ocurrió en menos tiempo que el que se tarda en contarlo, cuando ya el pastor, con el brazo extendido, le estaba mostrando un bicho peludo que pataleaba.

—¡*Naa* está visto; hoy *too mos* sale a *peir* de boca! *Mirái* qué hermosa liebre he *pillao descuidaa*. De fijo que la encontramos más tierna que una lechuga: como que está en la *múa*...

El animalejo, a todo esto, sujeto por las orejas, yertas de puro frías, daba con la cabeza toda aplastada y llena de sangre continuas y bruscas sacudidas,

agitando convulsa las patitas traseras. Una ráfaga de aire que sopló de pronto, levantó en remolinos su sedoso pelo del largo de una pulgada y que de puro tenue parecía la pelusilla de los farolillos esos que crecen por los senderos.

Mientras, a fin de rematarlo, arrojaba tres o cuatro veces contra el suelo al bicho aquel, cazado con tanta sencillez, el pastor iba explicando a Mila, llena todavía de admiración, las costumbres de las liebres.

—*Mirái* qué cosa más rara. Este animalejo, sagaz en extremo, es, si cabe, más asustadizo que vos. Como por *toas* partes cree estar viendo enemigos, a *caa* dos por tres echa a correr *asustaa*. Mas como *toos* los extremos son malos, aunque corre como el viento y no hay peligro que no esquive, llega al cabo un día en que ella *mesma* saliendo al encuentro de éste, acaba por *metese* en él. Cuando la rinde el cansancio, suele de ordinario buscar en paraje poco *frecuenta*o de *cazaores* un sitio llano donde descansar, *parapetaa* detrás de algún pedrusco o de alguna mata que resguardándola del viento le permita estar a la mira de lo que *puea* ocurrir. Como una vez allí, dormía como un muerto, no se entera de *naa*, porque ni ve, ni oye, más de una vez y más de dos y aun más tres me ha *acontecío* llegar hasta el pie *mesmo* de alguna de ellas sin que ni *siquiá* se moviese. Como que en semejantes casos hasta me da no sé qué *haceles* daño alguno; mas ya se ve, como de *toos moos*, si no a mis manos a las de otro han de morir, guardándome la compasión *pa* mejores ocasiones, procuro *dejalas* en el sitio de una certera *pedraa*...

El pastor había dicho todo esto en tono de risa, pero notando que Mila había torcido el gesto, se apresuró a añadir:

—Vaya, vaya, no me vengáis ahora con pucheros como si se vos hubiese muerto la suegra, que esto no es ningún funeral. De seguro que cuando le hinguéis el diente, vos *paece* que he *tenío* una gran idea al *fírmale* a este bicho el pasaporte. No va poca diferencia de *esayunarse* sólo con una *tostaa pringaa* de ajo a comer el muslo, pongo por caso, de una liebre bien *asaa*. ¡Y que ésta, si es que no yerro, va a estar más sabrosa que una moza *casaera*!

Al poco rato ya a Mila se le había desarrugado por completo el entrecejo, y después de haber convenido que en cuanto llegaran al Órgano pondrían a asar la liebre, que poco a poco se iba quedando rígida, siguieron ambos andando muy animados. Y de esta forma y entretenidos en amistosa plática, dieron lugar a que se enfriara la piel del animal.

Las frescas carcajadas de Mila, que a cada paso se echaba a reír como una tonta, resonaban, en tanto, alegremente en los ámbitos del monte solitario, como suena el murmullo de una fuente que se desliza entre las peñas de profunda sima.

Poco rato después llegaron al Órgano, a la parte superior de la trinchera aquella, listada de profundas y desiguales estrías debidas a las aguas, que formando catarata se despeñaban de arriba abajo en los grandes aguaceros. Aquella especie de recodo, situado cara a Levante, resultaba verdaderamente tentador para nuestra pareja, que hasta la sazón había estado andando siempre cuesta arriba y a la sombra, aprovechando muy de raro en raro y sólo de refilón algún que otro tenue rayo del sol aquel, que tan espléndidamente inundaba de luz el paisaje. No bien sintió sus caricias sobre la piel, Mila experimentó una impresión exactamente igual a la que ya había experimentado el día de su llegada a lo alto de las montañas aquellas, cuando después de haber atravesado el Canal de los Cojos se encaramó por vez primera al Mojón.

Pero por muy agradable que el sol a la sazón y en plena primavera le hubiese parecido, más grato les resultaba en aquel momento, y después de haber estado durante largo rato andando casi entre tinieblas, en el rigor del invierno y de sus heladas.

Mila, en cuanto llegó, bajó beatíficamente los párpados, estiró el cuello, y dejando escapar un suspiro de satisfacción presentó primero un lado de la cara y luego el otro como pidiendo al sol que la besara. Y el sol pareció complacerse en cubrir con profusión de besos, no sólo sus frescas mejillas, sino su busto entero que tiritaba de frío debajo de las ropas que lo cubrían.

—Creo, ermitaña, que no vos quejaréis del sitio —díjole en esto su compañero de excursión, viéndola tan extasiada.

—¡Ay, amigo, esto da la vida! —respondió ella—. Mientras íbamos andando no sentía el frío. Ahora es cuando, además de notarlo, comprendo el mucho que está haciendo. ¿Queréis creer que tengo los pies como si fueran de palo?

—¡Claro!... Con la humedad del suelo y con el *calzao* ese que gastáis las mujeres que de *cualisquiea* cosa *paece*, menos de cuero... ¿Sabéis lo que debéis hacer?... *Quitarvos* las botas, y tan y mientras yo busco por ahí una poca de hojarasca, *ponelas* al sol y *frotarvos* bien los pies pa *hacelos* entrar en calor.

Mila obedeció, y después de haberse descalzado y de haber estado frotando con las medias hasta ponerse completamente rojos los pies aquellos, más blancos e insensibles que los de una estatua de mármol, lejos de volver a calzarse inmediatamente, se estuvo un rato con las piernas estiradas sobre el suelo, a fin de que los tibios rayos del sol la confortaran, sintiendo con verdadero deleite el cosquilleo que le producía la sangre al circular de nuevo

por sus venas. Y mientras el pastor andaba trajinando, ella allí se estuvo muy encogida y sentada en un desnivel del terreno mirando a aquél andar de un lado para otro. Después, le ayudó a desollar la liebre sujetando a ésta con fuerza por una de las patas.



Iba aquél, cuchillo en mano y arrodillado ante ella, quitándole poco a poco la piel al animal, cuando Mila, que se sentía en el momento aquel feliz como nunca, y cuyos labios, cuyos ojos, cuyo espíritu estaban inundados de alegría, pues a su alrededor el espacio infinito y la montaña entera parecían sonreír, sintió, ante la explosión aquella general y espontánea de la dicha del vivir, un impulso vehemente e irresistible de abalanzarse sobre la cabecita del pastor, que tenía allí al alcance de los labios por estar aquél descubierto e inclinado sobre la liebre que estaba desollando, y cubrirla con frenesí de besos y más besos. Iba ya maquinalmente y toda temblorosa a inclinarse, cuando algo imprevisto la detuvo. De pronto, sin saber por qué, sin que se hubiese dejado oír el más leve ruido, sin que ocurriera nada de particular capaz de llamar su atención, levantaron instintivamente ambos la cabeza y al mirar hacia arriba se quedaron sin sangre en las venas. Allá en lo alto, por encima de los tubos del Órgano y de sus cabezas, asomaba la de un bulto negro, la de un hombre que al verse sorprendido se echó hacia atrás y desapareció sin dejar el menor rastro. Aunque la visión aquella, fugaz como un relámpago, más que visión fue simple atisbo, quedáronse uno y otro fríos y sin pestañear, pareciéndoles durante más de un minuto estar todavía viendo el bulto, la visión aquella, como si en la bóveda del cielo hubiese quedado estampada la figura de aquella especie de chacal, cuyos dientes se destacaban por su blancura.

El primero que recobró la serenidad fue el pastor, cuyo rostro demudado se animó con la expresión dura y resuelta del hombre decidido a luchar hasta morir. Rechinando los dientes, clavó, como para desahogar su coraje, las uñas en su gorra de pelo, y después de estrujarla y de haber dejado pasar la primera oleada de sangre que se le había subido a la cabeza, se quedó durante un momento mirando a Mila fijamente. Después, ya más tranquilo y pasado el primer raptó de ira preguntó a aquélla:

—¿Habéis visto? —y añadió inmediatamente—. Le estaba esperando: tenía, como hay Dios, la *seguriá* de que andaba espiándonos y siguiendo *muestrós* pasos.

A todo esto, su rostro habitualmente placentero, se puso completamente rojo, y montando en cólera y rasgando de arriba abajo de una sola cuchillada el vientre de la liebre, prosiguió:

—Pero ¡ah!, que se ande con tiento, que no haga por *buscame*, porque si me busca, *juraa* se la tengo y *vos fío* que me encontrará.





XIV

EN LA CRUZ

Tan sombría fue la preocupación que les entró, que poco a poco acabaron por perder toda su alegría y serenidad.

Después de improvisar el pastor, una vez desollada la liebre, un fogón con unos cuantos pedruscos, puso en él unas parrillas que improvisó también con unas cuantas varitas de un solitario acebuche que allí cerca crecía, y preparando con un diente de ajo y unas gotas de aceite cierto adobo, dio por dentro y por fuera una buena mano de él al cuerpo todo del animal que, despatarrado y abierto por la mitad como si fuera un libro colocó finalmente sobre aquéllas. Sin más aliño que el que queda dicho y el de su sangre misma

a medio escurrir, fuese poco a poco asando la liebre que, una vez asada se comieron cabizbajos entre los dos, en dos bocados y con muy buen apetito, bien que disgustados y pensativos hasta el punto de quedar reducido a la mera satisfacción de una necesidad corporal el almuerzo aquel que, según el pastor, debía de resultar, como en efecto hubiera resultado sin el amargo escozor del desayuno, *más sabroso que moza casaera*.

Tantas veces levantó Mila, durante el almuerzo, la cabeza para ver si de nuevo sorprendía allá en lo alto del Órgano de la trinchera al espía, que el pastor acabó por decirle:

—No vos canséis en mirar, mujer, que lo que es por hoy no hay *cuidao* de que vuelva el mal bicho ese a *paecer* por acá. De seguro que no ya por aquí cerca, sino tampoco por paraje alguno de la montaña lograría la guardia civil dar con su rastro, aunque le anduviera buscando por *toos laos*. Él siempre está al acecho, y no hace de las suyas más que cuando se cree seguro de no ser visto. Pero no bien se ve descubierto, *desapaece* como si la tierra se lo tragara... *Mirái*, sino, qué poco ha vuelto a *paecer* por la ermita después de la hazaña de los conejos... Mas esto hay que *acabalo* de una vez, y aunque él, a lo que paece, anda huyendo de *mosotros*, no ha de faltar quien le salga al encuentro.

—¡Por Dios, pastor, no le hagáis caso! —dijo Mila al oír esto y sin acabar de llevarse el bocado a la boca—. Dejad en paz a ese hombre... No os metáis con él.

—Vos, ermitaña, *cuidaivos* de comer, que eso corre de mi cuenta.

—¡Por Dios, pastor, mirad que es un mal bicho! Hasta hace poco no me daba maldito el miedo; pero lo que es ahora, la verdad, por lo que a mí toca empiezo a temerlo.

—*Pus tan* y mientras yo viva *naa heis* de temer, porque es el caso que él, sin que yo me lo explique, no sólo siempre ha *huío* de mí, como de la cruz el diablo, sino que no se ha *atrevío enjamás* a *mirame* cara a cara, con los ojos aquellos de búfalo que tiene. Podrá, *fiao* en el apoyo de vuestro *marío*, *atrevese* con los conejos y con la ermita y con *too* lo que se *quiea*; mas con vos, yo vos *fío* que no se ha de atrever, que harto sabe él que eso *enjamás* había yo de *perdonáselo*.

Aunque el pastor las soltó en medio de su preocupación y a la buena de Dios, a Mila las palabras aquellas le llegaron al alma, y emocionada y como si se le hubiese formado un nudo en la garganta, sólo acertó a decir:

—¡Pastor... pastor!... —y dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¿A qué viene eso, ermitaña? —repuso a esto aquél que se había quedado de pronto completamente despabilado, como perezoso a quien el día sorprende de improviso—. Si vos engolfáis en semejantes quimeras vamos a reñir.

Y luego, esforzándose por sonreír, añadió:

—Está visto que vos tomáis las palabras *demasio* en serio, y esto no es conveniente... Claro, como uno, sin tener en cuenta que *seis* mujeres, habla más de lo *debío*, *aluego*... Pero dejemos esto y no se trate más del asunto, ¿estamos? Levantemos, si vos *paece*, los manteles, y echaremos de nuevo a andar por la cuesta arriba, no sea cosa que tengan que venir con un farol a por *mosotros*.

Y esto diciendo arrojó, en un abrir y cerrar de ojos, lejos de sí los huesos todos, desbarató de un puntapié el fogón y volvió a meter en el zurrón los cachivaches que habían sacado para el almuerzo. Estaban, pues, a punto de marcha.

—¡Me quiere, me quiere! —se decía a todo esto Mila a sí misma—. Aunque se resista a confesarlo, a dármele siquiera a entender, no cabe duda, me quiere.

Y llenos nuevamente de lágrimas los ojos, todo se le volvía pensar, conforme iban andado, en lo feliz que hubiera sido si, en vez de tropezar en su camino con el otro, hubiese tropezado con el hombre aquel. Mas como su suerte estaba ya echada, lo que en otra oportunidad hubiera podido acaso labrar su dicha, constituiría ahora irremisiblemente una falta, un pecado, una bajeza. Ciertamente que ni una sola de todas estas cosas se le había hasta entonces alcanzado; mas desde el punto y hora en que hubo descubierto al perverso del Duende asomando la cabeza por encima de la suya, no cesó semejante idea de atormentarla cruelmente.

¿Estaban acaso, ni ella ni el pastor, cometiendo allí, bajo aquel cielo tan puro, delito alguno, para que una simple mirada así les inquietase? Ciertamente que no. Y sin embargo, al sentir el peso de la de aquel demonio de hombre, habían ambos experimentado tal sobresalto que hubieran seguramente renunciado a la mitad de su vida, con tal de no haber tenido que pasar por semejante trance.

Y es que la mirada aquella, ávida de violar el secreto de la vida de entrambos, sorprendiéndolos en supuesta y clandestina intimidad, los había a un tiempo herido y afrentado. ¡No, no era cierto que ella y el pastor se entendieran! Mila, por tanto, al considerar que el Duende presumía, a pesar de esto, todo lo contrario, tan aplanada se quedó y tan llena de inexplicable

terror, que no parecía sino que la habían, en efecto, cogido en flagrante delito. Sin duda fue causa de esto la propia convicción de haber, en cierto modo, cometido uno con la intención, ya que no de hecho, que no suele doler miembro que no está dañado, ni es el peso de la culpa sentido más que o por el verdadero culpado o por el que lleva ya el pecado en la masa de la sangre. Pero así y todo, ¿por qué razón, por qué fatalidad había de resultar pecaminoso y malo en un caso dado, lo que en otro hubiera sido, no sólo bueno y santo, sino lo más natural del mundo? En vano Mila, perdida en un mar de confusiones, trató la pobre de descubrir alguna ley oculta que cual faro luminoso le aclarara la razón de semejante anomalía. No sólo no la encontró, sino que, por el contrario, no acertó a salir de dudas. Lo único que, por tanto, logró por modo positivo y cierto sacar en limpio, fue que, mientras que a ella no le era dable gozar de satisfacción tan sana y tan cabal, como la que la posesión de todo bien consagrado por el consenso común puede proporcionar, el placer clandestino, la ventura fraudulenta, en una palabra, implicaba envilecimiento, adulterio, pecado..., goces ilícitos que la conciencia rechazaba. Era, pues, preferible no llegar ni a gustar, ni a apetecer siquiera placeres semejantes; no cabía duda, era preferible seguir amándose desde lejos e indefinida y platónicamente, como ellos se amaban. Ciertamente que era éste un amor incompleto y paradójico, mas lleno en cambio de honestidad y de pureza. Y así pensando, Mila combatida por las varias y encontradas impresiones que en revuelto torbellino se agitaban dentro de su pecho, no sólo sentía hacia el pastor ardiente admiración, sino que le agradecía desde el fondo del alma aquello mismo de que precisamente poco antes y en el fondo del Paso del Rayo le había estado acusando, o sea el vigor con que sabía refrenar sus deseos y la reserva con que a modo de púdico velo sabía encubrir los apetitos sensuales. Porque no cabía, no quería dudar, él la amaba. ¡La amaba, sí!... La mirada aquella de la mañana del desastre no la había engañado, ¡la amaba! La amaba sobre todas las cosas, y no sólo la amaba, sino que estaba constantemente velando por ella... Y encariñada con esta idea consoladora, no sólo no dejaba un momento de acariciarla, sino que aferrándose a ella como si fuera la única tabla de salvación que le quedaba, procuraba por todos los medios dejarla bien grabada en su cerebro.

A todo esto, tras andar y más andar bordeando siempre la ladera de la parte Norte de la montaña, habían logrado ganar de un solo tirón la cumbre del Peñón Grande. Según iban avanzando por entre los riscos de la escarpada montaña, iban viendo destacarse constantemente sobre sus cabezas los castillos de Cimalta, agreste cornisa de enormes y lisos pedruscos que,

abalanzándose, acantilados y corroídos por la acción del tiempo, sobre la profunda sima del abismo, semejaban la ruinosa barbacana del Peñón, parecido a una fortaleza. Al pasar por debajo de ellos, Mila iba con la cabeza un tanto agachada como temerosa de ver a lo mejor desprenderse con estrépito los pedruscos aquellos que, como amontonados al acaso en el vacío, además de parecer que estaban haciendo prodigios de equilibrio, pesaban seguramente millares de quintales. Pero pasó el pastor, pasó ella, y aquella larga hilera de castillos no sólo permanecieron firmes e inmóviles, cerniéndose como desde hacía siglos y siglos, allá en lo alto, junto a la misma bóveda del cielo, sino que al través de las grietas que a modo de bocas surcaban sus grandes facetas de color de gamuza, hasta pareció que se estaban riendo de los temores de Mila.

Esta sí que fue, en cambio, la que estuvo a pique, no sólo de caer, sino de rodar por la ladera abajo.

Como después de haber dado una vuelta completa se habían tanto ella como el pastor quedado de espalda al Norte, Mila experimentó de pronto una sensación parecida a la que le hubiera producido el total y súbito hundimiento de cuanto les rodeada, pareciéndole que de seguir avanzando, de dar un solo paso, tenía necesariamente que resbalar y caer rodando al fondo del abismo aquel, cuyo borde, erizado de tupidas matas de estepa y de romero, presentaba el mismo aspecto que una lendrera vista a contra luz. ¿Qué había sido del resto del planeta? ¿Adónde había ido a parar la tierra, morada de los hombres? Dado lo poco que de ella allí quedaba, no parecía sino, o que el abismo se la había tragado, o que jamás había existido. Clavados uno y otra sobre el enhiesto Peñón, no tenían ante sus ojos más que un inmenso abismo, lleno de luz.

Mila entonces experimentó una sensación extraña y desconocida: el abismo aquel la atraía.

—¡Pastor...! ¡Pastor...!

Chilló con voz ahogada extendiendo los brazos y sintiendo, presa de un vértigo, como si fuera a caerse de una altura. Mas apenas hubo abierto la boca, el pastor asiéndola de un brazo la sostuvo con fuerza.

—¡*Cuidiao*, voto al chápipo! La *verdá*, yo presumía que teníais la *caeza* más firme. Por de pronto no echéis en *olvío* que *tan* y mientras no lleguemos a la cumbre del monte, no dejaremos ni por un momento de tener el abismo a nuestro *lao*. Así pues, es menester que no vos distraigáis. Al más ligero descuido, sabe Dios dónde iríais a parar.

Como todo se había reducido a una impresión del momento, a la sorpresa que el súbito cambio de decoración le había causado, Mila, no sólo recobró en seguida la serenidad, sino que siguió, obediente a los consejos del pastor, trepando por la cuesta sin pronunciar palabra, ni distraerse lo más mínimo. Y por más que, al pensar que allí a su espalda y a su lado mismo tenía la sima, sentía una atracción misteriosa que la incitaba a mirar, por así decirlo, como a través de su propio cuerpo y la hacía vislumbrar allá en el fondo del insondable abismo espejismos que, en ocasiones, llegaron a causarle verdadero vértigo, procuraba con la vista fija en el suelo y resistiendo a la tentación avanzar resuelta, serpenteando siempre y siempre cuesta arriba, por entre las malezas del robledal, que negras también y carbonizadas, se le enredaban a lo mejor en las faldas, arañándole despiadadamente las piernas.

—¡Gracias a Dios que al cabo hemos llegao! —dijo el pastor lanzando un gran suspiro.

Estaban, en efecto, en la Cruz. Una meseta amplia y pedregosa coronaba el Peñón, que parecía una medida llena de grano sobre la que se hubiese pasado un rasero.

Puesta de cara al centro de la explanada, Mila no vio de momento más que un extenso pedregal sembrado de las imprescindibles carrascas y de matas de romero. Una ráfaga de aire que sopló de pronto de Levante a Poniente, la azotó con tal violencia que, haciéndole inclinar el cuerpo, la dejó con el pelo todo enmarañado.

—¡Virgen Santísima, qué viento! —exclamó la mujer contrariada.

—Aquí, amigo, como no hay estorbos sopla de firme. En cambio, ¡arrearái qué rastro deja en pos de sí, en cuanto que pasa, ermitaña! ¡Arrearái! Dondequiera huele aquí a verbena y a incienso y a fragancias marinas.

En efecto, la meseta entera parecía un alipterio. Invisibles ráfagas de diversos y gratos aromas esparcíanse de cuando en cuando por el aire, saturando el ambiente y halagando los sentidos. Mas ¿de dónde provenían los aromas aquellos que no parecía sino que brotaban de los ámbitos todos de la montaña? Pues..., de allá abajo, de la tierra. Pero ¿dónde, dónde estaba esa dichosa tierra que tan puras fragancias exhalaba, mientras sus moradores enervados se estaban intoxicando al respirar sus propias impurezas?

El pastor cogió a Mila por los hombros y le hizo dar media vuelta. Ella entonces, muda de asombro, se tapó los ojos con las manos. Comparado con el pintoresco panorama que estaba contemplando, ¡cuán pobres, cuán mezquinos le parecían los paisajes todos que, desde las alturas del Mojón de

Catanidos y de otros varios sitios, había contemplado! ¡Aquello sí que era grandioso y vasto! ¡Aquello sí que era inmenso! Apenas si tuvo necesidad de hacer la menor pregunta. Aquella especie de embaldosado de color de ocre y de siena que tenía ante los ojos, era Muros, la grande y vetusta villa surcada de calles cuyo trazado parecía hecho con carboncillo: los penachos de humo que salían de las chimeneas flotaban como azulada bruma sobre los tejados; aquel vasto llano dividido en toda su extensión en porciones rectangulares y matizado de verde de todos los tonos, que rodeaba la villa, estaba formado por las huertas y los prados; la plateada franja que lo atravesaba sirviendo a éstos de lindero, era el río, el pequeño Nilo que fecundaba y enriquecía la comarca; y finalmente, aquellas otras franjas paralelas que se veían pardear a entrambas márgenes del río, eran las alamedas a la sazón despojadas de hoja y junto a las cuales se extendían las amarillas tierras de pan llevar. La mirada de Mila tropezó finalmente con una estribación de la cordillera que, alzándose ante ella allá a lo último, parecía talmente de ámbar gris. La sierra aquella no era otra que la de Peñalvas. Como si a puñados la hubiesen ido sembrando de anises, diseminados por ella, veíanse una porción de pueblecillos cuyas apiñadas y blancas casitas parecían diminutas y níveas ampollas. Corriéndose hacia la derecha los montes en cuestión, que iban cada vez siendo mayores, terminaban allá a lo último en un promontorio que a modo de remate se perfilaba gallardamente en el espacio. Por la izquierda la estribación aquella de la cordillera iba, teñida de blanquecino color, a enchufarse en otra de color bruno y mucho más elevada que, cerrando el fondo del paisaje, se extendía del uno al otro lado del horizonte por la parte del Sur. La negruzca crestería de aquella especie de muralla, estaba a trechos festoneada de una blancura rosácea que de puro límpida, a pesar de la distancia hería la vista.

Mila preguntó qué era aquello.

—*Pus* nieve —contestó el pastor—. En *cualisquiera* tiempo del año que subáis al Peñón veréis las *montañas* aquellas cubiertas con su caperuza. Ellas solas bastan *pa* engalanar estos aledaños.

Dichas montañas no lograron, sin embargo, inspirar a Mila tanto entusiasmo como al pastor. ¡Cuánto más hermosos no eran una porción de detalles que del lado de acá de ellas se estaban viendo y que le eran por cierto bien conocidos!

Y como manifestara deseos de ir contemplándolos por partes, empezaron a dar la vuelta a la explanada. Como la cumbre del Peñón se elevaba por encima de todas las demás, desde su alta meseta dominábase perfectamente cuanto a su alrededor se extendía. Lo primero que Mila distinguió fue el

Peñón Chico, semejante, desde la altura aquella, a una chichonera caída a los pies de su hermano el mayor. Después fueron sucesivamente viendo el llano de Huerta del Río, parecido por su pequeñez y su figura circular a una especie de ojo que tenía por pupila el pintoresco cerro que se alzaba en el centro; un laberinto de arboledas, colinas y senderos que se extendían hasta la campesina villa de Peñalisa, cuyo rústico caserío se destacaba allá en la confusa lejanía, merced a la reluciente bola de metal de su campanario que brillaba como una lentejuela; las cilíndricas pilastras de Torrecillas; las lejanas y bajas marismas y otras mil y mil cosas desperdigadas todas por aquella vasta extensión. Y a medida que fueron dando la vuelta, fueron igualmente viendo, primero las caprichosas torrenteras de los Peñones; luego el prolongado dorso del Mediano, lleno de repliegues y parecido desde aquella altura a la tripa de descomunal redaño de piedra puesta al descubierto; más allá el ancho valle a la sazón de un color terroso por falta de vegetación, y en el fondo otra serie de montañas de un azul diáfano de acuarela. Cuando hubieron andado cincuenta pasos, quedó al descubierto, ante sus ojos toda la parte de Levante. Mila entonces dióse buena prisa a cerrar los suyos deslumbrada por el súbito y fúlgido brillo de una extensa y fosforescente franja de luz que separaba el cielo de la tierra. ¿Qué era aquella especie de espejo?

—¡El mar! —dijo el pastor como condensando en aquellas mágicas palabras cuanto cabía decir.

Mila se volvió como hechizada.

¡El mar! ¿Aquello que tantas veces había oído ponderar? Y todo se le volvía parpadear y restregarse los ojos para abrirlos bien y mirar y remirar con fijeza resistiendo heroicamente aquel deslumbrante y vivo cabrilleo.

¡El mar...! ¡La inmensidad...! ¡Lo nunca visto...! ¡El mar de los peces, de los naufragios, de las sirenas, de las fantásticas grutas y de las diminutas conchas y los bígaros...! Y cruzando por su mente rápidos como una exhalación, a Mila le vinieron entonces a la memoria los exvotos de la capilla, las narraciones del pastor, cuantos cuentos y consejas había oído antes de venir a la montaña y cuanto, en una palabra, le habían dicho ponderándole aquel mar tan decantado y que a ella por cierto le causó una tremenda decepción. El pastor, que leyó en la expresión de su rostro semejante desencanto, trató de reavivar su admiración con nuevas ponderaciones. Mila, aunque hizo por cortesía como que quedaba convencida, no acertó a explicarse semejantes ponderaciones, tratándose de una simple franja resplandeciente, comparable, a lo sumo, a la descomunal y relumbrante tizona de algún gigante de conseja que nada por cierto tenía que ver con el mar,

infinito como ella se lo había imaginado y lleno por añadidura de portentosas maravillas. Así es, que apartó de él la vista para seguir dando la vuelta a la meseta. Examinada ya la lejanía, fuese entonces fijando sucesivamente en las ruinas llamadas de Cabrerizas, situadas allá en la falda de una montaña; en las del gran castillo del Rey Moro que, asentadas en la cumbre de un agreste cerro, amenazaban desplomarse sobre Muros; en las accidentadas estribaciones que iban a hundirse allá en el valle y en la guirnalda, en fin, de frondosos olivares que, allá en el fondo de apacible hondonada guarnecía el veteadó zócalo del Peñón... De pronto y como viniéndole una idea a la memoria preguntó al pastor:

—Y la cruz ¿dónde está que todavía no la he visto?

El pastor contestó:

—La cruz estuvo antiguamente *clavaa* allí, en lo más alto, entre aquellos pedruscos.

—Y ahora ¿dónde está?

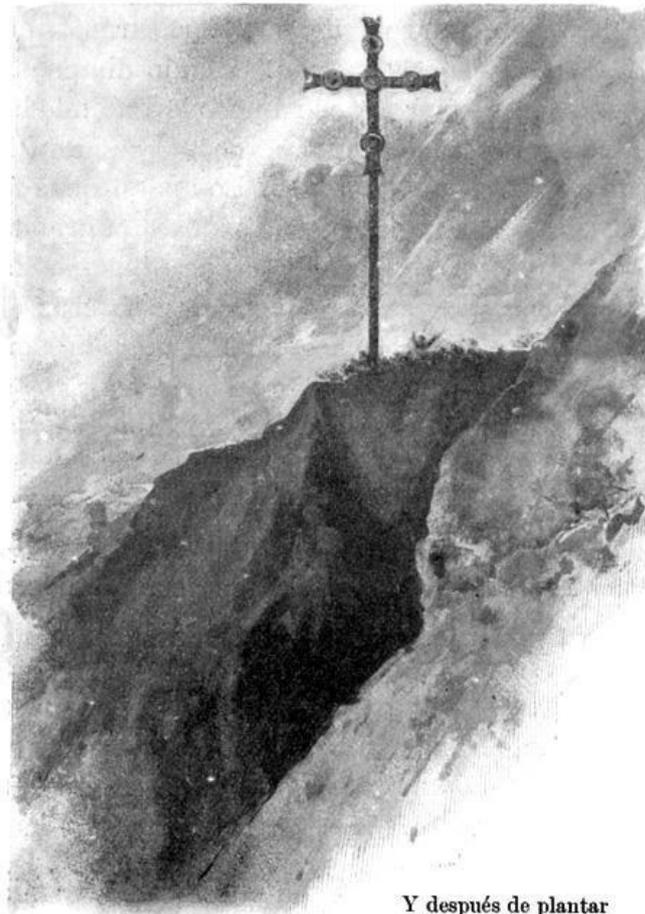
El pastor la miró con extrañeza.

—*Agora...*, en ningún lao... ¿Ignoráis acaso lo que pasó con ella?

Y como Mila haciendo un signo con la cabeza diera a entender que nada sabía, él le explicó en dos palabras el suceso.

—Hubo hará cosa de cinco o seis centurias en la villa de Muros una peste tan grande y tan maligna, que se llevó en un santiamén al otro mundo la *metá* de la población. Como no se daba abasto *pa* enterrar a la gente que por las calles y plazas morían como chinches, se hicieron cuantas rogativas *poáis figuravos pa que esapareciera* semejante *enfermeá*. De nada valieron, empero, sahumerías, ni rogativas ni penitencias. Mas como *too* tiene su término, la peste al cabo *esapaeció* como era de razón y por sí sola. Cuantos lograron salvase determinaron entonces, ya que Dios les había *concedió* salir con *vía*, mandar en acción de gracias, y contribuyendo *caa* cual a *meía* de sus fuerzas, labrar una cruz de hierro bien grande, *pa* que *planta*a en la cumbre de Cimalta pudiera ser vista *dende* los pueblos *toos* del contorno. *Forjaa* ya la cruz y con el fin de alcanzar mayor merecimiento a los ojos de Dios, no sólo convinieron *subila* hasta esta cumbre a peso de brazos, sino *traela* cabalmente por el *lao* de acá de la villa, atravesando trochas y *quebraas*. Y *mirái*, no pararon hasta dejar *cumplía* su palabra al pie de la letra. *Pálios* y enclenques según estaban, a consecuencia de la peste los unos y a puro de sobresaltos y angustias los demás, después de *habese ajuntao toos*, ricos y *probes*, grandes y chicos, no cejaron hasta que hubieron *lograo*, tras penas y trabajos y relevándose de tiempo en tiempo, *subila* hasta esta cumbre. Cuatro días

echaron en el viaje: al anochecer hacían alto y después de comer algún *bocao* se pasaban la noche en vela rezando ante la cruz la letanía. El quinto llegaron a término, y después de plantar el sexto la cruz allá en lo alto, decidieron celebrar el siguiente, que justamente era domingo, con una fiesta *mu* grande. Llegó a *too* esto el día *sétimo* y hete aquí que a lo mejor, cuando *too* el mundo estaba ya *reunío pa* la ceremonia, un herejote que vivía en Muros de *toos aborrecío* y a quien *naide* por su *maldá* podía ver, dijo plantándose en *metá* de la concurrencia que, puesto que a la cruz le faltaba la imagen, él se la *ponría*. Y sin dar tiempo a que alguien *pudiea evitalo* trepó, aprovechando la confusión, hasta lo alto de la cruz, en cuyo travesaño colgó una esquila de esas que les suelen poner a los moruecos.



Y después de plantar
el sexto la cruz allá en lo alto

—¡Jesús, María y José! —murmuró Mila espeluznada.

—Mas el castigo no se hizo esperar, *pus heis* de saber, ermitaña, que apenas había *tenío* tiempo de cometer semejante herejía, cuando rompiendo a sonar la esquila se vio de pronto bajar del cielo, *enantes* tan *despejao* como hoy, una exhalación *acompañaa* de tan vivo relámpago y seguía de tan fuerte

tronío, que se *queó* boca abajo *too* el mundo. Cuando *dimpués*, uno *agora* y otro luego fueron poco a poco levantando la *caeza*, *toos* se percataron de que, ni de la cruz ni del hereje había *queao* el menor rastro. Lo que sí *queó* fue la montaña toa *pelaa* y un hedor a azufre tan grande que quitaba la respiración. *Velay*, pues, ermitaña, cómo fue el estar tan pronto puesta como *quitaa* la cruz de Cimalta. *Dende* aquella fecha, cuando alguien por acá se encuentra casualmente alguno de esos huesos que tan blancos suelen *quearse* con el tiempo, caso de no lograr averiguar qué clase de hueso es, se apresura a *enterralo mu* hondo diciendo estas palabras: «Hueso de *renegao* fuera de *sagrao*». *Too* el que, en cambio, encuentra alguna escoria, *persuadió* que es de la cruz de hierro, se apresura a *colgala* de la *caecera* de la cama *pa* que le preserve de malos pensamientos. Yo como no tengo cama..., ¿estamos?, llevo la escoria en el zurrón.

Y el pastor después de meter la mano y andar revolviendo en él, sacó una bola cubierta de roña que mostró a su interlocutora.

Ésta preguntó en tono de duda:

—¿Y creéis que esto sea de la cruz?

—Así lo asegura, al menos, la gente de por acá. Yo al sentir cierto día una cosa extraña, debajo del zapato, me bajé y tropecé con este *peazo* que me di buena prisa a recoger... Y como en *resumías* cuentas uno *naa* sabe y por otra parte no creo que de ello *puea* provenirme mal alguno...

A Mila se le ocurrió entonces pensar, si la habitual tranquilidad de espíritu del pastor, más que a su propia virtud sería quizá debida a la preservadora eficacia del amuleto aquel.

El pastor prosiguió:

—Lo que sí es *verdá*, ermitaña, es que, a veces, se oye por estos montes sonar la campanilla como cuando el hereje la colgó de la cruz, soliendo siempre ocurrir que, en el preciso momento de sonar, a alguien le está aconteciendo en la sierra alguna cosa mala. En dos ocasiones *hela oío* yo, y en una de ellas se me murió la mujer que en gloria esté, y en la otra un cacho que se desplomó de la Niña, no sólo hundió el *tejaio* del establo, sino que pilló debajo al boyero.

Al par que se dibujaba en sus labios una sonrisa especial, brilló en los claros ojos de Mila cierta expresión de incredulidad. A veces le parecía que el pastor era un niño grande que acababa por creer fácilmente las patrañas que él mismo solía forjar al urdir sus consejas.

Como por un lado estaban ya cansados de andar dando vueltas y más que saturados por otro, no sólo de sol, sino de aire embalsamado y puro, propuso

al pastor sentarse a descansar un rato antes de emprender la vuelta.

—Como van a dar las nueve nos sobra tiempo. Por la *caña* a poco más de las diez estaremos ya en casa.

Mila le miró con asombro.

—¿Decís que no son más que las nueve? ¡No puede ser! ¡Si hace qué sé yo el tiempo que estamos andando!

—Vamos a ver. ¿Cuánto, cuánto tiempo creéis que podrá hacer? —dijo el pastor sentándose con toda calma y estirando una pierna, mientras se quedaba con la otra abrazada por la rodilla.

Mila se estuvo un momento pensando y sin saber qué contestar.

—Vaya no sigáis cavilando, yo vos lo diré fijamente. Lo más que del santuario aquí, subiendo de un tirón, podrá tardarse, son un par de horitas. Con que ya veis...

A Mila le costaba trabajo creerlo. Estaba convencidísima de que hacía por lo menos seis o siete horas que se había levantado. No obstante, con todo y haber tenido tiempo de echar una caminata tan grande no habían, en resumidas cuentas, transcurrido más que cuatro. Siguiendo el ejemplo del pastor y dominada aún como él por la mala impresión recibida allá en el Órgano y cuyo recuerdo aunque más o menos borroso permanecía constantemente como impreso en la memoria de ambos, sentóse no lejos de aquél y se puso a contemplar la hondonada del valle. Debajo mismo de ellos tenían a Muros, el llano aquel de color de ladrillo cuadriculado como con carboncillo. La calina que poco antes enturbiaba la atmósfera, se había casi del todo desvanecido. Como ya había transcurrido la hora en que en todas las casas se solía preparar el almuerzo, tan sólo aquí y allá, lanzados a borbotones por las rígidas chimeneas, se elevaban algunos penachos de humo de color opalino, sutiles cual movedizas columnas de alabastro de un fantástico templo sin pórticos, ni bóvedas, ni artesonados. Bajo los rayos del sol que, cayendo sobre ellos de plano, no sólo ponía de relieve su estructura, sino sus proporciones, los tejados con sus surcos rectilíneos ofrecían el aspecto de aplastadas conchas marinas; apareciendo las plazas, limpias de edificios y completamente rasas, salpicadas de unos puntitos negros más diminutos que cabezas de alfiler: eran los escasos transeúntes que cruzaban por ellas en aquel momento. Mila con su penetrante vista de pájaro se entretuvo en ir buscando entre aquel laberinto los sitios que le eran más conocidos: la calle de Francia donde estaban las tiendas en que ella solía proveerse, el mercado, la iglesia parroquial, la casa rectoral, el paseo, el ferial del ganado... La iglesia parroquial se destacaba no sólo por sus proporciones, sino por herirla

en aquel momento el sol por su parte posterior. Con sus dos torres achatadas, sus dos rosetones circulares y su puerta que por lo roja contrastaba con el tono grisáceo de la penumbra, semejaba en cierto modo la cabeza de una colosal lechuga. En el preciso momento en que Mila fijaba en ella la mirada, sonaron vibrantes y claras llegando hasta la altura en que ella y el pastor se encontraban, nueve lentas campanadas.

Mila entonces pensó para sí.

—¿Estará acaso Matías paseando por allá bajo?

Y acto seguido repitió en voz alta la pregunta.

El pastor sin mirarla hizo con la cabeza un signo negativo.

—Creo que no... Más bien estará durmiendo.

Mila hizo un gesto de extrañeza.

—¿Durmiendo a aquellas horas...? ¡No faltaría más!

El pastor entonces volvió a medias la cabeza, miró a Mila y pareció vacilar.

—*Pus mirái...* —murmuró al fin—. No quería *decírvoslo* por no *causarvos pesaúmbre*, mas al fin y al cabo *puee* que sea mejor que lo sepáis porque yo voy a marchame de un día a otro.

—¿Pero qué es lo que ocurre, pastor? —exclamó la mujer alarmada por semejante preámbulo.

—¿Recordáis que tiempo atrás vos dije que no acababan de *gustame* las trazas de vuestro *marío* y me propuse *vigilalo*? *Pus* he *cumplío* mi propósito...

—¿Y qué? —repitió ella con ansiedad.

—*Pus* que he *averiguao* que el ermitaño no se preocupa poco ni mucho de andar pidiendo *pa* el santo..., ahí tenéis.

—¡Ah! No me sorprende; ya me sospechaba yo esto; de seguro que anda por ahí convertido en perrito del Duende —y al decir estas palabras, en los labios de Mila se dibujó una fría y amarga sonrisa.

—¡Si por cierto! Anda tras él lo *mesmo* que un perrito, y no en *verdá* a caza de conejos..., ¿estamos? Los domingos cuando bajo a misa procuro informarme..., y como en la villa con maña y con tino se *puee* averiguar cuanto se quiera por oculto que esté... Vuestro *marío* hoy por hoy es *jugaor* de oficio. Suele pasase las noches en un garito donde se entretiene jugando a los *daos* hasta el amanecer y de día suele echase a dormir en otro garito; en la *guarí*a del mal bicho ese.

Mila se quedó en una pieza. Si otra persona cualquiera le hubiese asegurado que Matías jugaba, hubiera replicado resueltamente que era falso.

Mas era nada menos que el pastor quien lo afirmaba, y demasiado conocía ella la seriedad extremada del hombre aquel que solía antes de hablar pesar todas sus palabras. Mirándolo de hito en hito aguardó, pues, a que se explicase.

Y el pastor efectivamente se explicó:

—Como vos recordaréis, el ermitaño estaba tiempo atrás hecho un mandria, un tumbón a quien ni a tres tirones era posible arrancar de la cama. A no ser por vos se hubiera seguramente *podrío* en un rincón, medio *arrumbao*. Por lo que a mí toca, vos lo aseguro, no podía *míralo* sin que se me encendiera la sangre. Mas no bien se hubo *echao* a *peir* por ahí con el cepillo a cuestras, de tal *moo* en cuatro días *muó* de *aspeto*, que *paece* otro.

—Ni más ni menos —agregó Mila corroborando lo dicho por el pastor.

—Yo al ver aquella virada en *reondo*, recelé, y al reparar, sobre todo, que llevaba de patrón *naa* menos que al Duende, desconfiando de que llegase a puerto seguro lo di, *dende* luego y sin más, *too* por *perdíó*. El otro es un truchimán que sobre saber representar *toa* clase de papeles, suele de ordinario pegarse como una lapa allí donde huele que hay dinero. Como creyó ver en vuestro *marío* una finquita, se decidió a *explotalo*. Tras de la caza vino la *bebía* y tras de la *bebía* el *pasase* las noches en claro *metío* en la taberna y los días en turbio durmiendo en casa de aquél que, seguramente, no tardó mucho en *tenelo conquistao*. El Duende, por lo *emás*, ya de antiguo solía *jugase* cuanto hay que jugar..., mas como por una parte tenía una suerte más que *arrastraa*..., y por otra, vuestro *marío* había *empezaó* con muy buen pie, se convino con él en seguir ambos a medias en el juego.

Mientras el pastor iba así razonando Mila, cabizbaja, con la mirada inmóvil y el oído atento, iba rumiando para sus adentros, y fijándose en determinadas acciones y palabras, en determinados disgustos, sobresaltos y perplejidades que en su marido había advertido, acabó por caer en la cuenta de la razón de ciertas rarezas que de un tiempo a aquella parte había también notado en el modo de ser de aquél, rarezas que si, al pronto y sin dejar de sorprenderla, le habían parecido sin importancia o debidas a la casualidad, le explicaban en cambio, entonces, todo el misterio, corroborando al mismo tiempo las revelaciones que tan inopinadamente y a boca de jarro acababa el pastor de hacerle.

¡Quién lo había de decir...! ¡Jugador él...! ¡Él, tan gandul, tan frío, tan parado...!

El pastor también, como ensimismado y con la mirada vagando sobre Mila, prosiguió:

—El acoquinamiento en que vos dejó la *pasaa enfermeá* favoreció a entrambos no poco. Si le hubieseis puesto cara seria, el ermitaño con el *mieo* que vos tenía, acaso se *hubiea refrenao* un tanto..., y digo acaso, porque no me atrevería a *aseguralo*, pues en *verdá*, malo es que se empiecen a sentir ciertas comezones..., pero como vos, por el contrario, le dejasteis sin más ni más suelta *toa la bría*...

Mila juntó las manos y se quedó mirando al pastor con la desolación pintada en el semblante.

—Y ¿qué queráis que hiciera yo, pobre de mí, si más que de este mundo era ya del otro?

—No, no es que yo *quiea echarvos* la culpa de *naa*, ermitaña. Yo no hago más que mentar lo que ha *pasao* —y esto diciendo pareció como que con su mirada, a la vez que firme y serena llena de indulgencia, dejaba a Mila completamente a cubierto, echando sobre ella el manto de la absolución.

Uno y otro permanecieron de nuevo silenciosos durante unos segundos. Y en tanto el aura purísima de Cimalta iba acariciando la frente de entrambos, en la mente de Mila se agitaban, torturándola cruelmente y en revuelto torbellino, las más sombrías ideas: Matías, el Duende, la ermita..., la haraganería..., la desavenencia..., la estrechez, toda suerte, en una palabra, de tristezas y desdichas. El pastor, por fin, con voz temblorosa y con la mirada todavía vagando sobre la pobre mujer prosiguió:

—¡Ah cuánto daño, cuánto daño hacen en el mundo las grandes villas, esos *níos* de corrupción y maldad...! Más precio uno cualquiera de los *pelaos* riscos de estos peñascales, que la riqueza *toa* de las casas aquellas... Ni irían, si no *fuea* por las villas, tantas almas al infierno, ni vivirían las familias tan revueltas... Ni una sola vez de cuantas bajo a la villa acierto a *encontrame* a gusto en las angosturas aquellas, así es que siempre ando *atontao* y como una oveja loca buscando el cielo con los ojos. *Mirái*, algún tiempo después de haber *enviudao* y cuando *entoavía* era joven, me propusieron establecer en la villa una carnicería por mi cuenta. *Pus* bien, a pesar de que me instaron muchas veces y de que la proposición era excelente, siempre me negué a *acetar*..., y *tenéi* en cuenta, que ni había treinta y cinco años atrás tanto vicio, ni tanto foco de perdición como hay *agora por toas* partes, ni estaban las cosas como están hoy.

Mila, sorprendida al oír esto, preguntó con curiosidad:

—¿Treinta y cinco decís?... pues ¿cuántos años tenéis, pastor?

El pastor, con la sonrisita de siempre asomando entre los labios, volvióse hacia ella y preguntó:

—Vamos a ver, ermitaña, ¿cuántos me echáis vos?

—¿Yo?... pues unos cuarenta...

Al oír tales palabras el pastor, a pesar del estado de ánimo en que se hallaba, soltó una gran carcajada.

—¡Ja, ja, ja...! ¡Esta sí que es buena...! ¡Vaya por Dios; lo que es vos, ermitaña, estáis del too...!

Y al ver que su hilaridad dejaba a Mila completamente desconcertada, se siguió riendo todavía con mayores ganas.

—*Peíle* a Santa Lucía que vos aclare la vista; que yo por el pronto, en cuanto tropiece por ahí con ese que anda vendiendo antiparras, prometo *mercarvos* unas de las más finas.

—De modo que...

—Que vos equivocáis de medio a medio y que es de hasta monta el pico *pa* que yo *puea* estar conforme con la cuenta.

—¿De veras?

—Como que en enero próximo, si es que *allego* allá con *vía*, cumplo los sesenta y cuatro.

Mila no había pasado, con seguridad, en toda su vida, un día tan lleno de emociones como aquel. Varias fueron y fuertes las que durante el mismo había tenido ocasión de experimentar, la del Paso del Rayo, la del Órgano, la que le causaron las revelaciones relativas a Matías, y con todo, ninguna de éstas le había causado tan honda impresión como la que acababa de sentir en aquel instante. Ni dueña fue siquiera de disimularla. Al pronto pareció que iba a darle algo. Cubierta la frente de intensa palidez, como un arranque de íntima protesta alteró todas sus facciones. Equivocado el pastor en punto a la índole de semejante impresión, que él creyó puramente de asombro, se entretuvo con gran copia de datos y recuerdos en sacarle la cuenta con los dedos.

En la mente de la pobre mujer, que ni siquiera le oía, se agitaban en tanto las ideas confusamente y en tropel.

—He aquí, he aquí la virtud y la calma y el comedimiento... —se decía la infeliz, apretando tan nerviosamente los puños contra los muslos, que todos los nudillos le crujieron—. ¡Sesenta y cuatro años...! ¡Qué equivocación más cruel...! ¡Qué lección más amarga!

Y pensando sin cesar en la horrible realidad que acababa de descubrir, no acertó mientras estuvo en Cimalta a salir de aquella especie de círculo de hierro en que se hallaba encerrada.

El pastor, después de haber estado durante el breve rato aquel hablando de sí mismo, no sólo para hacer a Mila algunas advertencias respecto a la

conducta que debía seguir con Matías, sino para darle un buen consejo, dijo:

—No hay que perder del *too* la esperanza... A veces..., ¡quién sabe! En lugar de *ahuyentalo* con regaños, lo que vos debéis hacer es *halagalo* pa que se *quee* en casa a vuestro *lao*: quizá se deje convencer...

Mila, empero, sólo de un modo vago y casi sin enterarse oía las exhortaciones aquellas que, en alas de la brisa cuyo fresco soplo agitaba como una flámula el pico de su delantal, iban a morir allá lejos, perdidas en el vacío. El pastor, al cabo, reparando en su distracción y notando que un profundo estremecimiento agitaba su cuerpo todo, le preguntó:

—¿Vos sentís mal acaso, ermitaña?

—Sí..., no..., siento un poco de frío...

El pastor se puso inmediatamente en pie.

—¡Carape, *habelo* dicho, mujer! Yo no *pueo* estar *drento* de vos... Vaya, vaya, echemos a andar *pa* abajo.

A todo esto, el mar allá a lo lejos seguía, a los rayos del sol, brillando como descomunal y acerada tizona. Mila apartando de él la mirada, con rencoroso despecho dijo para sí: «Nada hay cierto en el mundo. Todo es mentira, fábula y engaño...»

Y emprendieron la marcha por la ladera abajo y en dirección a Levante, por un vericuelo lleno de fallas y de estrías que conducía al Ojo de Corberas, situado al pie mismo del collado; vericuelo en el cual no se encontraba un solo palmo de terreno llano y que presentaba de trecho en trecho una especie de escalera de piedra caliza semejante a pelada osamenta de atlético esqueleto. El paraje aquel de la montaña era por razón de esto conocido con el nombre de el Costillar del Tropiezo. Crecían allí multitud de hierbas medicinales de diversas especies que conocían muy bien los payeses de las cercanas alquerías, los cuales después de cogerlas a su debido tiempo solían utilizarlas para brebajes y cataplasmas que indistintamente empleaban para el ganado o para las personas. Como en dicho paraje era cabalmente donde el cazador furtivo, al tropezarse cierto día con Marica la de San Poncio, que había ido allí a proveerse de las indicadas hierbas, le había soltado la especie de sus maliciosas sospechas acerca de la amistad que entre el pastor y Mila existía, el natural deseo de vengarse castigando el espionaje de aquél, que de un tiempo a aquella venía germinando en el pecho del pastor, tomó en presencia de dicho sitio mayores vuelos, cual hoguera a la que de repente embravece el soplo del viento.

Mila por su parte, constantemente clavados los ojos en aquel hombre, procuraba irlo siguiendo a la menor distancia posible. Aunque hondamente

afectada por el último desengaño, su vista no tardó, empero, en recobrar su peculiar finura.

Ya no necesitaba, pues, antiparras de ninguna clase.

Iban a todo esto bajando por una cuesta cuyo declive permitía a Mila, no sólo contemplar la cabeza del pastor que tenía allí a tres o cuatro palmos por bajo de la suya, sino hacer de ella un examen verdaderamente implacable. Y entonces sí que, sin telarañas en los ojos, estaba viendo al hombre aquel tal como era.

A primera vista su cara lampiña, su castaño pelo, ralo, fino y sin una cana, su agilidad y su enjuto cuerpecillo, eran capaces de engañar a cualquiera; pero a poco que se le mirara con detenimiento, se veía perfectamente que ya los años iban asomando a su cara, de igual modo que las manchas suelen asomar cuando la luz del sol las ilumina de lleno.

El pelo mismo, sin ir más lejos, mate y sin brillo, tenía el aspecto de una cosa vieja y ya sin lustre; su tez áspera y atezada en las partes prominentes de las facciones, en las cuales parecía materialmente pegada a los huesos, frunciase cual arrugado pergamino en la depresión de las cuencas, en el declive de las mejillas y alrededor de las orejas; sus uñas eran recias como las de un cuervo, y las coyunturas de sus rodillas y muñecas, a veces como enmohecidas, revelaban a las claras haber perdido la flexibilidad propia de la juventud. «No, no cabía duda: el pastor no era lo que al pronto parecía».

Mila entonces estableció mentalmente una comparación entre aquél y su marido. Tanto en el uno, joven con alma de viejo, como en el otro, viejo con apariencias de joven, se daba una verdadera anomalía, que lo anómalo, persiguiéndola a ella eternamente, le iba sin cesar amargando y minando la existencia. Y exasperada, la pobre mujer sintió de nuevo la negra desolación propia del que se ve vencido contra toda razón y todo derecho.

—¡Un inútil!... ¡Un viejo!... —se decía.

Y al ver desvanecidas en un instante todas sus ilusiones y considerar que en un momento lo había perdido todo, absolutamente todo, se mordía los labios hasta hacérselos sangrar.

—¿Por qué no avanzar un paso y acabar de una vez? —se llegó a preguntar, medio turbado el juicio y tentada a arrojarse al abismo junto al cual iban andando con cuidado, poco a poco y procurando afianzar bien los pies.

Al pasar uno de los sitios más peligrosos, el pastor le dio la mano para sostenerla: el contacto de la mano aquella le resultó entonces tan repulsivo, que todos los nervios se le alteraron. ¡Qué bajos, qué ignominiosos le

parecían en aquel momento los impulsos, los estremecimientos, los pecaminosos deseos que en el Paso del Rayo había sentido!

Con el corazón desfallecido llegó a la ermita. Era tan fuerte el dolor de cabeza que la aquejaba, que no parecía sino que tenía ésta hueca por dentro y como abombada. De la memorable excursión de aquel día no le quedaba más impresión que una fatiga deprimente.

—¡Un inútil...! ¡un viejo...! ¡un inútil...! ¡un viejo...!



XV

EL RESBALÓN

Mila volvía de nuevo a encontrarse en terreno firme. Apenas hubo vuelto en sí de su extraño arrobamiento, encontróse como pájaro que se cae de un nido, al par que completamente aislada, con la escueta realidad ante los ojos. Desvanecidos ya todos sus ensueños, ni abrigaba la menor esperanza, ni la inquietaba ningún temor, ninguno de los vagos temores que antes solían asediarla. Tan honda fue la impresión recibida en su ascensión a Cimalta que, después de penetrar hasta las fibras más íntimas de todo su ser, la dejó como desvencijada y sumida en una especie de desmadejamiento que, andando el

tiempo, había de acabar por convertirse en la calma y aplanamiento propios de la resignación.

El pastor, llevándose al niño consigo, se había marchado a sus cuarteles de invierno. Al día siguiente de su partida Mila, aprovechando una nueva ausencia de Matías, se entretuvo en poner en orden todas sus cosas que seguía teniendo todavía bastante descuidadas desde su enfermedad. Cuando hubo ya limpiado de telarañas el techo de la cocina, repasado bien la ropa y recavado el huerto, emprendió el camino de Muros con el ánimo de hacer allí provisión de algunos víveres.

Como hacía ya algún tiempo que no había bajado por el lado aquel de la montaña, al pasar por frente la alquería de San Poncio, donde, como es natural, no había estado durante todo aquel tiempo, dióle de pronto la idea de entrar.

Eran cerca de las once, y Arnaldo, a quien vio desde lejos, estaba desenganchando frente a la puerta de entrada. Desde el día aquel que allá en el patio de la ermita habían ambos sostenido la consabida conversación, no había vuelto a verlo. Mila lo encontró flacucho y desmejorado. Él que no había reparado en su llegada, al advertir de pronto y cuando ya le tuvo muy cerca su presencia, bajó la cabeza, y volviéndose de espaldas se apresuró a fingir que andaba buscando algo por el suelo. Ella de momento se quedó desconcertada. Mas comprendiendo que de lo que evidentemente se trataba era de rehuir el saludo, lo cual le hizo el mismo efecto que si le hubiesen dado una puñalada, penetró en la casa donde la aguardaba una nueva impresión no menos desagradable. La vieja cuya figura aparecía en todo su contorno iluminada por un ribete rojo, estaba como de costumbre sentada junto al hogar, en el que enormes tizones ardían envueltos entre llamas resplandecientes. Mientras se hallaba entretenida en ir trinchanto algo que tenía en una cazuela colocada sobre el suelo, un gato de color ceniciento, pegado a sus faldas, no cesaba de mayar, husmeando a un lado y a otro con el cuello estirado.

—Muy buenos días, ¿qué tal abuela? —dijo Mila al entrar en tono afectuoso.

Agachada conforme estaba y con las manos metidas en la cazuela, volvióse aquélla con viveza, mirando hacia la puerta.

Al ver a la recién llegada, no sólo se limitó a murmurar fríamente: «¡Ah, sois vos!,» sino que sin añadir una palabra más prosiguió su tarea.

Mila se quedó inmóvil en mitad de la cocina. Habitualmente, la abuela, lejos de recibirla de modo semejante, era de entre todos los de la alquería la

que desde el día en que se conocieron la había tratado con mayor cariño. Como además de estar acostumbrada a esto, le constaba que aquélla tenía fama de lunática, Mila al pronto creyó que estaría de mal humor o que se habría enfadado con ella por no haber ido más a menudo por allí. Esforzándose, pues, por sonreír, penetró en la cocina.

—Ya hacía tiempo que no os veía... ¿Qué tal os va?

—Por ahora, a Dios gracias... vamos tirando —respondió sin levantar apenas la cabeza.

—Ya empezaba a echaros de menos —añadió Mila sin saber casi qué decir.

Un áspero y sarcástico gangueo que quería parecer una carcajada precedió a estas frases que en tono incisivo pronunció la vieja:

—¡Os creo, mujer! No es menester que me lo juréis.

Comprendiendo Mila que estaba demás en la cocina, despidióse murmurando muy turbada algunas palabras, y se marchó temblándole la barbilla y a punto de romper a llorar. ¿Qué pasaba allí?, ¿por qué la habían recibido de aquel modo los de San Poncio? De Arnaldo no le chocaba tanto; al fin y al cabo el mozo, con razón o sin ella, le tenía probablemente inquina; pero la abuela... Por este lado Mila, por más que procuraba recordar, no encontraba nada de qué acusarse.

—¡Bah! —pensó al fin para tranquilizarse—. ¡Cosas de ella!... No hay que hacerle caso.

Algunos días después, como le quedara todavía cierto resquemor, a fin de salir de dudas, por dos o tres veces entró, al bajar de la ermita, en la alquería. Pronto, empero, tuvo ocasión de convencerse de que allí todo había cambiado para ella. Cuando se topaba con Marica menos mal; aunque con velada y fingida reserva, solía aquélla de ordinario acogerla con sencilla afabilidad. Arnaldo y la abuela, en cambio, no disimulaban poco ni mucho su desvío. El uno, en cuanto la veía, procuraba desaparecer, volviendo la cabeza hacia otro lado; y la otra se hacía la distraída encerrándose, si estaba presente su nuera, en hostil mutismo, o volviéndole franca y hostilmente la espalda en caso contrario.

A Mila, en tanto, todo se le volvía devanarse los sesos tratando de inquirir, a la par que el motivo de tan súbito desvío, lo que le pasaba a aquella gente.

¿Habían quizá adivinado que la causa de la ruptura del chico con la novia era ella? ¿Habían quizá descubierto la mala vida que estaba llevando Matías?

Al ir cierta mañana el pastor a apacentar el ganado, penetró en la cocina para dar a Mila los buenos días, y ésta que no podía dominar por más tiempo sus sentimientos, no supo abstenerse de contarle lo que tanto la preocupaba.

—Decid, pastor, ¿sabéis algo de la boda?, ¿qué hace por fin Arnaldo, se casa o no se casa?

—¿Si se casa preguntáis? ¡No faltaba más! *Pa* cuando llegue el tiempo de la siega, los de San Poncio tendrán ya nuera.

—¡Gracias a Dios que todo ha vuelto a arreglarse! —pensó la mujer como si se le quitara un peso de encima—; mas... siendo esto así, ¿qué bicho les ha picado? —siguió pensando, e inmediatamente contó al pastor lo que con los de San Poncio le estaba pasando.

—No vos preocupéis, ermitaña —dijo el pastor ligeramente turbado, a pesar de su habitual serenidad—. ¿Les habéis dado acaso algún motivo de disgusto? *Pus* no siendo así..., allá se las haya cada cual con su *conciencia*. En este mundo, ya se sabe, *too* se vuelven chismes y malquerencias, mas siempre al fin y a la postre llega día en que se descubre la *verdá*...

—Sin embargo, daría cualquier cosa por saber por qué hacen eso.

El pastor entonces, aunque sin querer, añadió:

—Que los de San Poncio son una gente excelente, salta a la vista..., ¿estamos...? Mas como creen que le tengo más ley a la ermita que a la alquería... —y perdiendo por un momento su habitual aplomo, exclamó con ira:

—¡Ah, o poco he de poder, o al mal bicho ese he de cortarle yo la lengua!

Mila no quiso saber más. Sobrecogida, anonadada, todo lo comprendía al cabo. No volvería, pues, a poner los pies en la ermita.

Como era muy niño, Baudillo, por fortuna, carecía de la malicia de las personas mayores. El domingo siguiente a su partida de la ermita, Mila le oyó de pronto penetrar por el patio a carrera tendida y precipitarse por la escalera arriba. Ella entonces salió no menos precipitadamente a su encuentro. El niño, al verla, se le abrazó a las piernas restregando la cabeza contra sus faldas, sin pronunciar palabra. Mila, cuyos claros ojos se habían llenado de lágrimas ante semejante explosión de intenso cariño, le condujo a la cocina. Una vez allí, sentada ella en un banco y teniendo al niño entre sus piernas, abrazado por la cintura, estuvieron ambos durante largo rato charla que te charla como dos cotorras, hablando a la vez y atropelladamente como descosidos.

—¿Sigues saliendo con el rebaño...? ¿vas ya a la escuela...? ¿os cuenta el pastor consejas por la noche...? ¿no has echado alguna vez de menos el santuario?

El niño a todo esto y mientras le iba tirando una por una de las mallas de la toquilla de pelo de cabra que llevaba puesta, iba contestando:

—¿No lo sabéis? Ya estoy aprendiendo la tabla... Un niño ayer no supo cuántas son seis por seis, y como se equivocó, el Sr. Carlitos le pegó un pescozón... ¡Caramba con la abuelita...! Pues no quería que a pesar de ser domingo fuese hoy al Catecismo... ¡Bueno me he puesto yo...! ¿cuándo iba, pues, a venir? ¡Ah, la bola aquella, ¿sabéis? Logré por fin ponerla completamente redonda... Dice el Sr. Carlitos que el mes que viene va a ponerme a escribir...! ¡Las *tes* son más difíciles!... ¡si vierais!

Y observando que mientras se iba explicoteando no cesaba de rascarse la cabeza, Mila se apresuró a pasarle el peine por si acaso había pescado algo; después, además de unos bizcochos y almendras tostadas de las que tenía guardadas para los que subían a visitar la ermita, le dio un pedacito de randa, dorada, igual a la del vestido de un Niño que de tiempo atrás venía siendo el encanto del rapaz. Luego, como si hiciera Dios sabe el tiempo que no le había visto, le fue enseñando, primero las florecitas de la azotea y después las coles del huerto, abrasadas por la escarcha y con las mustias hojas caídas sobre los regueros. Llegó, por fin, la hora de que el niño se marchara, y ella entonces le fue acompañando durante un buen rato por la cuesta abajo. Cuando se despidieron, el niño le prometió que el domingo inmediato subiría de nuevo a verla, diciéndole a la abuela que se marchaba al Catecismo.

Tras las dos visitas aquellas, Mila se pasó un día y otro día y otros muchos completamente sola. En vano había procurado hacer por las buenas entrar en razón a Matías. Poco tardó en convencerse de que aquello era poco menos que machacar en hierro frío: Matías estaba perdido, irremisiblemente perdido.

Curada como por ensalmo de la ceguera absoluta que antes había padecido, gracias a las revelaciones que el pastor le había hecho en Cimalta, se percató perfectamente de que en el espacio de tiempo durante el cual para nada se había preocupado de su marido, éste había sufrido un cambio radical. La transformación que en el modo de ser del mismo había tenido ocasión de advertir en el comienzo de su enfermedad, había hecho en tan corto período de tiempo tanto camino, que el desidioso, el *mandria*, como le llamaba el pastor, se había, a impulsos de la pasión que le agitaba, metamorfoseado por completo.

Rechupado y descolorido como todos los trasnochadores, llena la frente de arrugas y recelosa la mirada, tenía aquél la arisca traza del animal que, cobarde, mientras para devorar ávidamente su presa se mete en un escondrijo, expone en cambio la piel defendiéndose, si es preciso, con las uñas y los

dientes, si intentan arrebatársela. Aun cuando parecía que no servía para nada de provecho, resultaba que había nacido para jugador. Ya no cabía esperar de él otra cosa: estaba, pues, completamente perdido, perdido sin remedio.

Mila, que lo comprendió así, acabó por dejar de luchar. Puesto que todo le había fallado, estaba de más en el mundo, de nada ni de nadie cabía esperar ayuda. Convencida, pues, perfectamente de esto, al par que penetrada de su situación, fuese la mujer aquella sintiendo poco a poco revestida de la tranquila resignación de todo el que sabe perfectamente que después de jugar la última carta, no le queda ya nada que perder.

Hacía como unos quince días que se encontraba en este estado de ánimo, cuando una tarde, a eso de las dos, el cielo, hasta entonces despejado, empezó de pronto a encapotarse: los grupos de nubes que turgentes y blancas coronaban la cumbre de Cimalta fueron poco a poco tomando un tinte sombrío y extendiéndose a flor de tierra por la montaña toda; no había transcurrido una hora cuando se desató una tremenda tempestad. Como era la primera tormenta que presenciaba en aquellos parajes, Mila, presa de una gran excitación y movida por la curiosidad, estuvo como gato electrizado yendo de ventana en ventana, ávida de contemplar el espectáculo.

Tras una gran tronada que como a tambor batiente pareció anunciar el comienzo de aquél, descargó un furibundo aguacero que azotaba los cristales, lo mismo que una granizada. Mila entonces, con el rostro pegado a los de la ventana de la sala, vio descender como una cortina gris que al cabo de muy poco rato, velando por entero el paisaje, concluyó por ocultar en absoluto hasta la silueta del Peñón Grande. La cortina aquella, constantemente agitada por las ráfagas de repentino huracán que tan pronto la empujaba hacia Levante como hacia Poniente y rasgada a intervalos por el fulgor de los relámpagos, acabó de puro tupida por hacerse al poco rato impenetrable a la mirada. Mila entonces se apresuró a abandonar la sala para correr a la ventanita de la cocina. El agua, que se despeñaba en cataratas por el dorso del Peñón Mediano, iba descendiendo por las torrenteras de la vertiente, y después de precipitarse sobre la casa, corría a raudales hacia el albañal del fregadero, situado a la parte de afuera de aquélla, del que espumante rebosaba a borbotones. A todo esto el fragor de la tormenta no cesaba. Al chasquido de la lluvia que caía sobre los tejados y al ruido del agua que se precipitaba contra las peñas, se unía el del vendaval que, batiendo por todas partes, sacudía las maderas de las aberturas, agitaba las campanas que sonaban descompasadamente y como asustadas y se colaba rugiendo con furia por la escalerilla del campanario como amenazando invadir la ermita entera. Mila,

que sentía en medio de aquel gran estruendo una extraña y apacible serenidad, acudía diligente a todas partes a atajar la creciente inundación, y al par que taponaba el dintel de la puerta de la cocina por cuyo hueco desprovisto de marco penetraba a mares, restañaba con una bayeta la que anegaba ya al pavimento de la alcoba chica y se daba buena maña a colocar sobre la cama unas cuantas palanganas debajo de otras tantas goteras que había en el techo de la grande. En medio de aquel vaivén recordó de pronto que por la mañana había tendido un delantal en la barandilla del balcón de la sala. Sabe Dios dónde habría ido a parar. Lanzóse inmediatamente a por él. Por fortuna y gracias a haberlo atado al pasamano, el delantal estaba todavía allí. Rota una de las cintas estaba, amarrado todavía por la otra, flameando furiosamente sacudido por el viento. Si no acudía pronto a quitarlo de allí, era indudable que la cinta aquella se rompería también y ¡adiós delantal! Echó, pues, sin dilación mano a la falleba; pero no había tenido tiempo de levantarla, cuando una ráfaga de aire que por poco la tumba de espaldas, dejó el balcón abierto de par en par. Fuertemente sacudidas contra el espesor del muro, dieron ambos batientes dos o tres topetazos, saltando hechos añicos los cristales. Privada casi de respiración por la violencia del viento, Mila entonces, asomando la cabeza y sacando uno de los brazos, probó a tirar de la cinta para soltar el nudo; mas mientras por una parte no había modo de lograr que ésta, empapada como estaba de humedad, cediera, la lluvia que, por otra, no cesaba de caerle a ella encima penetrándole por el cuello, se escurría en frías gotas a lo largo de su espalda. En esto llegó a su oído un tintineo metálico confundido entre los rugidos del viento.

—¡Virgen! —exclamó la mujer sobresaltada—. ¡El mudo de Muros!

Había, en efecto, en Muros un pobre mudo que con una campanita colgada al cuello andaba pidiendo limosna. Como Mila, además de un pedazo de pan le daba de vez en cuando un trago de vino, el mudo, que era por esta razón muy amigo suyo, solía con frecuencia subir a cantar a la ermita. Como hacía muchos días que no había asomado por el santuario, ella, al oír su campanilla, pensó que el temporal le había pillado, sin duda, vagando por aquellas alturas.

—Espera un poco, mudo; bajo enseguida —gritó Mila tan fuerte como pudo a fin de que se le oyera desde ahajo, y metiéndose dentro cogió una bufanda vieja de Matías, se la echó a la cabeza y salió de nuevo al balcón para ver si con mayor comodidad lograba desatar el delantal. Sin dejar de forcejear, se asomó por encima de la barandilla, y de una rápida ojeada

recorrió la plazoleta de cabo a cabo. No se veía al mudo por parte alguna—. ¡Cosa más rara; hubiera jurado haberlo oído!

A todo esto había logrado al cabo desatar el delantal, y en el preciso momento en que iba a retirarse, allá en lo alto y por encima de su cabeza, dejóse oír de nuevo bien claro y perceptible y como si bajara de las nubes el metálico tintineo. Un sudor frío inundó entonces su cuerpo, sus dedos se aflojaron y el delantal voló Dios sabe adónde arrebatado por una ráfaga de viento. Sin fuerzas casi, encajó como pudo la falleba, atravesó lasala apoyándose en las paredes con las manos, cogió las cerillas de la cocina y por la escalerilla de la alcoba chica bajó a la capilla. Aunque el agua, que también había penetrado allí, cubría casi las baldosas del pavimento, Mila, sin hacer de ello el menor caso, después de encender dos de los cirios del altar mayor, cayó ante éste de hinojos diciendo con fervor al mismo tiempo que levantaba los brazos hacia San Poncio:

—¡San Poncio... Glorioso San Poncio...! ¡Haced que nada le ocurra! ¡Que no lo prendan...! ¡Evitadme esta vergüenza, glorioso San Poncio!

Y retorciendo los brazos como presa de un ataque epiléptico, fue poco a poco inclinando el cuerpo hasta quedarse casi sin sentido tendida sobre la tarimilla del presbiterio.

Hablando, en su última entrevista con el pastor, de su marido, moviendo aquél la cabeza en señal de desconfianza, le había dicho que no sólo corrían para Matías malos vientos, sino que no tendría nada de extraño que, caso de no andarse con cuidado, le ocurriera algo grave: «Como ha *habío* quejas y se han *recibío* en la villa órdenes de arriba, los alguaciles que andan ya al acecho no esperan sino que se les ofrezca ocasión de coger una buena *redaa*. Si no dejan, pues, de jugar (que no dejarán) sé de buena tinta que no se ha de pasar mucho tiempo sin que a *toos* los metan presos. El primero que en este caso caerá en la red es vuestro *marío*, porque como le sopla la fortuna, no sólo es hoy por hoy el más *empecatao*, sino que se pasa los días y las noches *metío* en el garito».

Como nada apenas le importaba ya de nada, Mila no hizo entonces gran caso de estas palabras, mas en aquél instante, al llegar a su oído el tintineo de la misteriosa campanilla de Cimalta, sintió que la predicción caía sobre su cabeza como castigo del cielo. Porque para ella no cabía la menor duda, la campanilla aquella que acababa de sonar, no sólo era la del hereje, sino que la desgracia que indudablemente anunciaba había de cogerla a ella de lleno y sin remedio. He aquí por qué razón, uniendo al fervor de su mirada el dolorido

acento de sus palabras, repetía Mila en son de súplica dirigiéndose a San Poncio:

—¡Que no le pase nada!... ¡Que no lo prendan...!

No sólo no había sentido jamás en su corazón tan viva llama de franca y sincera devoción como la que en él sentía arder en aquel instante, sino que al recordar que el hombre por quien estaba rogando era precisamente el ladrón de las limosnas del Santo, se afanaba como por vía de excusa en convencer a éste de que, aunque ladrón, el hombre aquel era su marido, de que, aunque descarriado, no por esto era un criminal, y finalmente, de que siendo por razón de su unión una misma la suerte que a entrambos esperaba, la afrenta de uno cualquiera de ellos había de recaer necesariamente sobre los dos. Caso de que le prendieran serían con toda seguridad arrojados de la ermita, y ¿qué iba a ser entonces de ellos rechazados por las personas honradas, sin amparo y sin hogar, sin norte ni guía?

Él menos mal..., no por esto había de faltarle un rincón de taberna donde acabar de echarse a perder, pero ¿y ella?... ¿qué sería de ella?

—¡Que no lo prendan!... ¡que no lo prendan! —decía insistiendo en su fervoroso ruego—. Si es que merece ser castigado, que le sobrevenga alguna enfermedad u otro cualquier percance por duro que sea, todo, antes que la pública vergüenza.

Como se había puesto muy obscuro, al retirarse de la capilla tuvo que llevar consigo uno de los cirios que había encendido. No eran todavía las cuatro cuando ya había cerrado el día, y en medio de la cerrazón de aquella especie de noche anticipada y mientras sucediéndose unos a otros retumbaban los truenos sin cesar y silbaba bronco el viento y seguía a torrentes el agua despeñándose con sordo rumor, veíase de vez en cuando penetrar por puertas y ventanas y a través de las rendijas el cárdeno fulgor de los relámpagos en forma de *ziszás*.



¡GLORIOSO SAN PONCIO!.. ¡HACED QUE NADA LE OCURRA!

En cuanto hubo cenado Mila, desencajada y abatida, se acostó. La tempestad que, a todo esto, íbase por fin alejando poco a poco como ejército devastador, había poblado de ruidos los ámbitos del espacio. Como se metió en cama con la obsesión de todo aquel estruendo en los oídos, a los sonidos reales del bramido del Borbollón, del silbido de la lechuza del campanario y del *tic-tac* del reloj, a que se había acostumbrado hasta el punto de que le servían como de compañía, sintió Mila juntarse durante su fatigoso sueño los ecos más o menos fantásticos del brusco murmurar de los torrentes, del lejano ladrido de los canes, del plañidero balido de alguna que otra oveja y de un conjunto, en fin, de revueltos sonos, que, medio dormida y todo, no sólo le causaban vértigo sino dolor de cabeza.

Desde que se levantó, y se levantó por cierto muy de mañana, no tuvo más que una idea que la dominaba por completo, la de salir de dudas, la de quitarse aquel peso de encima y hablar además a Matías, si es que todavía era tiempo, para probar por última vez de meterle el miedo en el cuerpo y traerlo a buen camino poniéndole al tanto de los avisos del cielo.

Como no tenía de él otra noticia sino que solía recogerse en casa del Duende, allá pensó en busca de él encaminarse. Con esta idea fija, se echó fuera de la ermita con el fin de disponer lo necesario para dejar los bichos arreglados. Apenas hubo salido por la puerta, tropezó con una gran rama que se había desprendido del ciprés; llenaba por completo los estanques una agua enteramente verde sobre la que flotaba boca abajo multitud de limiagos y caracoles; montones de cascote interceptaban la escalerilla que conducía a los bancales, y por el suelo, que de puro arrasado, parecía un erial, se extendía una alfombra de tiernos capullos que se habían desprendido de los almendros, cayendo alrededor de los mismos. El aguacero, pues, como la romería de San Poncio, había hecho tabla rasa de todo.

—¡Castigo sobre castigo! —pensó la pobre mujer, y renunciando a seguir viendo, cogió el capazo y el mantón y sin más dilación encaminóse a Muros.

Si bien después del cataclismo todo en las alturas había vuelto a entrar en caja, como si nada hubiera sucedido, en la tierra, en cambio, estaban bien patentes las reliquias de aquél. A cada paso iba Mila encontrando nuevos charcos y grietas producidas por el aguacero, nuevos montones de fango y de piedras, nuevas carrascas arrancadas de cuajo y nuevos improvisados regueros; y algo más abajo y a medida que iba atravesando las tierras de labor, sendas destruidas, chozas cuarteadas y olivos tronchados y con todos los retoños caídos por el suelo, como si los hubieran apaleado... No pudiendo la corriente del torrente de Mala Sangre que, raudo y rumoroso como nunca,

bajaba crecidísimo, enfiar de lleno el ojo del Puente del Golpe, se desbordaba impetuosamente lanzando sus aguas espumantes y cenagosas por encima de los ribazos...

Cuando llegó a dar vista a la alquería de San Poncio a Mila, con gran dolor de su corazón, le vino a la memoria lo que con la gente de allí le estaba pasando. Aun cuando ella estaba, en realidad, tan inocente como el día en que había nacido, lo cierto era que, tanto la gente aquella como el Duende, no sólo la tenían por una mala mujer, sino que como a tal la trataban. Mila, sin embargo, después de mucho rumiar había logrado comprender que la abuela, vieja y deteriorada momia, condenada a confinamiento perpetuo en un rincón del hogar, más que su imaginaria bajeza, lo que no podía sin duda perdonarle era su juventud y sus atractivos, y que Arnaldo vencido y subyugado por sus hechizos, tampoco le perdonaría jamás el haber hecho uso del derecho, no sólo de negarse a ser suya, sino de entregarse a otro... ¡Mezquinos y miserables corazones!

Y disgustada y rencorosa, Mila iba a pasar de largo sin penetrar en la finca cuando, delante de ésta, oyó que desde dentro, y por dos veces, la llamaban por su nombre. Se volvió con extrañeza; Marica, la dueña, bajaba corriendo a su encuentro, poniéndose el pañuelo a la cabeza y diciéndole a voces:

—¡Esperad! ¡Yo también voy!

Mila, cuya sorpresa se acrecentó ante actitud semejante, se quedó esperándola.

Marica apenas se hubo reunido a ella, sin dar siquiera los buenos días y según se iba anudando el pañuelo, exclamó:

—¡Quién había de decirlo! ¿verdad? ¡Y nosotros que estábamos ayer tan tranquilos creyendo que no había salido de la ermita...!

Marica estaba muy agitada. Mila, sin acabar de comprender lo que aquella quería decir, se quedó mirándola.

—Pero cuando de madrugada se ha presentado el perro ladrando como un loco y arañando la puerta, ya nos ha dado mala espina el verlo tan calado y lleno de barro. En cuanto hemos abierto la puerta ha echado aullando a correr hacia el puente, volviendo a cada paso la cabeza. Después, viendo que no nos movíamos, ha retrocedido y ha vuelto a correr de nuevo hacia adelante. Tres veces ha hecho la misma operación, como indicando que le siguiéramos. «Algo debe de ocurrir, porque no parece sino que este animal viene en busca nuestra,» ha dicho el de casa, y cogiendo entonces él y el chico la manta y la escopeta han salido tras él. Ahora como van a traerlo, ¿entendéis? Han vuelto allá con la justicia.

Mila, que apenas se atrevía a hablar, logrando por fin romper el nudo que parecía habersele formado en la lengua, murmuró con voz apagada:

—Pero ¿a quién van a traer...?

Marica la miró sorprendida.

—¿A quién ha de ser? Pues... ¡al pastor, mujer!

Y viendo que Mila abría desmesuradamente los ojos, quedándose como herida por un rayo, le preguntó admirada:

—Pero qué, ¿no sabéis nada?

Mila apenas tuvo ánimo para mover negativamente la cabeza.

—¡Pues sí hija, al pastor!... ¡al pastor, que se ha despeñado en las Lastras!

La ermitaña creyó morir del susto. Sin sangre en las venas, sin color, sin aliento, se apoyó de espaldas en la trinchera para no caer. Por su mente cruzó entonces cual negra nube el recuerdo de la campanilla de Cimalta.

Marica, al verla en aquel estado, murmuró sobrecogida:

—¡Yo creí que ya lo sabías! ¡Si todo el mundo está allí...!

Y reparando que a todo esto Mila iba lentamente inclinando la cabeza, alzó con presteza la mano y le dio una tremenda bofetada.

El brutal reactivo produjo su efecto; Mila, que recobró acto continuo el sentido, se pasó la mano por la frente, que tenía bañada de sudor.

—Perdonad —dijo entonces Marica—. Ha sido para avivaros la sangre; os habíais quedado como muerta...

—¡Me ha cogido la noticia tan de sorpresa!... —murmuró Mila estremecida.

Ya vuelta completamente en sí y reanudada la conversación, pudo camino de las Lastras enterarse del desgraciado suceso por el relato que Marica le fue por entregas haciendo.

—Parece ser que ahora iba todos los días a dar suelta al rebaño en el Mirador. Como la tormenta se echó encima de pronto, él sin duda para no dar tanta vuelta y evitar que aquél se mojara, decidió, al parecer, regresar por el atajo, y como las Lastras, que estaban sin duda mojadas, están además tan en pendiente..., claro..., debió de resbalar y rodó de cabeza. Al parecer, la tiene completamente destrozada... ¡Pobrecillo...!

—Y... ¿está muy malo? —preguntó Mila haciendo un gran esfuerzo.

—¿Malo decís? ¡Quién tal viera...! ¡Muerto, mujer, tan muerto como los muertos del campo santo!

La otra se le agarró entonces del brazo, aterrorizada.

—¿Muerto...?

—Como que cuando los de casa llegaron allá estaba ya frío. Por eso fueron inmediatamente a dar parte. ¡Pobre pastor, Dios le tenga en gloria! La justicia se ha visto precisada a ordenar que al perro, que al parecer estaba como loco y no dejaba que nadie se acercara al cadáver, le pegasen un tiro allí mismo en el barranco, y a las ovejas, que toda la noche han andado perdidas por el monte, se las llevara al corral.

Mila entonces recordó los desaforados ladridos y lastimeros balidos que había creído oír como en sueños, y le contó a Marica lo de la campana y del misterioso y tétrico tintineo.

—No cabe duda; era un aviso de lo que iba a suceder —dijo Marica con profunda convicción.

—¡Pobre pastor! —pensaba Mila según iban andando—. ¿Quién se lo había de decir, cuando hace pocos días me contaba toda aquella historia, que no se había de pasar mucho tiempo, sin que la campanilla anunciara nada menos que su muerte? ¡Lo que es esta vez la predicción no ha sido patraña..., se ha cumplido...! ¡sí..., se ha cumplido...! ¡Y ella que por quien había venido era por Matías...! Ahora ya no tenía por qué temer... Pero... Vamos a ver, ¿por qué razón no se le había ocurrido temer más que por Matías...? ¡Cosa más rara, como si no hubiese nadie más que él en el mundo...!

Y la pobre mujer, que se encontraba todavía bajo la profunda impresión que acababa de recibir, comenzó a sentir como un remordimiento muy grande, por no haberse acordado igualmente del pastor, por no haber pedido a Dios por él. ¿Quién sabe si sus oraciones lo hubieran librado de la caída?

No habían llegado todavía al camino de las Lastras cuando, después de oír rumor de voces que desde lejos se iban acercando, vieron venir un pelotón de gente. Era la comitiva de los que habían ido a recoger el cadáver. Rodeados de una porción de curiosos venían el juez, el alcalde, dos médicos y el señor cura, todos de Muros. En pos de ellos un sereno y el marido de Marica venían conduciendo unas angarillas cubiertas con una capa: la capa de buriel del pastor.

En un rellano de la cuesta dejaron éstos las angarillas en el suelo, y la comitiva entonces se detuvo un momento para descansar. Marica y Mila se aproximaron a aquellos hombres.

—Buenos días —dijo la primera.

—Buenos días —contestaron todos.

A Mila, temblorosa y sobrecogida como estaba, le hubiera sido imposible articular palabra.

Cubierto por la capa de buriel, el cadáver ofrecía el aspecto de un fardo informe lleno de bultos por todas partes. La capa, enteramente mojada y manchada de barro, presentaba un color obscuro. En torno de las angarillas la gente aquella hablaba toda en voz muy baja, como si estuviera en la iglesia. Mila oyó que alguien preguntaba: «¿De dónde era?»

—No sé —contestó otro—. De por la sierra. La cédula lo dirá...

Mila levantó de pronto la cabeza y tropezó con la mirada de Arnaldo que tenía la vista clavada en ella. En el rostro del mozo asomaba cierta feroz sonrisa, por la que Mila, con vivo dolor de su corazón, comprendió que el muchacho aquel se estaba por culpa de ella alegrando interiormente de la muerte del pastor. Sintiendo al mismo tiempo que su mano tropezaba con una cosa tibia, miró, y vio que allí a su lado tenía a Baudilillo. El niño, que tenía la cara muy encendida y los ojos completamente hinchados, después de asirse fuertemente de su brazo y mirarla con fijeza, dirigió la vista hacia las angarillas.



Los circunstantes se aproximaron todos á las angarillas

—¡Pobrecito!... ¿verdad? —dijo y rompió a llorar.
Una severa mirada de su padre le hizo callar de repente.

—¡Ya sabes lo que te tengo dicho...!

Al enterarse de la muerte del pastor, el rapaz había echado a correr como un loco hacia las Lastras. Una vez allí, fue grande su desconsuelo. Para calmarlo, su padre tuvo que reñirlo seriamente amenazando con mandarlo a la escuela más que de prisa si volvía a chistar. El niño, después que oyó aquello, procuró reprimirse todo lo posible.

Mila al verlo, pasándole no menos afectada que él uno de los brazos por el cuello, le dio un beso.

—Qué, ¿no lo dejan ver? —preguntó Marica en voz baja a su marido.

Aquél se encogió de hombros.

El juez, que había oído la pregunta, ordenó que se lo enseñaran.

Los circunstantes, entonces, se aproximaron todos a las angarillas.

El marido de Marica levantó una de las puntas de la capa, y el rostro del pastor quedó al descubierto.

Mila sintió al verlo que las lágrimas corrían por sus mejillas. Aquel rostro, completamente inmóvil, estaba también lleno de barro; ni más ni menos que la capa. A duras penas se le reconocía. Sus lívidas mejillas estaban hundidas; su frente, de puro pálida, amarilla como la cera. Los ojos que, exentos en absoluto de expresión, tenía completamente abiertos y vidriosos, a Mila le trajeron a la memoria los de la liebre aquella que el día de la excursión habían estado desollando allá en el Órgano. Sobre la ceja derecha se veía un enorme chichón amoratado, causado sin duda por el golpe recibido en la caída y algo más arriba y entre los cabellos unas manchas negras, que Mila sospechó si serían coágulos de sangre.

Pero ¿era posible que *aquello*, que la figura aquella tan rara e inmóvil, que estaban todos contemplando con religioso silencio, fuera el pastor? Mila se hizo a sí misma esta pregunta, con extrañeza igual a la que días antes había sentido al contemplar el mar por vez primera.

A una señal del juez, volvió la capa a caer sobre el cadáver. Cogiendo cada uno por su lado, suspendieron los dos hombres las angarillas y la comitiva reanudó su marcha.

—¿Dónde van a llevarlo? —preguntó Mila a uno de los que con ella marchaban detrás.

—Pues al hospital —contestó aquél volviéndose y mirándola como asombrado de pregunta semejante.

Arnaldo, que marchaba delante y a corta distancia, se volvió hacia ella, la miró fijamente como poco antes y arrojó al suelo un salivazo.

Mila entonces sintió que las piernas le flaqueaban. Al llegar con la comitiva al Puente del Golpe fue a despedirse de Marica.

—Adiós —le dijo.

—¿Adónde vais?

—A mi casa..., me siento mal...

Y cruzó por el puente para ir a tomar la vereda.

Baudilillo, al oír que Mila se sentía mal, se detuvo como disponiéndose a seguirla, la miró, miró luego a las angarillas, y, por fin, después de permanecer un momento como indeciso, se echó a correr en pos de la comitiva.



XVI

LA NOCHE AQUELLA

A Mila, que de día en día iba sintiendo mayor tristeza, más que otra cosa le había la muerte del pastor producido, al par que atontamiento, un efecto verdaderamente extraño. La manera de llegar ésta a su noticia, su ida en unión de Marica al encuentro del cadáver, el aspecto de éste tendido en las angarillas desfigurado, inmóvil, mudo, los ojos sin vida, completamente distinto, en una palabra, del pastor aquel que tan conocido le era, fueron para ella otras tantas impresiones que, no obstante causarle honda herida, le habían resultado como extrañas, como dolorosos pasos de comedia en que los actores no hacían otra cosa más que ajustarse al papel de antemano encomendado a cada cual, y que por lo mismo que tenían más de externo que de íntimo, con

todo y haber logrado herir su sensibilidad, pasaron en realidad tan de largo, que aun rozando el verdadero sentimiento no llegaron sin embargo a despertarlo.

Durante el entierro sin ir más lejos, un día después de ocurrida la desgracia, cuando en la conducción del cadáver iba con todo el cortejo andando camino del cementerio, la gran impresión de frialdad que ante la desaparición del ser aquel estaba experimentando, le seguía todavía pareciendo completamente inmotivada. Perfectamente tranquila y sin una lágrima en los ojos, no se le escapaba el menor detalle de cuanto la rodeaba, ni la cómica compunción que en su cara reflejaban las mujeres todas; ni lo colorada que tenía la punta de la nariz Marica la de San Poncio a quien el llanto y el frío se la habían puesto como una cereza; ni la cara de enfermo de Matías que, pálido y ojoso iba andando entre los hombres, delante y a corta distancia de ella, con su extravagante sombrero de fieltro y la negra chaqueta aquella de su traje dominguero que, lejos de venirle como antes de puro tirante estrecha de debajo de los sobacos, le estaba por el contrario tan ancha que le hacía por la parte de la espalda infinidad de arrugas. Y mientras así divagando y fijando la atención, ora en una cosa, ora en otra, iba Mila andando, iba al propio tiempo oyendo lo que a propósito de la muerte del pastor hablaban dos mujeres que estaban a su derecha. Decía una de ellas:

—Fui al hospital a verlo: ¡hija, daba horror!... Además de la cara completamente estropeada, tenía una herida así de grande en el cogote.

Y la otra añadía:

—Y también, según parece, la ropa toda en desorden y la faja medio suelta, como de resultas de haber pretendido asirse con ella de algo.

—Sí —agregaba la primera—, lo que es en la sima aquella, lisa como la palma de la mano, podía el pobre andar buscando dónde agarrarse.

Y proseguía su interlocutora:

—El médico, al parecer, cree que dado lo enorme, tanto del batacazo como de la herida, la muerte debió ser instantánea.

Mientras las mujeres aquellas seguían enfrascadas en su plática, pugnaba Mila por averiguar la razón, no ya de su tranquilidad, sino de su profunda indiferencia. ¿Es que, por ventura, permanecía ante la muerte del pastor impasible...? ¿Es acaso que ni quería ni había querido jamás al hombre aquel que cabalmente tan bueno había sido para con ella? «No por cierto —pareció por fin responderle una voz interior—. Lo que hay es que nada de esto tiene nada que ver con el pastor». Y a Mila se le figuró entonces, no sólo que estaba todavía viendo a aquél, sino que esperándola de pie en el dintel de la

puerta de la ermita, al verla él a su vez penetrar en el patio le preguntaba: «¿Conque venís ya del entierro, ermitaña...? Y ¿qué tal, qué tal?»

Una semana después todavía le seguía, en igual estado de ánimo, pareciendo un imposible, un sueño, la muerte de aquel hombre. Estaba siempre esperando verlo llegar de un momento a otro, dispuesta a consultarle algo o pedirle, como solía, algún favor o consejo.

Un día que en un momento de precipitación se le soltó la cadenita del rosario por habersele enredado en el pestillo de una puerta, pensó al pronto:

—Le diré al pastor que me lo componga.

Otro día que revolviendo el armario encontró un pañuelo de aquél, que sin duda por distracción había guardado allí entre la ropa de Matías, murmuró entre dientes:

—El domingo se lo bajaré...

¡Nada, que no podía hacerse a la idea de que el pastor no era ya de este mundo!

Mas no por esto dejaba de echar Mila de menos, no sólo la mirada aquella que llena de previsión, al par que de tranquilidad, solía infundirle valor en las horas de desmayo, sino la plácida sonrisa que todas sus inquietudes disipaba y la palabra que mágica solía pintarle las cosas lo mismo que si fueran de color de rosa. Antes al contrario, agravándose por momentos cual raro malestar producido por ignorada enfermedad, su vaga melancolía, que iba de día en día en aumento, amenazaba concluir por abrumarla con su peso.

Para colmo de desdichas no parecía sino que Baudilillo, que no había vuelto a poner los pies en la ermita, se había muerto también. Ya no se veía asomar por allí más que a Matías, el cual de vez en cuando subía, a lo mejor, con objeto de traerle los encargos que ella le solía hacer. Estar, empero, con Matías era para ella lo mismo que estar completamente sola. Sentado a un extremo del banco, con los codos apoyados sobre la mesa y sosteniéndose con las manos la cabeza, solía aquél, por lo regular, estar durante todo el tiempo que pasaba en su compañía, cuando no adormilado, meditabundo. ¡Bonita compañía! Aburrida ella, en tanto, de los eternos soliloquios mentales a que se veía condenada, procuraba tirándole de la lengua entablar conversación con él, afanosa de que le contara algo cuando menos de lo que pasaba, más que fuera en el mundo de la hedionda taberna aquella donde él durante el invierno solía pasarse la vida, algo de las negras inquietudes que seguramente le estaban consumiendo. Matías, no obstante, se limitaba distraído a contestarle de mala gana y sólo con medias palabras, como si no se le ocurriese ya ni siquiera alguna de las exageraciones y mentiras a que tan dado siempre había

sido; hubiérase dicho o que apenas sabía hablar o que había perdido por completo la costumbre de hacerlo. Como esto era para ella poco menos que una agonía, sintiendo al par que deseo, verdadera necesidad, no sólo de ver gente, sino de oír la voz humana, se le ocurrió a la pobre mujer la malhadada idea de bajar a la alquería de San Poncio. Desde antes de ocurrir el percance de la desgraciada muerte del pastor, no había vuelto a poner allí los pies. ¿Cómo, pues, la recibirían? La manzana de la discordia, el causante del disgusto había ya desaparecido; las cosas, pues, tanto para ella como para los de la alquería, habían cambiado. Decidida a emprender el camino por la ladera abajo, dirigióse a la azotea con objeto de recoger antes algo que allí se había dejado, cuando alzando de pronto la cabeza acertó a ver en los pinares del Borbollón un bulto negro que en aquel momento cruzaba por entre los árboles.

—¡Una mujer! —pensó al pronto—. ¡Y sola por estos parajes!... ¡Cosa más rara!... Pero no, es un sacerdote —añadió en seguida, saliendo de su error—. ¡Virgen, si es el señor cura!... ¡Adiós paseo!

Entró precipitadamente dentro, cogió un mantel limpio, lo extendió en una de las cabeceras de la mesa y sacando un salchichón y pastillas de chocolate, además de algunos bizcochos, después de bajarse la falda que llevaba recogida, esperó la llegada del señor cura. Mas en vano estuvo allí espera que te espera; pasó una hora, pasaron dos, pasaron tres, y nada, el señor cura no acababa de llegar... «¿Cómo tardará tanto?,» se decía Mila a quien todo se le volvía asomarse a la azotea. «Del Borbollón aquí no hay que digamos una gran distancia».

Decidida a salirle al encuentro, no sólo se echó fuera, sino que hasta anduvo algunos pasos por la pendiente del solano abajo. Pero nada, en toda la tarde no volvió a ver al señor cura.

Mucho la mortificó el desaire de éste. ¡Mira tú que subir hasta el Borbollón y no dignarse siquiera poner los pies en la ermita! ¡Lástima de tarde que había perdido por su causa!

Al día siguiente, bajó a la alquería de San Poncio. Los hombres habían ido a su trabajo y Baudilillo a la escuela; la abuela estaba en cama enferma. Mila se alegró de no encontrar, por consiguiente, mas que a la dueña. Estaba ésta sentada al sol junto a la ventana de la cocina remendando la ropa, apoyados los pies en una sillita baja, con la canastilla de la costura al lado y caladas las antiparras, que llevaba sujetas por encima del pañuelo de la cabeza con una cinta negra; como tenía la vista cansada, Marica para coser solía usar

antiparras. Al oír el Dios os guarde de Mila, alzó los ojos y miró por encima de la roñosa montura de éstas.

—¡Quieta, Marica! —dijo la ermitaña cogiendo otra sillita baja, y sentándose frente por frente de aquélla, fuéle uno por uno preguntando por todos los de la casa.

Como Marica no dejó pregunta por contestar, Mila tuvo ocasión de enterarse de que ya la novia del hijo mayor se había comprado la cómoda, «una cómoda que había costado nada menos que una onza;» de que, como había entrado de monaguillo y se quedaba, por tanto, a comer en casa del señor cura, Baudilillo entonces no volvía a la alquería hasta la noche; de que a la abuela, que padecía de mal de piedra, había dicho el médico que habría necesidad de ponerle una sonda; de que el segundo de los chicos les entraba aquel año en quinta a los de la alquería, lo cual tenía a éstos muy preocupados; de que la *Vermeja*, a consecuencia de un mal parto, había echado un lechal muerto... Mila, que, a pesar de todas aquellas explicaciones, continuaba observando en su interlocutora la misma reserva que semanas antes, comprendía perfectamente, como si una voz misteriosa se lo estuviera diciendo, que no resultaba su visita muy del agrado de la dueña de San Poncio. Pero por más que esta convicción la llenaba de tristeza, no acertaba, sin embargo, a marcharse. No parecía sino que estaba esperando algo, y lo que en efecto esperaba, no se hizo aguardar por mucho tiempo. Como en el curso de la conversación se le ocurriera a Marica mentar de pronto al pastor, olvidando lo pasado y encareciendo además lo mucho que le echaba de menos, a Mila le faltó tiempo para confesar el dolor que su muerte le había causado. El rostro de Marica tomó entonces cierta expresión de fría indiferencia que hizo mucho daño a Mila que jamás la había visto de aquel talante.

—Vosotros, al fin y al cabo, razón tenéis de llorarlo, ermitaña.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Mila con extrañeza.

—Pues... que queriéndoos como os quería.

—Lo mismo que a vosotros... —repuso aquélla con viveza, levantando la cabeza algo amoscada.

—¡Puede..., aunque a juzgar por las pruebas! —repuso Marica.

Y procurando reprimirse, añadió inmediatamente:

—A bien que él el pobre... En fin, Dios le haya perdonado; sabe Dios quién habrá tenido la culpa.

Mila, sin saber por qué, al adivinar en estas palabras un nuevo misterio, se quedó toda acobardada.

—No acierto a comprender lo que me queréis decir, Marica..., si no procuráis explicaros...

—Vamos mujer, vamos, no os hagáis la tonta. —Y sonriendo con la misma fría sonrisita que poco antes, añadió—: Bien suyo era, y pues fue su voluntad disponerlo de este modo, nada hay que decir; sus razones tendría... Vaya usted a saber... Los hombres contraen a lo mejor compromisos que... Lo único que me pone de mal humor es que no haya modo de convencer a la gente de que nosotros no... Hasta el señor cura..., que vuelta y que dale con que a él le había dicho. También a nosotros nos había dicho o por lo menos dado a entender..., el caso es que ver, no hemos visto ni una hilacha.

Mila entonces asombrada empezó a vislumbrar todo el misterio. «¿Cuánto va a que era a la cuestión de intereses a lo que la mujer aquella se estaba refiriendo?»

—¡Válgame la Virgen! —exclamó entonces—. ¿Os figuráis por ventura que el pastor nos ha dejado algo?

—No, si testamento ya sé yo que no lo ha hecho, pero ¿qué más da? Mejor, así se ahorra uno andar pagando derechos.

—Ni con, ni sin testamento hemos heredado del pastor cosa alguna —repuso Mila con enojo—. Es más, ignorábamos si tenía o dejaba de tener. Decís vos que era bien suyo; señal de que estabais mejor enterada que nosotros.

Había tal entereza en el vibrante acento con que pronunció Mila estas palabras, tal firmeza en su mirada, que Marica, un tanto confusa, bajó los ojos.

—Pues no sé... —añadió, sin embargo, insistiendo—; el caso es que a él no se le ha encontrado nada, y no creo yo que sea posible que se lo haya llevado consigo al otro mundo.

—De lo que resulta que necesariamente hemos de ser nosotros los que lo tenemos —dijo Mila verdaderamente indignada.

Marica entonces, al ver que aquélla se encrespaba, amainó.

—Yo no digo tanto; pero... si él tenía cariño a alguna persona..., como el cariño obliga...

Mila entonces acabó por comprender de una vez lo que Marica quería dar a entender: era natural que el pastor hubiese correspondido a cierto género de cariño, o lo que es igual, a ciertos servicios.

—Válgame la Virgen —gimió con voz ahogada, y tapándose el rostro con entrambas manos, rompió a llorar con todas sus fuerzas.

—¡Señor! —dijo entonces Marica toda apurada, dejando la costura en la sillita baja—. ¿A qué viene ahora esto? En substancia, ¿qué es lo que yo os he dicho para que os pongáis así?

Mila, profundamente trastornada, pensaba a todo esto para sí: «Ahora me explico la razón de sus celos y sus enojos. Lo que estos taimados, lo que estos maliciosos se temían, no era sino que pudiese dejarnos algo de lo que tenía».

Y cuando por fin, y después de haberse desahogado un poco, logró reprimir sus sollozos, encarándose con Marica le dijo con acento de profundo resentimiento.

—Tanto a vos como a los vuestros, os tenía en muy distinto concepto, Marica; pero... el haber llegado a figuraros de mí ciertas cosas, no tiene perdón de Dios.

Y habiéndose puesto de pie y después de secarse las lágrimas, añadió con acento lleno a un tiempo de dignidad y amargura:

—Procurad tener presente esto que voy a deciros, y que Dios me mate ahora mismo si no digo la verdad. Yo no he sido nunca la querida del pastor..., ¡nunca! ¿Lo oís Marica? De lo que haya tenido o dejado de tener, allá él se sabrá lo que se ha hecho, que lo que es nosotros, estamos tan inocentes de ello como limpia está de pecado la Virgen María.

Y sin añadir palabra, echando a andar se dirigió a la puerta.

—Pero ¿adónde vais con esa cara? —dijo Marica haciendo ademán de detenerla—. No salgáis de este modo, procurad antes tranquilizaros: ¿qué van a pensar los que os vean?... Por lo demás..., cuando una habla es porque tiene motivos.

Mila se quedó de nuevo mirándola con extrañeza.

—¡Naturalmente!... —añadió entonces aquélla, sosteniendo la mirada—. Vos misma me habíais confesado alguna vez que estabais llenos de deudas... ¿Cómo, pues, si nada os ha dejado, apenas muerto el pastor las habéis pagado todas?

Mila se quedó atontada como si le hubiesen soltado a quemarropa un cañonazo.

—De modo que suponéis que nosotros...

Y luego recobrándose y sonriendo con amarga resignación se limitó a añadir:

—¡Bendito sea Dios!

—Qué, ¿también esto seréis capaz de negarlo? ¡Si me lo han dicho los tenderos mismos!

Mila iba a replicar, pero Marica exasperada no le dio tiempo.

—A la muerte del pastor, en vista de que nada se le había encontrado, se dijo todo el mundo: «En la ermita estará;» y como vuestro marido, ochavo sobre ochavo, hoy a uno, mañana a otro, a todos cuantos acreedores se le echaron encima entonces, ha ido poco a poco pagando, la gente, maliciosa, no ha necesitado de más. Puesto que nadie os lo ha dado, ¿de dónde habéis sacado, de pronto, tanto dinero?

Mila se quedó entonces como herida por un rayo. ¿Por qué razón la estaba persiguiendo tan despiadadamente la fatalidad? ¿Por qué motivo todo por lo visto parecía volverse en contra de ella? Intentó replicar; pero..., mirando fijamente a Marica la de San Poncio, acabó desesperada por llevarse a la boca el pañuelo; empapado en lágrimas, lo apretó con fuerza entre los dientes.

—Quedar con Dios —barbotó al cabo, temblándole los labios, y saliendo precipitadamente, dejó plantada a Marica que la había seguido hasta la puerta de la finca.

Dada a todos los diablos llegó a la ermita.

—¿Por qué, por qué se le habría ocurrido a Matías pagar en semejante ocasión? ¿Cómo no le había dado Dios una chispa siquiera de caletre o de malicia? Y esto aparte, ¿cómo se le había ocurrido al pastor marcharse de este mundo? Si tanto la quería, ¿cómo se explicaba que en vez de dinero, en vez de la herencia que la gente suponía, no le hubiese dejado más que disgustos? Dios, según él, volvía siempre por los fueros de la verdad. ¡Ah, si era ese el modo de volver por ellos...! Y convulsa, se tiraba de los pelos y se mordía los puños.

Cual fiera que, malherida, se dispone, acorralada, a morir, decidió no volver a descender de la montaña. La demás gente la trataría seguramente como la habían tratado los de San Poncio a quienes el miserable interés tan ruines había vuelto. A la calumnia, que como la grama dondequiera arraiga, difícilmente se la logra descostar. Torpemente calumniada, no se sentía con valor para que anduviera en lenguas su mala fama y la señalara dondequiera la gente con el dedo. Si habían de afrentarla, que no fuese en su presencia; si la habían de calumniar, que no llegase, a lo menos, a sus oídos la calumnia. Que volviera Matías a hacer de cosario cuidándose de subir cuanto hiciese falta para la casa; que ella, allí se estaría eternamente encerrada, muerta en vida.

A los dos días de haber formado Mila este firme propósito, una visita de Baudilillo vino a desbaratarlo por completo. No subía esta vez a verla por natural y propio deseo, sino de orden del señor cura y con el encargo de decirle que así que pudiera hiciese el favor de bajar a la casa rectoral. Como

al preguntar si sabía lo que le quería el señor cura, el rapaz contestara que lo ignoraba, Mila, que vivía en continua zozobra, se apresuró a retirar del fuego la comida, y echando a andar tras el chico, a Muros se encaminó preocupada y con el corazón en un puño.

Estaba el señor cura en su despacho, solo y repantigado en su poltrona detrás de la mesa de escribir. Al ver a Mila la mandó pasar, rogándole que entornara la puerta.

—Sentaos, sentaos, ermitaña... Os he mandado llamar porque tenía precisión, sí, tenía precisión de deciros cuatro palabras. Hace pocos días fui allá sí, fui allá arriba con la intención de veros, pero... francamente, no me decidí, no me decidí a entrar en la ermita. Repugna, sí, repugna el tener que tratar de ciertas cosas, pero... como ayer la madre del monaguillo volvió a hablarme del asunto...

No bien oyó mentar a Marica, Mila, palideciendo, se quedó yerta, sentada en el borde de la silla en la actitud del reo a quien van a notificar la sentencia. ¿Qué había pasado después? ¿Qué fue lo que durante su conversación hubo de decirle el señor cura, que tan profunda impresión había dejado en su ánimo? Aunque hubiese querido, no hubiera podido precisarlo. No recordaba sino que había sido sometida a una especie de interrogatorio judicial, erizado, no sólo de preguntas y respuestas intencionadas, sino de sorpresas y crueles revelaciones. De todo aquel tejido de emboscadas y sutilezas, no había logrado sacar en claro sino que el pastor tenía cuartos, «muchos cuartejos,» los cuales llevaba consigo, en un doble cinto de cuero, debajo de la faja de lana; que a pesar de que el señor cura —puesto que aquél le había dicho de palabra que en caso de muerte dejaba, en memoria de su mujer y de su hijo, la mitad del referido dinero a la iglesia y la otra mitad al pequeño, o sea a Baudilillo—, había, después de ocurrida la desgracia, presenciado, desde el levantamiento al sepelio, cuantas diligencias se habían practicado con el cadáver, ni él ni nadie, habían visto parecer por parte alguna ni cinto ni dinero; que era cierto que Matías había ido poco a poco pagando todas sus deudas, y finalmente, que si por casualidad había alguien que conociera el paradero del repetido dinero, estaba en el deber de declararlo, so pena de incurrir en pecado mortal; pues si el mero hecho de callar equivalía a defraudar a la iglesia y a «una inocente criaturita,» el de confesar implicaba, en cambio, el perdón, pues «Dios usa de misericordia con el pecador que de todo corazón se arrepiente de sus culpas...»

Durante la perorata del señor cura, que a causa de los muchos rodeos y repeticiones que solía aquél emplear, resultó bastante más larga de lo que el

caso requería, a Mila un sudor se le iba y otro se le venía, pues a pesar de las protestas de que «se la interrogaba por sí, como durante tanto tiempo habían ellos vivido en compañía del pastor, sabían por casualidad algo tocante al asunto,» harto comprendía que, como en la alquería de San Poncio, en la casa rectoral se venía desde un principio sospechando de ellos.

Ella, prescindiendo de todo respeto y jugando el todo por el todo, había negado de nuevo, y había negado no sólo llena de ardimiento y dignidad, sino exasperada ante la magnitud de la ofensa. Mil veces estaba dispuesta a repetirlo; no sólo no sabía nada, sino que no tenía en su poder nada que hubiese pertenecido al pastor. Podían sostenerlo dondequiera con la cabeza muy alta. ¡Era probable que no todos pudiesen hacer otro tanto!... No sería difícil que alguno de los que más se quejaban, estuviese bastante más enterado que ellos... Al fin y al cabo, cuando ocurrió la desgracia hacía ya días que el pastor no vivía en la ermita...

Y agitada, alterada, descompuesta la voz y reconcentrado el ardor todo de su corazón en la fúlgida mirada de sus claros ojos, estuvo con tenacidad de monomaniaco repitiendo que no sólo era una mujer honrada, sino que ponía a Dios por testigo de su inocencia.

El señor cura, que fijos los ojos en ella, la había estado oyendo con gran atención, después de hacerle ademán de que se tranquilizara, acabó por declararle que «la tenía por mujer de bien,» añadiendo que «él hacía poco caso de las hablillas de la gente». Pero cuando algo más tranquila, gracias a tal declaración, confesó francamente la pasión de Matías por el juego, insinuando, por vía de prueba definitiva de su inocencia, la procedencia probable del dinero con que aquél había pagado sus deudas, retirando su mano temblorosa y deponiendo su actitud tranquilizadora, el señor cura adoptó de nuevo cierta reserva.

—Ya, ya sabía algo, y por eso, por eso precisamente... Porque, vamos a ver, ¿qué puede esperarse, qué, de un hombre encenagado en el vicio?... La pasión por el juego conduce a toda clase de delitos; como dice el refrán, «ladroncillo de agujeta...» Es verdad que ahora no juegan: hemos logrado, a Dios gracias, conseguir que se les prohibiera, porque vamos, era una perdición, sí, una verdadera perdición..., pero no creo yo que desistan del todo; es fácil, sí, es fácil que vuelvan a las andadas, y entonces vos, con disimulo, ermitaña, lo que debéis hacer, es vigilar, sí, vigilar... No es que yo crea que..., pero en fin, nadie está libre de que le asalte a lo mejor un mal pensamiento... Si vos, que sois una mujer de bien, descubrieseis por

casualidad..., sin temor..., porque un confesor, sí, un confesor..., ¿comprendéis...?

Mila salió de la casa rectoral más anonadada todavía de lo que había salido de la alquería de San Poncio. «¡Ladrones, Dios del cielo! ¡Ladrones ellos, y todo por la mala conducta de Matías!» Y el caso es que a pesar de verse así tildados, no había medio de probar su inocencia, que ella hubiera querido que resplandeciera como el sol de mediodía. La afrenta aquella pesaría indudablemente sobre ellos por toda una eternidad. ¿Acaso no acababa el propio señor cura de proponerle que se convirtiera, no sólo en fiscal, sino en denunciadora nada menos que de su marido?

Aquella noche, precisamente, a éste para mayor desdicha se le ocurrió subir a dormir a la ermita. Al contemplarlo Mila sentado junto al hogar, silencioso y pensativo, comprendiendo perfectamente el motivo en virtud del cual solía de un tiempo a aquella parte subir con mayor frecuencia, se dijo para sí:

—Ahora me explico la razón por la cual se está volviendo de día en día más raro. Como no puede jugar, claro, no sólo sufre, sino que además se aburre como chiquillo contrariado.

Y aunque estuvo poco menos que en un tris que no le reprochara su conducta dándole, como con un látigo, con ella en cara, procuró, sin embargo, contenerse. ¿Iba acaso a adelantar algo con hacerlo? Seguramente que no. Además, dada su insensatez y caso de enterarse de lo que estaba pasando, consideraba a Matías muy capaz, no sólo de hacer alguna majadería, sino de agravar su situación. Avezada como estaba, de algún tiempo a aquella parte, a no confiarse a nadie, procuró por una vez más reservar sus impresiones, a bien que de aquella vez quedaba ya colmada la medida.

Todo en Mila había ido poco a poco desapareciendo, primero la consideración que pudo en un principio merecerle su marido, después el afecto, más tarde la paciencia y en aquel instante acababa finalmente de romperse el último eslabón de la cadena: la resignación.

El hombre aquel no le inspiraba ya más que menosprecio y repulsión, exasperada y recrudescida durante las últimas veinticuatro horas. Su modo de andar, su mirada, su voz y aun su misma respiración, le resultaban tan insoportables, que sólo con verlo se alteraba y ponía fuera de sí. Llegadas ya las cosas a este extremo, la vida en común se le hizo inaguantable. Durante el día, menos mal; mientras él estaba ausente, ella, entretenida en los quehaceres domésticos, se sentía un poco más tranquila; mas de noche, en cambio, aunque recatada en la sombra, era en el lecho conyugal inmensa su tortura.

No bien, medio dormida, se daba cuenta del más ligero roce, del más leve contacto, se despertaba convulsa.



Y COGIENDO SUS ROPAS SE MARCHABA Á VESTIRSE Á LA COCINA

Lejos de descansar como antes con el apacible sueño del animal bien cebado, solía por el contrario Matías tener, de algún tiempo a aquella parte, un sueño intranquilo y agitado. Presa de una excitación nerviosa que le obligaba a estar dando vueltas y rasca que te rasca, sacudía a lo mejor las piernas, lanzando ahogados quejidos como niño acongojado. «Ahora, ahora va a despertar,» decíase a cada movimiento de aquellos su mujer que, llena a un tiempo de aprensión y repugnancia, se iba poquito a poco deslizando y retirando cautelosamente. Una vez en el borde de la cama, inmóvil y oprimido el corazón, allí se quedaba sin atreverse a respirar siquiera, por miedo al despertar del hombre aquel, que para ella equivalía a una catástrofe terrible. Cuando veía, por fin, asomar por las rendijas de la ventana la primera claridad del día, apresurábase a saltar del lecho y cogiendo sus ropas se marchaba a vestirse a la cocina. Además de volver a desmejorarse, como tiempo antes le había acontecido, sus grandes y verdes ojos, mayores que de ordinario, amenazaban, cual los del señor de Peñalisa, acabar, de puro grandes, por comérsele toda la cara.



XVII

SOSPECHAS

Habiendo Mila sabido por Matías que aquel día comenzaba la fiesta chica de Muros, allá se encaminó por la tarde con objeto de ir a echar un vistazo por el baile. La plaza vieja parecía propiamente una colmena, tal era allí la aglomeración de gente y tanto el ruido. Racimos de vistosas mujeres elegantemente ataviadas presenciaban con olímpico empaque las sardanas desde los balcones. Mila, un tanto mareada, fue a cobijarse en los bajos y abovedados soportales de cuadrangulares pilastras, cuyos zócalos, constantemente regados por perros y chiquillos, despedían cierto olorillo ingrato como el de las cloacas.

Como por un lado tenía delante dos o tres filas de hombres y mujeres que allí plantificados y de espaldas a ella le impedían ver la plaza, y por otro, o sea por la parte de detrás, la gente que en incesante vaivén se cruzaba le estaba continuamente empujando y pisando la falda, no tardó en decidirse a

quitarse de allí. Encajonada entre aquellas dos murallas de gente, la inmóvil de delante y la movediza de detrás, y percibiendo sin cesar las pestilentes emanaciones que allí se respiraban, comenzó al poco rato a sentirse molesta y aburrida. Aquello no era divertirse. Bien mirado, para no ver nada, era preferible respirar el aire puro, a estar recibiendo continuos pisotones. Y procurando como Dios le dio a entender zafarse de aquel barullo, se dirigió antes de volver a la ermita a hacer algunas compras.

Al embocar la calle de Francia se topó con los músicos que, terminada la primera parte, iban a echar unas copas. Como eran casualmente los mismos que habían estado tocando en San Poncio, el del fiscorno apenas la vio le dijo a voces desde lejos: «¡Adiós, hermosa!» El músico aquel cuya cabeza parecía una alcancía de barro tenía el cómico vicio de estar constantemente guiñando el ojo derecho con aire picaresco. Mila no pudo contener la risa, recordando que el día de San Poncio el mozo aquel, creyéndola soltera, la había estado obsequiando.

Gracias al inesperado encuentro, se le había disipado un tanto el mal humor que en la plaza había comenzado a sentir.

Matías, que la andaba espiando, le fue a salir al paso a la entrada misma del pueblo.

—¿Qué, ya te vas?

—Sí; ¿vienes tú?

Matías se rascó el cogote.

—¿Ahora?... Es temprano... Vaya, cuando acabe el baile..., después de cenar... Va a haber, según dicen, una marcha de antorchas muy lucida...

Mila pensó: «te veo venir».

—Y querrás quedarte, ¿verdad? —dijo mirándolo fríamente.

—Un rato no más...

—Bueno; quédate —le respondió con naturalidad—. ¡Adiós! —y se alejó con paso ligero y decidido.

—Ya subiré, ¿oyes? —añadió gritando.

Y cuando ya la creyó demasiado lejos para que pudiera regañarlo, agregó de un tirón:

—Como ya será algo tarde, no me esperes ¿eh? Ya llamaré.

¡Qué había de esperar! Una noche sola, una noche libre. ¡Qué gusto!

Y *tris...*, *tras...*, *tris...*, *tras...*, emprendió el camino por la cuesta arriba pensando aún en el músico. Debía de tener el tal sujeto un excelente carácter; la cara aquella no podía por menos que predisponerlo a la alegría como predisponía a los demás; a ella, por ejemplo. Mirarlo y tener que soltar la

carcajada era todo uno; y de seguro que si cien años se estaba contemplándolo, cien años se estaría riendo. ¿Por qué razón la habría tomado por soltera? A ella le parecía que no tenía traza de tal. Hoy, además, la había llamado hermosa, y tampoco se tenía por hermosa en la actualidad. Nada, lo dicho; de fijo que al hombre aquel, que indudablemente se conformaba con poco, todo le parecía bien. Era una suerte tener un carácter así...

Y distraída en semejantes cavilaciones, se encontró, sin darse cuenta, en lo alto de la montaña. Anohecía. Penetró en el corral y a tientas fue sacando los huevos de los nidales. Había dos..., tres..., seis..., siete. Apenas le cabían en las manos; con las dos ocupadas dirigióse, después de subir la escalera, al cuarto del campanario para colocarlos en la cestita. Una vez allí, hizo el recuento de todos: no le faltaba más que uno para tres docenas. Como se estaban vendiendo a cinco reales, valían cinco..., diez..., quince reales. ¡La semana, pues, había sido buena!

Cuando hubo tapado los huevos, se trasladó a la otra alcoba, donde se cambió la ropa; después, dejando al pasar entornados los postigos de la sala, se dirigió a la cocina para encender la lumbre y el quinqué. Como estaba ya hecha la cena, no había más que calentarla. Bajó de nuevo abajo para atrancar antes la puerta del patio. A la parte de fuera cantaba un grillo con canto persistente y agudo. Sin que acertara a explicarse la causa, el canto aquel, por virtud sin duda de alguna misteriosa relación, le hizo sentir antojos de comer caracoles. —«Lo que es mañana no me quedo yo sin comerlos»— pensó haciéndosele la boca agua. A todo esto había cerrado la puerta. Cuando la tuvo bien asegurada, volvió casualmente la cabeza, y lanzando de pronto un gran chillido, dio un salto extraordinario. No era para menos, dado su natural asustadizo; en la sombra del corral le había parecido ver algo que se movía. Miró de nuevo y... ¡nada!... «Los nervios,» como hubiera dicho el pobre pastor. Lanzóse, sin embargo, escalera arriba. Cuando iba por la mitad, el miedo le hizo volver de nuevo la cabeza. ¡Oh Dios! ¡No fue entonces chillido el que soltó ni salto el que llegó a pegar! Dando con voz ahogada un verdadero alarido, de un brinco y despavorida se plantó en lo alto de la escalera. Un bulto que surgió de entre las tinieblas se precipitó tras ella. Ni siquiera tuvo valor para entornar la puerta de la cocina. De pie en el dintel de la misma, apareció un hombre. Ella, helada de espanto, corrió a parapetarse detrás de la mesa.

—No tengáis miedo... —balbuceó una voz ronca; y a la escasa luz del quinqué, Mila distinguió en la obscuridad de la penumbra un bulto de color

pardusco que se movía. Si en aquel momento la pinchan no le sacan de seguro una gota de sangre. El sujeto aquel aventuró dos pasos hacia delante.

Mila al ver que avanzaba hacia ella, lanzó un agudo chillido.

—¿Qué queréis? —preguntó.

El advenedizo entonces deteniéndose contestó:

—No tengáis miedo... ¡Hu, hu, hu!

Y metiéndose la mano por la pretina del pantalón, se rascó como una bestia.

Transcurrieron unos segundos; después el hombre aquel carraspeó, vaciló y estremeciéndose de pies a cabeza, balbuceó roncamente:

—¡Hu, hu, hu!... Deseaba deciros..., si vos quisierais...

Y la voz se le quedó como atascada en la garganta.

Mila, que estaba temblando como la hoja en el árbol, haciendo un supremo esfuerzo pudo añadir:

—¡Salid..., salid inmediatamente!

Pero él, que, inmóvil, parecía haber echado raíces en el suelo, se limitó a alargar su hirsuta mano semejante la garra de un mono, y en la que algo brillaba con amarillo fulgor.

—¿Queréis?... ¿verdad que sí?... ¿verdad?

Y arrojó a los pies de Mila una moneda de oro que rebotó con sonoro retintín.

Ella, que a la vista de la moneda había retrocedido hasta la pared, se quedó allí pegada como si acabara de aparecérsese un monstruo.

Los escondidos ojos del hombre aquel brillaban bajo las velludas cejas, con una expresión exactamente igual a la de aquellos con que allá en los bancales de los almendros había cierto día tropezado al despertar.

—¿Queréis dos?... —murmuró—. Os las doy.

Y otra moneda cayó rodando bajo la mesa.

—¡No, no! —exclamó vivamente la pobre mujer, pegada de espalda a la pared—. ¡Salid..., salid!

Él, no obstante, lejos de salir avanzó un paso más. Respiraba anhelosamente y temblaba de pies a cabeza como picado de la tarántula.

—¿Cuántas queréis entonces...? —agregó, dilatadas las aletas de la nariz—. ¿Todas acaso? ¿Las queréis todas...?

Y sin aguardar respuesta, fue arrojando a los pies de Mila monedas y más monedas.

Ésta seguía en tanto muda e inmóvil; rígida y sin aliento, parecía como fascinada ante aquella lluvia de oro que sonaba al caer con vibrante sonido.

Pero de repente deshechizada por la propia violencia del terror y como si le hubieran brotado alas en los pies, se lanzó despavorida hacia el salón sumido en las tinieblas.

No sólo, según iba huyendo percibió con toda claridad el rugido que burlada lanzaba la fiera aquella, sino que por la violencia de su resuello comprendió perfectamente que se le estaba por momentos viniendo encima. Perseguida sin descanso y delatada en la huida por el ruido de sus propios acelerados pasos, cruzó como una exhalación por el cuarto del campanario, se deslizó por la escalerilla de la capilla, atravesó ésta y siempre entre tinieblas, logró al cabo llegar a la portezuela situada tras el altar mayor; mas al ir a trasponerla, algo se le enredó de pronto entre los pies, y la infeliz, entonces, lanzando un penetrante grito, cayó rodando sobre el pavimento...

Al recio golpetazo de la caída no sólo creyó morir, sino que se quedó deslumbrada por el súbito brillo de mil raros fulgores que surgieron de pronto ante sus ojos; mas antes de perder el conocimiento por completo, tuvo todavía ocasión de sentir cómo, cayendo sobre ella, iba hundiéndose en sus carnes, al par que la hirsuta garra, el cálido resuello de la fiera.

Después de haber permanecido largo rato sentada en el suelo Mila se puso de pie: mientras su cerebro estaba como obscurecido por tupida niebla, fulguraban en cambio ante sus ojos una infinidad de manchas de colores diversos. Tentando con los pies el suelo, atravesó la habitación contigua al altar mayor, y una vez en la inmediata, la que como se ha dicho estaba, llena de trastos, empujó suavemente la puerta del corral. Frente por frente, destacábase a través de la sombra el arco que daba acceso al patio y por el que penetraba la tenue claridad de la serena noche. En el fondo veíase la puerta forana abierta de par en par. En medio de la soledad y calma de la noche, aquella puerta, abierta conforme estaba, infundía pavor. A la parte de fuera, el grillo seguía en tanto entonando su persistente a la vez que monótono canto. Mila subió la escalera. Al extremo de la galería descubierta, la puerta de la cocina estaba también abierta de par en par. El hueco de la misma, iluminado desde dentro por el quinqué, aparecía como una mancha amarilla y fosfórica cuyos destellos iban a chocar contra la pared frontera en cuya grisácea blancura se reflejaban. Aquel fulgor dorado le trajo a Mila a la memoria el oro que hacía poco había visto rodar a sus pies.

Penetró en la cocina: el suelo estaba completamente limpio. El asesino que había recogido de nuevo su caudal antes de marcharse, no había dejado más rastro que la húmeda huella de una alpargata junto al dintel...

Mila se miró las manos que se sentía pegajosas: las tenía llenas de sangre; de soslayo vio que tenía también manchada de rojo la toquilla de lana suiza que llevaba al cuello... Después de encender un cabo de vela que había en un ángulo del fregadero se dirigió a la sala. En las baldosas podían distinguirse, bien que borrosas húmedas aún..., una..., dos..., tres huellas de alpargata. Levantó la vela para mirar el reloj; señalaba las nueve y cuarto; su *tic-tac*, continuado y persistente como el canto del grillo se le antojó en aquel momento algo burlón.

Entró en el cuarto y se acercó al espejito. Las nubes que empañaban su cerebro se enrojecieron de pronto como celajes iluminados por el sol poniente. Después de permanecer unos segundos con los ojos cerrados, fijó de nuevo la mirada en el espejo; como las manos, como la toquilla, como las nubes aquellas, su cara toda estaba también ensangrentada; y en la roja mancha de su rostro reflejado en el espejo, pudo distinguir una herida, un desgarró que le cogía desde la mitad de la mejilla derecha hasta por debajo de la mandíbula inferior. Entonces fue cuando comprendió la causa del vivo dolor que había experimentado a la caída.

Sin duda había dado contra el perno saliente de algún viejo retablo arrinconado en el trasaltar. Al lavarse con alcohol la herida, tan vivo fue el escozor que éste le produjo, que se le saltaron las lágrimas. El temor de desmayarse la obligó a suspender la cura; volvió después a mirarse al espejo. Aunque la herida no era muy profunda quedaría seguramente señalada para toda la vida. Después de haberse cambiado tanto el pañuelo de la cabeza como el del cuello, se lavó las manos. Cual si algo la estuviera aguijoneando, sentíase como impelida a echarse fuera de casa. Apagó la vela y atravesó la sala. Hacía una noche tan agradable, que parecía talmente de primavera. La claridad era tanta, que pudo perfectamente distinguir en lo alto del muro de la cocina la redonda cara del reloj de sol, cuya plácida sonrisa se le antojó perfectamente igual a la del músico aquel del fiscorno cuya fisonomía recordaba la figura de una alcancía de barro. Como la puerta del patio, abierta todavía de par en par la convidaba a salir, Mila se echó fuera. Pareció que desprendiéndose del horizonte, el firmamento se apresuraba a envolverla con su manto... Ofrecía la noche un aspecto maravilloso: el titilante centelleo de los astros que brillaban con extraordinario fulgor inundaba el espacio de inefable claridad.

Sin sombra de temor Mila fue en derechura a sentarse en una pequeña prominencia que había a corta distancia de la solana. Ella de ordinario tan apocada había perdido por completo el miedo. Nada después de lo pasado

tenía ya que temer... Allí se estuvo, pues, apretadas las piernas una contra otra, con el codo apoyado sobre la rodilla y sostenida la cabeza con una mano, en la que tenía un pañuelo con el cual se cubría al propio tiempo la herida de la frente.

Erguido allí ante ella, el Peñón Grande parecía uno de tantos girones que oscuros y sin una estrella se veían en el espacio. Algo más abajo, grandes masas de formas vagas nadaban en la obscura penumbra, preñada de misterio. No parecía sino que de la penumbra aquella brotaba, cual brota del pebetero suave aroma, el profundo silencio que, henchido de muchas armonías, todo lo llenaba. En los instantes aquellos nada más grato para Mila que el absoluto silencio que se extendía en derredor. El más leve ruido le hubiera con seguridad causado daño, hubiera quizá llegado a producirle dolor físico. Tanto es así, que habiendo de pronto el grillo aquel, que poco antes parecía infatigable, cesado de improviso de cantar, sintió como cierta gratitud hacia él, si bien de pronto le asaltó la sospecha de que tal vez ella misma le había quizá aplastado en el momento de salir de casa. «¿Será acaso pecado —se le ocurrió entonces pensar— dar muerte a un grillo? Los grillos tienen vida, y una vida, aunque sea la de un grillo, es al fin y al cabo una vida. Truncarla, impedir que alcance su término natural es, por consiguiente, el mayor daño que puede hacerse a un grillo que, lo propio que cada uno de cuantos seres la tierra sustenta, no tiene más que una vida..., una tan sólo..., ¡lo menos que se puede tener! Mas cabe también, que sin querer se desbarate a lo mejor esa vida, que se la trunque como ella, sin ir más lejos, podía casualmente haber truncado la del grillo aquel. ¿Habría en caso tal algún remedio, alguna compensación?...» El dar muerte a un grillo era probablemente pecado, y pecado sin duda mayor que otros que hasta entonces se le habían antojado muy grandes... El discernir qué cosas son pecado y qué cosas no, cuestión era que la había preocupado constantemente, y rumiándola entonces de nuevo, como si su mente después de dilatarse hubiese concluido por adoptar la forma semiesférica de la bóveda estrellada, Mila sentía que, volando hacia el infinito, sus ideas se iban poco a poco alejando, no obstante lo cual ella, núcleo central de aquel vastísimo entendimiento que todo lo abarcaba, no sólo comprendía sin esfuerzo cuanto hasta entonces no había alcanzado a comprender, sino que veía tan claro y transparente el lado antes sombrío del pasado, que no acertaba a explicarse la ceguera en que hasta aquel momento había vivido. ¿Cómo, sin ir más lejos, no se le había ocurrido en tanto tiempo que un *mal bicho* como aquél tenía por necesidad que jugarle alguna mala pasada? ¿Cómo no se había dado cuenta de que desde el día mismo que la

conoció, desde el instante mismo que la sorprendió en la capilla en el preciso momento en que acababa de bajar de limpiarle el muslo al angelote aquel de madera, la venía acechando? Y en esto, no sólo se lo imaginaba plantado todavía ante ella, contemplándola silenciosamente y como asombrado, sino que descubriría perfectamente, en su aviesa mirada y en el instante mismo en que empezaba a germinar, su solapada y dañina intención. Y recordando la conducta por él observada a partir de aquel instante, en todos y en cada uno de sus actos veía una clara profecía del golpe terrible que había de asestarle. El pastor había procurado tranquilizarla: «Nada temáis mientras yo viva,» le había dicho. ¿Cómo no se le había ocurrido que el otro, equivocado como ella misma en punto a la índole del afecto que el primero sentía hacia ella, a fin de poder abordarla sin temor, había de procurar quitarlo pronto de en medio? La verdad es que tanto ella como el *otro* se habían equivocado por completo. No, el pastor jamás la había querido como quiere el varón a la mujer. Harto lo comprendía ahora; no, no había sido, en verdad, la edad de aquél, ni la preservadora virtud de su amuleto, ni una serenidad, en fin, superior a la del resto de los hombres lo que entre ambos se había interpuesto, sino una sombra, el indeleble recuerdo, el respeto que aquél sentía, por la memoria de otra mujer, de la mujer propia, de la antigua criada de la alquería de San Poncio.



ALLÍ SE ESTUVO, PUES, APRETADAS LAS PIERNAS UNA CONTRA OTRA

Y entonces, iluminada su mente por mayor y más completa clarividencia, le parecía estarlos viendo, aunque ya difunta ella, él con vida todavía, renovarse, eternamente juntos, como cuando eran ambos de este mundo, sus firmes promesas de amor, unidas sus almas en connubio indisoluble.

Un prolongado silbido de la lechuza del campanario vino a interrumpir las meditaciones de Mila. A ésta le pareció que, al surcar el éter, el silbido aquel había dejado en el espacio un tremendo desgarró, semejante al que el perno del retablo le había producido en la mejilla. No sería extraño que también en el éter quedara como en ésta alguna cicatriz. Para ella todo lo existente tenía que dejar alguna huella. ¡La creación entera estaba, pues, sembrada de huellas invisibles!...

Sin quitarse la mano de la cara, Mila se enderezó. Como el codo que hasta entonces había tenido apoyado en la rodilla, le había dejado un punto dolorido y como impreso en el hueso de la misma, colocó debajo de aquél la otra mano a guisa de almohadilla y se quedó de nuevo inmóvil como si estuviera paralítica.

Y en tanto la noche, henchida de mística belleza, la iba poco a poco envolviendo en los pliegues de su manto, ella, como si toda la sensibilidad se le hubiera quedado reducida a dos solos puntos, el de la rodilla y el del botón de fuego que le quemaba las entrañas, permanecía distraída y absorta. Al melancólico fulgor de la luna que acababa de aparecer, iba todo, a la vez que aclarándose, tomando un tinte cerúleo parecido al de las aguas del mar. Sobre el color uniforme del fondo se destacaban los principales términos del paisaje que, como presentaban idéntica entonación, no alteraban en nada la suave monotonía del conjunto; las balsas de agua pluvial que estaban allí cerca y cuyas tranquilas linfas semejabán enormes esmeraldas; los dos cipreses que a la entrada de los bancales, altos y desgredados como nunca se abrazaban en silencio allá en la altura cual gigantes que se despiden para la eternidad; el Peñón Grande cuya intensa mancha azulada se destacaba apenas del lienzo del firmamento, merced a cierta tenue fosforescencia, a cierto vago y poético resplandor que como una aureola parecía emanar de las leyendas encerradas en su propio seno; el blanco muro de la cocina del santuario, que aparecía a la luz de la luna teñido de un azul eléctrico crudo y brillante; y... nada más apenas, pues pinares, cuevas, hondonadas, lejanías, el resto, en una palabra, del paisaje, aparecía como sumido y disuelto en un tranquilo piélago inmenso y silencioso...

El ruido producido por el recio aleteo de un pajarraco nocturno que cruzó de pronto el espacio, turbó de improvisó el silencio. Una estrella errante surcó

casi al mismo tiempo el firmamento, y describiendo un arco luminoso, fue, en dirección a la Niña, a caer allá muy lejos.

—Viendo el pájaro éste y esta estrella, el pastor —pensó Mila— ya habría sacado un cuento... ¡Era todo un sabio el pastor!... No parecía sino que Floridalba le había otorgado el don aquel que había prometido al penitente que jamás había conocido mujer... Y no sólo era un sabio, sino que, como si de antemano conociera el porvenir, jamás se equivocaba.

Absorta en sus meditaciones le vinieron de pronto a la memoria las advertencias que aquél, frunciendo el ceño preocupado y como si previera lo que había de ocurrir, en distintas ocasiones le había dicho: «¡*Cuidao* con ese hombre, ermitaña, es el bicho más malo de la sierra!...» y luego... «¡Buena la hemos hecho! El pájaro ese de mal agüero anda rondando la ermita...; esto me da mala espina. En verdad que —solía por fin añadir— esto precisamente es lo único que me hace andar alerta... Como llegara a caer en sus manos, ¡buena me esperaba!...»

Mila en su fuero interno se había siempre reído de los temores aquellos; entonces era cuando se daba cuenta exacta de su verdadero valor, cuando ya era tarde, cuando tanto ella como él... Porque el pastor había muerto a manos del Duende; Mila estaba tan cierta de esto como si lo hubiese visto con sus propios ojos: el retintín de las monedas de oro que habían caído rodando a sus pies, habían sido para ella una completa revelación, y el retintín aquel no mentía... Y por este estilo iba recordando otra porción de detalles aislados que a raíz de la desgracia se le habían quedado como grabados en la memoria: «todo despechugado...», «la faja suelta...», «una herida en el cogote...», «el rostro aplastado...», «todo manchado de barro...» y «sin cinto...» ¡*Sin cinto!*... No, a ella que no le dijeran..., el pastor no se había despeñado: demasiado conocía, a la par que la seguridad de su cabeza, la prudencia que en todos sus pasos guiaba al hombre aquel... No, no era que hubiese resbalado; era que acometido por la espalda había sido empujado al abismo por una mano perversa... Sí, no cabía duda; había sido acometido por la espalda; ya él mismo parecía presentirlo cuando refiriéndose al Duende solía a lo mejor exclamar: «Yo no sé por qué, pero es lo cierto que él a mí me tiene más *mieo* que a la cruz el diablo..., *enjamás* se ha *atrevido a mírame* cara a cara con sus ojos de búfalo...» Como cuando el disparo de la Cresta del Trasgo, el Duende había seguramente obrado a traición... El brusco asalto de la fiera en acecho, el golpe certero que le había hendido el cráneo, habían sido los que habían precipitado al pastor por la quebrada aquella «lisa como la palma de la mano...» Caería seguramente de bruces, rodaría hasta el fondo...,

y por eso tenía el rostro magullado y lleno de barro... El médico había afirmado que «había muerto en el acto...» Ya cadáver, ¿qué costaba andar volviéndole de arriba abajo para robarle el cinto?...

¡Pobre pastor! El Duende y sólo el Duende le había asesinado. Mas como nadie sospechó la verdad, la cosa quedó así: «se ha despeñado,» pensó todo el mundo, y... y allí estaba el mal bicho aquel, no sólo campando por sus respetos, sino acechando seguramente la ocasión de tropezar con un nuevo pastor y con alguna otra ermitaña...

Mila, que sintió de pronto en las entrañas un botonazo de fuego que le escoció bastante más de lo que le había escocido el alcohol en la herida de la mejilla, se estremeció convulsa. Un súbito recuerdo heló la sangre en sus venas; acababa de venirle a la memoria el ruego aquel que llena de fervor había en cierta ocasión dirigido a San Poncio al probar el agua del Borbollón. De pronto le pareció estar viendo todavía al santo, tal y como en sueños se le había presentado, esto es, mirándola con su sonrisita burlona y moviendo al reír su repulsivo y abultado abdomen de mujer encinta... ¡Ah, lo que es a ella San Poncio jamás la había querido! Y estremeciéndose nueva y vivamente de terror, se quedó con los ojos cerrados y los muslos fuertemente pegados el uno contra el otro...

En esto *cri, cri, cri*, cantó de nuevo el grillo, repitiendo con fuerza allí cerca al pie de las balsas su eterna nota seca y penetrante, áspera como el toque del clarín.

Mila, que volvió la cabeza, en vano trató de descubrirlo al través de la penumbra azulada. ¡Menos mal que no lo había aplastado!... Tratábase al cabo de un ser viviente que no había, de seguro, de disfrutar más que de una vida... ¿Una y no más?... ¿Sería esto verdad?... Y el recuerdo del pastor acudió nuevamente a su memoria.

Solía con gran frecuencia hablar aquél de otras vidas, de vidas anteriores a la actual que no era más que una especie de continuación de aquéllas. Cuanto, según de sus relatos se desprendía, en los pasados siglos había existido, seguía en la actualidad existiendo: está el espacio todo poblado de visiones y espectros que, libres de la envoltura corporal que en otro tiempo les diera forma perceptible, no sólo vagan errantes entre el cielo y la tierra, sino que intervienen por secreto modo en los acontecimientos todos de este mundo...

Y enfrascada en sus cavilaciones Mila vio entonces con la imaginación cruzar por la hondonada, cual azulado fulgor de un fuego fatuo, el alma del viejo aquel tan viejo condenado, en medio del eterno escarnio de las trompetillas, a la eterna nostalgia de amores imposibles. Y tétricas y confusas,

como si fueran de almas en pena, le pareció de pronto oír voces lejanas, dolientes gemidos sin duda, de las cabezas aquellas del cuento del pastor que, separadas en el Puente del Golpe de sus respectivos troncos, al ser por la corriente, enrojecida por su propia sangre, lanzadas contra los estribos, rebotaban entre la espuma. Todas, absolutamente todas cuantas fábulas de labios del pastor había oído, al par que de otras vidas hablaban de la supervivencia de todo cuanto ha existido; pero... ¿dejarían acaso de ser tales relatos meras fábulas, sólo destinadas a deleitar el oído y halagar la fantasía? Ciertamente que no. Y al negarse la mujer aquella, escéptica de suyo, a otorgar crédito a nada de cuanto sus sentidos no corroboraran, acabó por tropezar con la fábula postrera: la de la campanilla de Cimalta.



¿Sería también pura fábula?... ¡No, no, aquella no!... No sólo lo había oído perfectamente, sino que le parecía estar oyendo todavía el tintineo de la campana aquella que en lo recio de la tormenta sonó sobre su cabeza... ¡No por cierto, aquella no era fábula!... Pero... poco a poco fue hundiendo la mirada en las verdes y azuladas ondas del fantástico mar que al fondo del paisaje se extendía. No parecía sino que llena de perplejidad quería anegar en

él la ya inútil clarividencia de su mente que de puro sobreexcitada se iba cada vez más debilitando...

La luna dejaba en tanto, con espléndido abandono, flotar sobre el mar aquel sus tenues y plateados rayos, semejantes a esas hebras que sutiles suelen tejer las arañas, para adornar las misteriosas y grandes soledades que las ingratas malandanzas de los hombres jamás han de perturbar.



XVIII

CUESTA ABAJO

Habían, a todo esto, pasado lentas las horas, y mientras inmóvil permanecía sentada en aquella especie de poyo que formaba el altozano, la noche, que se había echado encima, había ido poco a poco envolviendo a Mila, a quien ni siquiera se le había, no obstante, ocurrido la idea de retirarse. Si, por el contrario, había alguna que otra vez dirigido la vista casualmente hacia la ermita, habíase apresurado a desviarla estremeciéndose de pies a cabeza.

¿Qué estaba haciendo allí?... Esperar... Como Matías había asegurado que iba a subir, le aguardaba.

—Iré un poquillo tarde —había dicho. Su mujer se explicaba entonces perfectamente el porqué de tardanza semejante. Como era la fiesta chica de

Muros, y en Muros, ya se sabía, chica o grande, no había fiesta sin que contra viento y marea se jugara, Matías estaba jugando, y como estaba jugando, no había por tanto temor de que abandonara a Muros en tanto el juego durara. Terminado éste, sí subiría. Lo que es de esto, Mila tenía el día aquel seguridad completa. Por eso estaba esperando. Mientras, pues, permanecía en la solana, iba, aunque poco a poco, la noche transcurriendo con la lentitud esa, aparente y enojosa, propia de todas las cosas que no nos interesan lo más mínimo.

Mas, lenta o no lenta, la noche pasó al cabo toda entera, que era ya día claro cuando se dejaron oír unos pasos. No habían seguramente mediado más que unos segundos, cuando surgiendo de pronto allá en el fondo, pudo, aunque confusamente, distinguirse la figura de Matías, que a la claridad del alba incierta todavía, avanzaba por la cañada.

Su marido que, apresuradamente, subía cabizbajo, venía sin duda meditando el modo de engañarla, disfrazando el verdadero motivo de haberse pasado en claro la noche toda entera.

Mila que, a todo esto, inmóvil le seguía con la mirada, al ver que se disponía a torcer para dirigirse a la ermita, le llamó con la mayor naturalidad.

Él que, asustado y como cogido por sorpresa, lanzó entonces una mirada a su alrededor, al reparar en su mujer se fue poco a poco, con paso irresoluto y cauteloso, acercando a ella. Veíanse en su rostro, tan lívido como el del Duende, las huellas, no sólo del vicio, sino de la fatiga.

—¡Temprano te has levantado!

—¡Como que no me he acostado...!

Y sin gritos, sin aspavientos, sin lágrimas relató in tegramente a su marido con franca sobriedad el trágico suceso. Era, de puro conciso, escueto su relato como inscripción lapidaria. En la profunda mirada de sus misteriosas y verdes pupilas, había la misma calma que en el fondo de un abismo.



Echó á andar cuesta abajo

Mila cesó por fin de hablar... El rostro de Matías revelaba una gran consternación, una cruel, una espantosa y muda consternación, la mayor sin duda de cuantas hasta entonces había experimentado. Al ver que no despegaba los labios, ella, señalando al santuario, le dijo:

—Yo allí, como tú comprenderás..., ¡no vuelvo a poner los pies!... No he querido, sin embargo, marcharme sin decírtelo.

—¿Qué? —murmuró con voz aterrada Matías, cuyo rostro cadavérico se había puesto completamente desencajado en vista de aquella actitud—. ¿Quieres marcharte? ¿Adónde...?

—No lo sé —contestó ella haciendo un supremo esfuerzo—. Adonde Dios quiera... ¡Lo más lejos posible!...

Estremeciéndose de pies a cabeza Matías entonces se tambaleó, como poco antes el Duende, cual sorprendido por súbita y furiosa tempestad. Aunque al pronto pareció vacilar, como dudando entre suplicar o rebelarse, faltó empero, de valor, sometióse al cabo sin protesta, bajando la cabeza y diciendo con voz sorda:

—Vámonos, pues...

Oír estas palabras y desaparecer de los ojos de Mila, verdes, serenos, misteriosos como un lago y en los que fulguró de pronto una furibunda y satánica mirada, su habitual expresión de calma, todo fue uno.

—¡No, contigo no!... ¡jamás! —dijo tendiendo el brazo con ademán fatídico y resuelto—. No trates de seguirme... ¡Si llegases a hacerlo... te mataría!

Y como queriendo grabar esta terrible amenaza en el fondo del alma de su marido, se quedó mirándolo de hito en hito.

Descendió después lentamente del alto en que se hallaba, y sin añadir palabra, sin volverse siquiera, sin llevar más que lo puesto, rígida, grave, erguida la cabeza y sombría la mirada echó a andar cuesta abajo.

¡A costa de mil amarguras, la soledad, que poco a poco se había ido infiltrando en él, quedaba definitivamente cristalizada en su destino!

FIN

Dedicatoria

A mi hermano Alfredo

Capitán de la Transatlántica

Para que veas cómo es, en efecto, conforme he porfiado en más de una ocasión —no tanto para fortalecer piadosamente tu ánimo como porque estoy de ello plenamente convencido—, aunque aventurada, preferible la vida arriscada y bravía del hombre de mar, a la del que en tierra, más que firme, dura, se ve encerrado en el miserable círculo de ruindades y pasiones en que de ordinario solemos agitarnos los que andamos arrastrándonos por la corteza del planeta, te brindo la traducción de esta novela, la más acabada y gallarda que ha producido el genio de nuestra raza en la resurrección de nuestra lengua materna, y en la cual, al par que grato esparcimiento en alguna de tus horas tristes, habrás tenido ocasión de contemplar el dramático cuadro de

la tremenda bancarrota de los ideales todos y aspiraciones de un espíritu superior, hundido por el destino, a pesar de su maravilloso temple, en la soledad abrumadora del corazón de una sierra harta más triste que ese mar siempre sublime y vario por que peregrinas.

Quiedo, julio de 1907



VÍCTOR CATALÀ, seudónimo de Caterina Albert i Paradís [La Escala, provincia de Girona, 1869-1966], fue una escritora catalana conocida sobre todo por su novela *Solitud* (1905). Escribió otra novela, *Un film, 3000 metres*, y muchas recopilaciones de cuentos: *Drames rurals* (1902), *Caires vius* (1907), *Contrallums* (1930) o *Jubileu* (1951). También cultivó la poesía y el teatro, aunque nunca vio representado ningún texto dramático propio.

Apareció en la escena literaria como Caterina Albert en los Juegos Florales de Olot en 1898 donde le premiaron el poema *El llibre nou* y un monólogo, *La Infanticida*. Este último monólogo causó escándalo por la temática y el tono con que estaba escrito. El escándalo aumentó cuando el jurado supo que lo había escrito una mujer. Desde entonces, firmó como Víctor Català.

Dentro de su obra literaria destaca su obra *Solitud* (*Soledad*) que se encuadra dentro del Modernisme catalán. En esta obra, Víctor Català refleja a través de su personaje principal femenino (Mila) la búsqueda de la propia individualidad y la lucha de esta mujer dentro de su entorno social. Esta obra fue premiada con el premio Fastenrath en 1909 y traducida a varios idiomas.

El corpus narrativo de sus obras se presenta coherente y cohesionado a través de diversos ejes temáticos como la locura, la violencia, el tratamiento del entorno, el destino.